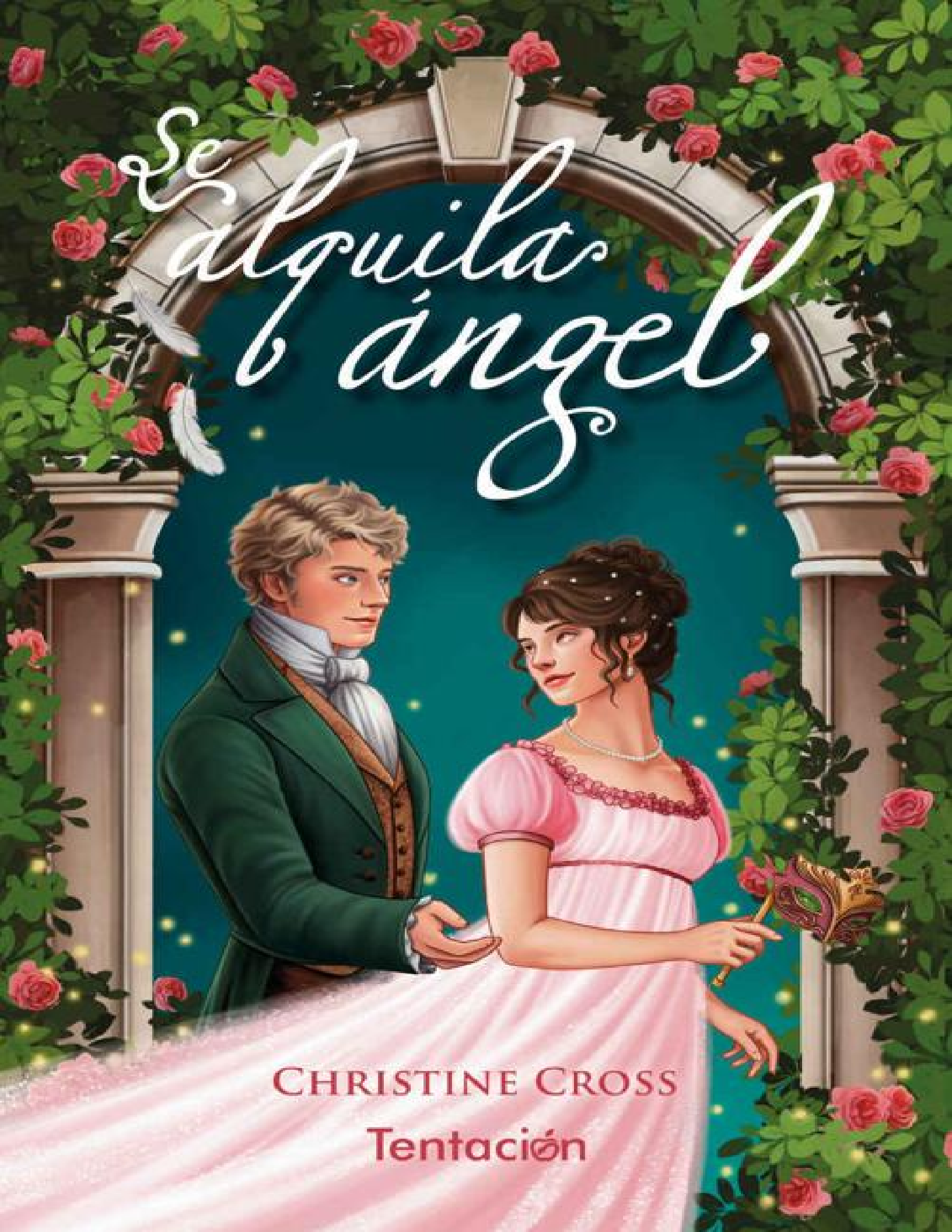
Se alquila un ángel



CHRISTINE CROSS

Tentación

Publicado por:



info@editorialtentacion.com

© 2025, **Christine Cross**
© 2025, de esta edición: Editorial Tentación

Editora
Elena García González
Cubierta
Claudia Muñoz @ms.muar
Maquetación
Verónica Espinosa
Corrección
Sonia López Souto

Primera edición: mayo de 2025
Depósito Legal: D.L. TO 104-2025
ISBN: 978-84-129616-0-7
Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

A Lorena, Paqui CM, Esther,
Paqui, Isa, María y Pilar.
Gracias por vuestra amistad,
por ser mis ángeles en este camino
y por compartir mis sueños.




PRÓLOGO

Londres, 1809

El cielo se estremeció como si fuera a partirse en dos. Un relámpago desgarró la masa de nubes, de un oscuro tono plomizo, y su fulgor iluminó con un halo tétrico a los asistentes al sepelio que tenía lugar en esos momentos en el cementerio de la parroquia de St. James, en Picadilly. Tal parecía que los cielos no deseaban acoger en su seno el alma de aquel pecador.

La fina lluvia que había caído hasta ese momento se convirtió de pronto en un aguacero que enfangó el suelo del camposanto, y un viento desagradable se levantó desde poniente. Los dos sepultureros, única compañía con la que contaba el nuevo duque de Rokewood en el funeral de su padre, continuaron con su labor sin inmutarse. El sonido de las paladas de tierra al caer sobre el féretro de madera se confundió con el golpeteo de las gotas de agua sobre la tierra.

Percival Alcock alzó la mirada y echó un vistazo a las lápidas de piedra que señalaban el destino último de todos los seres humanos. Decían que al final de su vida cada hombre obtenía lo que se

merecía. Desde luego, él no podía saber lo que aguardaba a su padre en el más allá, pero su vida había sido un derroche de frivolidad y desenfreno, y su muerte, cuando menos, placentera. Su corazón se había detenido mientras yacía con una prostituta en la cama de un burdel. Según el informe del galeno, no fue capaz de soportar el exceso de ejercicio y de placer.

—Ya está, Excelencia —dijo uno de los sepultureros, elevando la voz por encima del sonido de la lluvia—. Mañana colocarán la lápida.

Él asintió en silencio, extrajo unas monedas del bolsillo del redingote y se las entregó al hombre. Luego, sin dirigir siquiera una última mirada a la tumba, enfiló sus pasos hacia el camino de piedra en el que se hallaba estacionado el carruaje.

—Podemos irnos ya, Ned —le indicó al cochero, que permanecía estoico bajo la tormenta.

Abrió la portezuela del coche y sacudió el agua del sombrero de copa antes de entrar en el cálido interior. El contraste con el frío que había soportado hasta ese momento le provocó un estremecimiento. Con una ligera sacudida, el carruaje se puso en marcha y abandonó el cementerio para dirigirse a la mansión ducal en Mayfair.

El trayecto fue tan breve que apenas le dio tiempo a entrar en calor antes de volver a exponerse bajo la lluvia para cruzar el jardín delantero, hasta llegar a la puerta de la casa y resguardarse bajo el pórtico columnado. A pesar del inclemente clima que azotaba las calles de Londres ese día, aguardó con paciencia a que Ned —quien ejercía de cochero, mayordomo, ayuda de cámara y hasta de cocinero— le abriera.

«Es una sensación extraña», pensó con desapasionado interés mientras escuchaba el golpeteo del agua contra la fachada. Acababa de enterrar a su progenitor y, sin embargo, no experimentaba más que una tibia indiferencia ante ese acontecimiento. Tal vez se debía al hecho de que —estaba convencido de ello— su propio corazón había muerto hacía mucho tiempo. Por eso, ya no guardaba rencor a su madre por haberlo dejado solo a temprana edad, ni odio a su

padre por haberse desentendido de él mientras disfrutaba de la vida, ahogándose en placeres y dilapidando la fortuna familiar.

Abandonó estos pensamientos cuando escuchó el sonido de la puerta al abrirse. Ned apareció en el umbral ataviado con la librea ducal.

—Disculpe el retraso, milord. Bienvenido a casa.

—No tienes que ser tan formal, Ned —le dijo, al tiempo que traspasaba el umbral y le entregaba el sombrero, el redingote y el bastón—, sobre todo cuando no puedo pagarte por tus servicios. En fin, que no te culparía si desearas buscar otro trabajo.

—¿Quiere que le prepare un té, milord? —respondió el hombre para zanjar así la cuestión.

Percival dejó escapar un suspiro resignado.

—Como quieras. Estaré en la biblioteca.

Dirigió hacia allí sus pasos sobre el pasillo alfombrado y entró en su santuario particular. El aroma a papel viejo y a cuero y piel lo inundó, penetrando en sus pulmones y proporcionándole una sensación de hogar. Había pasado la mayor parte de la niñez y la juventud en esa estancia, rodeado por aquellos silenciosos amigos, que habían colmado su tiempo, su mente y su alma. Aunque en esos momentos no era su compañía la que buscaba.

Sin titubear, se acercó a uno de los armarios que se alineaban junto a las estanterías repletas de libros y lo abrió para sacar el decantador. Durante unos instantes, se quedó paralizado al descubrir, justo al lado de este, la caja de madera lacada que, sabía, contenía en su interior las pistolas de duelo de su padre. Las dudas lo asaltaron y le provocaron en el corazón una ligera vacilación, aunque enseguida desestimó la idea. Él nunca se había considerado un cobarde y sabía que iba a necesitar más valor para seguir viviendo del que necesitaría para quitarse la vida.

Sacó una copa del armario y se sirvió una generosa cantidad de aquel brandi añejo que el anterior duque guardaba para las visitas importantes. Entonces se volvió hacia el retrato de su padre que colgaba sobre la gran chimenea de mármol. Con el cabello ondulado

semejante a oro pálido y aquella mirada azulada en un rostro atractivo, de facciones perfectas, asemejaba a un ángel. Era como si estuviera viéndose a sí mismo en un espejo.

—¡Por el duque de Rokewood! —Alzó la mano en un brindis mudo y apuró el licor de un solo trago. Volvió a llenar la copa y se acomodó en una de las butacas frente a la chimenea, con los ojos clavados en los de su padre, que sonreía burlón desde la pared—. Un título nobiliario, un montón de deudas y un físico seductor es todo lo que he recibido de ti como herencia. No me lo has puesto nada fácil, ¿eh, viejo? —Curvó los labios en una sonrisa amarga—. Pero así es la vida y, como suele decirse, «a rey muerto, rey puesto», aunque espero desempeñar el papel mejor que tú.

Tuvo la sensación de que la sonrisa del duque se acentuaba. Una rabia sorda, y quizá un tanto infantil, lo llevó a apurar el contenido de la copa y a arrojarla contra el retrato. El cristal se hizo añicos contra el suelo. Un relámpago iluminó de pronto la estancia y el sonido del trueno retumbó en el silencio, estremeciendo hasta las paredes de la biblioteca.

Probablemente, su padre lo estaba maldiciendo desde el más allá.




CAPÍTULO 1

Huntington, Yorkshire. Inglaterra.
Primeros días de febrero de 1814.

«Cinco, cuatro, tres...».

—¡Esto es inaudito!

Sophie suspiró con resignación al escuchar aquella voz chillona. En esa ocasión, la esposa de su primo ni siquiera había dejado pasar cinco segundos desde el último comentario que había hecho. Ella solo quería gozar de un poco de silencio. ¿Era mucho pedir? Por lo visto, para Edith, sí.

—¿Quién ha sido esta vez? ¿Los *tories* o los *whigs*?

La confusión ante su pregunta se dibujó en el bello rostro de su prima, al que el embarazo —se encontraba ya en el séptimo mes— otorgaba una pátina de luminosidad que acentuaba el brillo azul de sus ojos.

—¿A qué te refieres?

Sophie se percató de que el periódico *The Times*, que la joven había estado ojeando hasta hacía unos instantes, descansaba doblado a su lado, mientras que en las manos sostenía una carta.

—No me hagas caso. Creí que hablabas de alguna de las noticias del periódico.

—Oh, no traía nada interesante —comentó, agitando la mano como si espantara moscas.

Ella inclinó la cabeza sobre el bordado en el que estaba trabajando para ocultar una sonrisa. Para Edith, cualquier cosa que no fuese un cotilleo social carecía de importancia. Las cuestiones políticas, a las que tan aficionado era su esposo, la aburrían sobremanera.

Dio una nueva puntada y observó con ojo crítico la labor. Frunció el ceño al ver que la letra se veía torcida. «Tendré que volver a deshacerla», pensó con fastidio. Nunca se le había dado bien coser o bordar, prefería, con diferencia, llevar las cuentas de la casa. La administración se le daba bien, dado que se había ocupado de ella desde que su padre enfermó, unos diez años atrás. Con tan solo diecinueve años, había tomado las riendas de la casa y de la finca, con los inmensos terrenos, los molinos y el negocio de la explotación de madera. Los arrendatarios, al principio, se habían mostrado reacios a que fuese ella quien se encargase de la supervisión de los cultivos y los pagos. Sin embargo, poco a poco habían acabado por reconocer su valía.

Oyó el suspiro de Edith y alzó la cabeza para mirarla.

—¿Qué ocurre? —inquirió, preocupada. Durante los últimos días, su prima se había sentido indispuesta y el doctor le había recomendado reposo, ya que era su primer embarazo.

—No comprendo cómo puedes ser tan poco curiosa.

Sophie alzó las cejas ante su tono, mezcla de reproche y de puchero infantil, si bien no entendía el motivo de la acusación.

—¿Sobre qué debería sentir curiosidad?

—¿No quieres saber lo que dice la carta?

Miró el papel que Edith agitaba ante su rostro. Sabía que provenía de Londres, pues había visto el remitente cuando William, el mayordomo de Frampton Manor, le había entregado el correo esa mañana. Ciertamente, no tenía ningún interés especial en conocer el

contenido, pero no podía decirle eso a su prima. Así que esbozó una sonrisa en beneficio de esta y asintió.

—Si es algo interesante…

—¡Oh, querida, todos los cotilleos lo son! —le aseguró, al tiempo que cabeceaba con firmeza, lo que provocó que se agitasen los tirabuzones negros que enmarcaban su rostro—. Sobre todo en Londres. Siempre hay algo de lo que hablar: a qué caballero se le negó el acceso a Almack's, cuál era el vestido que lucía lady Jersey en el último baile, quién es la nueva amante de lord S. o qué pareja se ha comprometido. Si no hubiera cotilleos, ¿cómo podríamos soportar ese horrible clima que tiene la ciudad?

En opinión de Sophie, había muchos modos de entretenerse cuando llovía o hacía frío, tales como leer, pero ¿qué podía saber ella de Londres y de la vida que se llevaba allí si nunca había estado en la capital? De cualquier forma, sucedía lo mismo entre las damas de York cuando celebraban bailes o se reunían para tomar el té, así que quizá el problema residía en ella, que mostraba más interés en el último potrillo nacido en la finca que en el vestido que lady Tal o lady Cual habían usado en la fiesta.

—¿Y qué es lo que cuenta la carta? —Vio el brillo chispeante en los ojos de Edith y dejó el bordado a un lado, resignada a escuchar los datos triviales con los que la deleitaría acerca de personas, en su mayoría, desconocidas para ella.

—La ha enviado una de mis amigas, la vizcondesa Pennington —respondió, inclinándose hacia delante todo lo que le permitía el abultado vientre, como si lo que iba a decir fuese considerado alto secreto—. En ella me refiere que en el último baile al que asistió en Almack's estuvo presente el duque de Rokewood.

Su tono poseía un matiz escandalizado, aunque Sophie fue incapaz de deducir a qué se debía. ¿Acaso el duque era un ermitaño que no solía frecuentar los bailes y su presencia en uno había conmocionado a la alta sociedad?

—¿No suele acudir a fiestas? —tanteó, en busca de una explicación.

—Por supuesto que sí, a todas aquellas a las que lo invitan. —Al ver el gesto de extrañeza en su semblante, se percató de que tendría que comenzar por el principio para que Sophie comprendiera algo de lo que hablaba—. Rokewood es un caballero en extremo apuesto. Las damas lo han apodado «el ángel de Londres» a causa de su cabello dorado, sus profundos ojos azules y un rostro de aspecto angelical. Pero está arruinado. Según me contaron, cuando su padre pasó a mejor vida, lo dejó endeudado por completo y ha tenido que ir saldando esas cuentas para no acabar en la cárcel de deudores.

—Bueno, me parece una actitud muy loable —comentó Sophie con tono aprobatorio—. Cuando termine de pagar las deudas, podrá rehacer la fortuna familiar poco a poco. Quizá deba pasar algunas estrecheces, pero si realiza inversiones ventajosas…

—Sophie, querida, posees la mente de un hombre —sentenció Edith, interrumpiéndola con un resoplido de frustración—. Eres demasiado práctica.

—Gracias.

—¡Oh! No lo decía como un cumplido —le aseguró—. Creo que has pasado demasiado tiempo encerrada en el campo, ocupándote de las finanzas. ¿De qué te sirve toda esa fortuna que posees si no la disfrutas? Necesitas divertirte y aprender algo más sobre la vida.

—Tengo vida social. He asistido a algunas fiestas en York —se defendió. El hecho de que viviera en el campo no significaba que no visitara la ciudad de vez en cuando. Sobre todo para acudir a la librería del señor Jason.

Edith alzó una ceja cargada de incredulidad.

—¿Cuál fue la última a la que asististe?

—Fue la de… —Frunció el ceño, haciendo memoria. Sus ojos del color de la miel caliente se iluminaron de pronto—. La de la puesta de largo de la hija de lady Bellingham —repuso con satisfacción.

Su prima se frotó la frente con gesto cansado.

—Eso fue hace siete años, Sophie. La joven se casó un año después de su presentación y creo que ya va por su tercer hijo.

—Vaya, qué rápido pasa el tiempo. —Fue lo único que se le ocurrió decir, pero sintió una punzada en el pecho.

¿De verdad se había perdido tantas cosas? Edith llevaba apenas tres meses en York y ya sabía más acerca de la vida de sus vecinos y de las familias pudientes que ella misma.

—Deberías ir a Londres —dijo esta de pronto—. Visitar la ciudad, asistir a bailes, pasear por Hyde Park… Hace tres años que falleció tu padre y, después de guardar dos de luto, ni siquiera has ido a tomar el té con la señorita Roserton.

—¿Cómo sabes que…? —No concluyó la pregunta, probablemente su prima había ido a ver a la anciana. Se sintió un poco culpable por haber descuidado sus deberes sociales.

Lo cierto era que tras la muerte de su padre se había sentido vacía por dentro. Había dedicado parte de sus mejores años a cuidar de él y, al perderlo, su propósito en la vida parecía haberse esfumado, por lo que se había sumido en una profunda melancolía. Por fortuna, aunque el título de baronet y las tierras las había heredado su primo, Robert le había asegurado que podía continuar viviendo en Frampton Manor y administrando la finca si así lo deseaba, ya que ellos preferían residir en Londres. Su generosidad había supuesto un alivio para ella, aunque después de escuchar a Edith comprendía que tenía razón. Se había aferrado a los asuntos administrativos para evadirse del dolor y había olvidado que el tiempo avanzaba inexorable.

—Pronto cumplirás treinta años —oyó que le decía esta—. Deberías darte la oportunidad de experimentar lo que vive cualquier joven dama inglesa, aunque ya no estés en edad casadera.

Sophie sintió una punzada de irritación. Sabía que su prima no lo había dicho con mala intención y que la sociedad la consideraba una solterona en toda regla, sin embargo, le molestó aquel recordatorio, como si su vida ya hubiese terminado por el hecho de cumplir la treintena. Prefirió no hablar más de ese tema.

—No me has terminado de contar qué tiene de extraordinario la presencia del duque de Rokewood en Almack’s.

No había nada mejor que un buen cotilleo para desviar la atención de Edith y que dejara de sermonearla.

—¡Oh! Pues verás. Ya te he dicho que su padre lo dejó sin un penique, así que para pagar a los deudores y poder seguir viviendo de acuerdo a su estatus, el duque se dedica a ejercer de acompañante. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro al pronunciar esta última palabra.

Sophie la miró sin comprender a qué se refería.

—¿A quién acompaña?

Edith comenzó a abanicarse con la carta que aún sostenía en la mano. Un suave rubor le había pintado las mejillas de rosa.

—A cualquier dama que esté interesada y pague bien, por supuesto.

—¿El duque cobra honorarios por asistir a fiestas como acompañante? —preguntó con incredulidad. Vio la chispa de diversión en los ojos de su prima.

—Digamos que algunas damas «alquilan su tiempo», pero solo no para acudir a los bailes de la buena sociedad durante la temporada social, sino también para visitar otro tipo de lugares, como los jardines de Vauxhall, las casas de juego, o fiestas privadas y combates de boxeo. Incluso hay quien dice que algunas pagan por tenerlo en su cama. Por lo visto, tiene fama de ser un buen amante —declaró en un murmullo confidencial que Sophie apenas pudo oír a causa del sonido que hacía el papel mientras se abanicaba cada vez con más ímpetu—. Por eso es inaudito que le hayan permitido la entrada a un establecimiento tan respetable como Almack's.

Tras estas últimas palabras, Sophie la miró sin saber qué decir y con el rostro arrebolado. La imagen que le había dibujado, más que la de un ángel le pareció la de un demonio tentador. ¿Qué tipo de mujer se exponía de ese modo a dañar su reputación por gozar durante unos momentos de una diversión prohibida?




CAPÍTULO 2

Sophie tomó de nuevo el bordado y clavó la aguja en el tejido. Aunque en la biblioteca había un ejemplar de Debrett's entre los volúmenes que llenaban las estanterías, nunca se molestó en echar un vistazo a la guía de pares del reino. En realidad, las cuestiones de la alta sociedad le importaban bien poco. Londres se hallaba demasiado lejos como para preocuparse por lo que sucedía en los salones de baile de las grandes mansiones.

A pesar de ello, no podía negar que lo que su prima acababa de contarle había despertado su curiosidad.

—Imagino —comenzó a decir, olvidando de nuevo el bordado— que todas esas mujeres serán viudas.

Edith se frotó la parte baja de la espalda y sus cejas negras se contrajeron en un gesto de molestia.

—No soporto este dolor. Sophie, querida, ayúdame a levantarme, por favor.

Ella se puso en pie de inmediato y se acercó al diván, contenta de poder cambiar de actividad. Bordar la aburría y, además, las puntadas no le estaban quedando bien.

—¿Quieres que demos un paseo por el jardín? —le ofreció mientras tiraba de ella con suavidad.

—Hace demasiado frío y puede no ser bueno para el niño. Mejor caminemos por la salita.

Enlazó su brazo y colocó la otra mano en la parte inferior de su pronunciada barriga.

Sophie se fijó en que su prima caminaba bamboleándose, igual que los patos que había visto en la orilla del río Foss durante su último paseo. Había aumentado de peso, a pesar de que se negaba a reconocerlo, y sufría continuas molestias a causa del embarazo, aunque eso no parecía afectar a su capacidad para conversar. Al menos, así había sido hasta ese momento. Tras recorrer una vez el perímetro de la amplia salita y ver que Edith se mantenía en silencio, comenzó a irritarse.

—¿Y bien? —la interpeló.

—¿A qué te refieres?

Aquel tono inocente que había usado no la engañó. Su prima disfrutaba manteniéndola en la ignorancia en lugar de saciar su curiosidad.

—Lo sabes muy bien —la reprendió. Puso los ojos en blanco al escuchar la risilla de diversión que dejó escapar. Tenía veintitrés años, seis menos que ella, pero a veces se comportaba como si fuese una niña—. Responde a mi pregunta, por favor.

Edith la miró y asintió. Era la primera vez que Sophie mostraba interés por la vida social en Londres y no quería arruinar ese momento a causa de una broma. La prima de su esposo le caía bien. Quizá no fuese una belleza en el sentido estricto de la palabra, pero era una joven sincera y de gran corazón. Probablemente no se casaría, debido a su edad, pero deseaba que pudiera disfrutar de la vida en sociedad a la que había renunciado por cuidar a su padre.

—Por supuesto, muchas de ellas son viudas, pero sé de buena tinta que el duque también ha acudido a esos lugares acompañado por damas casadas —le confió.

Las cejas de Sophie se arquearon casi hasta el nacimiento del cabello, de un suave tono castaño, que llevaba recogido en un moño flojo.

—¿Y sus maridos no dicen nada? Supongo que el duque se habrá enfrentado en numerosos duelos.

—¡Oh! Todo el mundo conoce su fama de excelente tirador, así que muchos caballeros hacen la vista gorda. Además, las damas suelen llevar un antifaz cuando visitan Vauxhall o las casas de juego —le aclaró—, por lo que es difícil saber a ciencia cierta de quiénes se trata.

—Pero tú has dicho…

Edith se detuvo en mitad del paseo y miró a su alrededor, como si pudiese haber alguien oculto en algún lugar de la salita escuchando la conversación.

—Bueno, algunas se han vanagloriado de ello. E incluso de haber pasado la noche en su cama —comentó en un susurro tan bajo que Sophie, bastante más alta, tuvo que inclinarse hacia ella para escucharla bien—. Dicen que es capaz de despertar una pasión ardiente incluso en la mujer más frígida, y que posee el cuerpo de un dios griego.

—¡Vaya!

Sophie recordó las ilustraciones de las estatuas que había visto en algunos libros de la biblioteca y un suave rubor le tiñó las mejillas. Algunas estaban, sin duda, bien dotadas. Carraspeó, incómoda, e ignoró el cosquilleo que le recorrió el vientre. Desde luego, no era ajena a las diferencias entre el cuerpo masculino y femenino ni a lo que implicaban las palabras de su prima. Al haberse criado en el campo, su educación había sido mucho más permisiva, sobre todo, porque su madre había fallecido cuando ella contaba quince años, y su padre jamás puso reparos en que leyera lo que quisiera. Sin embargo, nunca había experimentado esa pasión de la que hablaba Edith y tampoco la habían besado. Claro que, al ver cómo se comportaban los animales que criaban en la finca, siempre había pensado que las relaciones carnales eran, cuando menos, incómodas y desagradables, así que no comprendía por qué una mujer pagaría por tener un escarceo amoroso de esa clase, por muy duque y apuesto que fuese el hombre con quien se acostara.

La voz susurrante de su prima la arrancó de sus cavilaciones.

—A lord Rokewood también se lo ha visto en compañía de jóvenes damas solteras, aunque en eventos decentes. —Se apresuró a aclarar ante el gesto horrorizado de Sophie, al tiempo que reemprendía el paseo por la salita—. A pesar de su escasa fortuna, el rango y la apostura que posee le abren las puertas de muchos salones de la alta sociedad, por lo que a algunas madres con hijas poco agraciadas no les importa pagar para que él las acompañe. Al parecer, hace un par de años, una de estas damas, desesperada porque su retoño se hallaba ya en la tercera temporada, acudió a él. El duque asistió con ellas a un baile y resultó todo un éxito. Muchos caballeros desearon conocer a la dama que había atraído la atención de lord Rokewood. Se comprometió al término de la temporada.

—Así que el duque es un buen samaritano.

Edith no se percató del matiz sarcástico de su tono y frunció el ceño, pensativa.

—Bueno, no creo que pueda considerársele como tal, habida cuenta de que cobra por el servicio y, además, efectúa una selección de las jóvenes a las que acompañará.

—¿Qué quieres decir?

—Parece ser que entrevista a las candidatas antes y, solo si ve posibilidades de éxito en ellas, las acepta. De este modo, se ha labrado también una reputación como casamentero. —Sus ojos se abrieron de pronto ante una súbita comprensión—. ¡Oh! Tal vez sea por eso que lo han admitido en Almack's.

—Tal parece que Su Gracia es un dechado de virtudes —comentó mordaz Sophie—. Supongo que no existe una lady Rokewood. Al ejercitar la caridad con tantas damas es improbable que pueda dedicarse en cuerpo y alma a una sola.

Aunque no era persona dada a juzgar a los demás sin conocerlos, aquel duque no le agradaba. Había demasiados claroscuros en su personalidad. Por supuesto, debía tomar en cuenta que Edith no lo conocía en persona y solo le había transmitido lo que había escuchado sobre él. Sacudió la cabeza con desagrado. «No sé por

qué pierdo el tiempo con esta conversación», pensó. Bueno, al menos había servido para distraer a su prima de los dolores.

—El duque no se ha casado todavía y no porque algunas damas no hayan intentado conquistarlo, al fin y al cabo, ¿quién no querría ser duquesa?

Sophie prefirió no responder a esa pregunta. Ella no, desde luego. Valoraba más la fidelidad en un matrimonio que ocupar una alta posición social. De hecho, en ocasiones había experimentado cierta envidia al ver la relación entre su primo y Edith. Su amor era tranquilo y sosegado y ambos parecían felices en ese estado. Sintió una punzada al pensar que ya era tarde para ella. ¿Quién iba a querer casarse con una solterona próxima a los treinta?

Apartó a un lado aquellos pensamientos con decisión y miró a su prima.

—Lo que no comprendo es cómo puede ser posible que lord Rokewood no posea ya una fortuna.

Edith abrió la boca y volvió a cerrarla, frunciendo el ceño mientras meditaba la respuesta, a pesar de que ella la había formulado de forma retórica.

—Es posible que se deba a la cantidad de deudas que dejó su padre, o bien a…

La puerta de la salita se abrió en ese momento y ambas se sobresaltaron como si las hubiesen atrapado en algún acto delictivo.

—Me preguntaba dónde estabais —dijo su primo Robert entrando en la estancia. Se acercó a Edith y la besó en la frente—. ¿Cómo te encuentras, querida?

—Tengo los pies hinchados y doloridos —se quejó ella, reclinándose contra el costado de su esposo cuando este la abrazó por el talle.

Sophie la soltó y miró hacia el lugar donde había dejado el bordado. No le apetecía retomarlo. «Quizá deba ir con la señora Smithson para comprobar cómo va la preparación de la comida», decidió.

—Entonces será mejor que te sientes. Recuerda que el médico te ha recomendado que hagas reposo. —Oyó que decía su primo mientras conducía a Edith con cuidado hasta el sofá y la ayudaba a sentarse. Luego se acomodó a su lado—. ¿De qué conversabais?

—Sobre Londres —contestó su prima vagamente—. Le decía a Sophie que debería visitar la ciudad, ¿no es así?

Ella observó primero a Edith, en cuyos ojos había una súplica muda, y después el rostro circunspecto y serio de su primo, a quien no le gustaba que su esposa anduviera enredada en cotilleos, y asintió.

—Así es. Si me dis…

Antes de que pudiera continuar con la disculpa y comunicarles su intención de marcharse, Robert la interrumpió:

—Me parece una idea acertada —declaró—. Has pasado demasiado tiempo encerrada en Huntington y te vendría bien cambiar de aires.

La sorpresa la hizo balbucear.

—Pero yo no…

—Podrías ir a visitar la Torre de Londres, el Museo Británico, la catedral de San Pablo o los jardines de Kew. —Parecía entusiasmado con la propuesta. Si no lo conociera, habría pensado que deseaba deshacerse de ella—. Incluso pasear por Hyde Park o asistir a la ópera. Te quedarías en nuestra casa, por supuesto.

—¡Es una idea espléndida, querido! —convino Edith.

«Es una idea espantosa», se dijo Sophie. A ella no se le había perdido nada en Londres.

—No puedo dejarte sola en tu estado.

—¡Oh! No te preocupes por eso. Margaret, la vizcondesa Pennington —aclaró—, me dice en la carta que tiene intención de venir a visitarnos durante los meses que dura la temporada, ya que su esposo debe hacer un viaje al extranjero y no quiere que se quede sola en Londres. Así que puedes marcharte sin problema.

El único problema que Sophie veía era, precisamente, que no deseaba hacerlo.

Robert se puso de pie y se acercó a ella. La tomó de las manos y le dio un ligero apretón con afecto.

—Ve y diviértete, prima. Estoy seguro de que tu padre aprobaría con gusto este viaje.

Ella abrió la boca para replicar, pero volvió a cerrarla al recordar una ocasión en la que su padre le había confesado el deseo de visitar Londres juntos. «Cuando recupere la salud, te llevaré allí y te mostraré dónde conocí a tu madre».

—Lo pensaré —respondió sin comprometerse. Debía valorar bien el asunto—. Iré con la señora Smithson.

Se liberó del agarre y se dirigió hacia la puerta con rapidez. Cuando abandonó la estancia, se detuvo un instante en el corredor. Nunca había experimentado la necesidad de conocer la capital, ¿por qué ahora empezaba a tentarle hacerlo?




CAPÍTULO 3

El viejo John le estaba explicando el problema que tenían con el transporte de la madera, aunque no le prestaba atención. Su mente se hallaba en otra parte desde hacía una semana, desde la conversación que había mantenido con Edith, y luego con su primo Robert, en la salita.

Si todo hubiera concluido ahí, quizá se habría olvidado del asunto, aunque hubiese llegado a planteárselo al final. Sin embargo, ambos habían continuado insistiendo en que realizar un viaje a Londres supondría una gran oportunidad para ella. Le aseguraron que sus amistades estarían encantadas de recibirla y acompañarla a todos los lugares que deseara visitar. La habían instado a pasar allí la temporada completa y a participar en los distintos eventos sociales que ofrecía la capital. Para ello necesitaría un guardarropa nuevo, le había dicho Edith, puesto que el suyo estaba pasado de moda. El dinero no representaba un problema gracias a la cuantiosa herencia que había recibido.

El tesón de sus primos había terminado por hacer mella en su mente y la idea que, en un principio, le había parecido un despropósito, en esos momentos le resultaba atractiva.

—Entonces, ¿qué quiere que hagamos, señorita Frampton?

Sophie parpadeó y miró aquel rostro apergaminado y curtido por el sol sin saber qué responder. El azul de sus ojos se había desvaído, pero aún mostraba en la mirada ese brillo de inteligencia que poseía cuando entró a trabajar en la finca como un simple peón.

—Lo dejo en sus manos, John. Confío en usted y sé que tomará la mejor decisión —le dijo finalmente, arrancándole al anciano un gesto de sorpresa.

—Como guste, señorita. —Asintió con una suave cabezada mientras apretaba la gorra de tela entre las manos—. Haré lo que pueda.

—Gracias.

—Para servirle, señorita.

El hombre se despidió con una respetuosa inclinación y se dirigió hacia la puerta.

—Una última cosa, John. —Lo detuvo antes de que alcanzara a abrir—. ¿Le supondría alguna molestia ocuparse usted de todos los asuntos relacionados con la finca durante un par de meses al menos? Creo… creo que quizá me tomaré unas vacaciones.

Una sonrisa a la que le faltaban algunos dientes surcó el semblante del anciano.

—Lo haré gustoso, señorita Frampton. —Asintió, satisfecho—. Si me permite el atrevimiento, ya era hora de que pensara un poco en usted misma. La conozco desde que era una niña y apenas levantaba del suelo más que unos cuantos palmos. —Alzó la mano y señaló a la altura de sus caderas—. Desde que Sir Joseph enfermó, que Dios lo tenga en su gloria, usted siempre cuidó de él y ni una sola vez se separó de su lado, además de encargarse de la administración. Se merece un descanso, señorita, y me alegro de que haya decidido tomárselo.

—Gracias, John.

Su voz sonó temblorosa, aunque no dejó de sonreír. Sin embargo, cuando el anciano abandonó la estancia, enjugó las lágrimas que le habían asomado a los ojos, emocionada por el cariño que había percibido en sus palabras.

Se reclinó contra el respaldo de la amplia silla del despacho —tapizada en terciopelo dorado y marrón con motivos florales—, en la que su padre solía sentarse para revisar las cuentas y que se había convertido en la favorita de ella. «¿En qué momento he tomado la decisión de viajar a Londres?», se preguntó. Sacudió la cabeza. Sin importar cuándo, sabía que así era. Solo faltaba concretar los detalles de la partida y había una cosa que tenía muy clara: no deseaba hacer un viaje corriente, quería que fuese inolvidable, ya que, probablemente, fuese el primero y el último que hiciese, al menos a la capital.

Cerró el libro de cuentas que había estado revisando, lo guardó en el cajón del escritorio y cerró este con llave. Tendría que ponerlo todo en orden antes de partir y explicarle a Robert el funcionamiento de la finca. Si surgía algún problema, siempre podían hacerle llegar una carta a Londres, aunque no creía que fuese necesario si John se ocupaba de ello. También debería ir a tomar el té con la señora Roserton antes de partir. Había demasiadas cosas que preparar. Tomó papel y mojó la pluma en el tintero, después comenzó a elaborar una lista.

No supo cuánto tiempo pasó escribiendo, pero, cuando terminó, asintió satisfecha. Se volvió hacia el gran ventanal y vio que había comenzado a llover. Las gotas golpeaban los cristales con un ligero repiqueteo. Miró el reloj que descansaba sobre la repisa de la chimenea y se dio cuenta de que faltaba poco tiempo para la hora de la comida. Sin embargo, aún tenía algo importante que hacer. Levantándose, salió del despacho y recorrió el pasillo hasta el vestíbulo, desde donde subió la gran escalera de madera para dirigirse a su dormitorio. Antes de llegar a este, se detuvo frente al que había ocupado su padre y dudó unos instantes, aunque enseguida abrió la puerta y entró.

La asaltó el olor a alcanfor y a cerrado. Todos los muebles se hallaban cubiertos por lienzos blancos, solo la gran cama con dosel permanecía a la vista, y también el enorme retrato de sus padres que colgaba sobre la elegante chimenea de mármol blanco. Los

rostros de ambos lucían jóvenes y sendas sonrisas adornaban sus labios. Habían sido felices juntos y Sophie estaba segura de que también querrían que ella lo fuera.

—Voy a ir a Londres —les dijo en voz alta—. Quiero ver con mis propios ojos los lugares de los que tanto me hablasteis. Me habría gustado recorrerlos con vosotros —comentó con una punzada de tristeza—, pero la vida no siempre nos da lo que queremos.

Permaneció en silencio por un momento, contemplando sus amados semblantes, y después abandonó la estancia. Cuando entró en su propio dormitorio, caminó hasta el secreter y abrió uno de los cajones. Un ligero aroma floral se desprendió del interior. Sus ojos se posaron en un fajo de cartas atadas con un primoroso lazo azul. Lo tomó y se acomodó en la silla. La pulcra y elegante escritura del primer sobre que asomaba bajo la cinta se había descolorido y apenas se distinguía. Pasó el pulgar sobre el papel en una suave caricia melancólica. Un trueno resonó en la distancia y la lluvia arreció, oscureciendo la habitación.

Sophie encendió el quinqué que había sobre la superficie de madera taraceada del secreter. La suave luz se derramó sobre las cartas. Algunas procedían de York y otras de Londres —no recordaba ya cuándo habían dejado de llegar—, pero todas habían sido escritas por la misma mano: Edward Sinclair, vizconde de Ashcombe.

Se habían conocido en una fiesta, la última a la que había asistido con su padre justo antes de que este enfermara ese mismo año. Ella tenía diecinueve años y él veintidós. Era encantador, alegre y un gran conversador. Había florecido entre ellos una buena amistad y Edward acudía con frecuencia a Frampton Manor para visitarla. Cuando cumplió los veinte, él le confesó su amor y le ofreció matrimonio, pero ella le pidió esperar hasta que mejorase la salud de su padre.

—Podemos casarnos y vivir aquí, con tu padre, así podrás cuidarlo —le había dicho Edward.

No aceptó. Se conocía y sabía que le sería del todo imposible gozar de su propia felicidad mientras su padre se encontrase en

aquel estado. Edward no pareció muy conforme con la decisión, como si temiera que se escapara con otro.

—No voy a irme a ninguna parte —le había asegurado ella con tono divertido.

Y no lo había hecho, pero él sí. La salud de Sir Joseph empeoró con el paso del tiempo y las visitas de Edward se fueron reduciendo. Entonces comenzó a mandarle cartas desde York, que ella iba guardando celosamente en un cajón después de leer y a las que respondía siempre, informándole sobre la salud de su padre y diciéndole cuánto echaba de menos sus paseos y sus conversaciones.

Fue en una de esas misivas donde él le notificó que se marchaba a Londres, aunque sin aclarar los motivos del viaje. Si bien no había entre ellos un compromiso formal, le había dolido aquella manera de comunicarle la noticia. Al menos, Edward pasó a despedirse cuando iba ya de camino a la capital.

—No te olvidaré.

Esas habían sido las palabras del vizconde, que le supieron a amarga despedida. La primera carta desde Londres le llegó pocos meses después, el día en que cumplía veintitrés años. En sus letras, donde le decía cuánto la echaba de menos, incluía una sentida felicitación y deseos sinceros de que su padre recuperase pronto la salud; también le ponderaba las maravillas de la capital, expresando su deseo de que algún día la vieran juntos.

Con el transcurrir de los meses, la correspondencia se fue espaciando hasta que dejó de llegar. No hubo felicitación por su vigésimo quinto cumpleaños. Un año después su padre falleció y ella se sintió tremendamente sola.

La intensa luz de un relámpago iluminó la estancia, seguida de un terrible estruendo que pareció desgarrar el cielo. Sophie contempló un instante la lluvia a través del ventanal. En ese momento, con la distancia del tiempo y la calma del corazón, comprendió que, en realidad, pese al afecto que profesaba por Edward, nunca se había permitido amarlo, ya que solo podía pensar en su padre, y el enojo

que experimentó cuando el vizconde se marchó a Londres provenía —aunque no fuese consciente de ello— más de la envidia, por no poder disfrutar también de las posibilidades que le ofrecía su juventud, que de un sentimiento de abandono.

Si lo hubiese comprendido mucho antes, se habría ahorrado el dolor que sintió cuando, después de que su primo Robert tomase posesión de la herencia, en una de sus visitas a Frampton Manor durante el primer año de luto, Edith le contase que el vizconde de Ashcombe se había casado.

Guardó de nuevo las cartas en el cajón del secreter. Nada podía cambiar ya de lo sucedido, los «si hubiera» poseían solo el sabor amargo del arrepentimiento y tampoco garantizaban que las cosas se hubieran desarrollado a su gusto. La vida era impredecible.

Tomó una hoja de papel verjurado de la gaveta y luego sacó el juego de escritorio que le había regalado su madre cuando cumplió catorce años. Abrió el estuche y cogió una de las plumas. La punta estaba desgastada, por lo que tuvo que echar mano del cortaplumas para darle el ángulo adecuado y la finura necesaria para obtener una escritura clara. Cuando estuvo satisfecha del aspecto que presentaba, respiró hondo y fijó la mirada en el papel, de un suave tono amarfilado.

—El pasado solo ofrece recuerdos; el futuro, posibilidades —se recordó a sí misma.

Hundió la pluma en el tintero y la sacudió con delicadeza para eliminar el exceso de tinta. Con anterioridad, había buscado en la guía de Debrett's la información que necesitaba. Así pues, comenzó a escribir con decisión, cuidando que la escritura fuese lo más elegante posible.

A Su Gracia, el duque de Rokewood.

Muy honorable duque…




CAPÍTULO 4

Londres, últimos días de febrero de 1814

—Es completamente absurdo. Debes detener esto de inmediato —se quejó Portia, al tiempo que revisaba la correspondencia y la colocaba en montones separados sobre la mesa.

Percival la miró desde la butaca en la que se había acomodado cuando entraron en la salita dorada. Estiró las piernas en una pose indolente y curvó los labios en una sonrisa sardónica. No le respondió. Había dos cosas que le encantaba hacer a su prima: quejarse —de todo y por cualquier motivo— y sermonearlo. Y por ellas la adoraba. Era una joven vivaracha y franca. Su sinceridad le resultaba por completo refrescante, un soplo de aire fresco en medio de los círculos aristocráticos en los que se movía, llenos de hipocresía y falsedad.

Tras la muerte de su padre, toda la alta sociedad, excepto Darius Hastings —conde de Blackthorn y su mejor amigo desde sus tiempos de estudiantes en Eton—, le había dado la espalda al conocer el estado de sus finanzas. Incluso sus propios tíos, los padres de Portia, habían renegado de él, actuando como si no fueran familia. Esta se lo había echado en cara y, oponiéndose a sus dictámenes, continuó manteniendo la relación con él.

Al principio, se ofreció a prestarle dinero, algo a lo que él, por supuesto, no accedió; después, se tomó como tarea personal conducirlo por el «buen camino», temerosa quizá de que siguiera los pasos de su padre. No le permitió esconderse bajo un caparazón de autocompasión y lo arrastró como su acompañante a todas las fiestas y eventos que se celebraron en Londres durante esa temporada, sin importarle los rumores que sus actos acarreaban.

Fue en una de esas ocasiones cuando una de las queridas amigas de su prima —una joven bastante tímida, que solía permanecer sentada durante los bailes— se quedó sin acompañante para asistir a la fiesta que celebraba la condesa Winterbourne. Portia, a quien las causas desesperadas e imposibles parecían atraer como la luz a las polillas, se erigió en paladín de la muchacha y decidió que la escoltaría él, a lo que accedió de mala gana. Fue complaciente y sonrió en todo momento, tal y como le había ordenado Portia, aunque no fue demasiado difícil. Descubrió que, a pesar de su timidez, lady Emily Thouston era ingeniosa, divertida y de conversación amena una vez traspasabas sus defensas. La noche resultó un inesperado éxito para la joven, que pronto estableció un compromiso matrimonial con un caballero de posibles. «Si te dedicaras a esto», le había dicho Portia medio en broma, «pronto liquidarías las deudas de tu padre». Y él se tomó en serio el consejo.

—¿Me estás escuchando, Percy? —Oyó que le decía su prima.

—La verdad es que no. —En algún momento había cerrado los ojos, con la cabeza reclinada contra el respaldo de la butaca. Entre los recuerdos y el calor que desprendía la lumbre en la chimenea de mármol, lo había vencido el sopor—. ¿Qué me decías?

Escuchó el resoplido molesto de la joven.

—Ya que estoy realizando un trabajo para ti, lo mínimo que puedes hacer es prestarme atención cuando te hablo —lo reprendió.

—Querida Portia, si trabajas para mí es porque no puedes dejar de meter tu preciosa nariz en mis asuntos. Tú cotilleas sobre las damas que solicitan mi compañía y yo gano una estupenda secretaria y asesora. Es un buen negocio, ¿no te parece?

—No niego que me interesa saber quién te escribe, pero lo hago solo por tu bien. —Su tono sonó encrespado—. ¿Ves esto? ¿Sabes lo que es?

Percival volvió la cabeza para mirarla y la vio agitar un grueso fajo de cartas.

—¿Mi sustento para los próximos meses? —bromeó.

—No seas bobo —lo amonestó—. Son las cartas que te envían las viudas. Cada vez hay más de ellas…

—¿Insinúas que las damas envenenan a sus esposos para poder disfrutar de mi compañía? —señaló, arqueando una ceja burlona—. Es halagador, aunque improbable.

—¡Por el amor de Dios, Percy! ¿Es que no puedes hablar en serio por una vez? Estas… devoradoras de hombres —completó en un tono que parecía que le dolieran las muelas— solo pretenden atraparte en un matrimonio.

—Vamos, Portia, no creerás de verdad eso, ¿no? Saben que no poseo ni un penique, ¿para qué demonios querrían casarse conmigo?

Portia apretó con fuerza los puños hasta que los nudillos se le volvieron blancos y tuvo que respirar hondo para controlar la rabia que la inundó por dentro. Su primo era un hombre maravilloso, pero, al igual que todos —al menos los que ella había conocido hasta ese momento—, poseía muchos defectos. Entre ellos, el que más la molestaba era el poco valor que se daba a sí mismo. La carencia de afecto por culpa de la temprana muerte de su madre y el total abandono de su padre, además del rechazo de la sociedad al carecer de fortuna, le habían hecho creer que no había en él nada merecedor de ser amado. Lo cual no era en absoluto cierto. El problema residía en que nadie se tomaba la molestia de conocerlo de verdad y en que Percy no facilitaba las cosas con su actitud.

—¿Además de porque eres uno de los hombres más atractivos de Londres, un amante extraordinario, según los rumores, y de que posees el título de duque? —replicó con marcado sarcasmo al tiempo que se acercaba a él y depositaba un fajo de cartas en la

mesilla que había junto a la butaca—. Cualquier mujer haría lo que fuera por convertirse en duquesa, sobre todo, si está ya en posesión de una notable fortuna y solo desea medrar en la escala social. Por eso, creo que deberías dejar lo de ser acompañante y casamentero y sentar cabeza. Busca a una dama adecuada para ti, cásate y forma una familia.

Tras darle este último consejo, se dirigió hacia uno de los armarios que había en la salita y sacó del interior un par de copas y una botella de coñac francés. La primera vez que la vio en aquel estante, Percy le contó que se trataba de licor de contrabando, aunque después aseguró que se la había regalado su amigo Darius —a quien ella no conocía todavía— cuando regresó a Inglaterra, a finales de noviembre del año anterior, después de haber sido herido en la batalla de Leipzig.

Llenó las dos copas y le ofreció una a su primo, que la aceptó distraído mientras ojeaba las cartas que le había dejado a un lado. Solía dividir la correspondencia en diversos montones: uno para las viudas, otro para las damas casadas y otro para las solteras. Si desconocía a alguna de las remitentes, colocaba la carta aparte. Luego escogía entre todas las que consideraba que valía la pena que Percy atendiera y se ocupaba de responder al resto con una negativa clara. Las que acababa de depositar sobre la superficie de madera pertenecían al grupo de las solteras. En su opinión, entre todas las peticiones, estas resultaban las más inofensivas, ya que se trataba de jóvenes que, con seguridad, solo deseaban la compañía de su primo para acudir a algunos bailes y atraer así la atención de los caballeros.

Tomó un sorbo del licor ambarino y sintió cómo le quemaba las entrañas. Sus padres pondrían el grito en el cielo si se enteraban de que bebía coñac, pero a ella le agradaba aquel sabor ardiente y, además, la tranquilizaba.

—¿No vas a contestarme? —lo instó, dejándose caer de forma poco femenina en la butaca contigua.

Percival levantó la mirada de la carta que había estado ojeando y posó los ojos sobre el precioso rostro de Portia unos instantes.

—¡Hum! Tal vez debería buscarte un pretendiente para que dejes de inmiscuirte en mi vida —respondió finalmente.

—Gracias, pero puedo arreglármelas yo sola. Además, solo tengo veintiún años —le recordó. Su presentación había sido a los dieciséis y sus padres no dejaban de insistir en que aceptara un compromiso, lo que siempre derivaba en una discusión con ellos—. Quiero vivir y divertirme todo lo que pueda antes de tener que atarme a un hombre para el que no seré más que un mero adorno y que se deleitará en darme órdenes e indicaciones de cómo debo comportarme.

Sonrió con amargura al escucharla. La mayoría de sus pares respondían a la descripción que ella había hecho de los hombres, por eso él no había puesto ningún empeño en animarla a contraer matrimonio. Al contrario que sus tíos, deseaba que Portia fuera feliz y que escogiera cuándo y con quién deseaba casarse. Mientras tanto, seguiría aprovechándose de sus conocimientos sobre la guía de Debrett's para decidir qué peticiones atender de entre todas las que le llegaban.

—Pues ahí tienes el motivo. Yo también quiero vivir y divertirme. Además —añadió al ver que se disponía a interrumpirlo—, todavía quedan deudas por pagar.

No tenía intención de dejar de lucrarse ejerciendo de acompañante y, mucho menos, de tomar esposa. No necesitaba una víbora de lengua afilada para calentar su cama. Odiaba la hipocresía que destilaban la mayoría de las damas de la alta sociedad, que le negaban la palabra en público y le sonreían entre sábanas de seda.

—Algún día te enamorarás —la oyó farfullar, casi como si le enviara una maldición.

Dio un trago a la copa de coñac para ocultar la sonrisa que asomó a sus labios y tomó otra de las cartas. Le sorprendió la dirección del remitente, provenía de York.

—¿Conoces a la señorita Sophie Frampton? —le preguntó, intrigado por que hubiera colocado la misiva en el montón perteneciente a las damas solteras.

—No me suena ese nombre, ¿quién es?

Percival sacudió la cabeza. Lo más probable era que, distraída con la conversación, hubiese cometido un error y colocase la carta en un montón que no le correspondía.

Por lo general, no solía atender peticiones de personas extrañas que no viniesen recomendadas por algún conocido, ya que eso requería una entrevista previa más exhaustiva para no ir a ciegas. Sin embargo, la elegante caligrafía, de letra regular y trazos firmes le llamó la atención. Rompió el lacre del sobre y lo asaltó de inmediato un suave aroma floral que inundó sus fosas nasales. Se trataba de un perfume agradable, que le trajo a la mente la imagen bucólica de una pequeña casa de campo rodeada de jardines, muy distinto de las fragancias que muchas damas solían usar y que apenas permitían respirar a sus acompañantes.

—Nadie que deba preocuparte —le aseguró. No deseaba que ella le quitase la carta. Tenía curiosidad por saber qué podía querer de él un ratoncillo de campo.

—Lo siento, Percy, debo marcharme. Le aseguré a mamá que estaría en casa antes del mediodía —dijo Portia, observando la hora que marcaba el reloj de la repisa de la chimenea. Dejó la copa sobre la mesilla y se dirigió hacia la puerta—. No te preocupes por mí, querido primo, el bueno de Ned se encargará de escoltarme hasta la entrada y de despedirme en tu nombre —añadió con ironía al ver que se hallaba tan enfrascado en la lectura que ni siquiera alzó la cabeza—. Nos vemos esta noche en el baile de lady Blayton.

Percival no fue consciente del momento en que su prima abandonó la estancia, atrapado como estaba por la lectura. El estilo era muy formal, aunque nada rebuscado. Sin embargo, lo que más le llamó la atención fue la petición. La mujer le informaba de que deseaba conocer Londres, ya que nunca antes había estado en la ciudad, para lo cual solicitaba sus servicios como acompañante. Lo

insólito era que adjuntaba una especie de contrato que contenía los lugares que deseaba visitar y una cláusula: «No habrá contacto físico entre los dos». Además, al contrario que otras damas, que le ofrecían la suma de libras que quisiera con tal de conseguir que las acompañara, esta le decía que estipularía un precio justo como pago por dichos servicios. También le pedía que remitiera la respuesta a la dirección indicada en el sobre.

Apoyó la carta sobre el regazo y una sonrisa divertida se insinuó en sus labios mientras contemplaba aquel pedazo de papel.

—Interesante. Ha despertado usted mi curiosidad, señorita Sophie Frampton —musitó para sí.




CAPÍTULO 5

Lady Blayton era una de las mayores cotillas de Londres. Quizá por eso sus fiestas contaban siempre con innumerables invitados, ya que admitía a cualquier miembro de la alta sociedad. Si este tenía, además, una reputación dudosa, tanto mejor, pues suponía una fuente continua de rumores.

Cuando Percy entró en Blayton House, arrugó la nariz ante el ambiente sobrecargado que se respiraba en el salón de baile, a pesar de que los grandes ventanales que daban acceso a la terraza y al jardín se hallaban abiertos. Flotaba en el aire el olor ligeramente dulzón de la cera de las numerosas velas que ardían en las lámparas de araña que colgaban del techo, junto con las fragancias de los perfumes de las damas y el aroma de las flores que adornaban el lugar.

Echó un vistazo alrededor para intentar localizar a Portia entre la multitud. Con toda seguridad, estaría pensando que ya no iba a acudir, puesto que había llegado tarde. De hecho, Ned había tenido que recordarle que debía asistir al baile. A pesar de la premura, se tomó su tiempo para vestirse con las mejores galas. Londres era un gran teatro y la nobleza británica, actores que salían continuamente a escena para ver y ser vistos. Él estaba más que dispuesto a representar un papel principal en aquella obra.

Los murmullos se extendieron conforme avanzaba por el salón y una sonrisa socarrona le curvó los labios. Sabía que a algunos de los presentes les habría encantado que, en ese momento, le hubiera caído un rayo, partiéndolo en dos, o que se lo hubiera tragado la tierra. «Por fortuna, no son todos», pensó al ver aproximarse la figura rechoncha de lady Blayton.

—¡Ah! Ha llegado nuestro pequeño ángel de Londres —comentó la mujer cuando se detuvo frente a él.

Percy contuvo la risa. No podía decirse que fuese «pequeño», con su metro noventa de estatura, aunque lo más gracioso era que la dama, de edad indefinida, no sobrepasaba el metro y medio. Tenía el aspecto de un pequeño hurón, con ojillos redondos y siempre curioseando por todas partes a la caza de algún rumor.

—Buenas noches, lady Blayton. Le agradezco la invitación —dijo al tiempo que tomaba la mano regordeta, cargada de anillos, que ella le ofrecía—. Siempre es un placer asistir a sus fiestas.

La mujer sonrió. Expectante, su mirada vagó por los alrededores, como si buscara a alguien.

—Veo que hoy no trae acompañante. —Un velo de decepción le cubrió el semblante y frunció los labios en un puchero infantil.

—Y yo que creía que usted me invitaba porque le agradaba mi compañía —repuso él con tono teatral, llevándose la mano al pecho como si lo hubiera herido—. Si hasta había pensado pedirle que se fugara conmigo.

Lady Blayton le dio un golpe en el brazo con el abanico.

—Tiene cara de ángel, lord Rokewood, pero a mí no me engaña: es usted un apuesto demonio y un sinvergüenza encantador. Y, si no fuera por mi edad, le habría tomado la palabra.

—Y por lord Blayton —apostilló él. Todo el mundo sabía que el conde adoraba a su esposa. A pesar de que el suyo había sido un matrimonio de conveniencia, como tantos otros, al final el amor había triunfado. Algo por lo que muchos de sus pares los envidiaban.

—¡Oh, querido! No estoy tan senil como para no darme cuenta de las diferencias que existen entre ambos —le aseguró. Sus ojos

brillaron con placer cuando recorrió las líneas duras y firmes de su cuerpo que quedaban marcadas por el frac, de un tono azul oscuro con botones dorados, así como por el elegante chaleco blanco y por los ajustados calzones beis hasta la rodilla y las medias de seda—. Pero ya me he acostumbrado a la compañía de ese viejo cascarrabias. Bien, deseo que la velada sea de su agrado, lord Rokewood, y espero que la próxima vez —añadió, blandiendo hacia él el abanico como si fuera una espada— se presente a mi fiesta con una compañía adecuada, o no será bien recibido.

—Descuide, *milady*, lo tendré presente. —Le dedicó una sonrisa traviesa que provocó un sonrojo en las ajadas mejillas de la dama.

Rodeó el perímetro de la pista de baile, en la que varios invitados se habían colocado ya para la siguiente pieza que comenzaba a sonar en esos momentos, y se dirigió hacia donde había visto a Portia. Algunas personas tuvieron la cortesía de saludarlo y otras se apartaron de su camino, volviéndole la espalda. Eran aquellos que veían su labor de acompañante como un escándalo en toda regla, a pesar de que hubiese sido admitido en los salones de Almack's por lady Castlereagh o la condesa de Jersey.

Estaba a punto de alcanzar a su prima cuando alguien lo agarró del brazo. Su cuerpo se tensó de inmediato, como si se preparara para una batalla, pero la tirantez se trocó en fastidio al ver de quién se trataba. Con un movimiento firme y decidido se desprendió del agarre femenino.

—Buenas noches, lady Waverly —la saludó con tono seco, a pesar de que hubo un tiempo en que fueron amantes.

Ella ignoró el desaire y esbozó una sonrisa seductora.

—Qué agradable sorpresa encontrarte aquí, Percy. Hace mucho tiempo que no nos vemos. ¿Debo suponer que no te llegaron mis cartas? —Su voz se tiñó de un matiz cínico—. Me dolería pensar que has estado evitándome.

—Pues siento ser el causante de tal dolor, porque, en verdad, eso es lo que he hecho —repuso con ligereza.

Los sensuales labios femeninos se contrajeron en un gesto de irritación que disimuló de inmediato con una sonrisa falsa.

—Siempre tuviste un extraño sentido del humor, querido, pero eso es algo que me gusta de ti. —Se inclinó hacia él para susurrarle al oído—. Entre otras muchas cosas, como tu forma de acariciar mi cuerpo o los gemidos roncos que brotaban de tu garganta cuando te tocaba…

—No sigas por ahí, Lavinia —la cortó con dureza y apartó la mano que ella le había apoyado sobre el pecho—. Lo nuestro hace tiempo que terminó y debes aceptarlo.

—¿Por qué no podemos estar juntos? Sé lo que necesita tu cuerpo.

«Pero no sabes lo que necesita mi alma», pensó él, contemplando a la mujer. Era una belleza sensual de cabello cobrizo y hechiceros ojos verdes, con una figura voluptuosa y provocativa. Poco después de convertirse en duque, cuando su vida era un caos sin sentido, se había arrojado en sus brazos para buscar el olvido. Siendo viuda, Lavinia le había asegurado que ella solo deseaba algo de compañía con la que sobrellevar la soledad.

Había disfrutado de los encuentros sexuales, al menos, hasta que ella comenzó a mostrarse demasiado celosa y posesiva. Cuando comprendió que Lavinia se veía a sí misma como la futura lady Rokewood, cortó la relación. En un primer momento, esta pareció aceptar la ruptura, aunque, en realidad, no había sido así. Después de un tiempo, comenzó a perseguirlo. Al principio fue sutil, con encuentros que parecían casuales; luego se volvió insistente, con celos tan absurdos que se preguntó si no habría perdido la razón.

—No tengo intención de volver contigo —reiteró Percy con tono cansado—, así que sería mejor que abandonaras estos juegos de seducción y te buscases otro amante.

Ella le sonrió, pero sus labios carnosos estaban cincelados con un rictus de dureza y el verde de sus ojos se volvió de un tono sombrío.

—¿Crees que no sería capaz de seducirte de nuevo?

Él la observó, enfundada en aquel vestido confeccionado en una delicada muselina de color marfil que se ceñía bajo el busto con una cinta de satén del mismo tono verde que sus ojos. El escote recto apenas servía para contener los generosos senos, hacia cuya visión se veían atraídos los ojos gracias al colgante, con una perla en forma de lágrima, que reposaba justo en el valle que formaban estos. Llevaba el cabello recogido en bucles, al estilo romano, que mostraba la elegancia del esbelto cuello y los pendientes de perlas que colgaban suavemente a ambos lados. Completaban el atuendo unos guantes largos de color verde y un primoroso abanico de encaje.

Era, sin duda, una mujer tentadora, pero hacía tiempo que había perdido el encanto para él. Estaba a punto de responderle cuando una voz lo interrumpió:

—Estabas aquí, Percy, te he buscado por todas partes. Lady Farrington deseaba hablar contigo.

Miró a Portia, que lucía una advertencia en sus ojos azules, heredados de la larga estirpe de descendientes de los Alcock.

—Vaya, te has traído a tu perro guardián —comentó Lavinia con desdén.

—Así es, lady Waverly —replicó la joven, esbozando una sonrisa, mezcla de cortesía e inocencia, al tiempo que se colgaba del brazo de su primo, cuyos músculos se habían endurecido a causa de la tensión—. Como bien sabe, no hay nada mejor que un perro de presa para ahuyentar a las zorras. Que disfrute de la velada, *milady*.

Se alejó de allí, remolcando a Percival, que la contemplaba entre divertido y horrorizado.

—Tienes una lengua demasiado afilada, querida prima.

—Gracias.

Percy puso los ojos en blanco.

—No era un cumplido. —Sacudió la cabeza, exasperado—. ¿Te das cuenta de que con tus palabras te has ganado una enemiga? Lavinia es rencorosa.

—¡Oh! No creas que eso me asusta. Sé defenderme, te lo aseguro.

—No me cabe la menor duda. Las mujeres sois temibles cuando os provocan.

—Pues, entonces, deberías aprender —lo reprendió, sin cambiar la expresión sonriente del rostro cuando saludó a unos conocidos—. ¿Acaso pretendías atraer más rumores sobre ti hablando con esa arpía?

—¿De verdad tienes solo veintiún años? Me recuerdas a una de esas venerables matronas… ¡Auch! —Se quejó cuando ella le pellizcó el brazo.

—Si fueras capaz de cuidar de ti mismo, no tendría que hacerlo yo.

—Me ofendes, prima —replicó con un fingido tono altanero.

—Dudo que haya algo que pueda atravesar esa piel dura que tienes —bufó Portia. Si bien Percival parecía inmune a las críticas de sus pares, estaba segura de que, de algún modo, debían dolerle. No era tan insensible como aparentaba, a pesar de la sonrisa burlona que curvaba sus labios en esos momentos.

—Tan encantadora como siempre, querida. Me extraña que no tengas cientos de pretendientes a tus pies. —De no haberse distraído, probablemente Portia le habría respondido con algún comentario punzante, pero algo había captado su atención—. ¿Qué sucede?

Se percató de que el ambiente parecía haber cambiado de pronto en el salón. Aunque la música seguía sonando, había un suave bisbiseo de fondo, como el zumbido de cientos de abejas. Esperaba que la causa no fuese el encuentro con Lavinia.

—Ha llegado alguien —contestó su prima—. Y luce mucho más interesante que tú.

—¡Ah!, ¿sí? —Dirigió la mirada hacia la entrada y una sonrisa genuina le iluminó el rostro—. Ven, déjame que te presente a mi amigo Darius.

«Así que este es el conde de Blackthorn», se dijo Portia mientras se acercaban al hombre. Ciertamente, tenía porte militar, a pesar de vestir calzones blancos hasta la rodilla y medias del mismo color,

además de la ajustada chaqueta del frac negro —el mismo tono que su cabello—, con botones forrados, y un parche que le cubría el ojo derecho.

—¡Darius!

Observó cómo aquel rostro, tenso hasta ese instante, se le relajaba un poco al saludar a su primo; sin embargo, la ligera curvatura de placer en los labios no iluminó su único ojo, de un gris brillante. Sintió un cosquilleo en el estómago. Ahí tenía un nuevo desafío: devolver la sonrisa a aquel apuesto semblante.

—Darius, creo que no conoces a mi prima, lady Portia Alcock.

—Es un placer, *milady*. Darius Hastings, lord Blackthorn, para servirla.

Habría creído en la sinceridad de aquellas palabras de no haber sido por el músculo que le palpitaba en la mandíbula, fruto de la rigidez que acompañó la presentación.

«¡Oh, sí! Me encantan los desafíos».




CAPÍTULO 6

Percival sirvió una copa de brandi y se la entregó a Darius. Luego llenó otra para él y se acomodó en la butaca contigua a la suya, frente a la chimenea de mármol —que Ned había encendido esa mañana— de la biblioteca.

Dos noches atrás, tras saludarlo en el baile de lady Blayton y hablar apenas unos instantes, acordaron verse de nuevo en un lugar más tranquilo para poder conversar sin que todo el mundo estuviese pendiente de sus movimientos y cuchicheando a su alrededor. Lo había citado en Rokewood House, mucho más adecuado para sus propósitos que el White's. En el club, muchos caballeros se habrían acercado para saludar al conde y obtener noticias de primera mano sobre la guerra contra Napoleón, algo que, sospechaba, habría desagradado a su amigo. De hecho, Darius había abandonado la mansión Blayton casi de inmediato.

Lo observó de reojo mientras saboreaba el licor. No quedaba en él nada del joven alegre y despreocupado que había sido. Su piel se había vuelto mucho más oscura a causa de la exposición al sol y alrededor de la boca había un rictus de dureza. El rostro, con el parche que le cubría el ojo derecho, lucía tenso.

—¿Tú también quieres saber cómo me lo arrancaron? —le preguntó Darius, de repente, mientras su mirada permanecía

clavada con fijeza sobre el fuego del hogar.

Percival frunció los labios en una mueca de contrariedad. No deseaba incomodarlo. Desde su regreso, en las ocasiones en que lo había visitado en su casa, había hablado poco y nunca de la guerra. Sabía que cuando estuviese preparado se lo contaría todo, si es que alguna vez lo estaba.

—En absoluto. Créeme, amigo mío, no me interesan los detalles.

—Pues te sorprendería saber cuántas damas desean conocerlos —le aseguró el conde. Un matiz de cinismo se filtró en su tono. Su único ojo se clavó en el líquido ambarino que reposaba en el fondo de la copa.

—Me alegro de que estés vivo. Me basta con eso.

La seriedad con la que pronunció estas palabras hizo que Darius se volviera a contemplarlo. Tras unos instantes, se relajó lo suficiente para apreciar el licor.

—Es un buen brandi —comentó.

El duque esbozó una ligera sonrisa y se encogió de hombros con indolencia.

—No está mal. Los he probado mejores.

Ambos saborearon la bebida en un silencio que crepitaba entre ellos como los leños en el alegre fuego que chisporroteaba en la chimenea.

Darius estuvo tentado de tocarse el parche, pero se contuvo con esfuerzo y se frotó la frente con las yemas de los dedos. Sufría constantes dolores de cabeza y, en ocasiones, sentía que también le dolía el ojo, a pesar de saber que no podía ser, puesto que solo tenía una cuenca vacía y una horrible cicatriz.

—Fue un infierno —declaró de pronto en voz baja. Luego pareció sumirse en un estado catatónico, como si su mente hubiese viajado de nuevo a aquel día, el 18 de octubre de 1813, antes de proseguir la narración en un tono desprovisto de emoción—. Llegamos a Paunsdorf, un pueblo al sureste de Leipzig. El olor a pólvora y a sangre llenaba el aire, junto con el humo que provocaba la detonación de los cañones. El sonido de los disparos de los

mosquetes era incesante, como los gritos de los que caían heridos de muerte. Yo estaba bajo las órdenes del capitán Richard Bogue, que comandaba la segunda tropa de la Brigada Británica de cohetes. Los soldados que los portaban tenían que colocarse a una distancia corta para que fueran efectivos, pero la infantería francesa se hallaba bien parapetada tras los muros de los jardines y las ventanas de las casas del pueblo. Fue un combate encarnizado. Cuando el ejército enemigo comenzó a retirarse, el capitán ordenó a nuestro escuadrón de caballería que lo persiguiera. Creímos que la batalla estaba ganada, sin embargo, no contamos con los escaramuzadores. —Permaneció en silencio unos instantes. Apretaba el pie de la copa con tanta fuerza que Percival pensó que la quebraría—. El capitán Bogue recibió un disparo en la cabeza y murió en el acto. Yo no tuve tanta suerte con la maldita bayoneta francesa…

Percival notó un fuerte nudo en el estómago. ¿De verdad Darius habría preferido estar muerto? Era cierto que a él se le pasó por la cabeza la idea de quitarse la vida tras el fallecimiento de su padre, aunque en esos momentos, si echaba la mirada atrás, consideraba que habría sido un error enorme llevarlo a cabo. Hacía falta el paso del tiempo para colocar las cosas en su justa perspectiva. Confiaba en que su amigo no se precipitara a tomar decisiones equivocadas.

—¿Qué vas a hacer ahora? —Quiso saber. Suponía que no continuaría en el ejército.

—He renunciado a mi comisión —le dijo, como si respondiera a sus pensamientos. Los labios se le curvaron en una mueca de burla cuando añadió—: ¿Para qué querría el ejército de Su Majestad un teniente inservible, un inválido al que tendrían que cuidar constantemente? Soy incapaz de estimar las distancias o de percibir la profundidad de las cosas y mi visión periférica está reducida de tal forma que apenas tengo capacidad para detectar movimientos o elementos del entorno. Si bailase con una dama en el interior de un salón, probablemente chocaríamos contra el resto de las parejas. —Parecía reírse de sí mismo, como si aquello no le importara, pero Percy sabía que no era así—. ¿Sabes cuánto tardé en adaptarme a

caminar teniendo un solo ojo? Tuve que aprender a mantener el equilibrio de nuevo y…

—Pero lo conseguiste —lo interrumpió, intentando detener esa pendiente resbaladiza por la que parecía descender hasta un pozo profundo—. Y, seguramente, con el tiempo podrás hacer otras muchas cosas.

Durante unos instantes, Darius permaneció en silencio y a él lo asaltó la preocupación de que pensase que trataba con demasiada banalidad su situación.

—El gobierno me ha ofrecido colaborar en una misión —añadió después de un tiempo—. Quieren que me haga cargo de ciertas investigaciones. Sospechan que en los círculos aristocráticos hay alguien que espía para los franceses y que les manda información sobre las tropas y los planes de ataque. Me pidieron que averigüe de quién se trata.

—¿Vas a encargarte de ello?

—Tendría que asistir a fiestas, a bailes, al White's, a las funciones de ópera o al teatro en el Covent Garden… ¿Sabes? Mi madre no dejaba de insistir en que me reincorporase a la vida social y ocupase el lugar que me corresponde como conde de Blackthorn. —Un tono mordaz volvía a impregnar su voz—. Y yo, como devoto hijo, cumplí ese deseo asistiendo al baile de lady Blayton. Pero no soporto las miradas condescendientes y compasivas de las damas, ni las palmaditas orgullosas de los caballeros que me consideran un héroe. Así que creo que me retiraré a nuestra mansión en Surrey para contar ovejas. Es para lo único que sirvo ahora —añadió en un murmullo bajo antes de apurar el contenido de la copa.

Percival odió la amargura que rezumaban las palabras de su amigo.

—No creo que a tu administrador le agrade que le usurpes el puesto —replicó con desenfado—. Además, creo recordar que tú les tenías miedo a las ovejas.

Los labios de Darius se curvaron apenas en una media sonrisa. Desde que eran estudiantes en Eton, Rokewood solía acompañarlo a

pasar las vacaciones de verano en la casa solariega de los Hastings, algo que su padre, el duque, permitía con agrado, pues le convenía no tener que ocuparse de Percival.

—Eso no es cierto —lo contradijo—. Es solo que no me gustaba esa forma rara que tenían de mirarme.

Vio cómo él arqueaba una ceja y luego se reía suavemente. Chasqueó la lengua con fastidio, aunque, por primera vez desde que había despertado en un hospital de campaña sin un ojo, tuvo ganas de reírse también.

—Es la excusa más penosa que he escuchado en mi vida.

Darius se encogió de hombros.

—¿Tú no les tenías miedo a los gatos?

—No era miedo, sino respeto. Cuando era niño, la señora Senton, la cocinera de Rokewood House, solía decirme que los gatos siempre venían acompañados por una bruja…

La puerta se abrió de repente de forma brusca.

—¿Estás aquí, Percy?

Torció el gesto al escuchar el tono airado de Portia.

—Hablando de brujas… —Dejó escapar un suspiro resignado y alzó un brazo por encima del respaldo de la butaca para que ella lo viera.

—Aquí estoy, mi querida prima. Intentando disfrutar de un poco de paz, hasta que has llegado.

Se oyó un bufido femenino y Percy vio que Darius alzaba una ceja. Sacudió la cabeza para indicarle que era mejor no preguntar.

—Tu caballerosidad resulta abrumadora. ¿Se puede saber por qué diantres no has respondido a mi mensa…? —Detuvo la perorata cuando se colocó frente a las butacas y descubrió que había en ellas un ocupante inesperado—. Lord Blackthorn, ¡qué agradable sorpresa!

Portia frunció el ceño cuando él se limitó a responder con un gruñido, en vez de usar una recíproca cortesía.

—¿Qué mensaje? —Se interesó Percy.

Ella lo ignoró.

—Por lo visto, la educación que imparten en Eton deja mucho que desear —masculló con irritación—. ¿Nunca ha escuchado hablar de los buenos modales, lord Blackthorn?

Darius la observó. El gris plata de su único ojo adquirió de pronto el tono de una nube de tormenta.

—Los perdí en la guerra, *milady*.

—¿Qué mensaje? —insistió Percival, buscando desviar la atención de los dos antes de que la sangre llegase al río. Nunca había conocido a dos personas que se cayesen tan mal a primera vista.

En esta ocasión, ambos lo ignoraron, y él volvió a suspirar. Resultaba inútil luchar contra dos fuerzas de la naturaleza, así que se limitó a escuchar y ver en qué acababa aquello.

—¡Oh! Lo lamento. No era mi intención recordarle sus desgracias —respondió Portia, impostando la voz en un falso tono dulce. Apretó los labios en una fina línea y enderezó la espalda—. ¿No le parece que en lugar de gruñir cada vez que alguien le dirige la palabra, podría esforzarse por ser un poco más amable? Quizá así desaparecería esa aura oscura en la que parece decidido a encerrarse.

Darius arqueó una ceja, entre molesto y sorprendido por su audacia. La insolencia de la joven era casi refrescante, una pequeña brisa en la atmósfera densa de su negatividad.

—¿Y quién le ha dado permiso para iluminar mi penumbra, *milady*? —replicó, con un tono sarcástico que no pudo evitar.

El enfado era palpable en aquel único ojo que la contemplaba, pero había en su mirada un brillo de interés que no se le escapó a Portia.

—Quizá un pequeño destello de luz no le haría daño, conde. —Le dirigió una sonrisa pícara.

—¿Cree que bastan un par de sonrisas y un puñado de palabras para curar el dolor y olvidar la realidad? —Darius se cruzó de brazos, aunque en el fondo le inquietaba la forma en que la chispa de su espíritu lo desafiaba.

—Tal vez no, pero ¿qué es lo peor que podría suceder si se expone a ellas? ¿Que siga siendo un conde amargado, sin un ojo y con un corazón cubierto de telarañas?

—¡Portia! —intervino Percy, alarmado por el cariz que había tomado la conversación. La provocación había creado una tensión crepitante entre ellos, por eso, le sorprendió cuando vio que Darius esbozaba una sonrisa de medio lado, un gesto que nunca pensó que se le podría escapar después de lo que había oído.

—Si nunca intenta correr el riesgo, se quedará atrapado en su propio campo de batalla interno —continuó ella.

Su voz resonó con una verdad que chocó contra la armadura de su cinismo. Darius sintió una punzada de curiosidad por aquella mujer que se atrevía a poner en entredicho no solo su pasado, sino también su presente.

—No todos los conflictos se resuelven con palabras, *milady*. —Dejó la copa vacía sobre la mesilla y se levantó—. Creo que es hora de marcharme.

Percy se puso en pie también y lo acompañó hasta el vestíbulo, tras dirigirle a su prima una mirada de reproche.

—Lo lamento. Portia a veces habla demasiado, aunque no tiene mala intención.

—No hace falta que te disculpes —le aseguró, estrechando la mano que él le ofrecía. Los labios se le curvaron en una mueca de amargura—. Al menos, no me ha tratado como a un inválido.

El duque asintió, comprendiendo a qué se refería. «Bien hecho, Portia», pensó.

—Entonces ¿te irás a Surrey, como has dicho?

Darius se puso el redingote y los guantes que le entregó un lacayo y tomó su sombrero y el bastón.

—Puede que acepte el encargo del gobierno —le dijo, antes de abandonar la mansión.

Percival regresó de nuevo a la biblioteca y cerró la puerta tras él. Portia lo aguardaba con la barbilla alzada, en un gesto de desafío. Estaba seguro de que creía que la iba a reprender y tal vez se lo

habría merecido si el resultado de su impetuosidad no hubiese sido tan inesperado como positivo.

—Bien, ¿de qué mensaje me hablabas?

Ella inclinó la cabeza ligeramente y lo observó con atención.

—¿No vas a decirme nada acerca de mi comportamiento?

—Los dos sois mayorcitos para saber lo que hacéis. A mí no me inmiscuyáis en vuestra guerra personal. —Esperaba estar haciendo lo correcto. Ojalá esa inclinación de su prima hacia las causas perdidas lograse devolverle el ánimo vital a Darius—. Así que, ¿por qué estás aquí?

—Quiero que vengas de compras conmigo. —Lo tomó del brazo y lo arrastró hacia la puerta—. Y en el camino me cuentas por qué quieres que entreviste a una tal señorita Frampton.




CAPÍTULO 7

York.
Últimos días de febrero de 1814

«Debo haber perdido por completo el juicio».

Ese fue el pensamiento que se instaló en su mente desde el instante en el que se acomodó en el asiento del carruaje de posta, junto a sus compañeros de viaje. Un hombre obeso ocupaba el asiento frente a ella. Según le había dicho al presentarse, era comerciante de telas y viajaba a Birmingham por una cuestión de negocios. El otro viajero era una anciana dama que se dirigía a Barnsley para visitar a su hija, que acababa de dar a luz.

Durante las primeras millas del trayecto, la conversación fluyó de forma agradable. Sophie se dedicó a escuchar las anécdotas que ambos narraban, lo que le permitió no pensar demasiado en lo que estaba haciendo.

—Y usted, señorita Frampton, ¿a qué va a Londres? —le preguntó de pronto la anciana, cuyo apellido, creía recordar, era Simmons—. ¿Va a visitar a algún pariente?

«¿A qué va a Londres?». La pregunta se repitió como un eco en su mente. ¿Qué se le había perdido a ella en la capital? Despedirse de

Edith y Robert, del señor John y de todo el servicio de Frampton Manor le costó mucho más de lo que había imaginado. Era como si la hubiesen arrancado de la tierra en la que estaba plantada y en ese momento no supiera dónde hundir las raíces para no ser arrastrada por los vientos de la duda y el temor.

La sacudida que sufrió el coche cuando una de las ruedas se introdujo en un bache la sacó de sus cavilaciones, obligándola a contestar a la mujer, que aguardaba su respuesta.

—Tengo intención de visitar la ciudad.

—¿Nunca ha estado en Londres? —se interesó el señor Lambton, cuyos ojillos se achicaban aún más cada vez que hablaba, como si estuviera calculando el coste en chelines de cada palabra que pronunciaba—. Yo lo he hecho en varias ocasiones, ya que he establecido negocios con algunas sastrerías de alta confección. Es vibrante y bulliciosa; majestuosa y caótica a la vez. Un lugar en el que convive la elegancia de las mansiones de Mayfair o St. James con el aire denso y viciado a causa del hollín que desprenden las innumerables chimeneas y que tizna de negro las fachadas de ladrillo de los barrios más pobres e infectos de la ciudad.

A pesar del entusiasmo con el que hablaba el señor Lambton, Sophie no fue capaz de hacerse una idea de Londres. Imaginó que sería parecida a York, aunque un poco más grande.

—Yo estuve en una ocasión —intervino la señora Simmons—. Fue durante la coronación de su majestad, Jorge III, el 22 de septiembre de 1761. Mis padres me llevaron, aunque solo contaba nueve años. Recuerdo la larga procesión desde Westminster Hall hasta la abadía. Las calles se hallaban abarrotadas, lo mismo que las posadas y las habitaciones de alquiler. Todo el mundo deseaba ver al nuevo rey y a la reina. La multitud se congregó en las aceras desde muy temprano y llenó también las ventanas y los techos de las casas circundantes, así como las tribunas de madera que se habían construido para la ocasión. —Sus ojos brillaron con emoción contenida, como si estuviera de nuevo allí—. La coronación tuvo lugar a las tres y media de la tarde y, a pesar de que debería haberme sentido cansada por

las largas horas de espera, me encontraba llena de excitación. Después, por la noche, la gente continuó festejando el gozoso acontecimiento por las calles. El duque de Newcastle incluso encendió una hoguera fuera de su casa y regaló cerveza a la multitud, mientras que otros iluminaron las casas con farolillos.

—Debió de ser algo inolvidable —comentó Sophie cuando la mujer se sumió en un silencio nostálgico.

—Lo fue, querida —admitió, esbozando una sonrisa suave—. Aunque imagino que Londres ha cambiado mucho desde entonces.

—Sin duda —concordó el señor Lambton—. Es una ciudad que cambia constantemente, aunque sigue teniendo mucho que ofrecer a los visitantes. Además de los edificios más importantes, como el palacio de St. James, la abadía, el Museo Británico o los bellos parques que posee la *City*, le recomiendo que pida a su acompañante que la lleve a Regent Street. Aunque fue inaugurado recientemente, se ha convertido en un lugar reconocido por las tiendas de moda y alta costura.

«Su acompañante». La sola mención de la palabra provocó que se le encogiera el estómago y que le sobreviniera un conato de mal humor.

—Le agradezco la recomendación —respondió con educación, aunque no entraba en sus planes visitarla.

A pesar de que su prima Edith le había dicho que requeriría de un nuevo vestuario, ella entendía poco de telas y aún menos de estilo, por lo que sería inútil acudir a esa zona, cuyos establecimientos, además, serían excesivamente costosos. ¿Para qué iba a adquirir vestidos que luego no podría usar cuando volviera a York? Había metido en el baúl los más nuevos que poseía, así que debería bastar con esos. De cualquier forma, no era como si pretendiera encontrar un marido. Solo buscaba… «¿Qué busco en realidad?», se preguntó.

Sonó una corneta y el carruaje aminoró la marcha hasta que se detuvo con una brusca sacudida.

—¡Barnsley! —Se oyó anunciar al cochero—. Partimos en media hora.

Bajaron del coche y la señora Simmons se despidió de ellos, deseándoles un buen viaje. El señor Lambton le ofreció el brazo para acompañarla a la posada, donde podrían comer algo y aliviar sus necesidades antes de emprender de nuevo el viaje.

Cuando partieron de Barnsley, una madre con su hija pequeña y un joven caballero habían ocupado el lugar de la señora Simmons. Las siguientes paradas serían Huddersfield y Birmingham, donde pasarían la noche. Al día siguiente viajarían hasta Northampton, y el tercero llegarían a Londres.

Puesto que el silencio pareció imponerse en el interior del coche, Sophie aprovechó para sacar del ridículo la carta que le había enviado el duque de Rokewood en respuesta a su misiva. La desplegó y admiró de nuevo aquella escritura pulcra y elegante, de trazos firmes. Hablaba de un hombre seguro de sí mismo y, a juzgar por el contenido de los papeles, también en exceso arrogante y cínico.

Comenzó a leer la carta de nuevo y la irritación que la embargó cuando la leyó por primera vez volvió a apoderarse de ella.

Mi estimada señorita Frampton,

Tras recibir su misiva y leerla con la atención que merece, la singularidad de su propuesta me ha sumido en un estado de perplejidad que ha logrado alterar mi habitual aplomo.

Me alegro de que una dama de su talante práctico —como sin duda lo es, a juzgar por las letras concisas, sin florituras, y por el contrato adjunto a la carta— se avenga a realizar «negocios» con un caballero como yo. Su deseo de contar con mis modestos servicios como guía y acompañante en esta vasta y bulliciosa metrópoli es, sin duda, un halago que voy a considerar. Sin embargo, comprenderá que, antes de aceptar el encargo y, puesto que ha decidido vincular mi nombre con una formalidad contractual, también yo debo valorar la «mercancía» con la que voy a trabajar, reservándome el derecho de acceder o no a su petición. Si está de acuerdo con mi solicitud, concertaremos una cita para conocernos mutuamente.

Con respecto a la solicitud de establecer unos honorarios justos y la sorprendente inclusión de una cláusula que prohíbe el contacto físico entre nosotros, debo decir que el deseo de limitar la experiencia podría restarle un tanto su sabor. Por otro lado, el intento de amordazar mis impulsos más perversos podría ser visto como un desafío por su parte, aunque esto no podré juzgarlo hasta que no la conozca. Además, aunque su espíritu práctico choque con ese romanticismo seductor que usted atribuye a mi persona, ¿no cree que mis congéneres podrían acusarme de una imperdonable falta de educación si ni siquiera le ofrezco el brazo como corresponde a un acompañante?

Si aun así persiste en su intención de que nuestras sendas se crucen en un acuerdo formal, estoy, por supuesto, a su disposición para detallar las especificidades que usted desee, aunque he de advertirle que los caminos del destino son tan imprevistos como seductores.

Espero con impaciencia su respuesta, que sin duda considerará con la mente práctica que le caracteriza.

Con el mayor respeto, quedo de usted servidor,

Percival James Alcock

IV Duque de Rokewood

Sophie se contuvo para no arrugar la carta y arrojarla por la ventanilla del carruaje. La primera vez que la leyó, el tono burlón de sus palabras le hizo rechinar los dientes. Tuvo la sensación de que eran un desafío en sí mismas, como si el duque las hubiese escrito para que ella, escandalizada, se negase a continuar adelante con aquella locura.

En su caso, sin embargo, habían surtido el efecto contrario. De inmediato se había sentado frente al secreter y había comenzado a redactar una respuesta, mucho más escueta y concisa que la anterior misiva. En ella aceptaba encontrarse en esa cita sugerida por él, y le proporcionaba la dirección de la mansión de su primo

Robert, donde se alojaría mientras permaneciera en Londres, para que le hiciera llegar el día, la hora y el lugar del encuentro.

Por descontado que acudiría a la reunión —no era ninguna mojigata ni se apocaba con facilidad, por muy prepotente que se mostrase su adversario—, pero solo para demostrarle a aquel duque presuntuoso y pagado de sí mismo que podía arreglárselas perfectamente sin su ilustrísima persona.

CAPÍTULO 8

El carruaje sufrió una fuerte sacudida y Sophie apretó los dientes con fuerza cuando un latigazo de dolor le recorrió la espalda. A pesar de que hacía poco más de una hora que habían hecho una corta parada en St. Albans, en la que había podido dar un corto paseo para estirar las piernas, llevaba demasiado tiempo viajando en el incómodo asiento de aquel coche de posta. Sentía todos los músculos tensos y adoloridos.

—¡Por el amor de Dios! ¿Acaso este hombre quiere matarnos a todos? —comentó asustada la dama de mayor edad, de las dos que viajaban con ella, cuando el carruaje se zarandeó de nuevo. Su hija, que se hallaba dormida, ni siquiera se inmutó.

—A lo mejor se cree que es Faetón conduciendo el Carro del Sol —señaló, divertido, el joven caballero que había subido en Barnsley y que había resultado ser un estudiante.

—¿Y quién es ese tal Faetón? ¿Otro cochero loco? Deberían prohibirles conducir en estado de ebriedad.

Sophie contuvo una sonrisa ante la pregunta que la dama le dirigió, indignada, al joven.

—Era el hijo del dios Helio —intervino para responder a la cuestión y se ganó una mirada de admiración por parte del estudiante.

—Así es —continuó este—. Faetón quería demostrarles a sus compañeros que él era, verdaderamente, el hijo del dios del Sol. Cansado de las burlas, le pidió a su padre que le permitiera conducir el Carro del Sol para que nadie pudiese dudar de sus orígenes divinos. Helio se mostró reacio a aceptar, puesto que se requería una excepcional destreza para manejarlo sin contratiempos, mas, ante la insistencia del joven, claudicó. El carro debía discurrir por un sendero determinado, desde oriente a occidente, para proporcionar luz y calor a los mortales. Por el afán de lucirse ante sus compañeros, Faetón se salió del mismo y se acercó demasiado a la superficie de la Tierra. Los caballos se desbocaron y cabalgaron desenfrenados, causando una catástrofe que solo el dios Zeus pudo detener.

—¿Y qué ocurrió con ese tal Faetón? Espero que, al volver a su casa, su padre le diera una buena reprimenda.

El joven estudiante miró a Sophie y esbozó una sonrisa traviesa.

—No fue así, señora. Zeus, desde lo alto del Olimpo, fulminó con un potente rayo al desconcertado cochero, que cayó del carro y se hundió en las aguas del río Erídano, donde se ahogó.

—¡Jesús bendito! —La mujer se santiguó, temblorosa, y se aferró con más fuerza al asiento—. Espero que no nos ocurra lo mismo a nosotros. Morir ahogado en el Támesis debe ser horrible.

—No se preocupe, señora —la tranquilizó Sophie—. Estoy segura de que, fuera de unos cuantos moratones, llegaremos sanos y salvos a Londres.

—De hecho, ya estamos entrando en Aldgate —anunció el joven al mirar por la ventanilla—. Pronto nos detendremos en Fleet Street.

Aquello pareció sosegar a la atribulada mujer, que emitió un hondo suspiro de alivio.

—¡Gracias al cielo! Estoy deseando poner los pies en suelo firme. Aunque aún tendré que realizar otro corto trayecto en carruaje, ya que mi hijo vendrá a recogerme para llevarme a casa. ¿Viene alguien a buscarla? —le preguntó a Sophie, preocupada—. La zona de Fleet Street no es adecuada para que una joven dama como usted se

quede sola. Si quiere, puedo ofrecerle un sitio en nuestro modesto coche, mi hijo la acompañará a donde guste.

—Le agradezco el ofrecimiento, pero no será necesario. Alguien me estará esperando —le aseguró. Al menos así lo creía.

Antes de que partiera de York, su primo Robert se había encargado de enviar una carta al mayordomo, el señor Jenkins, para informarle de su estancia en Londres y pedirle que enviase un coche a recogerla el día de su arribo.

Redujeron la velocidad y Sophie sintió el traqueteo de las ruedas sobre los adoquines. Echó un vistazo por la ventanilla y frunció el ceño mientras se preguntaba cómo había podido saber el estudiante dónde se hallaban. Ella solo podía distinguir unas tenues luces que parecían flotar en medio de la espesa niebla que lo llenaba todo. Cuando el carruaje se detuvo con un movimiento brusco, un silencioso suspiro de alivio pareció brotar de todas las gargantas.

Se colocó los guantes y se ajustó la capa al cuello, pues el aire que entró en el interior al abrirse la portezuela era frío. Después de bajar el resto de los ocupantes, descendió del coche y un estremecimiento le recorrió el cuerpo. No supo si por el contraste con el cálido ambiente que acababa de abandonar o por encontrarse sola en medio de aquel trasiego de personas que llenaban el patio adoquinado con sus voces. Le sorprendió que, a pesar del tiempo pasado con sus compañeros de viaje entre charlas y confidencias, la llegada a destino los convirtiese en completos desconocidos. Ni siquiera pudo despedirse de ellos. El joven estudiante acudió al encuentro de unos compañeros, que lo recibieron con palmadas en la espalda y carcajadas, mientras que la dama y su hija tuvieron un feliz reencuentro con la familia.

Sophie alzó la cabeza hacia el cielo, pero ni una sola estrella asomaba en el oscuro manto que cubría la ciudad. Londres. Finalmente, allí estaba, sola en mitad del patio de una ajetreada posada. La voz de un muchacho la arrancó de sus pensamientos.

—¿Es este su equipaje, señorita?

Miró hacia donde él le indicaba y vio que, en efecto, se trataba de sus baúles. Uno grande y otro más pequeño.

—Sí, así es.

Tal y como le había aconsejado Edith, no portaba consigo demasiadas pertenencias. En caso de necesitar cualquier cosa, la adquiriría en alguno de los negocios de la ciudad. Si bien consideraba aquel viaje como un dispendio en sí mismo, tampoco pensaba escatimar en gastos si la situación lo requería, al fin y al cabo, recursos no le faltaban. Robert se había ocupado de abrirle una cuenta bancaria en C. Hoare & Co. y transferirle algunos fondos para que dispusiera de ellos.

—¿Quiere que los ponga en algún lado, señorita? —le dijo el muchacho, señalando los baúles—. Si va a tomar un coche de alquiler, puedo encargarme de llevárselos.

Ella echó un vistazo alrededor. No parecía que hubiera nadie buscándola. Esperaría un poco. Si al final no se presentaba nadie, iría por su cuenta a la mansión. Conocía la dirección, ya que solía cartearse a menudo con Edith cuando esta se encontraba en Londres.

—¿Hay algún lugar donde pueda acomodarlos por el momento? Estoy esperando a alguien.

—Puedo dejarlos en el interior de la posada, aunque… —El joven se rascó la cabeza, dubitativo—. Verá, no es un lugar adecuado para una dama como usted, sobre todo, si viaja sola.

—No se preocupe, sabré arreglármelas. Gracias por la advertencia.

Nunca había sido una persona asustadiza o delicada y, aunque era consciente de los peligros que abundaban en aquella gran ciudad, cargaba en el ridículo con la pequeña pistola que le había regalado su padre años atrás. Era una buena tiradora y, si bien no creía poder disparar contra otro ser humano, esperaba que al menos su visión constituyera un elemento disuasorio en caso de que alguien intentase asaltarla.

—Disculpe, ¿la señorita Sophie Frampton?

Ella se giró y descubrió a un hombre de mediana edad que estrujaba una gorra entre las manos.

—Sí, soy yo.

—Bienvenida a Londres. —Le dirigió una leve inclinación de cabeza —. Me llamo Hobbs y soy el cochero de Sir Robert. Disculpe la tardanza. Lamento no haber estado aquí para recibirla, pero tuve un pequeño percance con el carruaje.

El hombre se veía tan nervioso que Sophie le sonrió para tranquilizarlo.

—No se preocupe, señor Hobbs. Ha llegado justo a tiempo.

—Gracias, señorita —repuso él, visiblemente aliviado—. Me ocuparé de su equipaje. Muchacho, ayúdame con eso —le pidió al chico, que se había quedado a su lado, aguardando para ver en qué acababa el asunto.

Cuando se hicieron cargo de los baúles y comenzaron a andar, ella los siguió. El carruaje de su primo era un vehículo elegante, aunque sencillo. A pesar de que hacía frío, decidió no entrar en él hasta que fueran a partir; ya había pasado demasiadas horas sentada. Vio cómo el cochero le entregaba unas monedas al mozo antes de dirigirse hacia ella para abrirle la portezuela del coche.

—Gracias, señor Hobbs —le dijo cuando le ofreció la mano para subir a la escalerilla que había desplegado—. ¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar a Bloomsbury?

—Unos diez minutos, señorita.

Ella asintió y se acomodó en el asiento acolchado mientras aguardaba a que el carruaje se pusiera en marcha, lo que hizo poco después con un suave bamboleo. Solo entonces, Sophie se permitió relajarse.

Abandonaron Fleet Street por la puerta de Temple Bar y se internaron en las calles de la *City*. Conforme avanzaba el coche, Sophie pudo notar la diferencia con la zona de la ciudad que iban dejando atrás. El bullicio animado de las tabernas y el teatro, cuando atravesaron Drury Lane, se transformó en una pacífica quietud al entrar en Bloomsbury. La niebla parecía dispersarse en jirones,

atravesada por la tibia luz anaranjada que escapaba de las impresionantes fachadas de las mansiones que flanqueaban las avenidas. Pasaron al lado de varias plazas ajardinadas y, por fin, enfilaron por una pequeña calle hasta que el cochero paró frente a una casa adosada de dos pisos, de ladrillo rojizo y estilo georgiano. Un par de faroles colgaban a ambos lados de la puerta.

Esta se abrió poco después y un par de sirvientes salieron apresurados del interior de la casa. Uno de ellos abrió la portezuela del carruaje.

—Bienvenida, señorita Frampton —la saludó con cortesía, al tiempo que le ofrecía la mano enguantada para ayudarla a descender—. La señora Briggs, el ama de llaves, y el señor Jenkins la aguardan dentro.

Ella cabeceó un asentimiento y echó un vistazo alrededor. Tal vez fuese por la influencia de Edith, pero tuvo la sensación de que cientos de ojos curiosos la observaban a través de las ventanas de aquellas hileras de casas, como si desearan conocer todos sus secretos, mientras murmuraban para sí: «¿Qué ha venido a hacer una solterona como ella a Londres?».

Se dio cuenta de que el sirviente estaba esperando a que entrase y musitó una disculpa. En realidad, no le importaban los cotilleos ni lo que pensaran de ella los desconocidos que habitaban aquella gran urbe. Había viajado a Londres para conocer la ciudad y divertirse antes de cumplir los treinta, y eso era lo que pensaba hacer. Miró una vez más la fachada de la casa de sus primos y tomó una honda respiración. Enderezó la espalda y, con gesto decidido, atravesó el umbral del que sería su hogar durante los próximos meses.




CAPÍTULO 9

Sophie contempló la gran cantidad de bandejas con comida que descansaban sobre el aparador del comedor de desayuno y suspiró. «A este paso, voy a parecerme a Betsy», se dijo, frunciendo el ceño mientras llenaba el plato y pensaba en la vaca que el viejo John mimaba en exceso.

Apenas llevaba una semana en Londres y ya tenía la sensación de que los vestidos que había traído de Frampton Manor le quedaban un tanto ajustados. La señora Briggs parecía haberse tomado como tarea personal el cebarla como a un cerdo para la matanza. «Tiene que rellenar esos huesos con algo de carne», solía decirle. Y, aunque apreciaba la preocupación por su salud, no tenía intención alguna de convertirse en una rolliza campesina.

Renunció, pues, a coger una loncha más de aquel beicon crujiente que había preparado la cocinera y se dirigió a la mesa. Junto al cubierto, el señor Jenkins había dejado un ejemplar de *The Times* y otro de *The Morning Post*, que ella acostumbraba a ojear mientras desayunaba. Tomó el primero de estos y, tras dar un sorbo al café, comenzó a leerlo. La mayor parte de las noticias versaban en torno a la guerra con Francia. Tras la derrota de los franceses en la batalla de Leipzig, el emperador de Austria, Francisco II, quería establecer la paz, pero tanto el zar Alejandro I de Rusia como el rey Federico

Guillermo III de Prusia deseaban invadir Francia, y el ejército de la Sexta Coalición marchaba en esos momentos hacia París.

Después de leer lo referente a las cuestiones políticas, cogió el *The Morning Post* y echó un vistazo a los ecos de sociedad. Paseó la mirada sobre la letra impresa hasta dar con el nombre que buscaba. El duque de Rokewood ocupaba siempre algunas líneas en las columnas de sociedad. Se le mencionaba como «Nuestro querido duque de R.» o, incluso, como «lord R., el ángel de Londres». Un desperdicio de tinta, a su juicio, para contar sus hazañas y con qué dama había sido visto en tal o cual ocasión. Al parecer, Su Gracia estaba tan ocupado en actividades nocturnas que no había tenido tiempo siquiera para concertar una cita con ella.

Clavó con fuerza el tenedor en las patatas para aliviar, así, un poco de la frustración que la corroía por dentro. Cierto que había decidido, en un principio, prescindir de su persona y visitar la ciudad por sí misma; sin embargo, la señora Briggs había puesto el grito en el cielo al enterarse de sus planes, por lo que había pergeñado otros que incluían a las amistades de su prima Edith. Después de haber acudido a casa de una de ellas para asistir a una velada musical, creyó prudente, por el bien de su cordura, repensar la posibilidad de hacer tratos con el duque. Amén de la horripilante forma de aporrear el piano que tenían las diferentes intérpretes que se sentaron en el banquito, las conversaciones entre las damas habían girado en torno a una sarta de cotilleos que le provocaron dolor de cabeza. Llegados a ese punto, había decidido que prefería ser la causante de los rumores a tener que escucharlos una y otra vez.

Unos suaves golpes en la puerta la sacaron de su abstracción.

—¡Adelante!

—Buenos días, señorita Frampton —la saludó con su entusiasmo habitual el ama de llaves—. Espero que haya descansado bien.

—Sí, muchas gracias —respondió con una sonrisa.

La señora Briggs tenía el aspecto de una mamá ganso: la cabeza pequeña, coronada por un cabello blanco y lustroso que llevaba recogido en un moño, un par de ojillos casi negros en un rostro

sonrosado y un cuerpo de amplia circunferencia que, al caminar, bamboleaba de un lado al otro. Le había caído bien desde el principio, con ese aire maternal que ofrecía confianza inmediata, sobre todo, para alguien que, como ella, había carecido por tanto tiempo de la figura materna en su hogar.

—¡Hum! No veo que haya desayunado usted lo suficiente para mantenerse en pie durante todo el día —señaló, frunciendo el ceño al mirar el plato y luego a las bandejas del aparador—. El desayuno es la comida más importante del día.

—Me siento satisfecha, no creo que pueda comer ni un bocado más —le aseguró. Intentó cambiar de tema para alejar la mente de la mujer de aquel espinoso asunto—. ¿Qué es ese libro que trae?

A ella se le iluminó el rostro y le entregó el volumen para que lo viera. «Orgullo y Prejuicio: una novela en tres volúmenes. Por la autora de "Sentido y Sensibilidad". Londres: impreso por T. Egerton. 1813», leyó Sophie. Estaba encuadernado en piel de un tono marrón rojizo con repujado dorado en el lomo.

—Como me dijo que le gustaba leer, se lo he traído por si le interesa —comentó el ama de llaves—. Mi hija mayor lo compró por dieciocho chelines cuando se publicó en enero del año pasado, y tanto a ella como a mí nos gustó mucho la historia. Aunque tal vez usted ya lo haya leído…

—No, no he leído nada de la señorita Austen —se apresuró a decir, encantada con la posibilidad de tener algo más con lo que entretenerse—, aunque me han hablado muy bien de su anterior obra. Se lo agradezco mucho, señora Briggs, estoy segura de que lo disfrutaré. Y hágale saber a su hija que cuidaré bien del ejemplar.

La mujer asintió, contenta de haber sido de utilidad.

—Se lo diré, señorita. Bueno, será mejor que vaya a la cocina a revisar el menú de hoy, y no se levante de esa silla hasta que no haya comido otra rebanada de ese excelente tocino —le dijo, apuntándola con el dedo, antes de dirigirse hacia la puerta. Sin embargo, se detuvo de pronto y volvió sobre sus pasos—. Qué

cabeza la mía, casi lo olvido. Esta mañana ha llegado esta carta para usted.

Sophie la tomó, pero su entusiasmo se desinfló al ver que el remitente no era el duque, sino una dama que no conocía. Se preguntó si sería otra de las amigas de Edith.

—Gracias, señora Briggs.

Depositó la carta a un lado, junto a la novela de la señorita Austen, y prefirió servirse una nueva taza de café en lugar de la loncha de tocino. Tras darle un sorbo a la bebida amarga, su mirada se desvió hacia la pulcra y elegante letra de la misiva. «Lady Portia Elizabeth Alcock», leyó. Esperaba que no fuese una invitación a alguna de esas aburridas veladas musicales. Con un suspiro, dejó la coqueta taza de porcelana sobre el platillo y cogió la carta. Rompió el lacre y ojeó un poco por encima el contenido. Se sobresaltó cuando sus ojos tropezaron con la palabra «Rokewood». Presa de una ligera excitación, comenzó a leer desde el principio.

Mi querida señorita Frampton,

Mi nombre es lady Portia Alcock y estoy emparentada, no sé si por suerte o por desgracia, con lord Rokewood. Además de tener el dudoso honor de ser su prima, ostento también el privilegio de fungir como su secretaria. Es por este motivo que le dirijo la presente.

Según se me ha informado, usted desea contratar los servicios del duque como acompañante. Atendiendo a su petición y, en orden a formalizar un posible mutuo acuerdo, tendrá que realizar una entrevista, tras la cual le será comunicado si el caso es aceptado o desestimado.

Dicho encuentro tendrá lugar hoy, 10 de marzo, a las once de la mañana en la residencia ducal sita en el número 44 de Upper Grosvenor Street, en Mayfair. Será un placer recibirla…

La misiva concluía con los pertinentes saludos y una elegante firma. Sophie la depositó sobre la mesa y permaneció unos instantes observándola, mientras cuestionaba seriamente la salud mental de lady Portia. ¿Qué tipo de presentación era aquella? No sabía si pretendía espantarla para que no acudiera al encuentro o indignarla, aunque le había gustado la franqueza y la naturalidad de la misma. Resultaba refrescante, en contraste con la afectación que había encontrado en el resto de las damas que había conocido hasta ese momento. Suponía que lady Portia debía de ser una mujer de mediana edad, quizá una viuda que había dejado atrás el comportamiento recatado que se suponía en las jóvenes debutantes.

Sin saber muy bien por qué, esbozó una sonrisa complacida. A pesar de aquello, estaba predispuesta a que le cayera bien la dama, sobre todo, si era capaz de ver defectos en el duque.

Echó un vistazo al reloj que descansaba sobre la repisa de la chimenea y vio que aún faltaban cuatro horas para la cita, lo que suponía que tenía tiempo de sobra para escoger un vestuario adecuado y para ir a Rokewood House dando un paseo, ya que el clima resultaba agradable y sentía la necesidad de hacer un poco de ejercicio. En Huntington solía caminar todos los días por el sendero que transcurría paralelo al río y lo echaba de menos.

Abandonó el café, que se había quedado frío ya en la taza, se puso en pie, tomó el libro y la carta y se dirigió al dormitorio. La elección de la ropa no fue muy complicada, dado que aún no había renovado el guardarropa, ya que desconocía lo que iba a necesitar. Escogió un sencillo vestido de tafetán de algodón de color marfil y un *spencer* en un tono bermellón. La chaquetilla iba decorada con una aplicación de cordoncillo entorchado y se ajustaba al torso por debajo del pecho. En los puños de las mangas largas lucía los mismos adornos de cordoncillo y tenía un cuello alto de tirilla. Lo complementaría con un sombrero de cintas que llevaba un adorno con flores rojas en el lado izquierdo.

—¿Va usted a salir? —le preguntó extrañada la señora Briggs, que atravesaba en ese momento el vestíbulo, cuando la vio descender

las escaleras—. Puedo decirle a Dorothy que la acompañe o, si va a ir de compras, puede hacerlo alguno de los muchachos para llevar los paquetes.

—No es necesario, solo voy a dar un paseo.

—Pero…, no está bien que salga usted sola, señorita —agregó, mostrándose un tanto horrorizada ante esa posibilidad—. La gente podría pensar que… en fin. Ya me comprende.

A Sophie no le quedó claro qué era lo que podían pensar los londinenses al respecto, aunque la cuestión tampoco iba a quitarle el sueño. De todas formas, no podía permitir que nadie la acompañara.

—No se preocupe, señora Briggs, estaré de vuelta para la hora del almuerzo.

Salió a la calle y caminó en dirección a Upper Guildford Street hasta llegar a Russel Square. Puesto que le sobraba tiempo para llegar a la mansión del duque, decidió disfrutar del paseo. Se detuvo a contemplar la impresionante fachada principal del Museo Británico, cuando pasó por delante en su camino por Great Russell Street hacia Oxford Street.

Casi daban las once en el reloj cuando por fin se encontró frente a la casa que buscaba. A pesar de que siempre se había orientado bien, las calles de la urbe le parecían todas iguales y se había perdido. Una amable señora le había indicado el camino. Observó la imponente mansión georgiana y sintió que el estómago se le apretaba en un nudo.

—Puede que tenga el título de duque, Sophie —se dijo a sí misma —, pero es un ser humano como cualquier otro.

«Al menos eso espero», pensó, al tiempo que tomaba una honda respiración y atravesaba la verja que delimitaba el patio ajardinado que se extendía frente al edificio principal.




CAPÍTULO 10

Portia llevaba un rato asomada a la ventana, a pesar de que no esperaba que la visita se presentara en la puerta con puntualidad.

No sabía bien por qué había aceptado la petición de su primo; tal vez por la misma curiosidad que lo había movido a él a responder a la primera carta de aquella mujer sin siquiera mencionárselo.

—¿Cuánto tiempo más vas a estar vigilando la calle? Pareces una de esas viejas cotillas que…

—No soy vieja —refunfuñó, sin apartar la mirada de la verja. De todas formas, tampoco tenía nada mejor que hacer.

—Ah, pero no has negado lo segundo —comentó Percival, ocultando una sonrisa.

Ella volvió la cabeza para mirarlo un instante.

—No tiene sentido hacerlo cuando me conoces bien. Además —añadió mientras se giraba de nuevo—, ¿qué tiene de malo? Lo que tú llamas cotilleo, para mí es simplemente una manera de obtener información. Y la información es poder, querido, deberías saberlo.

—Hay muchas cosas que debería saber, pero nunca me molesté en aprenderlas. —Se encogió de hombros y sacudió la cabeza cuando escuchó el bufido femenino.

—No creas que me engañas, Percy, sé muy bien… ¡Oh! Ya ha llegado. Vaya, no me la imaginaba así. ¿Quieres que te la describa o

prefieres verla por ti mismo?

—Ni una cosa ni la otra, prima. No me interesa —declaró con tono indolente.

—El vestido es sencillo, pero no puedo negar que tiene buen gusto. Sin embargo, ese sombrero hace un año que pasó de moda. —Los labios de Portia se curvaron en una sonrisa traviesa cuando notó que él se detenía al lado del sillón desde el que ella espiaba la calle—. ¿Qué edad tendrá?

—La adecuada para no tener que pedir permiso a nadie para hacer lo que le plazca —señaló. Cerró las cortinillas cuando vio que su visita caminaba hacia la entrada principal.

—¿Estás seguro de esto? No comprendo por qué no la entrevistas tú, como haces siempre.

—Tengo mis razones.

La carta que había recibido de York había despertado su curiosidad, pero prefería ser cauto y observar su comportamiento antes de iniciar una conversación con ella y llegar a un acuerdo, si es que aceptaba las condiciones. Le costaba creer que hubiera venido desde Huntington solo para pedirle que la acompañase a visitar la ciudad. Si había alguna trampa en ello, lo averiguaría.

—Bien, no voy a cuestionar tus motivos, solo espero que sepas lo que haces. —Percy asintió—. Si necesitas que la eche a la calle, hazme una señal y me comportaré como una auténtica arpía. Anda, vete ya, que Ned no ha de tardar.

Portia se levantó y se acomodó en una de las butacas tapizadas de la salita mientras seguía con la mirada a su primo, que desapareció por una puerta disimulada en la pared revestida de papel pintado. Sabía que detrás de esta había un estrecho corredor y escaleras que conducían al piso superior y al inferior, y que solían ser usadas por el servicio cuando su tío aún vivía. Percival pretendía escuchar la conversación desde ahí. Se frotó la frente y emitió un suspiro de resignación. No entendía qué pretendía su primo, pero, de todas maneras, lo ayudaría.

Unos suaves golpes en la puerta atrajeron su atención.

—¡Adelante!

—La señorita Frampton ha llegado, lady Alcock.

—Gracias, Ned, hágala pasar, por favor.

Cuando él se hizo a un lado, entró la joven. Se tomó unos segundos para evaluarla antes de intercambiar saludos.

—Buenos días, lady Alcock. Gracias por recibirme.

A Portia le gustó el tono sereno y aterciopelado de su voz, que transmitía unas notas de calidez. No había en él afectación ni engreimiento.

—Buenos días, señorita Frampton. —Señaló el sillón contiguo para que tomase asiento—. Es un placer conocerla.

Sophie se acomodó donde le había indicado y el nudo de su estómago se deshizo. La dama era mucho más joven de lo que había imaginado y sus ojos, de una suave tonalidad azulada, la miraban con curiosidad más que con reprobación. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que ella parecía aguardar a que comenzara la conversación, la asaltó una sensación de incomodidad. Estaba habituada a las visitas y al protocolo de las mismas, pero la situación se le antojaba demasiado extraña como para cumplir con tales formalidades, sobre todo, porque saltaba a la vista la buena salud de la que gozaba la joven y, puesto que no la conocía, tampoco le podía preguntar por su familia. Decidió ser lo más directa posible.

—Creo que usted ya conoce el motivo de mi visita: deseo contratar los servicios de lord Rokewood como acompañante —declaró, al tiempo que intentaba poner en orden sus ideas—. Me gustaría…

—¿Por qué?

A Sophie no le importó la abrupta interrupción, prefería un diálogo a un monólogo. La alivió saber que no sería la única que hablaría.

—Como le hice saber al duque en mi primera carta, quisiera visitar Londres.

—Sí, eso lo sé, pero yo me refería a por qué tiene que ser lord Rokewood. —Inclinó ligeramente la cabeza y miró a la joven con atención, ahora que no llevaba aquel sombrero pasado de moda y

podía ver bien su rostro. No había en él nada destacable, fuera de la armonía casi perfecta de sus rasgos—. ¿Cómo llegó hasta él? York se encuentra muy lejos de aquí.

—Mi primo vive en Londres y su esposa fue la que me habló de Su Gracia.

—¿Y por qué no la acompañan sus primos o algún conocido de estos?

Sophie frunció el ceño. ¿Se había equivocado Edith y el duque no se dedicaba a esos menesteres?

—Mis primos están ahora mismo en Huntington. Edith se encuentra en estado de buena esperanza y el médico le ha recomendado reposo, por lo que no podían acompañarme —le explicó. Al ver que tenía intención de interrogarla de nuevo, se adelantó a darle una respuesta—. Y si va a preguntarme por qué no he esperado a que se arreglara la situación, la cuestión es que cumpliré treinta años el próximo septiembre y, puesto que no conozco Londres, deseaba hacerlo antes de esa fecha. Así podré retornar a mis obligaciones después. En cuanto a los amigos de mis primos, podrían acompañarme a ciertos sitios, claro, pero tenía intención de visitar otros lugares de Londres a los que quizá no esté bien visto que acuda una señorita, y preferiría que mis primos no se enterasen.

—Entonces ¿no está buscando marido? —indagó Portia. Dada la edad que tenía, sería lo más comprensible.

—No tengo por costumbre mentir, lady Alcock, ni siquiera por carta. Como le dije, tan solo deseo conocer la ciudad —replicó Sophie, un tanto irritada—. Creí que en esta entrevista hablaríamos acerca de mis requerimientos y no de mi vida privada.

—Lo lamento, señorita Frampton, no era mi intención causarle malestar. Puesto que usted ha sido franca conmigo, yo lo seré igualmente. Hay muchas viudas que solicitan la compañía de mi primo para tenderle una trampa y cazarlo en un matrimonio forzado.

—Pero yo no soy viuda —señaló, Sophie, perpleja.

Portia hizo un gesto con la mano desestimando sus palabras.

—Ya sabe eso que dicen: «Es una verdad mundialmente reconocida que una mujer soltera, poseedora de una gran fortuna, necesita un esposo».

—Creo que la cita de la señorita Austen no va exactamente así, querida prima.

Sophie se sobresaltó al escuchar la voz masculina y se volvió hacia ella. Había esperado que el duque… Bueno, en realidad no sabía lo que esperaba, aunque desde luego no aquel rostro de belleza extraordinaria, digna de ser inmortalizada por la mano de un pintor o esculpida en piedra de mármol. Reconocía que el sobrenombre de «el ángel de Londres» le sentaba bien, lo mismo que aquella chaqueta azul, el chaleco en el mismo tono, mezclado con plata, que se ajustaba a su amplio torso y los ceñidos pantalones color crema que no dejaban nada a la imaginación.

Carraspeó, molesta consigo misma, al darse cuenta de que llevaba demasiado tiempo examinándolo y no había prestado atención a la conversación de ambos primos.

—No veo por qué no —decía en ese momento lady Alcock—. Las mujeres también somos capaces de tener iniciativa.

—¿Y qué opina usted, señorita Frampton?

Ella miró al duque y sintió un revoloteo en el estómago al ver la sonrisa que adornaba sus labios, aunque enseguida se repuso, cuando descubrió el brillo burlón en el cielo de sus ojos. Él debía de saber que se había distraído y el muy ladino quería dejarla en evidencia.

—Disculpe, Su Gracia, pero no suelo inmiscuirme en disputas familiares —replicó con dignidad.

Percival estuvo a punto de soltar una carcajada. Estaba claro que se había dado cuenta de lo que pretendía y había sabido capear muy bien la situación.

—¡Oh! Pero me gustaría conocer su opinión al respecto —comentó con fingido interés—. Mi querida prima es una tenaz defensora de las ideas de la señora Wollstonecraft. ¿Usted también cree que las

mujeres deberían poder hacer lo que quisieran sin necesidad de depender de un hombre? Aunque eso alteraría el orden de las cosas.

—Y molestaría a quienes han creado dicho orden, que no son otros sino los mismos varones —bufó Portia.

El duque la ignoró, a pesar de que estaba de acuerdo con ella. Había conocido a algunas damas que eran mucho más inteligentes y capaces que sus esposos, pero que se veían obligadas, por ley y por las creencias sociales, a permanecer a un lado, reducidas al cumplimiento de una función decorativa, tanto fuera como dentro su propio hogar.

—Usted misma, señorita Frampton, tomó la decisión de viajar sola hasta una ciudad como Londres sin ningún hombre que la escoltara —continuó Percy—. ¿No la convierte eso en una dama demasiado atrevida?

Sophie sintió la tensión sobre cada uno de los músculos del cuerpo. Puede que lord Rokewood poseyese el físico de un ángel, pero por dentro estaba hueco. Era cínico y arrogante. ¿Cómo se atrevía a cuestionar su comportamiento?

—Ya veo —espetó con frialdad—. Su Gracia es uno de esos caballeros que piensan que el lugar de una mujer está en su casa, ¿no es eso?

—En absoluto, señorita Frampton. —Una sonrisa burlona curvó sus labios—. Yo soy de los que creen que el lugar de una mujer está en cualquier otra casa, menos en la mía. Soy alérgico al matrimonio.

—Le recomiendo, entonces, por el bien de su salud, que se mantenga alejado de las mujeres, en general, y de las jóvenes casaderas en particular —replicó, impostando un tono melifluo en la voz. Se puso en pie, dando así por concluida la conversación, y lo miró a los ojos, si bien tuvo que alzar un poco la cabeza, a causa de su altura—. Me temo que no dispongo de más tiempo para proseguir con esta… disertación filosófica y existencial, milord. Si me disculpan.

Sorteó el cuerpo bien formado del duque y se dirigió hacia la puerta, manteniendo la compostura y un aire digno, a pesar de lo

frustrada que se sentía por haber hecho la visita en vano.

CAPÍTULO 11

Percival se quedó mirando cómo la joven abandonaba la salita mientras un mar de sensaciones sacudían su espíritu. Salió del ensimismamiento gracias al doloroso pellizco que le propinó Portia.

—Ve tras ella —le ordenó esta, arrepentida por la forma en que se habían dado las cosas.

—No creo que me escuche.

Ella se cruzó de brazos y lo miró con gesto de reproche.

—¿Y para qué te sirve entonces todo ese encanto que posees? Ha hecho un largo viaje, al menos, se merece que oigas lo que tiene que decir.

Percival emitió un suspiro resignado, aunque sabía que Portia tenía razón. No había sido muy caballeroso por su parte enzarzarse en una discusión ni intentar burlarse de la joven, pero reconocía que había sido estimulante. Le habían gustado la franqueza y la manera directa que tenía de abordar los asuntos, sin intentar mostrarse correcta o darle la razón solo porque él era duque. Se preguntó qué más descubriría sobre ella si tuviera la oportunidad de pasar un poco más de tiempo a su lado.

La encontró todavía en el vestíbulo. En ese momento, Ned le estaba entregando el sombrero.

—Aguarde un momento, señorita Frampton, por favor.

Ella se volvió y lo miró con el ceño fruncido. A pesar de que poseía un rostro corriente, la chispa de fuego que descubrió en el fondo de sus ojos color miel le provocó un estremecimiento de placer.

—¿No cree que ya se ha burlado suficiente de mí, lord Rokewood? —le dijo, al tiempo que se encasquetaba el sombrero con furia, por lo que le quedó algo torcido—. Puede que me haya criado en un pueblo pequeño, milord, pero no por eso tengo la inteligencia de una oveja.

Percy contuvo una sonrisa. Sin duda, la dama era un soplo de aire fresco.

—Sé que le debo una disculpa…

—Por supuesto —aseveró ella, interrumpiéndolo, mientras terminaba de atarse las cintas del sombrero. Inclinó ligeramente la cabeza y lo observó con detenimiento—. Sin embargo, no me parece que luzca usted demasiado arrepentido.

—Eso es porque soy duque. —Se adelantó unos pasos y deshizo el lazo que ella acababa de anudar. Colocó derecho el sombrero y volvió a atar las cintas—. Los duques, señorita Frampton, no estamos acostumbrados a pedir disculpas —concluyó, dirigiéndole su mejor sonrisa.

Sophie se había quedado en blanco cuando él se le aproximó tanto que pudo notar el calor de su cuerpo y el aroma dulce que desprendía —una fragancia que evocaba el olor a madera y tierra—, y los latidos de su corazón emprendieron una loca carrera cuando le recolocó el sombrero, a pesar de que tuvo cuidado de no tocarla. Aunque tarde, se retiró un paso atrás.

—Y, por lo que veo, tampoco acostumbran a pedir permiso —replicó, toqueteando las cintas para comprobar que las había atado bien.

«Parece que mi legendario encanto no tiene ninguna influencia sobre ella», pensó, resignado, al ver el modo en que sus labios se apretaban en una fina línea.

—Señorita Frampton, ¿podríamos dejar a un lado el espinoso tema sobre las costumbres ducales? Me gustaría que volviese a la salita y hablásemos sobre la carta que me envió. —Se llevó una mano al pecho, sobre el corazón—. Le prometo que intentaré comportarme como un auténtico hombre de negocios.

Sophie lo contempló con suspicacia y, finalmente, cabeceó un rígido asentimiento. No es que tuviera otra elección: o aceptaba su compañía, o regresaba a Huntington tras visitar los lugares más emblemáticos —y aburridos— de la ciudad acompañada por una doncella. Y no era eso lo que deseaba. Una vez que volviera a casa, quizá la invitasen a algunas fiestas, pero se limitaría a sentarse en una silla junto al resto de solteronas y, con el tiempo, acabaría como la señorita Roserton, esperando a que alguien tomase el té con ella y le ofreciese algo de conversación. Si era eso lo que le aguardaba el resto de sus días, quería experimentar, al menos por una vez, lo que significaba vivir con pasión.

No se arrepentía de los años que había pasado cuidando de su padre y le agradaba la vida tranquila que llevaba en Frampton Manor, ocupándose de las cuentas. Sin embargo, hasta que no había salido de Huntington no se había percatado de lo cómoda y monótona que era su existencia. Aunque no pensaba renunciar a ella, ya que se encontraba en Londres, aprovecharía para vivir una experiencia que pudiera recordar en los años venideros.

—¿Disculpe? —le dijo al duque cuando se dio cuenta de que le había hecho una pregunta que no alcanzó a oír, sumida como se encontraba en sus pensamientos.

—Le pedía que me recordase su nombre, si no es molestia.

—Sophie.

—Muy bonito. En griego significa «sabiduría». Es de las pocas cosas que aprendí cuando estudié en Eton —añadió al ver la mirada curiosa que le dirigió.

Ella puso los ojos en blanco e ignoró el comentario, al tiempo que lo acompañaba de vuelta por el corredor. Aún no sabía cómo catalogar a lord Rokewood, pero no creía que fuese tan superficial

como aparentaba. «No puede serlo si es capaz de mantener esta mansión a pesar de haber quedado en la ruina», pensó mientras observaba a su alrededor con atención. Aunque había objetos antiguos, que debían llevar en posesión de la familia muchos años, también descubrió adquisiciones recientes.

—Oh, por fin habéis vuelto —comentó Portia aliviada cuando los vio entrar—. Le pido disculpas, señorita Frampton…

—Sophie. —Las dos se volvieron a mirarlo, con diversos grados de extrañeza, y se sintió un poco incómodo. No comprendía por qué había sentido la necesidad de pronunciar el nombre. Se encogió de hombros—. Estaremos más cómodos si nos sentamos.

—Puede llamarme Portia, Sophie. Y lamento, de verdad, lo sucedido. ¿Le importa si empezamos de nuevo?

—Está bien —cedió ella, al tiempo que tomaba asiento en el mismo sillón que había ocupado con anterioridad, mientras que el duque lo hacía en una butaca frente a ella.

Aunque no se le daba muy bien, le gustaba pintar, y algunas mañanas solía caminar hasta el río y se sentaba durante horas intentando capturar en un lienzo el paisaje que veía. En aquel momento, le habría gustado disponer de sus pinceles para retratar a lord Rokewood. El sol que entraba por la ventana incidía sobre su figura, arrancando reflejos dorados a su cabello, como si un aura mística lo rodease. Daba la sensación de que su cuerpo se disolvía en infinitas partículas de oro, flotando en torno a él.

—Entonces, ¿qué es lo que desea, Sophie?

Un estremecimiento recorrió su cuerpo cuando aquellas palabras, pronunciadas en un tono ligeramente ronco, la alcanzaron, como si se tratase de una divinidad que concediese sus favores a los mortales. Enderezó la espalda y se reprendió a sí misma por ensimismarse con semejantes disparates.

—Tal y como le expresé en mi carta, deseo conocer Londres. Hay algunos lugares a los que podría acudir acompañada de una doncella, como el Museo Británico o la catedral de San Pablo, pero

hay otros a los que me resultaría imposible acceder sin la compañía de un caballero.

—¿Nunca ha visitado antes la ciudad? —preguntó extrañado. A juzgar por su edad y sus modales, que indicaban que provenía de una buena familia, debería haberlo hecho en alguna ocasión.

—No tuve la oportunidad —respondió concisa, sin querer ofrecer datos de su vida personal, algo que solo le concernía a ella.

Percival asintió, a pesar de que sentía aún más curiosidad que antes.

—Y bien, ¿qué lugares son esos a los que quisiera acudir? Intentaré complacerla, si es posible, aunque le advierto que una visita al príncipe regente está fuera de mi alcance —comentó con tono burlón.

—No tengo interés en conocer a su alteza, el príncipe de Gales —le aseguró ella. Notó cómo sus mejillas se teñían de un ligero rubor cuando prosiguió—: Me han hablado de los salones de Almack's, de los jardines de Vauxhall, de algunos teatros y de… de ciertas casas de juego.

Una sonrisa socarrona curvó los labios de Percy. «Así que el patito feo quiere transformarse en cisne», se dijo.

—Desea usted, pues, convertirse en una dama atrevida y experimentar lo prohibido. ¿Está dispuesta a pagar el precio?

Sophie tragó saliva y las dudas volvieron a asaltarla unos instantes. Siempre se había mantenido dentro de los límites de lo correcto y lo respetable. «Una dama atrevida». «Experimentar lo prohibido». ¿De verdad estaba dispuesta a traspasar esos límites? Una punzada de excitación le sacudió el cuerpo y la sangre corrió con más rapidez por sus venas, sintiéndose viva.

—Poseo fondos suficientes para costear…

—No me refería a eso —la interrumpió él, que había observado con fascinación el cambio que se había reflejado en sus ojos, en ese momento, mucho más brillantes—, sino a su reputación.

Ella abrió la boca para responder, pero la volvió a cerrar de inmediato. ¿No se había preguntado, cuando conversaba con Edith,

qué tipo de mujer era la que se arriesgaba a poner en entredicho su reputación con tal de gozar unos instantes de una diversión prohibida? Y ahí estaba el duque de Rokewood, ese demonio tentador que ella había imaginado seduciendo a las mujeres para que cayeran en la trampa, cuestionándola para que volviera al redil.

Por primera vez en su vida la asaltó un impulso de rebeldía. Todavía era joven y quería disfrutar de la vida; ya tendría tiempo, el resto de sus días, para comportarse como una aburrida solterona. A pesar de lo cual, tampoco deseaba ensuciar la memoria de su padre.

—Me habían comentado que se podía usar una máscara para ocultar el rostro al visitar ciertos lugares.

—Así es —afirmó Portia, que intervino por primera vez—. Yo misma llevaba una cuando fui a Vauxhall.

Sophie alzó las cejas con sorpresa.

—No crea que me dedico a pervertir a las jovencitas —terció Percy, dirigiéndole una mirada airada a Portia—. Mi querida prima tiene la mala costumbre de hacer lo que le place sin consultar con nadie. Pero sí, tiene razón, puede portar una máscara cuando visite esos lugares. Sin embargo, tiene que tomar en cuenta que si luego nos ven juntos en otros eventos sociales, como un baile o la ópera, corre el riesgo de que la descubran.

—No importa —declaró tras unos instantes de silencio—. No soy una persona que destaque demasiado, así que es probable que la gente olvide pronto dónde me vio o con quién. Además, dudo que vuelva a visitar Londres después de esta ocasión.

—Está bien, entonces, si es lo que desea —aceptó con un encogimiento de hombros.

Ella asintió.

—Pero me gustaría que firmásemos un contrato y que estipulara unos honorarios por sus servicios.

—Yo me ocuparé de eso —aseguró Portia— y se lo haré llegar a la dirección que nos proporcionó o se lo llevaré yo misma, si no le molesta.

—En absoluto, estaré encantada de recibirla. ¿Cuándo empezaremos? —le preguntó al duque.

Percy apoyó los codos en los muslos y descansó la barbilla sobre las manos entrelazadas mientras contemplaba, pensativo, a la interesante señorita Frampton.

—Antes de acudir a cualquier evento, hay algunas cosas que debemos hacer primero.

—¿Como cuáles? —inquirió, suspicaz, al ver el brillo desafiante en su mirada.

—Procurarle un guardarropa adecuado.

CAPÍTULO 12

El carruaje rodeó Russel Square y continuó avanzando hasta alcanzar Tottenham Court Road. Sophie contempló la ciudad a través de la ventanilla. Puesto que hacía varios días que había hecho ese mismo recorrido a pie para la cita con el duque, comprendió que estaban yendo en esa dirección.

—Gracias por venir a recogerme —dijo, volviéndose hacia Portia—. Podría haberme acercado y…

—No me ha supuesto ninguna molestia. Además, es más práctico así. Y más agradable.

Sophie sonrió. Le gustaba el carácter de la joven, a pesar de su lengua afilada. Era alegre y vivaz, llena de energía, y franca.

—Sin duda, lo es. —Se inclinó hacia la dama, como si fuera a hacerle una confidencia—. Pero ¿por qué ha tenido que venir también él? —susurró.

Percival esbozó una sonrisa y estiró las piernas con indolencia, rozando el bajo de los vestidos femeninos. Portia bufó molesta, aunque no se movió. Sophie, en cambio, le dirigió una mirada irritada al duque, se recogió el ruedo del vestido y retiró las piernas. El roce fortuito con las de él le había enviado un estremecimiento a la columna vertebral y le había provocado un extraño revoloteo en el estómago.

—No me gusta tener que admitir esto, pero tiene mejor gusto que yo en cuanto a la ropa —señaló, torciendo el gesto con desagrado.

—Querida prima, no sabes cuánto me complace oír eso.

—Será mejor que cambies ese tono arrogante o le contaré a la señorita Frampton lo que ocurrió cuando acompañaste a lady Walsham al baile de los Swamp. —Un brillo malicioso atravesó el cielo azul de sus ojos.

—¡Oh! No te creas que eres la única que tiene historias para relatar. ¿Qué me dices de la del joven lord Forsyth? ¿No crees que a la señorita Frampton le encantaría escucharla?

Sophie vio cómo el gesto satisfecho que adornaba el bello rostro de lady Portia se transformaba en una mueca de irritación. Aunque no le gustaba que la inmiscuyeran en sus disputas, no pudo evitar sentir algo de envidia al ver la buena relación que había entre ambos.

—Ahora siento curiosidad por esas historias —dijo.

El duque se enderezó y se inclinó hacia delante, tan cerca de ella que pudo ver las abundantes pestañas rubias que velaban sus ojos entrecerrados. Eran largas y se rizaban hacia arriba y, a pesar de que cualquier mujer daría lo que fuera por tener unas iguales, en él no lucían femeninas.

—Ni se le ocurra indagar al respecto o…

Se quedó callado y ella alzó una ceja, cuestionándolo.

—¿O qué, milord? —lo desafió.

Percival volvió a reclinarse contra el acolchado asiento, envuelto en el seductor aroma de ella: olía a flores frescas, a campos de lavanda con un toque de canela. Sus labios se curvaron en una ligera sonrisa.

—O la obligaré a ponerse el sombrero más horrible que haya lucido nunca una dama de la alta sociedad.

Como amenaza resultaba francamente ridícula y Sophie estuvo tentada de echarse a reír, aunque se limitó a sacudir la cabeza.

—Por fortuna, no pertenezco a ese círculo social.

—¿Su padre forma parte de la *gentry*? —Se interesó Percival, cambiando a un tono más serio. Dada su forma de comportarse y de hablar, se notaba que había recibido una buena educación; además, contaba con suficientes recursos para costear sus considerables honorarios.

—Era un baronet.

Por el uso que empleó del tiempo pasado, comprendió que ya había fallecido. Debían de haber transcurrido al menos un par de años desde entonces, puesto que no llevaba luto. Entonces ¿vivía sola en Huntington? ¿Por qué no se había casado? Aunque no era una belleza, su compañía resultaba agradable y en el campo había más posibilidades de encontrar un marido, ya que solían casarse entre las familias vecinas. Apartó de la mente estas cuestiones y se centró en ella. Sus ojos se habían oscurecido, velados por la pena.

—Lo lamento.

—Gracias.

—¿Nos has traído a Albemarle Street? —inquirió Portia para romper el incómodo silencio que se había instalado en el interior del carruaje. Esperaba que la conversación no le hubiese traído a Percy los amargos recuerdos de su propio padre—. ¿Vamos a visitar a la señora Bean?

—Así es, he concertado una cita con Charlotte.

Portia observó a su primo con curiosidad. Si bien era cierto que Sophie necesitaba un nuevo guardarropa, tampoco necesitaba vestir como una princesa. Cualquier otra modista habría podido reponerle el vestuario e, incluso, podrían haber acudido al establecimiento de Harding, Howell & Co., en Pall Mall, en cuyo interior había departamentos, separados por mamparas acristaladas, que ofrecían a los clientes todo tipo de artículos, desde pieles, abanicos, joyas, telas y encajes; vestidos, guantes o sombreros, hasta diferentes tipos de perfumería, necesaria para el aseo.

—¿Quién es la señora Bean? —Quiso saber Sophie, ya que lady Alcock parecía sorprendida por el hecho de que fuesen a encontrarse con ella.

Portia se volvió hacia ella y la miró como si fuese el ser más extraño que hubiese pisado la faz de la tierra.

—¿Acaso no lee el Ackermann's?

—¿Debería? —preguntó con tono de duda.

—Por supuesto, es la revista ilustrada con más influencia en el gusto inglés por la moda, la arquitectura y la literatura. Y en ella puede encontrar los últimos diseños de la señora Bean —le explicó como quien instruía a un niño—. Además de ser una de las mejores modistas de Londres, viste también a la duquesa de Kent y a la princesa Carlota.

—Vaya. —Fue lo único que se le ocurrió decir, porque seguramente lady Alcock le habría dirigido una mirada fulminante si se hubiese atrevido a preguntarle sobre el coste que supondría adquirir cada prenda.

Nunca había sido tacaña con respecto al dinero, pero tampoco le gustaba el derroche, sobre todo, teniendo en cuenta que sería poco probable que volviese a usar aquellos vestidos. Dejó escapar un quedo suspiro de resignación y se asomó por la ventanilla del coche justo cuando este se detenía en el número 32 de Albemarle.

El duque fue el primero en descender para ayudar a su prima. Después le ofreció la mano también a ella. Sophie apreció el gesto de caballerosidad y la aceptó. El suave roce con la palma de él la estremeció.

—Así que no le agradan los hombres ni le apasiona la moda. Entonces ¿qué es lo que le interesa, señorita Frampton?

Ella percibió el matiz burlón que escondían sus palabras. ¿Qué tenía de malo que no deseara casarse o que no se sintiese fascinada con las sedas y las muselinas?

—Las ovejas, Su Gracia —replicó con absoluta seriedad, al tiempo que le soltaba la mano. La calidez que desprendía permaneció en la suya durante algún tiempo—. Son mucho más entretenidas que algunos caballeros que conozco y no se preocupan por su vestimenta.

Percival permaneció en el sitio, mientras ella se encaminaba tras Portia, y sus labios esbozaron una sonrisa genuina. Un par de damas que salían en ese momento del establecimiento se detuvieron a mirarlo, arrobadas, y se ruborizaron cuando él pasó a su lado y las saludó tocándose el ala del sombrero.

Sophie pudo apreciar el interior de la tienda cuando alejó de sus pensamientos al duque y el intercambio de palabras que acababan de tener. Se trataba de un lugar sobrio y elegante. Había rollos de telas en algunos estantes adosados a la pared; maniquíes en los rincones, que lucían vestidos ya confeccionados; un pequeño mostrador, en el que había todo tipo de encajes y cintas; y una zona en la que se exhibían diversos sombreros. Distribuidos en el amplio espacio había divanes, ocupados por clientas, y butacas al lado de pequeñas mesillas sobre las que descansaban algunas revistas de moda. Un par de jóvenes dependientas se hallaban ocupadas atendiendo a unas damas. Una de ellas, al verlos entrar, se acercó con una luminosa sonrisa bailando en los labios.

—Mi querido duque, qué agradable sorpresa.

—Es un placer volver a verte, Charlotte —la saludó Percy, llevándose una de sus manos a los labios para besar el dorso—. Te ves tan encantadora como siempre.

Sophie alzó las cejas con sorpresa. ¿Aquella mujer, a la que había tomado por una dependienta, era la señora Bean? ¡Pero si debía de tener más o menos su edad!

—Siempre has sido un adulador. ¿A qué debo el honor de tu visita? —Miró a las dos mujeres que lo acompañaban—. ¿Es tu nuevo proyecto?

A pesar de que había hablado casi en un susurro, escuchó sus palabras. Le molestó aquella forma de referirse a ella, como si fuese un lienzo inacabado o una escultura sin pulir.

—Necesitamos vestidos de tarde y de noche, y un par de mañana. También sombreros y algunos complementos. ¿Crees que podrás obrar tu magia?

Charlotte dio un paso a un lado y avanzó hasta donde se encontraba ella, junto a Portia.

—Lady Alcock, es un placer volver a verla. —Le sonrió con familiaridad.

—Lo mismo digo, señora Bean —correspondió Portia al saludo—. Permítame que le presente a la señorita Frampton.

—Encantada de conocerla, señorita Frampton.

—El placer es mío —contestó con amabilidad. Al ver que lord Rokewood se situaba al lado de la modista, casi rozándole el hombro, se preguntó si habrían sido amantes. Supuso que podría ser.

Irritada por haberse vuelto a distraer con él, dirigió la mirada hacia la señora Bean, que parecía muy concentrada en observarla a ella. Finalmente, asintió para sí.

—Creo que podemos aprovechar todo el potencial que tiene —señaló en voz alta—. Su figura es buena y tiene una piel exquisita, no demasiado pálida. Le vendrán bien tonos tierra, melocotón e, incluso, dorado. También probaremos con un color lavanda y con matices naranjas sobre marfil.

—Pon también alguno en tono burdeos —indicó Percy. Estaba seguro de que así destacaría su cutis rosado.

—Sí, le irá bien —convino la modista. Se volvió hacia la dependienta, que ya había despedido a las otras damas—. Margaret, acompáñalos a un reservado, por favor. Usted, señorita Frampton, venga conmigo al taller, allí le tomaré las medidas.

Y, sin esperar a obtener una respuesta, encaminó sus pasos hacia una puerta con cortinas que había detrás de uno de los mostradores. Sophie tuvo ganas de echar a correr en la dirección contraria.

—No se estará arrepintiendo tan pronto, ¿verdad? —le dijo el duque, casi como si pudiera leer sus pensamientos.

—¡Por supuesto que no! —replicó ella con más dureza de la que pretendía.

—Bien, porque estoy deseando ver cómo luce con los nuevos vestidos —declaró, y tuvo el descaro de guiñarle un ojo.




CAPÍTULO 13

Tras la cortinilla había un estrecho pasillo que desembocaba en una amplia sala, en la que varias jóvenes costureras trabajaban en silencio, inclinadas sobre vestidos en diferentes estados de confección. Levantaron la mirada cuando entró con la señora Bean, aunque enseguida volvieron a concentrarse en la labor, aprovechando la luz que entraba a raudales por los grandes ventanales situados a lo largo de la pared.

—Lucy, ¿puedes traerme la cinta métrica, por favor? —pidió a una de las muchachas—. Venga por aquí, señorita Frampton.

—Llámeme Sophie.

La señora Bean se detuvo y la miró algo sorprendida. No era habitual que una clienta evitase el trato formal con ella; por mucho que fuese la modista de la princesa Carlota, seguía perteneciendo a una clase social inferior. Aun así, asintió con leve cabeceo de reconocimiento.

—Entonces, usted puede llamarme Charlotte. —Su sonrisa, en esta ocasión, fue sincera—. Pase por aquí y quítese la ropa, por favor.

Cerró la cortina tras ella y Sophie se encontró en un cubículo en el que apenas cabían cuatro personas, además de la exquisita butaca tapizada en seda adamascada y una pequeña mesa al lado. Un espejo de cuerpo entero ocupaba la pared. Tras observarlo todo, se

quitó los guantes y el sombrero, y comenzó a despojarse también de la chaquetilla, que dejó sobre la butaca. Se sintió un poco incómoda cuando tuvo que desprenderse del vestido de muselina. Por supuesto que había acudido a otras modistas en York desde que era niña, pero no le gustaba exponerse ante desconocidas.

—¿Puedo entrar, señorita Frampton?

—Adelante.

La cortinilla se corrió apenas lo suficiente para que pasase la señora Bean, portando una bandeja con algo de beber y unas galletas, que depositó sobre la mesa.

—Veo que no usa corsé —comentó, contemplando la larga camisa que llevaba atada con una cinta bajo los senos.

Sophie agradeció que el tono usado por la mujer no tuviese ninguna inflexión, como si meramente se dedicase a constatar un hecho. No se avergonzaba de sí misma ni de su manera de vivir, pero en ese momento echó en falta no haberse criado con una figura femenina que la hubiese guiado en lo que se esperaba de una joven dama. Echó de menos a su madre.

—Vivo en el campo, allí no somos tan estrictos.

Charlotte asintió, comprensiva.

—Tampoco aquí lo suelen usar todas las damas. No es necesario con el estilo de prendas que se visten hoy en día —admitió—. Sin embargo, usted no debería desperdiciar sus encantos.

—¿Mis encantos? —repitió Sophie, con una mirada confusa dirigida a la modista, que había comenzado a tomarle medidas.

—Así es. Sophie, posee generosos senos, si desea atraer la atención del duque, debería realzarlos y…

—Disculpe, pero no tengo intención de atraer la atención de lord Rokewood —replicó, sin poder evitar que un matiz de irritación se filtrase en su voz y su cuerpo se tensara.

Charlotte se detuvo y observó su rostro unos instantes.

—Lamento si la he ofendido. —Esbozó una sonrisa arrepentida y continuó con la labor de medir el ancho de la manga—. Casi todas

las damas con las que se ha relacionado lord Percival tenían interés en, digamos, «cazar» al duque.

Sophie inspiró hondo e intentó calmarse. ¿A cuántas había llevado al establecimiento de la señora Bean? Una oleada de indignación le recorrió las venas. Desde el principio había sabido que era un libertino, por eso le había dejado claro, cuando firmaron el contrato —y había tenido que ponerlo en palabras, a pesar del bochorno que le causó—, que no tenía intención de yacer con él. Rechinó los dientes al recordar su respuesta: «Yacer es una palabra muy insulsa, señorita Frampton. Yo lo llamaría disfrutar y abrirle las puertas al maravilloso mundo de los placeres carnales». «No necesito que me abra ninguna puerta. Usted quédese en su mundo y yo me quedaré en el mío», le había replicado ella con tono seco.

Miró a la modista y alzó la barbilla con gesto orgulloso.

—Puedo asegurarle que no es mi caso —declaró, a pesar de que la situación le causaba cierto embarazo—. Nuestra relación es una simple cuestión de negocios. Yo no soy como las demás damas —argumentó, consciente de que la mujer debía de estar al tanto de los servicios que ofrecía el duque.

«Tal vez, por eso mismo, sea capaz de lograr lo que las otras no consiguieron», pensó Charlotte mientras le tomaba la medida del busto. Por lo general, Percival no solía escoltar hasta su negocio a las damas a las que ofrecía sus servicios, más bien le hacía llegar una nota en la que decía que iban de su parte. Solo en un par de ocasiones acudió en persona: cuando acompañó a una joven, cuya madre poseía un gusto horrendo para vestir, y con lady Lavinia Waverly, una bruja manipuladora de la que le había aconsejado que se mantuviera alejado. Así que, si esta vez se había presentado en compañía de la señorita Frampton, debía de ser porque la encontraba interesante. Una sonrisa suave se dibujó en su rostro. A Percival no le vendría mal sentar cabeza y conseguir un poquito de felicidad. Y, si ella podía ayudar en algo, lo haría.

—Le ofrezco mis disculpas, Sophie.

Ella se sintió un poco culpable. «Quizá he reaccionado en exceso», se dijo, al tiempo que dejaba escapar un suspiro.

—No, soy yo quien debe disculparse. Lamento haber perdido la compostura. —Miró a Charlotte, preguntándose si a ella no le molestaba ver que llevaba allí a otras mujeres, si en verdad había sido su amante—. ¿Hace tiempo que conoce a lord Rokewood?

Se arrepintió de inmediato de sus palabras, pues podía darle a la modista una impresión equivocada. Sin embargo, antes de que pudiera retirar la pregunta, Charlotte respondió:

—Hace unos cinco años. Su padre, el anterior duque, solía traer a mi negocio a casi todas sus amantes. Tras su muerte, lord Percival adquirió las deudas que había dejado en numerosos establecimientos: zapaterías, sombrererías, joyerías… —le explicó. Dejó de tomar medidas y pareció perderse en los recuerdos—. La primera vez que me buscó fue para pedir disculpas y asegurarme que pagaría la deuda. Me dio la sensación de que se encontraba muy solo y que cargaba un peso enorme.

Sophie se preguntó si fue eso lo que la llevó a querer consolarlo, convirtiéndose en su amante. Se reprendió a sí misma por pensar en ello. No debería importarle la vida privada del duque, ni sentir curiosidad por él; no obstante, deseaba saber.

—¿Y lo hizo? Me refiero al pago de la deuda.

—Hablé con mi esposo y ambos estuvimos de acuerdo en perdonársela si, a cambio, me ayudaba a acceder a las damas de los círculos más altos de la sociedad. Él aceptó y cumplió con su parte del trato. Después continuó trayéndonos más clientas y, con el tiempo, trabamos amistad.

Al escuchar sus palabras, recordó que Portia le había comentado en el carruaje que Charlotte vestía personalmente a la duquesa de Kent y a la princesa Carlota. «Así que esa es la razón de su familiaridad y no el hecho de que hayan sido amantes». Se disgustó consigo misma por sus prejuicios y por haber pensado mal de la mujer.

—Usted y su esposo fueron muy generosos.

Charlotte negó con la cabeza.

—Thomas siempre ha tenido buen ojo para los negocios y sabe aprovechar las oportunidades. Comencé a dirigir el negocio en 1807. Por ese entonces era tan solo una pequeña sombrerería, pero gracias al trato que hicimos con lord Percival pude ampliarlo e incluir la confección de vestidos, hasta convertirme en modista de la corte. —En sus ojos había un brillo de satisfacción y orgullo—. En todo caso, debería decir que es lord Percival quien fue generoso con nosotros.

—Señora Bean… —llamó una de las asistentes desde detrás de la cortinilla.

—Discúlpeme un instante.

Sophie asintió y se quedó pensativa. Tal parecía que, igual que había juzgado mal a la señora Bean, también se había precipitado en su juicio sobre lord Rokewood, considerándolo superficial y pagado de sí mismo. «Los duques no estamos acostumbrados a pedir disculpas», le había dicho él. Y, sin embargo, eso era lo que había hecho con Charlotte, a pesar de pertenecer a una clase social inferior.

En Frampton Manor, ella no hacía acepción de personas y trataba a todos —arrendatarios, peones y criados— del mismo modo, pero había visto que Edith y Robert mantenían las distancias. Incluso, en alguna ocasión, su primo le había hecho notar que no era adecuado mantener tanta familiaridad con alguien que no fuese de su clase. Quizá por eso ella había dado por hecho que el duque pensaría del mismo modo.

La cortina volvió a abrirse y Charlotte entró con un vestido en las manos.

—¿Podría probárselo, Sophie? Me gustaría ver si las medidas se ajustan a las suyas. Tendrá que usar este corsé, ya que el vestido está diseñado para llevarlo.

Ella asintió y permitió que la ayudase a vestirse. Cuando terminaron, se contempló en el espejo y abrió los ojos sorprendida. El corsé corto, casi como un corpiño, le realzaba el busto, haciendo

que la prenda exterior se ajustase a su cuerpo y cayese con elegancia. Se trataba de una túnica de raso blanco sobre la que llevaba un vestido confeccionado en tul, con pliegues de raso verde Pomona. El escote estaba adornado con filigrana de encaje francés, lo mismo que el ruedo de la túnica, asemejando flores sobre las que había bordadas unas hojas verdes. Por debajo del pecho llevaba una cinta de raso que se ataba a la espalda con un lazo.

—Es precioso —susurró, pasando con delicadeza la mano sobre el tul.

—Gracias. Es una de mis nuevas creaciones —admitió, orgullosa. Luego la contempló reflexiva—. Pensaba anunciarlas próximamente en el Ackermann's, pero puesto que este vestido le sienta especialmente bien, tal vez podría quedárselo usted.

—¡Oh! Sería… —Frunció el ceño. Aunque era una prenda maravillosa, le parecía que mostraba demasiada piel. Ella solía vestir con más recato—. No creo que pueda ponérmelo…

—¿Le importaría que lo viesen lord Rokewood y lady Alcock? Me gustaría conocer su opinión, al menos para guiarme en el estilo de guardarropa que necesitará. Por favor —añadió en una súplica al ver el gesto de duda en su semblante.

Sophie suspiró con resignación. «Londres es distinto a York», reflexionó. Puesto que el duque iba a acompañarla, no deseaba avergonzarlo vistiendo de forma inadecuada. Escucharía su parecer y el de Portia; luego elegiría, según sus propios gustos, lo que más se adecuase a sus propósitos.

—De acuerdo —aceptó al fin.

Charlotte sonrió, complacida.

—Espere un momento. —Se asomó por la cortinilla y enseguida la cerró de nuevo. Cuando se volvió hacia ella, sostenía en la mano un tocado de plumas de avestruz—. Así quedaría el conjunto completo —comentó mientras se lo colocaba en el cabello.

Durante unos instantes, Sophie contempló su imagen en el espejo. Sabía que no era ninguna belleza y que sus rasgos eran más bien anodinos, sin embargo, la señora Bean había logrado que incluso

ella se viera a sí misma, la práctica y normalita señorita Frampton, como una mujer hermosa.




CAPÍTULO 14

Cuando emergió de la improvisada salita al taller, se sintió abrumada por el interés que provocó entre el grupo de costureras. Todas detuvieron sus quehaceres y la contemplaron con una franca admiración que la hizo ruborizarse.

—Acompáñeme, señorita Frampton. No se preocupe por la ropa —añadió, al ver que miraba con preocupación sus pertenencias—, Lucy la llevará al reservado donde aguardan el duque y lady Alcock.

La siguió por el estrecho corredor, mas, en lugar de conducirla a la tienda, la hizo girar hacia la derecha por otro pasillo que desembocó en una amplia galería en la que había diferentes puertas. Se detuvo al ver que alguien se acercaba. Una de las dependientas acompañaba a una dama de mediana edad y a un atractivo caballero que llevaba un parche en el ojo. Sophie se sintió cohibida por la situación.

—Buenos días, lady Blackthorn, es un placer volver a verla —saludó Charlotte, con una inclinación de cabeza.

—Muchas gracias, querida. Hacía tiempo que deseaba venir. Necesito reponer algunas prendas de mi guardarropa, pero mi hijo ha estado demasiado ocupado estos días como para acompañarme —comentó mientras daba unos afectuosos golpecitos sobre el brazo de este—. Regresó hace unos meses de la guerra contra Napoleón.

Sophie percibió la tensión que embargó al caballero, aunque mantuvo el rostro impasible. Charlotte, sin embargo, supo manejar bien la situación.

—Es un placer conocerlo, lord Blackthorn. Tiene usted mi admiración, son pocos los caballeros que se atreven a acompañar a una dama a ver a la modista. —Su tono, entre divertido y bromista, logró que él se relajara.

—El placer es mío, señora Bean.

—Dígame, querida, ¿esta es una de sus últimas creaciones? —señaló la dama, observando a Sophie con interés—. Si aún no lo ha vendido, me gustaría…

—Mis disculpas, lady Blackthorn. Ha sido un descuido imperdonable por mi parte no presentarle a la señorita Sophie Frampton, una de mis clientas. Señorita Frampton, le presento a la condesa viuda de Blackthorn y al conde...

—Lord Darius Hastings, conde de Blackthorn, a su servicio —dijo él. Se adelantó a tomar su mano y se inclinó sobre ella, sin llegar a rozarla, aunque pudo sentir el cálido aliento de sus labios en los nudillos.

—Encantada de conocerlos, *milady*, milord —saludó, dirigiéndoles una reverencia.

—¡Oh! Entonces el vestido es suyo. —El tono decepcionado de la condesa la hizo sentirse un poco culpable, pero no se atrevió a contradecirla, puesto que Charlotte no lo había hecho—. Debo decir que posee un gusto exquisito. Le sienta muy bien, ¿no es cierto, Darius?

Sophie sintió posarse sobre ella el único ojo del conde, de un tono gris que asemejaba a una perla preciosa. Había tanta fuerza e intensidad en la forma en que la miraba que notó cómo las mejillas se le teñían de un suave rubor. «Así que esto es lo que se experimenta cuando se atrae la atención de un caballero», pensó, con una creciente sensación de poder en su interior.

—Desde luego —convino él en tono apreciativo. Le había agradado ver que ella no apartaba la mirada con disgusto ante el parche del

ojo.

—No deseo entretenerla más, lady Blackthorn —intervino Charlotte, mostrando una sonrisa cortés—. Margaret los acomodará en un reservado y enseguida estaré con usted.

—Sí, gracias, querida. Espero que volvamos a vernos en alguna ocasión, señorita Frampton —declaró con tono afable, dirigiéndose a Sophie.

Ella se limitó a despedirla con una ligera reverencia, luego siguió a la señora Bean hasta que se detuvo frente a una de las puertas del pasillo. Sabía quién la aguardaba al otro lado y tomó una honda respiración mientras se preguntaba si el duque también la encontraría atractiva. Sacudió la cabeza, molesta consigo misma por aquel estúpido pensamiento. Daba igual lo que él pensara. «Nuestra relación es solo de negocios».

Charlotte abrió la puerta y entró. Sophie la siguió al interior y, con una rápida mirada, recorrió la salita. Era una amplia estancia, decorada con buen gusto, en tonos dorados y marfil. En un lateral se alzaba una pequeña tarima tras la que había unos cortinajes y, frente a ella, un par de cómodas butacas. Por una de ellas asomaban las piernas del duque.

—Ya era hora —se quejó Portia apenas entró la señora Bean, pero se detuvo al verla a ella y sus ojos se agrandaron, otorgando a su rostro un aspecto casi infantil—. ¡Oh, Sophie, estás preciosa! Ese vestido es maravilloso.

—Gracias —respondió con cierta timidez, sin dejar de observar a lord Rokewood, que se levantó con indolencia de la butaca.

Cuando por fin la miró, un brillo atravesó el cielo azul de sus ojos, tan fugaz que estaba segura de que se lo habría perdido de haber parpadeado en ese momento. De inmediato frunció el ceño y se llevó las manos a la espalda. Su silencio la incomodó.

—Había pensado que la señorita Frampton podría usar este vestido de noche para alguna fiesta —comentó Charlotte, usando un tono pausado, como si midiera sus palabras.

—Sería estupendo —convino Portia, entusiasmada—. No me cabe la menor duda de que atraerías la atención de muchos caballeros, Sophie.

Ella estaba a punto de decirle que no buscaba eso en absoluto, cuando se vio interrumpida por el duque.

—No. Busca otro estilo, Charlotte.

El brusco rechazo le agitó el estómago como si la hubieran golpeado.

—¿Por qué no, Percy? —inquirió Portia antes de que pudiera hacerlo ella—. Considero que le sienta francamente bien.

—Es demasiado atrevido —señaló, cruzándose de brazos, como si aquella razón fuese suficiente para dar por terminada la discusión.

En el instante en que la había visto, había experimentado un involuntario latigazo de deseo. La túnica del vestido se pegaba a su cuerpo, moldeando las redondeadas formas, sin que el tul las ocultase, y el corpiño elevaba los generosos senos, dejando expuesta una buena porción de piel cremosa y satinada que invitaba a hundir el rostro en ella para aspirar el aroma floral y lamer aquellas cumbres blancas. Suponía una visión demasiado tentadora y no estaba dispuesto a tener que aguantar el asedio de los demás caballeros a los que seduciría con sus encantos.

—¿Atrevido? —repitió su prima con incredulidad—. ¡Por el amor de Dios, Percival, el escote no es mucho más amplio que los que llevo yo!

«Puede que sea cierto», concedió para sí, si bien nunca se había fijado en ese aspecto de las prendas que vestía Portia; sin embargo, esta no se hallaba tan bien dotada como la señorita Frampton, a quien, por otra parte, no la unía ningún parentesco con él.

—He dicho que no lo usará.

—¿Acaso quieres que se presente ante la alta sociedad ataviada como una provinciana? No te ofendas, Sophie —le dijo, volviéndose para mirarla—, pero, por irrelevante que pueda parecer una prenda de vestir, las damas de la aristocracia te juzgan por ella, abriendo o cerrándote las puertas a su círculo social.

Sophie se había mantenido en silencio hasta ese momento, puesto que ella misma consideraba el vestido poco recatado. A pesar de todo, comprendía las razones que argumentaba Portia y, por eso, le dolía pensar que el duque no las tuviera en consideración. ¿Acaso pretendía que el buen *ton* se burlara de ella? Que la gente murmurase a su paso: «¡Oh! Fíjate. Esa insulsa joven es la nueva obra de caridad de lord Rokewood».

La indignación, junto con un sentimiento de traición, le quemaron el pecho. Puede que nadie la calificase como una belleza y que fuese una solterona a punto de cumplir los treinta, pero no era ninguna pobre muchacha a la que hubiera que guiar por los recovecos laberínticos del mundo social. Había sido educada como una dama, poseía una gran inteligencia y suficiente refinamiento para conducirse entre la aristocracia, y, desde luego, conocía las normas sociales como para no quedar en evidencia. Además, era lo bastante adulta como para decidir por sí misma. No necesitaba —ni iba a permitir— que un duque arrogante eligiese por ella.

—Señora Bean, gracias por la sugerencia —le dijo a la modista—. Me llevaré el vestido.

Charlotte ocultó una sonrisa, encantada con la actitud osada que mostraba la joven, poniendo a lord Percival en su lugar. Estaba convencida de que él se encontraba bastante insatisfecho en esos momentos; al fin y al cabo, Sophie debía de ser la primera mujer que no caía rendida a sus pies.

—Como guste, señorita Frampton. ¿Cuáles son los otros tipos de prendas que va a necesitar?

Sophie miró a Portia en busca de ayuda y esta acudió de inmediato a Charlotte.

—Señorita Frampton —oyó que la llamaba el duque—. ¿Me permite intercambiar unas palabras con usted?

Ella se disculpó con las dos mujeres y se acercó hasta el rincón donde se encontraba él.

—¿Y bien? —lo acució al ver que parecía haberse quedado en blanco.

Percival tuvo que hacer un esfuerzo ingente para no recrearse la vista con aquellos senos turgentes que parecían desafiar el estrecho confín que los sujetaba.

—Creí que había dicho que no pretendía cazar un marido. —No pudo evitar que su tono sonara desabrido—. Entonces ¿por qué ha aceptado este vestido?

—No tiene nada que ver una cosa con otra.

—Por supuesto que sí. ¿Acaso piensa que los caballeros permanecerán indiferentes cuando la vean vestida así, mostrando…?

Sophie sintió que la sangre le hervía en las venas.

—¿Está insinuando, lord Rokewood, que voy vestida como una prostituta?

—¡Diablos, no! No es eso lo que quiero decir. No tergiverse mis palabras, señorita Frampton —replicó, más molesto consigo mismo que con ella. Nunca le había preocupado cómo vistieran las damas a las que había acompañado, a menos que tuvieran mal gusto. ¿Por qué demonios debía importarle cómo lo hacía ella? A pesar de lo cual, continuó con su diatriba—. Tengo una reputación que mantener. No me gustaría que las buenas damas de la sociedad me acusasen de exponerla a las ávidas e indecentes miradas de los caballeros. ¿Comprende lo que quiero decir?

Ella notó el rubor que caldeó su rostro ante aquella ruda franqueza, aun así no estaba dispuesta a ceder.

—Lo entiendo, pero no veo que usted me mire de esa manera, como tampoco lo hizo el caballero que me acaban de presentar y en cuyos ojos solo percibí admiración.

—¿Qué caballero? —la interrogó con el ceño fruncido.

—Un conde que, además, admitió que el vestido me sentaba muy bien. Y, antes de que continúe con sus gruñidos, milord —lo interrumpió al ver que iba a decir algo más—, le recuerdo que usted no es mi padre, ni mi hermano ni mucho menos mi esposo. Puesto que lo he contratado, puedo escuchar su opinión, pero no tengo por qué aceptarla.

Percival sintió la frustración royéndole las entrañas y se esforzó por recuperar la compostura, que no sabía en qué momento había perdido.

—Haga lo que quiera —repuso con el tono más indiferente que logró impostar—, pero luego no reclame mi ayuda para apartarle a los moscones cuando la rodeen.

—Descuide, milord. Ya soy mayorcita, sabré arreglármelas por mí misma —apostilló, alejándose de él con una extraña mezcla de sensaciones en su interior que no supo bien cómo definir.

¿Acaso se estaba burlando de ella? Por supuesto que no necesitaba preocuparse por eso, ella nunca tendría una corte de caballeros a su alrededor. No era lo bastante bonita ni sofisticada para atraer su atención, pensó, dolida. Lo mejor sería apartar de su mente esas consideraciones y concentrarse en el resto del vestuario.

CAPÍTULO 15

Al contrario de lo que creyó que sucedería, tras este último intercambio de palabras, lord Rokewood pareció recuperar su habitual comportamiento, un tanto displicente y despreocupado, aunque se mostró dispuesto a colaborar con la señora Bean para la confección del nuevo vestuario. Tuvo que reconocer su buen gusto para elegir telas y aceptó las sugerencias que le hizo con respecto a algunos modelos que Charlotte les propuso entre los bocetos que les presentó. Se probó algún vestido más, pero solo obtuvo la opinión de Portia, ya que el duque prefirió mantenerse en silencio.

Suponía que se había molestado con ella, a pesar de que no se reflejaba nada en su semblante.

—Se le pasará pronto —le aseguró Portia mientras la ayudaba a elegir algunas cintas nuevas para el sombrero, ya en la tienda. Ella apartó la mirada del duque y asintió—. En general, suele ser bastante tolerante, no sé por qué se mostró tan obtuso con algo tan trivial como el escote de un vestido. En fin, no se preocupe, esto no afectará al contrato. Percival nunca ha sido rencoroso.

Sophie escogió un par de cintas en tonos verde y marfil.

—Me quedaré con estas.

Se acercó a la dependienta que había tras un mostrador y se las entregó para que las envolviera.

—Envuélvalas junto con esas —dijo Lord Rokewood, depositando sobre la superficie de mármol tres cintas más, de color plateado, azul y burdeos. Sophie supuso que, de alguna manera, se trataba de una especie de ofrenda de paz—. ¿Necesita algo más? —añadió, mirándola.

—No, gracias. Podemos irnos cuando guste.

Él tomó los dos paquetes, puesto que también habían adquirido un poco de encaje, y ella lo siguió. Charlotte, que estaba recibiendo a unas nuevas clientas, se disculpó con ellas unos momentos para acudir a despedirlos.

—Lady Alcock, espero que vuelva pronto a visitarnos y no solo como acompañante. Tengo una seda azulada, vaporosa, muy adecuada para una dama rebelde y atrevida —le confesó en un susurro, con un brillo cómplice en la mirada.

—Por favor, Charlotte, no la animes o sus padres terminarán por desheredarla y me culparán a mí por ello.

—Señorita Frampton, ha sido un placer conocerla. También a usted espero verla pronto de vuelta en mi establecimiento.

—Desde luego, estaré encantada.

—Lord Rokewood, le agradezco la visita. Haré que lleven los paquetes a la dirección que me ha indicado.

Percival tomó su mano y la llevó a los labios.

—Siempre es maravilloso volver a verte, Charlotte. Espero que tu negocio siga prosperando.

—Con su inestimable ayuda —añadió ella—. Cuando termine la guerra pretendo viajar a París, tal vez le gustaría acompañarme.

Sophie vio cómo él le dirigía una cálida sonrisa y sintió una extraña opresión en el pecho. Deseaba escuchar su respuesta, pero Portia tiró de ella hacia la puerta, por lo que solo alcanzó a oír una parte.

—Quizá en otra ocasión, querida. Pero tengo varios contactos allí que…

El bullicio de la calle la aturdió un poco. Desconocía por qué se sentía tan mal, quizá se debiera al cansancio. Cuando el duque salió

del establecimiento y subieron al carruaje que los aguardaba, el silencio se llenó tan solo con la conversación de Portia. Sophie lo observó mientras él parecía distraerse contemplando la calle a través de la ventanilla. Ni siquiera respondió a su saludo de despedida cuando, poco después, descendió en Grenville Street. Se limitó a dirigirle una leve inclinación de cabeza antes de que el coche partiera, dejándola en mitad de la calle mientras se preguntaba cuánto tiempo le duraría el enfado.



Se recogió el ruedo del vestido y subió la amplia escalinata de la casa Montagu, con el barandal de hierro forjado al lado izquierdo, mientras contemplaba los impresionantes frescos que adornaban la pared derecha. Se detuvo un momento en el rellano para asegurarse de que Dorothy, la criada que la acompañaba, la seguía. En el semblante de la muchacha se podía leer una mezcla de embeleso e intimidación. El lujoso ambiente, de estilo francés, de la sede del Museo Británico resultaba, sin duda, apabullante para cualquier persona, sin importar su clase social.

El museo había abierto sus puertas en 1759 y sufrido ampliaciones conforme se incrementaban las colecciones del mismo. En 1782, el gobierno había adquirido las obras y objetos de sir William Hamilton, embajador británico en Nápoles, que incluían piezas de Grecia y Roma. Así mismo, tras la batalla de Aboukir, en Egipto, y la consecuente derrota de las tropas de Napoleón, el museo compró en 1801 gran cantidad de antigüedades egipcias, entre las que destacaba la célebre piedra de Rosetta. Ella contaba dieciséis años en ese momento y aún recordaba la emoción con la que su padre, cuya salud había desmejorado tras la muerte de su madre el año anterior, le leyó la noticia de la que se hacían eco todos los periódicos. «Me gustaría verla con mis propios ojos», le había dicho

él. No había podido ser, pero ella se encontraba en ese momento allí para cumplir aquel sueño.

«Al fin y al cabo, no tengo nada mejor que hacer», pensó resignada, mientras continuaba el ascenso al piso superior para ver las diversas salas. Hacía cuatro días que habían visitado el establecimiento de la señora Bean y, desde entonces, no había vuelto a tener noticias del duque. No podía evitar preguntarse si estaría arrepentido de haber firmado el contrato. Dejó escapar un suspiro y prefirió centrarse en la visita.

—Dorothy, no te retrases —dijo al ver que la muchacha se había entretenido contemplando, absorta, las esculturas de dos ciervos en plena lucha, ubicadas en el rellano de la escalera—. Hay demasiada gente aquí y no quiero perderte.

Recorrieron la galería, dividida en salas en las que se exponían vasijas de diferentes periodos de la historia: etruscas, griegas, romanas… —algunas de ellas eran piezas verdaderamente hermosas y bien conservadas—. Al final de la misma, encontraron el rellano en el que desembocaban las escaleras del lado oeste y que daba acceso a una nueva galería, dedicada al antiguo Egipto. Sophie tuvo que tranquilizar a Dorothy, que se asustó al ver las momias exhibidas en la primera estancia en la que entraron. Caminaron hacia la siguiente sala, que rebosaba de visitantes, probablemente, porque allí se encontraba la piedra de Rosetta.

Miró alrededor, en un intento por localizarla en medio de todos los objetos que llenaban el amplio espacio y de la multitud de damas y caballeros que se paseaban de un lado a otro admirando las piezas y conversando en murmullos. Había vitrinas con papiros antiguos, también algunas estatuas y fragmentos de piedras pintadas y estelas. Cuando un grupo de personas que se había reunido en torno a un objeto se movió, pudo ver que se trataba de lo que andaba buscando.

—¡Ah! Ahí est…

Las palabras murieron en su garganta cuando posó los ojos sobre una pareja situada cerca de la piedra, que conversaba en actitud

cariñosa. Él se había inclinado para susurrar unas palabras al oído de la dama y su rostro quedaba parcialmente oculto tras la cabeza de esta, aunque la fugaz visión que había tenido de su semblante había bastado para reconocerlo.

Edward no había cambiado mucho. El cabello, de un castaño claro, seguía siendo ondulado y, aunque no podía verlo desde allí, podía imaginar el brillo que iluminaba sus ojos verdes mientras le sonreía a la dama. Cuando pudo verle por fin el rostro, descubrió que sus rasgos se habían vuelto más varoniles, si acaso. Desvió la mirada hacia la mujer que lo acompañaba y se preguntó si sería su esposa, la vizcondesa de Ashcombe. Una punzada de dolor le atravesó el pecho y una multitud de recuerdos fluyeron por su mente en un río interminable de sensaciones que fueron adquiriendo el sabor de la amargura, conforme observaba al hombre con el que había creído que un día contraería matrimonio.

—Señorita Frampton, si no ha encontrado aquí la piedra esa que busca, ¿quiere que nos movamos a otra sala?

La voz de Dorothy la arrancó de sus pensamientos y se volvió hacia ella con una sonrisa de disculpa en los labios.

—No es necesario, está ahí.

Volvió la mirada hacia el lugar donde se erigía la piedra de Rosetta sobre una pequeña columna de mármol, sin embargo, ya no vio a Edward junto a ella. Lo buscó alrededor, aunque le fue imposible localizarlo entre tanta gente.

«Es mejor así», pensó. ¿Qué iba a decirle después de tantos años? ¿Podía reprocharle acaso que hubiese continuado con su vida mientras ella permanecía sepultada en Frampton Manor? No tenía derecho a hacerlo. Además, cabía la posibilidad de que él ni siquiera la recordase, mientras que ella aún conservaba las cartas que le había enviado en su juventud. Tragó saliva, intentando deshacer el nudo que le oprimía la garganta. Tenía que dejar atrás el pasado y aferrarse al presente, lo único que tenía en ese momento, porque el futuro que se abría ante ella era demasiado solitario y acerbo.

—Vamos, Dorothy.

Se acercaron al lugar donde se exhibía la piedra y trataron de abrirse un hueco entre las personas que la rodeaban.

—¿Esto es lo que andaba buscando, señorita? Es solo una piedra grande.

El tono de decepción de la muchacha le arrancó una sonrisa.

—Aunque no lo parezca, es una pieza muy importante. Se trata de un fragmento de una antigua estela egipcia y esas inscripciones que tiene grabadas pertenecen a tres tipos distintos de escritura. La parte superior corresponde a los jeroglíficos egipcios, la del medio es escritura demótica y la parte inferior está escrita en griego antiguo —le explicó, recordando lo que había leído acerca de ella.

Por el gesto que lucía, la joven no pareció comprender sus palabras ni tenía interés en ellas tampoco. Sophie esbozó una nueva sonrisa pesarosa y volvió a contemplar la piedra. Así que así era como debía de sentirse la señora Roserton al no tener a nadie con quien compartir las pequeñas cosas del día a día, lo que le gustaba o la emocionaba, las reflexiones que le llenaban la mente y el corazón. Eso era lo que significaba la palabra «soledad». Un dolor profundo le atravesó el pecho. Se dio cuenta, en ese momento, de que, tras la muerte de su padre, había asumido múltiples quehaceres para no experimentar ese sentimiento que ahora le horadaba el alma.

—¿Señorita Frampton?

Se sobresaltó al escuchar su nombre y se giró hacia la voz con los rápidos latidos del corazón resonando en sus oídos, pero no se trataba de Edward.

—Lord Blackthorn, qué inesperada sorpresa.

CAPÍTULO 16

Darius la observó con atención. Llevaba un vestido más sencillo que el que le había visto en el establecimiento de la señora Bean, pero la sonrisa que le dirigió mantenía la misma naturalidad y calidez. La tensión que lo había acometido al abordarla desapareció de sus hombros y se relajó.

—No pensé que volveríamos a vernos tan pronto. ¿Es la primera vez que visita el museo? —se interesó, colocándose junto a ella mientras avanzaban por la sala.

—Así es.

—¿Y qué le parece?

—Lo encuentro fascinante —repuso con sinceridad—. Es como si hubiese viajado atrás en el tiempo, como si todo aquello acerca de lo que he leído en los libros hubiese cobrado vida, haciéndose real. Cuando veo una de esas estelas o alguna estatua, pienso en los ojos que las contemplaron hace miles de años y en lo que sentirían cuando lo hicieron. Me pregunto si serían personas muy distintas a usted o a mí, qué tipo de vida llevarían. Y aquí, al mirar alrededor, puedo encontrar algunas respuestas. —Se detuvo al ver la sonrisa que le adornaba los labios y que suavizaba el aspecto sombrío que el parche otorgaba al rostro, dotándolo de un extraño atractivo—. Discúlpeme, hablo demasiado. Seguramente lo estoy aburriendo.

—Al contrario, me resulta encantador su entusiasmo. Se nota que está disfrutando la visita. ¿Le importa si la acompaño durante el resto del recorrido?

—Será un placer, milord —aceptó ella, apoyándose en el brazo que él le ofreció. Notó la dureza de sus músculos bajo la palma de la mano. Sin duda, tenía el porte y la gallardía de un militar.

Recorrieron las diferentes estancias dedicadas a Egipto —y el resto del museo—, mientras conversaban. Darius le narró algunas anécdotas que conocía sobre varias piezas expuestas y ella le habló de la información que había encontrado en los libros.

—Es usted una ávida lectora, por lo que veo —comentó él cuando se detuvieron en un salón con miles de volúmenes encuadernados y cientos de manuscritos.

Sophie miró a su alrededor y aspiró el aroma a papel envejecido y a piel curtida que flotaba en el ambiente y sintió una punzada de nostalgia por Frampton Manor, por su biblioteca y por las mañanas que pasaba sentada junto al río leyendo.

—Los libros son un refugio, un segundo hogar en el que nunca estamos solos —musitó con tono suave, pasando los dedos con delicadeza sobre el cristal que protegía un volumen abierto en el que podía verse el dibujo de algunas plantas. Una pequeña placa colocada en el borde de madera de la urna rezaba: Colección de sir Hans Sloane, 1er. Baronet—. Nos permiten viajar a otros lugares y épocas, son buenos maestros, nos invitan a soñar y también nos ayudan a olvidar. Discúlpeme —dijo tras unos instantes de silencio, esbozando una sonrisa pesarosa—, otra vez lo estoy aburriendo con mis divagaciones.

Darius negó con la cabeza.

—Es usted una de las damas más interesantes que he conocido, señorita Frampton.

Sophie sintió que el rubor le teñía las mejillas.

—Le agradezco el cumplido, lord Blackthorn.

—No tengo por costumbre ofrecer halagos vacíos, señorita Frampton, me limito a ser sincero. Si no encuentro nada que decir,

prefiero callar.

—Comprendo —respondió ella, sin saber muy bien cómo conducirse ante semejante declaración.

—Lo siento. Tal vez he sido demasiado rudo en mi respuesta —se disculpó, maldiciendo en su interior por haberse comportado con aspereza. «Si nunca intenta correr el riesgo, se quedará atrapado en su propio campo de batalla interno». No supo por qué acudieron a su mente en ese momento las palabras de lady Alcock—. En mi defensa, solo puedo alegar que he pasado los últimos años entre curtidos soldados y puede que haya olvidado cómo tratar a una dama.

—No necesita disculparse, milord —le aseguró, dedicándole una sonrisa tranquilizadora—. Algunas damas no somos tan pusilánimes como para echarnos a temblar ante el primer viento de tormenta que sople con fuerza en nuestra dirección.

Él asintió, un tanto molesto consigo mismo porque aquellas palabras le hubieran evocado de nuevo la imagen de la prima de Percival. Ciertamente, lady Portia no se dejaría doblegar ni siquiera por un vendaval, era demasiado obstinada.

—Entonces, ¿qué le parecería si le ofrezco mis disculpas invitándola a Gunter's?

Recorrer el museo junto a ella había resultado una experiencia de lo más agradable. Hacía tiempo que no se sentía tan relajado ni disfrutaba tanto. Como en otras ocasiones, había recibido miradas horrorizadas o rebosantes de lástima por parte de algunas damas con quienes se habían cruzado en el transcurso de la visita e, incluso, habían llegado a sus oídos los susurros que acompañaban sus pasos desde que perdió el ojo: «pobre», «qué lástima, con lo apuesto que es». Sin embargo, no lo habían irritado como de costumbre, pues los ojos color miel de la señorita Frampton no se habían apartado ni un instante de su rostro, ni aquellos susurros la habían hecho avergonzarse de su compañía.

«Podría casarme con ella», pensó mientras aguardaba su respuesta. Sería un matrimonio cómodo y apacible. Él cumpliría con

el deber de dar continuidad al título, engendrando un heredero, y ella… «Tendría que cargar con un inválido», lo acusó su conciencia.

—¿Qué es Gunter's? —la escuchó decir, suavizando con la dulzura de su voz el amargo sabor de sus pensamientos.

—¿Nunca ha oído hablar de él? —inquirió, sorprendido. Si bien era cierto que la popularidad del establecimiento se había acrecentado entre la aristocracia en los últimos años, este existía ya, bajo ese mismo nombre, desde 1799.

—En realidad, lord Blackthorn, esta es mi primera visita a Londres —se justificó—. He vivido en Huntington, cerca de York, toda mi vida y, por diversas circunstancias, no he podido visitar la ciudad hasta ahora. Mi primo, sir Robert Frampton, y su esposa han tenido la gentileza de prestarme su casa durante el tiempo que dure mi estancia.

—Ya veo. Supongo, entonces, que permanecerá en Londres al menos durante la temporada social y que visitará los lugares más emblemáticos.

—Esa era mi intención —admitió, aunque quería hacer algo más que eso; deseaba conocer también esas otras zonas y establecimientos vetados a las damas, por eso, precisamente, había contratado a lord Rokewood.

—Pues, siendo así, es del todo imprescindible que acuda a Gunter's. Es uno de los establecimientos más frecuentados hoy en día por la buena sociedad, donde uno puede degustar desde exquisitos helados hasta esponjosos pasteles o una buena taza de café —le explicó, al tiempo que dirigía los pasos hacia la salida del museo—. Mi carruaje se encuentra cerca de aquí o, si lo prefiere, podemos ir caminando hasta Berkeley Square. Si lo que le preocupa es su reputación, señorita Frampton —añadió al ver la sombra de la duda en su mirada—, sepa que es el único establecimiento en el que una dama puede estar en compañía de un caballero con quien no guarde parentesco alguno, sin dañarla. Además, la acompaña su doncella para salvaguardar su honor.

Sophie lo miró unos instantes, indagando en las profundidades de aquel único iris grisáceo, y terminó aceptando con un asentimiento.

—Preferiría caminar, si no es demasiada molestia.

Los labios del conde se curvaron en una suave sonrisa.

—En absoluto. Será un placer disponer de más tiempo en su compañía.

El paseo duró apenas unos treinta minutos, durante los cuales lord Blackthorn la ilustró sobre las cosas que merecía la pena ver en Londres y se interesó por su vida en Huntington.

Sophie, que se había sentido cada vez más nerviosa conforme se alejaban de la única zona residencial que conocía y en la que se sentía segura, se relajó cuando llegaron por fin a Berkeley Square. La amplia plaza, circundada por edificios, tenía un extenso jardín en medio, que rodearon para alcanzar el lado este de la misma, donde se encontraban los números siete y ocho, en los que se ubicaba la tienda. Apenas accedieron a ella, Sophie pudo ver gran cantidad de carruajes situados bajo los arces del jardín —que proyectaban su sombra sobre el empedrado de la calle—, mientras los camareros se movían de un lado a otro para atender a los clientes. En aquellos que eran abiertos, las damas permanecían sentadas en el interior, conversando con sus acompañantes, que se apostaban a un lado de los mismos; otros se apoyaban contra el barandal de hierro que delimitaba el jardín.

—¿Qué desea tomar, señorita Frampton? —le preguntó el conde cuando se detuvieron a la sombra de los árboles.

—¿Qué me recomienda? —respondió, ya que desconocía lo que ofrecía el establecimiento.

—El helado de flor de saúco posee un sabor suave y es ligeramente dulce y fresco —le sugirió tras pensarlo un momento—. También puede gustarle el de chocolate o el de cereza. O, si lo prefiere, puede probar alguno de los pasteles que preparan.

—El de flor de saúco me parece bien.

Uno de los camareros se acercó a ellos y el conde ordenó el pedido mientras ella observaba a su alrededor. Había muchas

parejas e incluso algunas familias con niños. El lugar se veía animado y, de vez en cuando, rompía el aire alguna carcajada. Se alegró de haber acompañado a lord Blackthorn. Al menos, aquello era mejor que quedarse aguardando una nota por parte del duque, que parecía retrasarse demasiado. ¿Tal vez no le había perdonado todavía que le llevase la contraria, a pesar de que lady Portia le dijo que pronto se le pasaría el enfado? ¿O quizá había alguna otra razón para aquel silencio? Le desagradaba la sensación de no tener el control de la situación, ya que llevaba muchos años dependiendo solo de sí misma para dirigir su vida y tomar sus propias decisiones. Ponerse en manos de lord Rokewood no había sido, probablemente, la mejor idea. O puede que no lo fuese el haber viajado a Londres.

—Un penique por sus pensamientos.

Se volvió hacia el conde con una sonrisa y sacudió la cabeza.

—No son tan importantes, solo pensaba en que este lugar me parece encantador. Gracias por la invitación.

Lord Blackthorn, a pesar del carácter serio y reservado, era un caballero amable. Incluso había tenido la delicadeza de preguntarle a Dorothy, que los había seguido en silencio, si deseaba probar los helados de Gunter's. La muchacha se había emocionado y la había mirado a ella, buscando su aprobación.

Justo en ese momento, el camarero se acercó con el pedido. Los helados venían servidos en una taza pequeña —conocida como *tasse à glace*— y acompañados de una cucharilla y una galleta, que tenía un aspecto delicioso. Cogieron cada uno el suyo, tras lo cual, Dorothy se apartó para degustar el postre a solas y ofrecerles a ellos algo de intimidad.

—Me alegro de que le guste el lugar… y la flor de saúco —comentó Darius al ver el deleite en sus ojos cuando probó la primera cucharada—. Puede que Londres sea una ciudad caótica, ruidosa y con un aire irrespirable debido al humo de las chimeneas de carbón, pero le aseguro que también posee rincones preciosos. Yo podría acompañarla a recorrerlos, si me lo permite.

Sophie se detuvo un instante y lo miró, tentada de aceptar la oferta, sin embargo, prefirió declinarla.

—Le agradezco el ofrecimiento, pero ¿no le parece un poco prematuro tener una cita así cuando acabamos de conocernos, lord Blackthorn? —suavizó el rechazo con una sonrisa.

—No soy muy amigo de los formulismos, señorita Frampton, aunque comprendo su posición. De cualquier manera, creo que podemos remediar eso. Dentro de dos semanas, mi madre ofrece un baile en nuestra residencia en Mayfair, me gustaría que viniera. ¿Lo hará?

Ella arqueó ligeramente las cejas, un tanto sorprendida por la invitación. Supuso que debería rechazarla con cortesía. Sin embargo, un atisbo de rebeldía floreció en su interior. ¿Por qué debía hacer solo lo que lord Rokewood quisiera, como si ella no tuviera voluntad propia?

—Será un placer asistir a la velada.




CAPÍTULO 17

El regreso a Bloomsbury consistió en un placentero paseo a pie con la joven Dorothy como única compañía, ya que, a pesar de la insistencia del conde —cuyo cochero los había seguido hasta Berkeley Square—, se negó a utilizar su carruaje. Necesitaba disponer de tiempo a solas para pensar y poner orden en las ideas.

Había recorrido casi doscientas millas desde York hasta Londres y, para bien o para mal, en ese momento se encontraba allí. Quería aprovecharlo al máximo. El único dinero que había gastado hasta entonces —del que había calculado antes de salir de York—, además del usado para pagar el pasaje en el coche de posta, había sido el del nuevo guardarropa, puesto que los honorarios del duque los saldaría cuando finalizase el contrato. Si este decidía rescindirlo por incompatibilidad de opiniones, que así fuera. Se ahorraría esa cantidad, aunque no renunciaría a visitar la ciudad —más aún, ahora que podía contar con la agradable compañía de lord Blackthorn—, aunque permaneciese en ella menos tiempo del previsto. No necesitaba quedarse toda la temporada, como tampoco necesitaba a un duque egocéntrico y superficial.

Se sintió mal por ese último pensamiento, sobre todo, tras haber escuchado de labios de la señora Bean lo mucho que les había ayudado a su esposo y a ella a salir adelante. El duque todavía

constituía un misterio para ella, «aunque no pienso dedicar mi tiempo a resolverlo», se dijo cuando entró por fin en el número 3 de Grenville Street.

Apenas atravesó la puerta, el pacífico hogar de su primo se transformó en un alborotado espacio que le recordó a los gallineros de Frampton Manor. El lacayo de la entrada suspiró, aliviado, cuando la vio en el umbral.

—Bienvenida, señorita Frampton. La señora Briggs estaba preocupada por usted.

Un par de criadas se adelantaron a tomar los guantes, el sombrero y el ridículo, y el señor Jenkins, el mayordomo, surgió como una aparición desde uno de los pasillos.

—Señorita Frampton, me alegro de que esté en casa por fin. Espero que usted pueda calmar los nervios de la señora Briggs, a mí me ha sido imposible —comentó con un estoicismo tal, que le hizo pensar a Sophie que, si él no había podido tranquilizarla, nadie lo haría.

Le había dicho a la buena mujer que iría a visitar el museo y regresaría pronto, pero se había retrasado debido a la invitación de lord Blackthorn; sin embargo, no creía que eso fuese motivo suficiente para preocuparla. ¿Acaso había sucedido algo en su ausencia? Esperaba que no hubiese habido ningún incidente en la cocina.

—No se preocupe, iré a verla ahora mismo.

—No creo que sea necesario, señorita. Lucy ha ido ya a buscarla y estará aquí enseguida.

—¡Santo Dios, señorita Frampton! ¿Dónde se había metido?

Jenkins puso los ojos en blanco, en un claro gesto que indicaba «se lo dije», y se alejó, de vuelta a sus quehaceres, dejándola sola para que lidiara con el nerviosismo del ama de llaves.

—Fui a dar un paseo después de visitar el museo, ¿ha ocurrido algo?

—¡Sí! No. Quiero decir…

Sophie tomó a la mujer del brazo y tiró de ella con delicadeza para conducirla hacia las cocinas.

—Cálmese, señora Briggs, seguro que podemos encontrar una solución. Vamos, siéntese aquí —le dijo una vez que llegaron a las dependencias, acomodándola sobre una de las banquetas— y cuénteme lo que ha sucedido.

Le hizo un gesto a una de las jóvenes que trabajaba en la cocina como ayudante para que le sirviera un vaso de agua y se lo entregó al ama de llaves, que parecía haberse quedado sin fuerzas después de verla en el vestíbulo.

—Tardaba usted demasiado —comenzó a decir la mujer, tras dar unos cuantos sorbos—. Creí que se había perdido de nuevo.

—Siento haberla preocupado, señora Briggs.

Ella asintió, aceptando la disculpa.

—Mientras estaba fuera, un par de muchachas vinieron del establecimiento de la señora Bean para traerle el nuevo guardarropa que había encargado. Querían que se probara los vestidos para ver si necesitaban algún arreglo. Les dije que no se encontraba en casa, pero que no tardaría en volver —le explicó. Su voz sonaba tan afligida que Sophie sintió una punzada de culpabilidad por encontrarse ausente en ese momento—. Después de esperar un tiempo, tuvieron que regresar a la tienda, aunque dejaron el recado de que, si había algo que no fuese de su agrado, se lo hiciera saber.

—Está bien. No tiene que preocuparse por eso. Seguramente, todo esté correcto. La señora Bean es muy meticulosa en su trabajo —le aseguró—, así que no creo que haya problemas con el pedido. En cualquier caso, le presentaré mis disculpas por no estar en casa…

—¡Oh, no, señorita, no tiene por qué hacer eso! Usted es una dama y no necesita dar explicaciones sobre sus actividades a alguien que no es de su misma clase social.

Sophie estaba convencida de que la señora Briggs no hacía sino repetir los estereotipos en que había sido educada, esa conciencia del orden jerárquico que situaba a las personas en diferentes peldaños. Una mentalidad, a su juicio, demasiado arraigada en la

sociedad y que a ella, personalmente, le disgustaba bastante. ¿Acaso había diferencias entre una marquesa y una doncella, aparte del título que ostentaba la primera? Ambas eran mujeres, dotadas con inteligencia y voluntad, y con un corazón y un alma que las capacitaba para reír o llorar, para emocionarse o para experimentar el miedo y el dolor, para amar. A pesar de todo, sabía que no podía luchar sola contra una lacra social tan extendida en todos los estratos sociales.

—Bueno, no hay por qué alarmarse. El asunto no ha sido tan grave —comentó, dándole unas palmaditas sobre la mano a modo de consuelo.

—¡Oh! No ha sido solo eso. Después vino el duque —suspiró la mujer.

—¿Lord Rokewood? —Solo podía tratarse de él, puesto que no conocía a ningún otro. Un revoloteo le agitó el estómago—. ¿Dejó algún recado para mí?

—No, él no dejó… ¡Jesús bendito! —exclamó la señora Briggs, poniéndose de pie con tanta brusquedad que la banqueta cayó al suelo con estrépito.

Su semblante había palidecido de tal manera que Sophie temió que se fuese a desmayar.

—¿Qué sucede, señora Briggs?

—¡Ay, Dios mío! El duque. ¡Me olvidé de que Su Gracia decidió esperar su regreso! Aún debe estar en la biblioteca.

—Tranquilícese, iré a atenderlo ahora mismo. Usted quédese aquí, yo me encargo de todo. —La acomodó de nuevo en la baqueta, que una de las sirvientas había recogido del suelo—. Señora Meadow, ¿puede ofrecerle a la señora Briggs otro vaso de agua, por favor? Mejor que sea uno con licor —aconsejó, tras unos breves instantes de reflexión, al tiempo que abandonaba la cocina para dirigirse al encuentro del hombre.

No tenía tiempo para adecentarse un poco antes de presentarse ante él, así que dejó escapar un suspiro resignado mientras atravesaba el vestíbulo y enfilaba por el corredor. De todas formas,

tampoco importaba mucho. No deseaba seducirlo y, además, era probable que no volviese a verlo de nuevo; al fin y al cabo, estaba convencida de que había venido a rechazar el contrato.

Se detuvo frente a la puerta y tomó una honda respiración. Exhaló el aire despacio, enderezó la espalda y abrió. El silencio reinaba en el interior de la biblioteca, roto tan solo por el chisporrotear del fuego en la chimenea.

—¿Lord Rokewood?

Nadie respondió al llamado. ¿Acaso se había marchado sin avisar? Sacudió la cabeza. Al menos, el lacayo de la entrada debería haber estado al tanto de su partida. Entonces, ¿dónde estaba? Se volvió hacia los grandes ventanales que daban acceso al pequeño jardín que había en la parte trasera de la casa, pero se encontraban cerrados. No habría sido así si hubiera salido por ellos.

Echó un vistazo alrededor, aunque no había demasiados recovecos en los que ocultarse. Un quedo silbido resonó en la estancia y sus ojos se dirigieron hacia las butacas apostadas frente a la chimenea. No se había percatado antes, pero en ese momento vio las largas piernas que asomaban por la parte inferior.

—¿Lord Rokewood? —repitió, recibiendo el silencio como única respuesta. Caminó hasta las butacas con gesto irritado. ¿A qué estaba jugando?—. Lord…

Las palabras murieron en su garganta y posó la mirada en el semblante sereno y pacífico del duque, que dormía apacible al calor del fuego. Sus labios estaban entreabiertos y las largas pestañas le sombreaban los pómulos. Un mechón de cabello rubio le caía sobre la frente. Lucía mucho más joven con el rostro relajado, como un hermoso ángel despreocupado.

Sophie soltó el aire que ni siquiera sabía que estaba reteniendo y se llevó una mano al pecho, donde el corazón le había comenzado a latir de forma errática. Se preguntó si debía despertarlo, aunque suponía que eso sería lo correcto. Sin embargo, cuando extendió la mano, sus dedos se enredaron en el cálido y suave mechón de su frente, rozando su piel. Una sensación extraña se extendió desde las

yemas de los dedos hasta el vientre. Soltó las sedosas hebras como si le quemaran y trató de controlar el ritmo de la respiración, que se había acelerado con aquel sencillo roce.

Lo observó mientras dormía. Aquel hombre la perturbaba y no sabía bien cómo manejarlo. Era demasiado arrogante y pagado de sí mismo y, a veces, le crispaba los nervios; también se comportaba de manera superficial e indolente. Sin embargo, tenía la impresión de que había en él mucho más de lo que aparentaba a simple vista.

De pronto, los ojos de este se abrieron y dos profundas esferas azules se clavaron sobre ella. Se sobresaltó, aunque intentó mantener la compostura.

—¿Sophie?

—Lord Rokewood, se ha quedado dormido en mi biblioteca. —Sabía que el tono había sonado como el de una matrona anciana y gruñona, pero no encontró otra manera de ocultar el impacto que le causó escuchar su nombre pronunciado con aquella voz ronca y adormilada.

Él parpadeó y trató de enfocar la mirada, aún vidriosa, sobre ella. Llevaba puesto un vestido de mañana que confirmaba que había salido de casa, tal y como le habían informado. El recogido de su cabello estaba un poco flojo y algunos mechones se habían soltado a causa del viento. Un suave rubor rosado le cubría las mejillas. A pesar de todo, el desaliño que mostraba solo la hacía ver más natural, un aspecto que resultaba de lo más atrayente en medio de la hipocresía con la que solían conducirse el resto de damas.

Se fijó en sus labios, tersos y del color de las cerezas, que trataban de contener un gesto de irritación, y sintió el impulso incontenible de besarla solo para averiguar si tenían el sabor de una mañana fresca en el campo. Solo mirarla, le provocaba una extraña sensación dentro, como si las cadenas que lo ataban al papel que desempeñaba en la sociedad se aflojaran y pudiera ser él mismo. Sacudió la cabeza para volver a sus cabales. «Quedarme dormido debe haberme debilitado el cerebro», se dijo.

—Tiene el cabello alborotado —señaló, encendiendo en sus ojos un destello de exasperación.

—Qué amable por su parte hacérmelo saber —replicó con sarcasmo—, aunque dudo que haya venido hasta aquí solo para darme su opinión sobre mi peinado. Si tiene algo que decir, le agradecería que lo hiciera cuanto antes, así podré volver a mis quehaceres y usted puede volver a dormir, de preferencia en otra butaca que no sea la de esta biblioteca.

—¡Ah, Sophie! Es usted una mujer refrescante —admitió él. Había un matiz de diversión en su voz y una sonrisa le curvó los labios al tiempo que se ponía de pie—. Y muy perspicaz también. Tiene usted razón, mi presencia se debe a un solo motivo: deseo hablar sobre nuestro acuerdo.




CAPÍTULO 18

Aunque Sophie esperaba esas palabras y se había preparado para escucharlas, no pudo evitar sentir como si una espina se le clavara en el pecho. Debería haber experimentado alivio al saber que no necesitaba depender de él ni de sus extravagancias, mas no era así. En realidad, tenía que admitir que le habría gustado ver Londres a través de sus ojos y visitar todos los rincones de la ciudad en su compañía. Sin duda, habría sido un guía muy instructivo.

Aunque lord Blackthorn se había ofrecido a acompañarla, era un caballero demasiado recto y no podría proponerle acudir a ciertos lugares donde su reputación podía ser puesta en entredicho, sin que él se negara. Estaba segura de que, a lord Rokewood, eso no le preocupaba en absoluto. Si aceptaba la propuesta del conde, tendría que prescindir de la idea de visitarlos. No quería que la considerara una dama demasiado atrevida.

—Muy bien, milord, diga lo que tenga que decir.

Percival arqueó una ceja con arrogancia.

—Vaya, ¿ni siquiera va a ofrecerme asiento?

—Por lo que sé, lleva usted más de una hora sentado —bufó Sophie, sin apartarse cuando él se le acercó con pasos cadenciosos que recordaban la elegancia de un felino al acecho. Su porte irradiaba tanto fuerza como sutileza, haciendo que cada movimiento,

por insignificante que pareciera, tuviese un propósito y una belleza innata—. Pero si es lo que desea…

—Deseo muchas cosas, Sophie, pero no todas son adecuadas para los oídos de una dama. —Tomó uno de los mechones que habían escapado del recogido que llevaba y lo frotó con delicadeza entre las yemas de los dedos—. Le sienta bien este estilo de peinado, se ve natural en usted.

Ella retiró el mechón y se lo recolocó tras la oreja con manos temblorosas. El pulso le latía acelerado y notaba la respiración pesada, como si el aire se negara a salir de sus pulmones, a pesar de lo cual, no retrocedió ante él. Le molestó la sonrisa satisfecha que curvó sus labios.

—Me impresiona que sea usted capaz de conquistar a una dama con semejantes cumplidos.

—¡Ah, Sophie! Pero es que yo no deseo conquistarla. —Su sonrisa se amplió cuando descubrió el relámpago de furia que cruzó sus ojos.

—Ni yo soy de las que se dejan engatusar con palabras fáciles y vanas, milord —espetó con tono seco, más dolida de lo que deseaba reconocer. Sabía que no era hermosa, pero eso no le daba derecho a burlarse de ella. Se giró hacia los ventanales para que no viera cuánto le había afectado aquel despreocupado comportamiento—. Tengo muchas cosas que hacer, lord Rokewood, así que le ruego que acabemos con esto cuanto antes.

Percival frunció el ceño. Por la rigidez de sus hombros, supo que algo la había molestado. Parecía que sus palabras la habían herido. No creía que se tratase del hecho de no querer conquistarla, pues ella misma había hecho hincapié en numerosas ocasiones en que no deseaba casarse ni tener ningún tipo de relación física con él —lo cual era una pena, porque encontraba las conversaciones con ella tan estimulantes que su cuerpo había comenzado a reaccionar a su presencia—, así que tenía que deberse a un motivo distinto. Fuera lo que fuese, no le gustaba verla así.

—Sophie… —Un pensamiento le atravesó como un relámpago la mente. ¿Se debía acaso a las palabras que había dicho sobre el peinado? No le había parecido una mujer vanidosa—. Le pido disculpas si la he ofendido.

—Creía que los duques nunca se disculpaban —musitó ella.

—Solo cuando nos hemos comportado de forma estúpida —admitió, torciendo el gesto en una mueca de contrariedad.

—Me extraña, entonces, que no esté pidiendo perdón constantemente.

—¡Auch! Eso ha dolido —declaró en tono teatral—. Señorita Frampton, no tenía idea de que fuese usted capaz de guardar rencor.

—Lo lamento. No es culpa suya que me haya dejado llevar por la sensibilidad. Sus palabras… Bien, sé que no soy una belleza, pero…

«Así que ese ha sido el motivo». Se reprendió mentalmente por su falta de tacto, a pesar de que solo había querido hacerle un cumplido. En realidad, ella no tenía por qué saber que él encontraba mucho más atractiva a una mujer que no temía mostrarse tal y como era que a una que fingía ser perfecta. La tomó con suavidad por los hombros y la hizo volverse hacia él.

—La belleza es relativa, Sophie, depende del corazón.

Ella se sintió avergonzada y un tanto patética. Nunca le había importado demasiado su aspecto, sin embargo, en ese momento se estaba comportando como una criatura quejicosa en busca de halagos fáciles.

—No es necesario que me conforte, milord. Yo…

Percival la besó. Ni él mismo supo por qué lo hizo, simplemente se dejó llevar por aquellos tentadores labios y por el dulce sonido de su voz. Fue un roce suave, ligero como la caricia de una pluma, pero lo invadió una sensación de calidez tan poderosa que todo su cuerpo se estremeció. La sintió recorrer sus venas, igual que las poderosas raíces de un árbol en busca del agua de la tierra, y enraizar en su corazón.

Dio un paso atrás para recuperar el control y se encontró con su mirada. La tonalidad miel de sus ojos se había trocado en un ámbar, casi dorado, mientras lo observaba con tal confusión que le hizo pensar que aquel debía de ser su primer beso. Sin embargo, eso no podía ser posible, ¿o sí? «¡¿Qué demonios acabo de hacer?!».

—¿Por qué ha hecho eso? —lo cuestionó Sophie, demasiado sorprendida como para enfadarse a causa de las libertades que se había tomado.

Aún persistía en sus labios un ligero cosquilleo y el eco de los latidos de su corazón retumbaba dentro de su pecho. Nunca la habían besado. No obstante, la sensación le resultaba demasiado familiar: le recordaba a la caricia fresca de la brisa sobre el rostro, cuando subía a la colina al amanecer, o a la tibieza de los rayos del sol sobre los párpados cerrados, cuando se quedaba adormilada en algún banco del jardín con un libro en el regazo. También le trajo a la mente el sabor dulce que le dejó en los labios el helado de flor de saúco que había probado esa misma mañana.

Lo contempló con fijeza, a la espera de una respuesta.

Él se encogió de hombros con displicencia. Lo que debía hacer en ese momento era volver a levantar esa fachada tras la que se parapetaba siempre, la del aristócrata superficial e indolente, y que había dejado caer, exponiéndose a sí mismo, en un descuido imperdonable por su parte.

—Supongo que he incumplido una de las cláusulas de nuestro contrato, puede descontarlo de mis honorarios —señaló, esbozando una sonrisa pícara al tiempo que le guiñaba un ojo.

Sophie abrió la boca para responder, mas la volvió a cerrar sin pronunciar una palabra. Lo que acababa de decir ¿significaba que no pensaba cancelar el acuerdo? ¿No era para eso para lo que había acudido a su casa?

—¿Para qué ha venido?

A pesar del brusco cambio de tema, Percy suspiró aliviado de que la conversación no hubiese continuado por el mismo derrotero,

porque lo cierto era que no tenía la menor idea de por qué la había besado.

—Según mis cálculos, la señora Bean ha debido de enviarle ya parte del guardarropa, así que he traído una lista de lugares y eventos a los que podríamos acudir, como un primer itinerario —le explicó. Extrajo un papel de uno de los bolsillos del exquisito chaleco en color crema y lo desdobló—. Si no está de acuerdo con alguna de las propuestas, podemos discutirlo.

—Sí, claro.

Cogió la hoja que le tendía y se acomodó en uno de los largos divanes que había repartidos por la sala. «Así que no fue porque estuviera enfadado por lo que no se había puesto en contacto conmigo, sino porque sabía que yo no tenía aún el vestuario adecuado. Todo ha sido un malentendido a causa de mis prejuicios», se lamentó. Había sido injusta con él, aunque no tenía manera de disculparse, ya que no podía hacerle partícipe de sus pensamientos.

—He dejado escrito al lado de cada evento mis recomendaciones sobre las prendas que debería usar para asistir al mismo. —Oyó que le decía el duque. No había tomado asiento a su lado, sino que rondaba alrededor de las estanterías curioseando entre los volúmenes que Robert poseía en la biblioteca.

Intentó centrarse en la lista que se desplegaba ante sus ojos y no en la abrumadora presencia de lord Rokewood, que parecía llenarlo todo con su esencia. Conforme leía las palabras escritas con aquella caligrafía elegante y firme que tan bien recordaba, la excitación le recorrió la piel. Había incluido todos los lugares que ella le había mencionado —incluso una casa de juego—, pero también otras propuestas, como asistir a las carreras de caballos, al teatro Drury Lane o a un combate de boxeo.

—Esto es…

—¿Demasiado para usted?

Sophie se sobresaltó al escuchar la voz del duque junto al oído. Al girar la cabeza, lo descubrió inclinado junto a ella, con los brazos apoyados sobre el respaldo del diván. La observaba con una sonrisa

divertida. Tuvo que echarse un poco hacia atrás para poder mirarlo sin que los ojos le bizquearan o, lo que resultaba más comprometedor, para que no se dirigieran, como si tuvieran voluntad propia, hacia los labios carnosos y dulces del hombre.

—Iba a decir que es fascinante —lo contradijo, volviendo a centrarse en el papel—. No sabía que se pudieran hacer tantas cosas en Londres.

—¡Ajá! —respondió, abstraído en la contemplación de la perfecta curvatura de la oreja de Sophie. Lucía pequeña, delicada y tentadora. Bastaría con acercarse un poco más y podría mordisquearla y lamer luego la tierna carne.

—¿No cree, milord? —Alcanzó a escuchar antes de que perdiese de nuevo el control.

Se enderezó con brusquedad, apartándose de ella. «Lo único que creo es que me estoy volviendo loco», pensó, disgustado consigo mismo. Debería haber traído consigo a Portia, en vez de entrar él solo en la boca del lobo. Aunque tenía que reconocer que Sophie no estaba intentando seducirlo en modo alguno.

—Con franqueza, ya no sé en qué creer —aseguró. Ella lo miró con extrañeza, sin comprender del todo aquella respuesta. Percy suspiró—. Será mejor que vayamos paso a paso. En primer lugar, el baile de lady Blayton, mañana por la noche. Así la introduciremos en sociedad y servirá para obtener la aprobación que le abrirá las puertas de Almack's. El resto lo iremos viendo después. Creo recordar que comentó que tenía ocupaciones que atender y yo ya he pasado aquí más tiempo del debido, así que me retiro —le dijo, arrastrando consigo la sensación de que estaba huyendo de algún desastre inminente—. Lady Portia y yo pasaremos a recogerla mañana a las ocho.

—Gracias, lord Rokewood.

Antes de que Sophie se hubiera levantado siquiera del diván, él se había despedido con una ligera reverencia y había abandonado la estancia como si le fuera la vida en ello.

CAPÍTULO 19

Había reflexionado mucho sobre lo sucedido, tras la partida del duque y también durante la noche, ya que no había podido dormir bien. La confusión le nubló la mente desde el momento en que los labios de él se posaron sobre los suyos, hasta tal punto que ni siquiera lo había reprendido por ello. Por suerte, su carácter práctico había venido en su ayuda, al menos, para mantener la entereza y preguntarle por qué estaba allí. Aunque se quedó con las ganas de saber por qué la había besado.

Casi al rayar el alba, cuando sus ojos comenzaron a cerrarse de puro cansancio, llegó a una conclusión: no había renunciado al acuerdo porque necesitaba el dinero para pagar las deudas que aún debía de tener. Si la había besado, se debía al hecho de que era un libertino y un mujeriego. Aquel beso no había significado nada para él. Por supuesto, no iba a consentir que algo así volviera a ocurrir.



—¿Qué joyas se quiere poner, señorita?

Sophie miró a Dorothy a través del espejo. A pesar de su juventud, parecía dotada de un talento innegable para peinar. Le había recogido el cabello en un elaborado moño asentado en la parte alta de la cabeza, que dejaba al descubierto la silueta del cuello. Unas suaves ondulaciones le caían graciosamente alrededor del rostro, enmarcando sus pómulos. Pequeñas trenzas finas se entrelazaban con cintas de seda blanca, mientras que, en la parte de atrás, había colocado un par de delicadas peinetas decoradas con perlas brillantes para afianzar el moño.

—Usaré las perlas. Gracias, Dorothy.

La joven criada las sacó del joyero y le entregó el collar y los pendientes. Ella se los puso y observó el conjunto en el espejo. Tuvo que admitir que el duque había acertado al elegir aquel vestido. Se trataba de una delicada creación que resaltaba su figura esbelta. La prenda estaba confeccionada en un suave satén color marfil que, a la luz de las velas, parecía brillar con un sutil destello dorado. El escote bajo, que tenía forma de corazón y estaba adornado con un fino ribete azul, mostraba con discreción la piel satinada de su cuello y hombros. Las mangas, ligeras y abombadas, terminaban justo por encima de los codos. Le ceñía el talle, por debajo de los senos, una cinta de terciopelo azul profundo, que contrastaba con el tono más claro del vestido. La falda caía hasta el suelo en ligeros pliegues y en el ruedo de la misma había bordados pequeños ramilletes de flores silvestres, del mismo color de la cinta.

—Luce usted preciosa, señorita.

El tono arrobado de la muchacha le provocó un aleteo de nerviosismo y satisfacción en el estómago. Tuvo que reconocer que llevaba razón. Cuando escogieron aquel vestido, el duque había insistido en que la cinta fuese azul, mientras que ella la quería en un tono marrón o verde, ya que eran los que más se adaptaban al color de su cabello y de sus ojos. Sin embargo, la elección de Percival hacía que resaltase la tonalidad de su piel y le otorgaba vivacidad y luminosidad a su mirada.

—Gracias, Dorothy. Creo que ya es casi la hora. Tráeme la capa, por favor.

Se levantó de la banqueta del tocador y se acercó a la ventana. Tras descorrer un poco la cortina, echó un vistazo a la calle. Sobre los alisados adoquines del empedrado se reflejaban las luces anaranjadas proyectadas por las lámparas que flanqueaban las puertas de las casas y rompían la lúgubre y solitaria oscuridad que se extendía por Grenville Street.

Exhaló un suspiro y dejó caer de nuevo la tela. La última vez que había hecho algo parecido había sido cuando esperaba las visitas de Edward a Frampton Manor para sus paseos. Solía asomarse por la ventana y otear nerviosa el camino. Pero ¿por qué se encontraba tan inquieta por la llegada del duque? «No, no es por él», aseguró en un intento por convencerse a sí misma. Se debía, sin duda, al baile al que iba a acudir esa noche. Por supuesto que había asistido a otros, pero en Huntington y York todo era más sencillo, sin tantos condes, marqueses y duques que pudieran examinarla como si de una vaca cebada se tratase.

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos.

—Los guantes y la capa, señorita —le dijo Dorothy, entrando en el dormitorio con las prendas—. El señor Jenkins me ha informado de que Su Gracia acaba de llegar y la espera en el vestíbulo.

Ella asintió. Le costó ponerse los guantes a causa del nerviosismo.

—Dígale que bajo enseguida.

Necesitaba un poco de tiempo para recuperar el control de sí misma. Se ató el lazo de la capa al cuello y tomó una honda respiración mientras se contemplaba en el espejo.

—Bueno, Sophie Melissa Frampton —se dijo, enderezando la columna—, tienes suficiente cabeza como para comportarte con sensatez y no dejarte envolver por palabras bonitas y ligeros devaneos. Recuerda a Edward.

Con este pensamiento en mente, abandonó la estancia y se dirigió hacia el vestíbulo. El duque se encontraba allí, aguardándola. Al escuchar pasos en la escalera, se giró hacia ella. La intensidad de su

mirada provocó la alteración de su ritmo cardiaco y tuvo que aferrarse al pasamanos de madera para no tropezar en los escalones.

—¿Paso el examen, milord? —inquirió con tono burlón cuando se detuvo frente a él.

Percy unió las manos a la espalda y ladeó ligeramente la cabeza.

—No está mal.

Sus palabras fueron como un aguijonazo, pero ¿qué esperaba que le dijera? ¿Que era la mujer más hermosa de Londres? Una sonrisa amarga se insinuó en sus labios antes de apretarlos hasta convertirlos en una fina línea. «Solo es un acuerdo de negocios, nada más». Bien, pues lo llevaría adelante del mismo modo en que dirigía los tratos con los arrendatarios de Frampton Manor.

—¡Oh! No sabe cuánto me tranquiliza recibir su aprobación, milord —replicó con sarcasmo—. Y puesto que ya ha terminado la inspección sobre mi persona, ¿cree que podríamos marcharnos? No me gusta llegar tarde a un compromiso.

Percy la siguió con la mirada cuando pasó a su lado para dirigirse hacia la puerta, que un sirviente abrió de inmediato.

«¡Maldición!». Al verla bajar la escalera, lo único en lo que había pensado era en besarla otra vez. Quería saborear de nuevo la dulzura de sus labios y encender en ella el fuego de la pasión, que perdiera ese firme control que poseía sobre sí misma y se entregara al placer de sus caricias. Apretó los puños con fuerza y echó a andar tras ella. La práctica y eficiente señorita Frampton lo estaba volviendo loco.

Apresuró el paso, al tiempo que le hacía una seña al criado que mantenía la portezuela del carruaje abierta, y le ofreció la mano a Sophie para ayudarla a subir la escalerilla. Ella lo miró un instante, como si dudase en aceptar, mas, finalmente, apoyó la palma en la de él para alzarse hasta el interior. Percival cerró los dedos en torno a los suyos y los apretó con suavidad antes de soltarla y subir tras ella.

Escuchó, igual que un murmullo de fondo, los saludos que intercambiaron Portia y Sophie mientras el coche se ponía en marcha, ya que sus pensamientos seguían centrados en la calidez que aún persistía en la palma de su mano. Cerró el puño, como si así pudiese retenerla durante unos instantes más. Aunque ofrecerle ayuda a una dama para subir y bajar de un carruaje era un gesto que hacía de forma habitual, nunca se había percatado de la sensualidad que encerraba aquel simple roce, incluso a pesar de los guantes.

—¡Percival!

—No hace falta que grites, Portia, no soy sordo —declaró, un tanto irritado por el sobresalto que le había causado.

—Pues lo pareces. Te he llamado tres veces —se quejó ella. Observó a su primo con atención. Lucía pensativo y abstraído —casi del mismo modo en que lo estuvo durante los primeros meses tras el fallecimiento de su padre— y no se mostraba tan encantador ni hablador como en otras ocasiones—. Esperaba que no estuviera enfermando. He informado a Sophie acerca de lady Blayton y los bailes que suele organizar, pero no sé si quieres añadir alguna cosa, si es que has escuchado algo de lo que he dicho.

—Sí, lo mejor será que hable lo menos posible sobre usted misma o sobre su procedencia.

Sophie se envaró al oírlo.

—No me avergüenzo de mis orígenes, milord —espetó con tono adusto—. Aunque mi padre solo fuese un baronet, me enseñó que…

—No me refería a eso —la interrumpió con brusquedad, molesto porque ella parecía haberle declarado la guerra. «¿Tanto le disgustó que la besara?», se preguntó, irritado. Apretó los dientes y se volvió un instante hacia la ventanilla para calmarse—. La aristocracia londinense tiende a pecar de curiosa, especialmente con los recién llegados. Los analizan y los juzgan en las primeras apariciones para decidir si son dignos de codearse con ellos o, por el contrario, deben considerarlos seres inferiores a los que no vale la pena prestar atención.

—¿No cree que es usted demasiado cínico? —lo interpeló Sophie, sorprendida por la amargura que destilaban sus palabras.

Volvió a preguntarse cómo era el duque en realidad, aunque no creía que fuera tan sencillo descubrirlo.

—No, soy realista, señorita Frampton. —La miró a los ojos. Había en ellos demasiada inocencia—. Si la gente lo sabe todo de usted desde el primer momento, perderá de inmediato el interés; por el contrario, si crea a su alrededor una atmósfera de misterio, las damas la invitarán a sus casas para tomar el té o a los bailes que organicen, con tal de saciar su curiosidad. Confíe en mí. Si actúa así, es probable que pueda participar en el baile que se celebrará en Almack's dentro de dos semanas. Yo me encargaré de conseguirle una invitación.

—En dos semanas…

—¿Le parece demasiado tiempo? —inquirió al notar la vacilación en su voz—. Le aseguro que no…

—¡Oh, no se trata de eso! Es solo que tengo un compromiso dentro de dos semanas.

Portia la miró con curiosidad.

—¿Un compromiso?

—Creía que no conocía a nadie en la ciudad —intervino Percival. Un ligero malestar se instaló en su pecho.

—Si se trata de una de las amistades de tu prima, no creo que haya problema en cancelarlo si les cuentas el motivo —comentó Portia—, aunque es probable que se mueran de envidia.

Sophie negó con la cabeza.

—Un caballero…

—¿Ha aceptado la invitación de un caballero sin conocerlo?

Ella se sobresaltó ante el tono airado del duque y le dirigió una mirada de reproche.

—Milord, no soy tan ingenua como usted parece considerarme —replicó con indignación—. Por supuesto que lo conozco. Hemos sido presentados.

—¿Quién es?

—Eso, milord, no es de su incumbencia. No lo he contratado para que sea mi niñera.

El ambiente se cargó de tensión en el interior del carruaje, con un silencio tan denso que podía cortarse en dos. Por suerte para los ocupantes, el coche se detuvo en ese momento frente a la mansión de los Blayton.

Sophie fue la primera en descender. Necesitaba un poco de aire para enfriar el ánimo. No solía ser una persona conflictiva, pero la arrogancia del duque la enervaba.




CAPÍTULO 20

Portia detuvo por el brazo a Percival antes de que pudiera descender del carruaje. Había una expresión borrascosa en el mar de sus ojos que pocas veces le había visto. A pesar de todo, no la amedrentó lo suficiente como para silenciarla.

—¿Qué demonios os sucede a los dos? —Dejó escapar un bufido de exasperación al ver que él permanecía tercamente callado—. Si no podéis llevaros bien, solo tienes que renunciar al contrato. Hay muchas otras damas que…

—No hagamos esperar a la señorita Frampton.

Lo observó mientras bajaba y no tuvo más remedio que seguirlo. No le gustaba verlo sufrir de ese modo y, si bien no conocía las razones por las que se encontraba así, haría todo lo posible por averiguarlo. Intentaría hablar con Sophie en algún momento de la noche. Los alcanzó casi al inicio de la escalinata y tuvo que hacer un esfuerzo para no sacudirlos a ambos. Estaba casi segura de que, de haberlo hecho, la tensión que reinaba entre ambos habría chirriado como las cuerdas de un viejo violín desafinado.

Si iban a permanecer así durante toda la velada, entonces era preferible dejarlos solos y buscar una compañía más agradable. Echó un vistazo al vestíbulo, donde algunos invitados, que acababan de llegar, estaban despojándose de las capas y los abrigos. Divisó entre

ellos a Rosabel Lees, la hija del conde de Glanville y una de sus mejores amigas.

—Si me disculpáis, tengo que ir a saludar a alguien. Seguro que podéis seguir divirtiéndoos sin mí —les dijo, antes de dirigirse hacia su amiga, que ya la había visto y estaba aguardándola.

Percy masculló unas palabras ininteligibles y Sophie se sintió culpable, en parte, de la situación que se había creado entre ellos. Lo miró de soslayo mientras se acercaban al guardarropa, donde los sirvientes recogían las prendas de abrigo y los sombreros y bastones. Se pusieron en la fila de los invitados que aguardaban a ser atendidos y decidió aprovechar ese momento para acabar con aquel malestar que le oprimía el pecho.

—Milord…

—Sophie…

Ambos hablaron al mismo tiempo. Percival esbozó una incipiente sonrisa y le cedió la palabra a ella.

—Creo que le debo una disculpa —comenzó—. Usted se ha tomado la molestia de preparar un itinerario de visitas para mí y yo he adquirido un compromiso por mi cuenta sin siquiera informarle de ello. También lamento haberme comportado, algunas veces, de forma desagradable. Tiendo a ser demasiado franca en mis opiniones, es uno de mis grandes defectos.

Percy sacudió la cabeza.

—Creo que ya le dije en una ocasión que a mí me parece una virtud, aunque reconozco que escuece cuando es uno mismo el destinatario de la misma —señaló, torciendo el gesto en una leve mueca—. De cualquier forma, soy yo quien debería disculparse. Lamento haberme mostrado grosero con usted, Sophie. ¿Qué le parece si olvidamos lo pasado y empezamos de nuevo?

—Yo…

Antes de que ella pudiera responderle, un par de sirvientes se acercaron para recoger las capas. Percy entregó la suya, junto con el sombrero y el bastón. Ahora que habían hablado, se sentía más animado. Deseaba ofrecerle la oportunidad de disfrutar de la visita a

Londres y así poder pasar tiempo con ella para conocerla mejor. Se volvió hacia ella, a la espera de una respuesta. El aire pareció abandonar de golpe sus pulmones cuando la vio. Sabía que el vestido y los colores que había elegido para ella le sentarían bien, pero la visión que tenía ante sí había superado sus expectativas.

La sangre le comenzó a circular con mayor rapidez por las venas y el deseo le arañó las entrañas. Había estado con mujeres mucho más bellas que Sophie, sin embargo, ninguna había despertado en él la necesidad de saciarse, como si fuera un alma sedienta y ella el único oasis en el desierto. Dio un paso en su dirección y le tomó la mano enguantada para depositar un ligero beso en el dorso de la misma.

—Está preciosa, señorita Frampton —musitó, en un tono enronquecido a causa del nudo que le estrechaba la garganta. El sonrojo que le cubrió las mejillas le pareció encantador—. ¿Me dará, pues, la oportunidad de un nuevo comienzo?

Sophie lo deseaba también, así que asintió.

—Solo tengo una condición. —El impacto de su mirada azul, más intensa al verse realzada por la chaqueta del frac, confeccionada en el mismo color que sus ojos, le provocó un aleteo en el estómago—. Le ruego que seamos sinceros el uno con el otro. No diga las cosas si en verdad no las siente.

Percival la observó con atención. A pesar de la serenidad con que había pronunciado aquellas palabras, percibió la vulnerabilidad que asomó a su mirada. Iba a responder con ligereza, al suponer que ella se estaba refiriendo al cumplido que acababa de dirigirle, sin embargo, a su mente acudieron diversos momentos y frases dichas sin cuidado alguno y una idea le cruzó la mente: ¿pensaba Sophie que carecía de atractivo o acaso solo le importaba la opinión que él tuviera sobre ella? Esta segunda opción le resultó estimulante y le encendió un agradable calorcillo en el pecho.

—Le juro por mi honor que siempre seré sincero con usted.

—Gracias, milord —respondió, aceptando el juramento—. Entonces, muéstreme cómo se vive en Londres.

Él le ofreció el brazo y la condujo hasta el salón de baile de Blayton House que, como siempre, estaba repleto de invitados. Tras un somero vistazo, descartó la idea de encontrar a Portia. Notó de pronto la tensión que invadía a Sophie, por la forma en que se aferraba a su brazo y frunció el ceño, preocupado.

—¿Qué sucede? ¿Se siente indispuesta?

—Todo el mundo nos está mirando —susurró ella con nerviosismo.

Percy se amonestó por no haberla advertido de que aquello podía suceder. Puesto que todo el mundo conocía a qué se dedicaba, casi siempre atraía la atención cuando entraba en algún lugar, sobre todo si iba acompañado por una dama.

—¿Le gusta el teatro, Sophie?

—¿El teatro? —repitió, contemplándolo con desconcierto. Él le dirigió una sonrisa sincera, que tuvo la virtud de calmarla—. Sí, solía acudir al Teatro Real de York cuando estrenaban alguna obra.

—Pues este es ahora su escenario y usted, la protagonista principal de la obra. Aquí nadie la conoce, así que puede interpretar el papel que desee. —Se inclinó hacia ella y le susurró al oído—. Solo recuerde no revelar al inicio toda la verdad sobre su personaje, mantenga al público cautivado acerca de quién es y cuál es su función en la obra.

Sophie apenas había podido captar sus palabras por la fuerza con la que el corazón le bombeaba en el pecho a causa de la cercanía del duque, pero asintió con una leve inclinación de cabeza. «Puedo ser quien yo desee», se repitió a sí misma. No solo la siempre correcta y práctica señorita Frampton, una dama solterona con una cuantiosa herencia, sino quien ella quisiera. Bien, pues no iba a ser el nuevo proyecto de caridad del duque de Rokewood, sino una mujer decidida a tomar el destino en sus propias manos y a vivir la vida que se había negado a sí misma hasta ese momento.

—Estoy lista —aseguró, devolviéndole la sonrisa.

Se adentraron en el salón y Sophie se dejó envolver por el ambiente sofisticado y elegante, mientras la música sonaba. Ignoró los cuchicheos que se levantaban a su paso, lo mismo que las

miradas de curiosidad que le dirigían, y se dispuso a disfrutar de la velada.

—Pero si es nuestro pequeño ángel. —Sophie se giró hacia la voz y descubrió a una anciana de cabello blanco y pequeños ojos oscuros que la miraban con fijeza—. Veo que esta vez vienes bien acompañado. ¿Quién es esta jovencita?

Ella contuvo una sonrisa. A sus casi treinta años no se consideraba ya una jovencita, pero no pudo evitar que la dama le cayese bien.

Percival se adelantó y tomó la mano de la condesa para besarla.

—Lady Blayton, está usted más hermosa que la última vez que la vi.

—Querrás decir más vieja, bribonzuelo. —Sus ojos brillaban de diversión. Le dio unos golpecitos en el brazo con el abanico y sacudió la cabeza—. Pero no me importa, he aprovechado bien los años que la vida me ha concedido. Y seguiré haciéndolo mientras me quede salud. —Le guiñó un ojo con picardía—. Y bien, ¿quién es ella?

—Lady Blayton, le presento a la señorita Sophie Frampton, que visita Londres por primera vez. Sophie, la condesa de Blayton.

Ella le dedicó una reverencia, que agradó a la anciana y le arrancó un murmullo de aprobación.

—Es un placer conocerla, *milady*.

—El placer es mío, querida. —La observó con atención y asintió. Luego se volvió hacia el duque—. Educada, sencilla y bonita. Me alegro de que esta vez no hayas traído contigo una de esas remilgadas damas que solo saben quejarse. Creo que va mejorando tu gusto, querido.

—Me complace saber eso —replicó él con una sonrisa burlona.

Sophie no sabía bien qué pensar acerca de la descripción de su persona que acababa de hacer la condesa, sin embargo, le gustó la anciana; desde luego, no tenía remilgos para decir lo que pensaba.

—Espero no haberte escandalizado, querida, pero a mi edad ya no importa demasiado lo que piensen los demás de una, ¿no crees? —

Le tomó la mano y la palmeó con afecto—. Tú eres joven, así que solo hay una cosa por la que deberías de preocuparte.

—¿Y qué es, *milady*? —inquirió con curiosidad.

La anciana esbozó una sonrisa deslumbrante que la hizo parecer mucho más joven de lo que era. Con la punta del abanico le dio un golpecito sobre el pecho, a la altura del corazón.

—El amor, señorita Frampton. La juventud es el tiempo del amor, querida, por eso hay que aprovecharla —declaró, asintiendo con una leve cabezada y señalando luego al duque, antes de girarse para marcharse—. Espero que encuentren la velada agradable, disfrútenla. ¡Ah! Lord Rokewood, no permita que el carné de baile de esta joven se quede en blanco. No sería bueno para su reputación.

—Por supuesto, lady Blayton.

Sophie la contempló mientras se alejaba saludando a los diferentes invitados.

—Es una dama…

—…peculiar —admitió Percy, sonriente—, pero me gusta su franqueza. ¿Buscamos a Portia? —le preguntó, al tiempo que le ofrecía el brazo.

Ella lo aceptó y continuaron recorriendo el perímetro de la pista de baile. Tras el saludo de la condesa, algunos de los presentes se animaron a acercarse a ofrecer sus respetos. Poco a poco, el carné que le pendía de la muñeca se fue llenando de nombres y Sophie experimentó una sensación de efervescencia dentro de ella.

—Parezco una jovencita en su primera temporada —le confió al duque cuando continuaron por el salón para encontrar a Portia.

—Bueno, siendo así, ¿qué le parecería debutar bailando con un duque?

Vio el brillo pícaro en sus ojos y la excitación que la recorría pareció tomar la forma de un furioso torrente en las venas.

—Yo…

—¿Sophie?

El sonido de aquella voz le envió un escalofrío a la columna vertebral. Se giró despacio hasta encontrarse con el rostro que había

llenado los sueños de su adolescencia y juventud. Si no hubiera visto antes a Edward en el Museo Británico, quizá no habría sido capaz de guardar la compostura.

—Buenas noches, lord Ashcombe.




CAPÍTULO 21

Percy alzó una ceja con arrogancia ante la familiaridad con la que aquel mequetrefe se había dirigido a Sophie. «¿Quién demonios es?». Le molestó la forma en que la miraba, como si se estuviera ahogando y ella fuese la única tabla de salvación. ¿Acaso era el hombre que la había invitado a asistir al otro baile?

Una sensación de desagrado empezó a carcomerlo por dentro. Él era el acompañante de Sophie, el único que podía mostrarle el verdadero rostro de Londres, con sus luces y sus sombras. No iba a permitir que otro ocupase su lugar.

—¿Conoces a este caballero, querida? —preguntó con el tono más ducal que pudo impostar.

Sophie lo miró un instante, perpleja. Con aquella actitud indolente y una pose que exudaba arrogancia por los cuatro costados, asemejaba a un ser divino que se dignaba a tratar con una hormiga. «Este es ahora su escenario y usted la protagonista principal de la obra». Las palabras le resonaron en la mente. ¿Estaba él actuando en ese momento? Había visto tantas facetas de lord Rokewood que no pudo evitar preguntarse cuál de ellas era la verdadera.

Sus ojos volvieron a recaer sobre el vizconde. «Edward». Durante un tiempo, había sido alguien importante para ella, alguien cuya presencia le hacía sonreír y soñar. En ese instante, sin embargo,

sentía una ligera opresión en el pecho, donde aún llevaba clavada la espina de la traición. Le habría gustado preguntarle por qué lo hizo, por qué se marchó y dejó de escribirle, por qué no la esperó y por qué se casó con otra mujer. Pero obtener una respuesta para todas aquellas cuestiones sería inútil, puesto que no se podía cambiar el pasado.

—Es un conocido —le respondió finalmente al duque—. Lord Edward Sinclair, vizconde de Ashcombe.

Edward esbozó una sonrisa pesarosa.

—Fuimos algo más que meros conocidos, Sophie. Recuerdo nuestros paseos y las promesas que nos hicimos.

Un dolor lacerante la atravesó como un rayo. ¿Cómo podía él hablar con tanta tranquilidad, como si no la hubiera abandonado sin explicación alguna?

—Supongo que cada persona recuerda lo que más le conviene, milord —espetó con cierta frialdad.

El gesto compungido que vislumbró en su rostro casi hizo que se arrepintiera de sus palabras. Nunca había sido una persona vengativa y tampoco deseaba comportarse como una arpía.

—Lo lamento, Sophie. Me gustaría que me concedieras unos momentos para hablar contigo a solas. Si nos disculpa, lord…

—Percival James Alcock, cuarto duque de Rokewood, marqués de Landowne, vizconde de etcétera, etcétera. Sería aburrido mencionar todos los títulos, ¿no cree? —comentó con tono de hastío, a pesar de que le habría gustado desafiar a un duelo a aquel individuo despreciable y mezquino en ese mismo momento.

Podía notar la tensión que embargaba a Sophie por la fuerza con la que le apretaba el brazo, aunque ella no fuese consciente de ello. Además, aunque desconocía lo sucedido entre ambos y no sabía qué relación habían mantenido en el pasado, pudo leer entre líneas y hacerse una idea a través de las palabras del vizconde.

—Es un placer conocerlo, Su Gracia. He oído hablar mucho de usted —declaró este.

—¿Sí? No tengo el gusto de poder decir lo mismo.

A pesar del malestar que había desencadenado en ella aquella situación, la actuación del duque estuvo a punto de arrancarle una carcajada a Sophie. Agradeció en silencio tenerlo a su lado en ese momento, pues con aquel comportamiento había logrado serenar su espíritu. El vizconde formaba parte de su pasado, lord Rokewood era el presente.

Edward apretó los dientes y forzó una sonrisa.

—Sophie, ¿podemos ir a alguna otra parte? Quisiera explicarte…

—Lord Ashcombe, no me gustaría que su esposa se hiciera una idea equivocada si nos viera juntos. —Era un doloroso recordatorio, aunque necesario, tanto para ella como para él.

—¿Mi esposa? —inquirió, confundido. Tras un breve instante de silencio, el gesto de su semblante se tornó melancólico—. ¡Ah! Te refieres a Anne. Murió hace tres años.

—Lo lamento —dijo, a pesar de que él no parecía muy afligido por la pérdida. Su mente rememoró el día que visitó el museo, cuando lo vio acompañado por una dama con quien conversaba de una forma bastante íntima. ¿Se trataba acaso de una amante?

Barrió aquel pensamiento de la mente. Daba igual quién fuese aquella mujer, no era de su incumbencia. Si alguna vez ardió entre ellos la llama del amor, ahora solo quedaban cenizas frías. Tampoco necesitaba explicaciones, pues llegaban varios años tarde.

—Lord Ashcombe —intervino Percy, a quien cada vez le costaba más contener la rabia que bullía en su interior—, me temo que debemos dar por concluido este nostálgico reencuentro. Sophie tiene comprometido este baile conmigo. Así que, si nos disculpa.

Tiró con delicadeza del brazo de ella para conducirla a la pista, pero Edward se interpuso delante.

—¿Podemos hablar, entonces, cuando termine la pieza?

Sus ojos tenían la misma tonalidad que recordaba, pero había en ellos un velo que le impedía ver más allá, como si guardara celosamente los secretos de su alma. Edward ya no era aquel joven sincero con quien reía y charlaba en Frampton Manor. Además, también ella había cambiado.

—Ha pasado mucho tiempo, no merece la pena hablar del pasado. —Si no hubiera estado mirándolo a los ojos, le habría pasado inadvertido el relámpago de ira que cruzó su mirada y que enseguida disimuló tras una sonrisa pesarosa.

—Espero que, al menos, me permitas seguir siendo tu amigo.

Sophie sentía que cada vez le costaba más respirar, como si una losa estuviera aplastándole los pulmones. Cuanto más lo observaba, más cuenta se daba de lo poco que conocía al vizconde ahora.

—La amistad exige confianza, milord, y esta es difícil de recuperar cuando se ha perdido.

—Sé que te hice daño, pero si me das una oportunidad…

—Suficiente, lord Ashcombe —terció Percy, sin intentar disimular la irritación—. Creo que la dama ha dejado claro que no desea hablar con usted ni volver a verlo.

—Esto no tiene nada que ver con usted, lord Rokewood —replicó con tono crispado—. Sophie, te advierto que tu reputación puede ser puesta en entredicho si te muestras demasiado en público con él. Todo el mundo sabe a lo que se dedica el «ángel de Londres».

Una súbita tensión embargó a Percival y sus manos se apretaron en sendos puños que, con gusto, habría incrustado en el rostro del vizconde, pero Sophie lo retuvo del brazo con firmeza.

—Le agradezco la preocupación, milord, pero mi reputación es solo asunto mío y de nadie más —señaló, manteniendo la actitud fría y distante que había mostrado hasta ese momento—. Con su permiso.

Pasó junto a él con la cabeza alta, como una reina, a pesar de que por dentro sentía que todo el cuerpo le temblaba de rabia. No estaba segura de que fuese capaz de ejecutar la pieza de baile, cuyos primeros compases habían comenzado a sonar, sin embargo, en ese momento no soportaría seguir dando vueltas por el salón y tener que saludar a otros invitados.

—¿Se encuentra bien, Sophie? —le preguntó Percy mientras bailaban una cuadrilla.

—Sí, por supuesto.

—Pensé que habíamos acordado ser sinceros el uno con el otro —comentó cuando volvió a su lado tras efectuar un giro pasando entre las diferentes parejas.

Ella sabía que tenía razón y, de alguna manera, sentía la necesidad de hablar de ello con alguien, de sacar del pecho ese peso que la oprimía. ¿Cómo podía doler tanto después de los años transcurridos? Había encerrado las cartas de Edward en un cajón y, con ellas, sus sentimientos. Creyó que lo había olvidado todo, pero era como si una vieja herida se hubiera abierto de nuevo.

Mientras giraban alrededor de sí mismos, con las palmas de las manos enfrentadas, tan cerca que percibía el calor que desprendía, lo miró a los ojos. Los del duque, a diferencia de los de Edward, eran transparentes. Podía leer en ellos la preocupación por ella, a pesar de que apenas se conocían. La música los separó antes de que pudiera darle una respuesta.

Esperó a que terminase la primera danza de las tres que conformaban la cuadrilla y que se bailaban seguidas, y se apartó del círculo. Necesitaba un poco de aire. Percy la siguió de inmediato y le ofreció el brazo, obligándola a moverse despacio para no atraer la atención de los invitados.

—Lléveme al jardín, por favor.

Él no cuestionó la petición, sino que se limitó a cumplirla. De la forma más discreta posible la condujo hacia una de las puertas afrancesadas del salón y salieron al exterior. Aunque el aire era fresco, Sophie lo agradeció. Cerró los ojos un instante e inspiró hondo. Tras abrirlos de nuevo, elevó la cabeza para contemplar el cielo nocturno.

—En Londres no se pueden ver las estrellas. —La suave voz de él la sobresaltó ligeramente; casi se había olvidado de su presencia—. Imagino que en York será distinto.

Sophie asintió.

—A veces solía salir a pasear por la noche al jardín solo para poder contemplarlas. Parecen diminutas desde esta distancia, pero su luz es tan potente que llega hasta nosotros.

Percival respetó el silencio en el que ella se sumió tras aquellas palabras.

—¿Quién es el vizconde? —se atrevió a preguntarle después de un rato, aunque no tenía la certeza de que ella le fuera a responder. Si no deseaba hablar, lo respetaría.

—Lo conocí en un baile en York, cuando yo tenía diecinueve años, y nos hicimos amigos —respondió tras unos instantes de vacilación —. Empezó a cortejarme y acabó pidiéndome matrimonio. Mi padre estaba enfermo por aquel entonces y le pedí que esperara hasta que recuperase la salud. La espera se fue dilatando y, un buen día, Edward se marchó a Londres. Después de algunas cartas, dejé de tener noticias suyas.

Percy apretó los puños con rabia. De haber tenido al vizconde frente a sí en ese momento, le habría partido la cara de un puñetazo. Ella había dicho que no recibió más noticias, pero alguien tuvo que contarle que el hombre de quien estaba enamorada se había casado con otra.

Sophie se volvió hacia él al ver que no llegaba el comentario que esperaba.

—¿No va a decirme que lo lamenta por mí?

La sonrisa que esbozó era una mezcla de tristeza y burla de sí misma, y él sintió que le atravesaba el pecho como un cuchillo afilado.

—En absoluto. —Le colocó los dedos bajo la barbilla y le alzó la cabeza con suavidad—. Considero que es usted afortunada, Sophie. Se merece algo mucho mejor que ese canalla. Un caballero que la admire y la valore, que se preocupe por usted y la haga reír.

«¿Alguien como tú?», pensó ella, perdida en el infinito azul de sus ojos, que reflejaba la luz de la luna. Se apartó del leve roce de aquellos dedos y miró hacia el interior del salón, de donde llegaban los murmullos de las conversaciones y el tenue sonido de la música.

—Será mejor que entremos. Gracias por escucharme, lord Rokewood.

Percy la siguió con la mirada y luego bajó la vista hacia los dedos que había apoyado bajo la barbilla de ella. Los frotó despacio, como si así pudiera deshacerse de esa sensación de hormigueo que lo había recorrido hasta alcanzar su corazón.

CAPÍTULO 22

El mes de mayo trajo consigo una leve mejoría en el clima. El vibrante muestrario de color en los parques de Londres, a pesar de las ligeras lluvias que de cuando en cuando humedecían las calles de la ciudad, contribuyó sin duda a levantar el ánimo de todos sus habitantes. Sin embargo, lo que en verdad transformó el vetusto y sombrío rostro de Londres fue la batalla de París, a finales de marzo, y la aclamada victoria del marqués de Wellington durante la batalla de Toulouse el diez de abril, apenas cuatro días después de la rendición del Imperio francés por parte de Napoleón Bonaparte a la Sexta Coalición. La paz se estaba gestando en el seno de Europa, las conversaciones para alcanzarla habían dado comienzo el día nueve de ese mes.

Por ese motivo, el príncipe regente había declarado un Gran Jubileo, en honor al centenario del gobierno Hannoveriano, y para celebrar la reciente victoria sobre Napoleón —que había culminado en la que habían denominado la «Paz Gloriosa»—. Uno de los primeros eventos que tuvo lugar fue el nombramiento de Wellington —proclamado por el pueblo «héroe conquistador»— como duque de Wellington.

—Según me ha revelado mi mayor fuente de información —comentó Percival, refiriéndose a Portia, mientras paseaban a caballo

por Rotten Row, en Hyde Park—, van a tener lugar numerosos bailes durante los próximos meses, así que es probable que tengamos que adaptar el calendario para poder realizar las visitas que quiere hacer. Espero que eso no le suponga ningún inconveniente, Sophie. ¿Sophie? —reclamó al darse cuenta de que no le estaba prestando atención.

—Discúlpeme, es que estoy… sorprendida. —Nunca había presenciado nada igual. Cuando el duque la había invitado a dar un paseo a caballo por Hyde Park, había imaginado un trote tranquilo por el parque, gozando del silencio y la tranquilidad que ofrecía la naturaleza. Sin embargo, se había encontrado de pronto sumergida en una avalancha de personas que fluían como las aguas de un río por su cauce—. ¿Quién es esa hermosa joven?

Él siguió la dirección que le indicaba.

—Lady Elizabeth Mary, la hija menor del marqués de Stafford y una de las bellezas de la temporada. Apenas ha hecho su debut en sociedad y ya tiene a más de la mitad de los caballeros a sus pies.

A Sophie no le extrañó. Había en su porte una mezcla de distinción y altivez, que contrastaban con su semblante dulce e ingenuo. La palidez de su piel se acentuaba gracias al hermoso tono obsidiana del cabello, primorosamente recogido en un moño, y a sus ojos esmeralda.

—Es muy bella —reconoció, aunque con una punzada de envidia, al verla sonreír en medio de un nutrido grupo de caballeros que la habían rodeado, deteniendo su carruaje. Se preguntó si lord Rokewood también se sentiría atraído por ella.

—Fascinante, ¿no es cierto?

Al oírlo, notó un desagradable vuelco en el estómago. Aunque era comprensible que sintiera admiración por la joven, al fin y al cabo, el duque tenía fama de ser un libertino y un mujeriego, si bien era cierto que a ella no le había dado todavía ningún motivo para juzgarlo como tal.

—Supongo.

—Los caballeros la persiguen como aves de presa, cada uno de ellos intentando ser quien obtenga la mano de la dama, colmándola de halagos y llenando los silencios con conversaciones vanas. Pero pocos se interesan realmente por ella o por sus gustos personales. ¿Cómo podrán conquistar entonces su corazón?

Ella lo observó con curiosidad. Todavía no había conocido a ningún caballero —excepto su padre— que buscase un compromiso matrimonial por amor. Este solía ser un ingrediente escaso en las parejas, especialmente entre la aristocracia, quienes solo querían los beneficios que podían obtener a través de las alianzas. Tras la decepción con Edward, se había dado cuenta de que un matrimonio como el que habían gozado sus padres era una rareza. Y, sin embargo, ahí estaba el duque, hablando de conquistar el corazón de una dama. Aunque tal vez no debía conceder demasiada importancia a sus palabras, ya que el amor podía fluir tan solo en una dirección, como había sucedido en su caso, y la otra persona fingir un sentimiento que no poseía. Además, lord Rokewood era demasiado cínico como para creer en el amor.

A pesar de todo, no pudo evitar preguntarle al respecto, ya que parecía interesado en la joven.

—¿Usted los conoce? Me refiero a los gustos de lady Elizabeth.

—La pintura, la música y la escritura, especialmente esta última —respondió sin dudar. Una sonrisa divertida le curvó los labios cuando añadió—: Tiene intención de escribir algún día un libro. Estoy convencido de que lo conseguirá. Parece impresionada con mis conocimientos —bromeó al ver el gesto sorprendido que mostraba.

Sophie adoptó una pose desinteresada para ocultar el malestar que se había instalado en su interior.

—Supongo que es lógico que los conozca, siendo lady Elizabeth una dama y, por demás, bella. Tengo entendido que las mujeres no guardan ningún secreto para usted.

Percival enarcó una ceja ante el comentario. Nunca había hecho caso a los rumores que circulaban sobre él, de hecho, muchos le

favorecían, ya que atraían a nuevas clientas, pero no sabía por qué le molestaba que Sophie creyera en ellos.

—No todas, señorita Frampton —respondió, clavando en ella una mirada intensa—. Hay algunas que son un misterio para mí y, quizá por eso, me resultan mucho más interesantes.

El rubor que le tiñó las mejillas le pareció delicioso. Esa mezcla de audacia e inocencia que poseía era fascinante. Estaba convencido de que, si ella deseara casarse, podría conseguirle un buen partido, incluso a pesar de su edad. El motivo por el que se negaba a hacerlo debía de ser lo sucedido con el vizconde. La rabia lo inundó de nuevo al pensar en ello, aunque no merecía la pena dedicar ni un solo pensamiento a aquel malnacido. En cambio, sí que podía tratar de convencer a Sophie de que le permitiese presentarle a posibles candidatos.

—Soph…

—¡Lord Rokewood!

Percy se giró y vio que lady Elizabeth lo llamaba. Con un suspiro de resignación, guio a su montura hacia el carruaje de la dama.

Sophie lo siguió, sumida todavía en el desconcierto y el revuelo que sus palabras habían creado en su interior. «¿De verdad le parezco interesante?», se preguntó. Le costaba creerlo. El duque sabía cómo regalar los oídos de una dama y eso, sin duda, era lo que acababa de hacer con ella. La certeza de este pensamiento se impuso cuando contempló de cerca la radiante belleza de la hija del marqués, mientras intercambiaba saludos con el duque.

—Lady Elizabeth, permítame presentarle a la señorita Frampton.

—Es un placer, señorita Frampton. Estoy segura de que disfrutará de su paseo a caballo con lord Rokewood, al fin y al cabo, es un consumado jinete y siempre deja satisfecha a la dama que lo acompaña en el galope, si esta sabe montar bien.

Un coro de carraspeos masculinos se alzó en torno a ellos y lady Elizabeth dirigió a los caballeros una mirada de incomprensión, con el ceño fruncido. Percy tuvo que morderse la lengua para no estallar en una carcajada. Por suerte para él, tampoco Sophie pareció haber

captado el doble sentido en que podía interpretarse aquel inocente halago.

—De momento, nos hemos limitado a ir al trote. —Oyó que decía ella—. No conozco bien esta montura, así que prefiero ir despacio hasta que me acostumbre y pueda exigirle más brío en el galope.

Percival se atragantó y comenzó a toser. Las imágenes de ambos haciendo el amor, que su mente había conjurado al escuchar a Sophie, le habían provocado una súbita erección. Una reacción cuando menos incómoda, teniendo en cuenta que iba a caballo.

—¿Se encuentra bien, lord Rokewood? —inquirió lady Elizabeth con tono preocupado.

—Sí, sí. No es nada. —«Al menos nada que no pueda arreglarse con un buen baño de agua fría», gimió para sí—. No deseamos acaparar más su tiempo, *milady*. Que disfrute del paseo.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó ella cuando se hubieron alejado lo suficiente como para no ser oídos—. Luce usted más tenso que la cuerda de un violín.

—Es solo que he sufrido un tirón muscular. —Aquello se acercaba bastante a la verdad.

—¿Quiere que le dé un masaje?

Se arrepintió de aquellas palabras apenas salieron de sus labios, especialmente cuando un leve gemido, casi un ronroneo, escapó de la garganta de él. El rubor le tiñó las mejillas a causa de la impetuosidad. Su padre sufría fuertes dolores musculares debido a su enfermedad y ella se había acostumbrado a darle masajes para aliviarlo. Pero hacer ese ofrecimiento a alguien que no era ni siquiera pariente suyo había sido un grave desatino y un despropósito. Esperaba que el duque no la tomase en serio.

—No creo que pudiera soportarlo ahora mismo, Sophie.

«Pobre, debe estar sufriendo mucho», pensó ella al ver la crispación en su rostro.

—¿Prefiere que caminemos un rato?

Percy negó con la cabeza. Eso solo haría más evidente el estado de excitación en el que se encontraba.

—Se me pasará pronto —le aseguró. Al menos eso esperaba, aunque cada vez que la miraba no podía evitar rememorar, de un modo vívido, las imágenes que su mente había evocado, provocándole un nuevo latigazo de deseo.

Sophie lo miró con preocupación. Quizá lo mejor sería distraerlo con algo de conversación.

—Lady Elizabeth parece una joven agradable —comenzó—. ¿Se conocen desde hace tiempo?

—Desde hace unos tres años. Lord Stafford es un gran amante de las artes y yo poseía una pintura que deseaba desde hacía tiempo. —Su padre se había negado a vendérsela, a pesar de que con la suma que el marqués estaba dispuesto a ofrecerle podría haber pagado gran parte de las deudas que acumulaba—. En una de las ocasiones en que fui a su casa, conocí a su esposa y a sus dos hijas, lady Charlotte y lady Elizabeth. La marquesa estaba decidida a casar a sus hijas con duques.

—Y usted fue uno de los elegidos —supuso Sophie.

Percival torció el gesto en una mueca.

—Me costó convencerla de que yo no era el esposo adecuado para ninguna de ellas.

—¿Cree que la marquesa conseguirá su propósito?

—Desde luego. Nunca he conocido a una mujer tan perseverante como lady Stafford.

Él le dirigió una sonrisa burlona y Sophie sintió un revoloteo de mariposas en el estómago. Resultaba agradable conversar con él, y divertido. Cuando regresara a Frampton Manor iba a echar de menos aquellos encuentros. La perspectiva de la soledad que la aguardaba le pesó más que nunca en el ánimo.

—Es maravilloso que exista un lugar como este —declaró. Un espacio al aire libre en el que poder encontrarse con sus conocidos y charlar, en lugar de esperar, como la señorita Roserton, a que alguien acudiera a su casa a tomar el té.

—¿No tienen algo parecido a Rotten Row? —Percy miró a su alrededor, intentando ver el lugar a través de los ojos de ella.

Ciertamente, contemplar la concurrida avenida, atestada de carruajes y jinetes, causaba impresión—. Lo más granado de la sociedad se concentra aquí, desde las cuatro y media de la tarde hasta las siete y media, con la intención de ver y ser visto. Durante ese tiempo, uno puede coquetear con las damas, saludar a los amigos, presumir de carruaje o montura nueva y hasta lograr despertar la envidia de los demás por sus exquisitas prendas de vestir. Sin embargo, nada de esto es real, todo el mundo se esconde detrás de la máscara que quiere mostrar, ocultando su verdadera naturaleza.

No era la primera vez que detectaba en su voz aquel matiz de amargura que teñía sus palabras.

—¿Quién le hizo tanto daño?

La pregunta escapó de sus labios antes de que pudiera detenerla.

CAPÍTULO 23

La excitación que aún acompañaba a Percival se esfumó en un instante. Su semblante se transformó en granito puro y sus ojos adquirieron la tonalidad gélida del hielo.

—No sé por qué deduce de mis palabras que alguien haya podido ofenderme hasta el punto de marcar mi alma, señorita Frampton —declaró, marcando la distancia entre ambos al no usar su nombre de pila—. Soy el duque de Rokewood, nadie se atrevería a hacer algo semejante.

—¡Oh! Le ruego que me disculpe, milord. No sé por qué pensé que era usted un mortal, de carne y hueso, como todos los demás —comentó con sarcasmo, nada intimidada por aquel arrebato.

No podía decir que conociera bien al duque todavía, pero sí que sabía que todo aquel encanto exterior que mostraba no era sino una máscara, tal y como él acababa de decir, que ocultaba un interior más sensible de lo que quería reconocer.

—Sophie…

—Está bien si no desea contármelo, pero no me tome por una ingenua, porque no lo soy.

Enfadada, Sophie clavó los talones en los ijares de la montura y la puso al galope. El caballo relinchó, animado ante la posibilidad de correr con libertad, y sacudió las largas crines blancas. Era un

semental purasangre de pelaje grisáceo con rodaduras y de carácter brioso, aunque esto no le preocupaba, ya que montaba desde que era niña y sabía cómo controlarlo. Sin embargo, el hecho de que la avenida estuviese tan concurrida la intranquilizaba, así que apenas distinguió la entrada hacia un camino lateral, tomó el desvío.

Se inclinó sobre el cuello del animal y dejó que la fuerza del aire que golpeaba su rostro barriera los pensamientos negativos que la afligían. Había llegado a creer que el duque y ella eran amigos, sobre todo, después de lo que le había contado sobre Edward, pero, por lo visto, se había equivocado al considerarlo así. Para él, todo lo que había entre ellos era un simple contrato firmado, nada más. «Sí que soy una ingenua, ¿por qué he tenido que enamorarme de él?».

Aquel súbito pensamiento la desestabilizó durante un instante y la ansiedad se aferró a su pecho como una garra de acero. ¿Cómo había podido suceder? No, estaba equivocada. Lo que sentía no era amor. Admitía que el duque le agradaba, pero solo porque le hubiera dedicado unos cuantos halagos y la tratase como si ella le importara, no podía haberse enamorado de él.

«No creo que haya nadie que comprenda los misterios del corazón humano, salvo Dios», le había dicho una vez su padre cuando le preguntó acerca del amor. «¿Quién puede explicar por qué acelera nuestros latidos cuando vemos un determinado rostro o cierta persona roza nuestra mano? ¿Por qué parece que se desborda la felicidad en nuestro interior cuando escuchamos una voz o sentimos la presencia de alguien, y parece, en cambio, marchitarse cuando esa persona está lejos, arrancándonos suspiros de melancolía? El corazón escoge sin preguntarnos y, cuando nos damos cuenta, el amor ha echado raíces tan profundas que ni siquiera la muerte puede desarraigarlo». El paisaje comenzó a desdibujarse ante sus ojos cuando las lágrimas los humedecieron y resbalaron por sus mejillas.

—¡Sophie!

Apretó los puños sobre las riendas y espoleó aún más a su montura. No quería que descubriera que había llorado. El viento le

azotaba la piel y sacudía el velo de gasa que rodeaba su sombrero de copa. Reconoció que era una imprudencia cabalgar de aquel modo en un terreno que desconocía. Volvió la cabeza para ver a qué distancia se hallaba el duque y comenzó a tirar de las riendas para frenar al caballo. Vio que él le hacía señas, aunque no comprendió el significado. Al menos, hasta que miró de nuevo el camino por el que circulaba. Frente a ella se alzaba un seto de considerable altura que el animal sería incapaz de saltar al haber frenado la galopada. Tenía que detenerlo antes de que lo intentara. Tiró con tanta fuerza de las riendas que el caballo comenzó a corcovear hasta que paró de forma brusca.

Notó que perdía el apoyo firme de la silla y que su cuerpo se elevaba antes de ser arrojado de golpe contra el duro suelo de tierra.

Percival sintió que el corazón se le detenía en el pecho cuando vio caer a Sophie. Saltó de la montura incluso antes de que esta se detuviera del todo y corrió hacia el cuerpo que yacía desmadejado a un lado del camino.

—¡Sophie! —Se arrodilló a su lado y la incorporó. Al escuchar el gemido de protesta, exhaló con brusquedad el aire que había estado reteniendo en los pulmones—. ¿Te encuentras bien? ¿Hay algo que te duela?

—Estoy bien. Haga el favor de dejar de manosearme —rezongó, intentando apartar las manos que recorrían su cuerpo. Se sentía algo mareada y adolorida, y el cuerpo le temblaba todavía a causa del miedo que había experimentado.

—¿Tienes idea del susto que me has dado? Podrías haberte matado. —Con cada palabra que pronunciaba, el tono de su voz iba en aumento—. Has sido una inconsciente. ¿En qué demonios estabas pensando para lanzarte al galope de esa manera?

—Yo…

«Por favor, no te preocupes por mí. No hagas que me enamore más de ti», quiso decirle. Pero todo lo que salió de su garganta fue un sollozo, que estremeció su cuerpo, y las lágrimas brotaron suaves

e incontenibles, dibujándole surcos en el rostro polvoriento. De pronto, se vio envuelta por los poderosos brazos de él, que la acunaron contra el pecho.

—Lo siento, Sophie. Perdóname.

Percy la sostuvo con delicada firmeza y cerró los ojos mientras apoyaba la mejilla contra el cabello de ella. La culpa lo corroía por dentro. Su orgullo había alzado una barrera defensiva cuando escuchó la pregunta porque no quería que nadie hurgase en sus heridas y conociese su debilidad. El dolor y la ira habían hablado por él en ese momento, lastimando los sentimientos de ella y provocando una huida que casi le había costado la vida.

La abrazó hasta que se encontró más serena y dejó de temblar. Cuando Sophie se separó de él, tuvo la sensación de que había perdido la única calidez que había conocido en sus treinta y cuatro años de vida.

Ella no fue capaz de mirarlo a los ojos. Por una parte, le pesaba la vergüenza por haberse comportado de manera tan infantil al escapar de aquel modo, impulsada por la rabia; y, por otra, había en su interior una maraña de sentimientos que no se veía capaz de digerir en esos momentos.

—Lord Rokewood, ayúdeme a levantarme, por favor. —Dejó escapar un chillido de sorpresa cuando se vio alzada en brazos—. ¿Qué hace? ¡Bájeme ahora mismo!

—Deje de moverse —le ordenó, recuperando el trato formal, que había abandonado a causa del susto—. Puede tener alguna herida.

—No es así. Me encuentro perfectamente —le rebatió, incomodada por la situación.

Él dejó escapar un suspiro resignado y accedió. La bajó con cuidado y la observó para asegurarse de que no aparecía en su rostro ningún gesto de dolor. Había perdido el coqueto sombrero de copa que llevaba y el moño se había aflojado, permitiendo que varios mechones largos cayeran libres sobre sus hombros, como una cascada de chocolate. Quizá se debiera al miedo que acababa de

pasar, pero el desaliño que presentaba despertó en él un deseo profundo de besarla y de hacerla suya.

—¿Qué sucede? —inquirió Sophie, nerviosa ante la intensa mirada que le dirigía.

—Tiene la cara llena de polvo —respondió, al tiempo que sacaba un pañuelo del bolsillo y la sujetaba por la barbilla—. Estese quieta —la amonestó cuando intentó arrebatarle el pañuelo para limpiarse ella misma.

Con suavidad, comenzó a pasarlo sobre su frente. Ella cerró los ojos. Las largas pestañas que los velaban retenían aún pequeños vestigios de las lágrimas derramadas. El rastro que habían dejado sobre sus mejillas se perdía en los labios, que se hallaban entreabiertos, dejando escapar la cálida respiración a un ritmo pausado. Retiró el polvo de la nariz, perfecta y algo respingona, y rozó a propósito con el pulgar la carne tibia de sus labios. El aire escapó por ellos en un leve jadeo que lo excitó más allá de lo imaginable.

—¿Ha terminado ya?

Escuchó el ligero temblor en su voz y tragó saliva. ¡Por el amor de Dios, ni siquiera había empezado con todo lo que deseaba hacer con ella! A pesar de lo cual, retiró la mano de su rostro y dio un paso atrás. Ella abrió los ojos y lo miró. A Percy le parecieron dos profundos lagos de miel en cuya dulzura y calidez podría ahogarse.

—He hecho lo que he podido —le dijo, acompañando las palabras con un carraspeo y entregándole el pañuelo para que terminara de limpiarse—. ¿Cree que podrá volver a montarlo?

Sophie se volvió hacia el caballo, que permanecía tranquilo al lado del seto, junto al del duque.

—Sí, no parece que le haya pasado nada.

Caminó hacia él y recogió las riendas que arrastraban por el suelo. Le acarició el morro con suavidad y el animal resopló. Se sujetó al pomo de la silla mientras se preguntaba cómo iba a hacer para subir cuando le dolía cada músculo del cuerpo.

—Permítame que la ayude.

Antes de que pudiera negarse, le colocó las manos en el talle, justo por debajo de la chaquetilla corta del traje de montar, y la alzó hasta la silla. Luego tomó el tobillo con delicadeza y le colocó el pie en el estribo.

—Gracias, milord. —No supo cómo fue capaz de pronunciar las palabras sin que le temblara la voz tras aquel gesto tan íntimo. Aún podía sentir el estremecimiento que la había recorrido cuando la tocó.

Él apoyó la mano sobre el cuello del animal, cerca de donde ella tenía doblada la rodilla, rodeando la corneta para afirmarse, y le prodigó caricias para tranquilizarlo. Con cada pasada sobre el pelaje gris, sus dedos se aproximaban más y más hacia su pierna. La expectación le tensó el vientre, a la espera de algún simple y casual roce.

—Sophie, ¿no crees que ya podríamos dejar a un lado todas las formalidades y comenzar a tutearnos? Portia me ha reprendido por no haberlo hecho antes. Dice que la confianza es la base para una buena amistad y nosotros ya somos amigos, ¿no es cierto? —añadió, esbozando una media sonrisa de diversión que a ella le provocó un aleteo en el estómago.

Sabía que no era buena idea acortar esa distancia, ya que eso podía suponer que sus sentimientos avanzasen por un camino sin retorno que solo le ocasionaría dolor. Sin embargo, tampoco encontraba un motivo justo para negarse sin parecer una arpía desdeñosa y arrogante. Además, si podía gozar del privilegio de su amistad mientras estaba en Londres, al menos le quedarían esos momentos como recuerdo cuando no volviera a verlo más.

—De acuerdo, lord Rokewood.

—Percival, o Percy, si lo prefieres —la corrigió, con un brillo de satisfacción en la mirada.

Ella asintió y afirmó las riendas en las manos, pero él la detuvo antes de que pusiera el caballo al trote.

—¿Qué ocurre?

—Me gustaría oírte decir mi nombre.

Su tono, impregnado de una tonalidad cálida y profunda, le provocó un estremecimiento y sus mejillas se sonrojaron. Apretó los labios con fuerza, como si quisiera sellarlos para que no escapase esa única palabra que le haría dar un paso hacia el abismo de rendición en el que su corazón ya había caído. Luego dejó escapar un suspiro resignado.

—Percival… —pronunció despacio, como si paladease el nombre, y algo centelleó en las profundidades azules de los ojos masculinos—, eres un incordio.

CAPÍTULO 24

Percy prorrumpió en una sonora carcajada, provocando la desbandada de los pájaros que anidaban en las ramas de los árboles que flanqueaban el sendero de grava. Con la sonrisa pendiendo todavía de sus labios, tomó las riendas del caballo y se alzó hasta la grupa.

—No pierdes la ocasión de ponerme en mi lugar, ¿eh, señorita Frampton? —le dijo cuando puso la montura al trote, caminando a la par que ella.

—Alguien debería ayudarte a disminuir ese exceso de arrogancia que posees.

—Portia y tú sois iguales. —Puso los ojos en blanco en un gesto elocuente—. Espero que no empieces a sermonearme también.

—No me atrevería a tanto.

Cabalgaron en silencio durante un rato, disfrutando de la agradable tarde mientras saludaban a los jinetes con los que se cruzaban.

—Sophie, ¿por qué no te has casado?

La repentina pregunta la sobresaltó y se aferró a las riendas con fuerza. ¿Por qué había sacado a relucir aquel tema?

—¿Fue por culpa de lord Ashcombe? —insistió.

Ella no vio la necesidad de ocultarle la verdad.

—No. Cuando Edward me propuso matrimonio, yo tenía veinte años, pero mi padre estaba enfermo y le pedí que aguardáramos hasta que él mejorase, puesto que mi madre había fallecido unos años antes y solo me tenía a mí para cuidarlo. De haber sabido… —Sacudió la cabeza. «No», se corrigió a sí misma. Si se hubiera casado con él, habría sido infeliz. Era demasiado joven y no conocía al vizconde tanto como creía—. Mi padre no mejoró. Al contrario, su enfermedad empeoró con el tiempo y fue consumiéndolo poco a poco, hasta que nos dejó cuando yo había cumplido ya los veintiséis años.

—Y después de eso, ¿por qué no buscaste un esposo? —inquirió, sorprendido por la fidelidad y el afecto que había demostrado cuidando a su padre durante al menos seis años, mientras renunciaba a su propia vida y satisfacción.

—Huntington no es un lugar tan grande y sabes mejor que yo que la edad es un gran inconveniente —respondió. Le dirigió una rápida mirada—. Además, no deseo un matrimonio convencional, sino uno por amor, como el que tuvieron mis padres.

—Así que la práctica y eficiente señorita Frampton es también una idealista.

—Al menos, es mejor ser una idealista que un cínico —murmuró. Después de la muerte de su padre, había aceptado que se quedaría soltera. Nunca creyó que se enamoraría. Pero ¿cómo había podido hacerlo de un hombre que no creía en el amor?

—Tal vez —convino él—, aunque estoy seguro de que los escépticos sufrimos menos cuando alguien destroza nuestros sueños.

«Ahí está otra vez esa amargura que le tiñe la voz», pensó Sophie. Sin embargo, no quiso volver a preguntar sobre ello, pues sabía que no se lo contaría. Sin importar lo que acababa de decir, podía ver con claridad que Percival conservaba dentro de sí una herida profunda que aún supuraba. Se preguntó si la causa sería una mujer. Una sensación de disgusto se enroscó en su estómago.

—Mi padre siempre decía que la vida trae aparejada consigo el sufrimiento y que si alguien no sufre es porque no vive.

Percival permaneció en silencio durante unos instantes, que a ella se le hicieron eternos. Contuvo la respiración y se mordió el labio inferior, ansiosa, consciente de que quizá su comentario lo había molestado, aunque era imposible retirar ya unas palabras cuyos ecos se mecían aún en las alas del viento que soplaba. No deseaba volver a discutir con él.

—Tu padre debió de ser un hombre extraordinario —declaró con un tono suave, lleno de una dulzura que conmovió a Sophie.

—Lo fue.

Él asintió. No cabía duda de que ella debía de parecerse al baronet, por su franqueza, su talante práctico, su manera de analizar las cosas, e incluso por ese idealismo con tintes filosóficos del que hacía gala. Era una mujer inteligente, de trato agradable, que sabía conducirse con propiedad. Sería una excelente esposa para cualquier noble con aspiraciones políticas, ya que se desempeñaría muy bien como anfitriona.

—Sophie…

Detuvo las palabras antes de que tomaran forma. Si le preguntaba acerca de proporcionarle candidatos para un posible matrimonio, probablemente se enfadaría con él y le diría que esa cuestión no aparecía estipulada en el contrato. Sonrió para sí. Podía imaginar la escena a la perfección. «Lo haré a mi manera».

Durante los eventos sociales a los que acudieran, intentaría presentarle a los caballeros que considerara adecuados para ella. Quizá, si encontraba alguno que le agradase lo suficiente como para desposarlo, se afincase en Londres. Así podrían continuar su amistad. Seguirían encontrándose en los diferentes actos de sociedad y podrían conversar. No como en ese momento, claro, puesto que ella tendría un esposo con quien pasaría los días… y las noches. El pensamiento le hizo fruncir el ceño. Por supuesto, era lógico que Sophie le proporcionase un heredero a su esposo, pero la simple idea de imaginarla en los brazos de cualquier hombre le

provocó malestar. Tendría que asegurarse de que fuese alguien que la tratase con amabilidad y dulzura, con afecto; así ella respondería con ternura y, seguramente, también con pasión. Se entregaría a él por completo, sin reservas y con total sinceridad, tal y como era Sophie.

«El caballero que obtenga su amor, será un hombre afortunado», reflexionó mientras la observaba con atención. En sus ojos del color de la miel se reflejaban las luces del atardecer, que arrancaban destellos dorados a su cabello. No poseía una gran belleza, como lady Elizabeth Mary, pero había algo en ella que atraía la mirada. Era como el fuego ardiendo en el hogar, del que uno no podía apartar los ojos, viendo las formas cambiantes de las llamas. Sophie era igual. Cada gesto de su semblante parecía nuevo, distinto, y cada vez descubría nuevas facetas de ella.

—¿Qué? —le preguntó, nerviosa, porque llevaba un rato contemplándola y sin pronunciar palabra.

—¿Hum?

—Has pronunciado mi nombre. ¿Qué es lo que ibas a decirme?

—¡Ah! Solo que se está haciendo tarde y creo que deberíamos regresar. Tú tienes una invitación a un baile y yo he adquirido un compromiso. —Darius no le perdonaría si no asistía a la fiesta organizada por su madre en Blackthorn House. Le habría gustado acudir con Sophie.

Se preguntó quién y qué tipo de caballero sería el que la había invitado a ella, aunque no quería interrogarla al respecto, porque podría malinterpretarlo y creer que estaba celoso. Lo que no era en absoluto cierto. Simplemente estaba preocupado, ya que había unos cuantos aristócratas libertinos que podrían querer aprovecharse de su inocencia. Le había pedido a Portia que intentase averiguar de quién se trataba, pero su prima se había negado a hacerle ese pequeño favor, aduciendo que Sophie tenía edad suficiente para tomar sus propias decisiones y para cuidar de sí misma.

Dirigió la montura hacia la puerta de Grosvenor, una de las cinco que poseía el parque, avanzando al trote —sobre todo, cuando

atravesaban los senderos para los que paseaban a pie hacia los jardines de Kensington o al Serpentine—. No se los había mostrado a Sophie, así que quizá podrían regresar otro día.

—Deberíamos volver a Hyde Park en otro momento, estoy seguro de que te agradaría caminar por los jardines de la casa del guarda o por el paseo junto al río Serpentine —comentó, rompiendo el cómodo silencio que se había instalado entre ellos.

A Sophie le sorprendió el ofrecimiento, ya que en el contrato no estaba previsto que la acompañara dos veces al mismo lugar, pero, puesto que la idea le agradaba, no quiso rehusar. Estaba a punto de responder cuando vio a un jinete que se acercaba a una velocidad temeraria y se detuvo con brusquedad ante ellos, arrancando un relincho de molestia a su montura.

—Buenas tardes, Percy.

La dama era hermosa, aunque no poseía una belleza serena y dulce como lady Elizabeth Mary, sino más bien salvaje, y se mostraba bastante desinhibida, algo que ya percibió cuando la vio con Edward en el Museo Británico. Era la misma que había confundido con su esposa. La mujer le dedicó una breve mirada antes de desestimarla —como si su presencia no fuese más que un simple estorbo— y centrarse en el duque, cuyo rostro mostraba un rictus de disgusto.

—Lady Waverly. —Se tocó con desgana el ala del sombrero—. Si nos disculpa, tenemos un poco de prisa.

—¿No nos vas a presentar?

Él le dirigió una mirada cargada de irritación.

—No lo considero necesario, *milady*.

—Vamos, querido, después de todo lo que hemos gozado juntos, no deberías comportarte con tanta frialdad conmigo solo porque está presente esta… dama.

La sugerente pausa hizo que Sophie se tensara. No era tan ingenua como para no comprender lo que insinuaba. La observó con atención, preguntándose si ese era el tipo de mujer que atraía al

duque, puesto que podía adivinar que habían sido amantes, por el modo en que ella se dirigía a él y la forma en que lo miraba.

—Lavinia, no te consiento…

—¡Oh, por favor, Percy! No te hagas ahora el estirado —le reprochó burlona—. Todo el mundo en Londres sabe cuáles son los servicios que ofreces, incluso has participado en varios duelos por ese motivo. ¿Acaso esta joven no ha ocupado tu lecho todavía? ¡Ah! Veo por tu semblante que estoy en lo cierto —apuntó, dejando traslucir cierta sorpresa en su tono, que atemperó los celos que la habían corroído desde que descubrió que el duque tenía una nueva clienta.

—Vámonos —ordenó él con tono imperioso a Sophie. No deseaba que continuara exponiéndose a la malicia de esa víbora.

—Querida, permíteme un consejo. Te recomiendo que no te dejes seducir por su aspecto de ángel porque, en realidad, es un demonio sin corazón.

Percival emprendió un trote veloz, con la rabia hirviendo en las venas. Lavinia había perdido el juicio. Se detuvo cuando casi llegaba a la puerta de Grosvenor, un poco más calmado. Solo entonces se percató de que no se había preocupado de si Sophie lo seguía o no, aunque no tardó en confirmarlo cuando escuchó el sonido de los cascos de caballo y esta frenó la montura a su lado.

—Lamento que hayas presenciado eso —se disculpó, intentando controlar la furia. Comprendió que el malestar provenía, no de lo que Lavinia había dicho, sino del modo en que sus palabras podían hacer que Sophie cambiase la manera de mirarlo a partir de ese momento, motivo por el que evitó verla a los ojos. Nunca había sido un santo, pero tampoco deseaba que ella se hiciera una idea equivocada de él —. No debes creerte…

—Soy capaz de pensar por mí misma y de juzgar las cosas, sacando mis propias conclusiones —le recordó—, y tampoco es que me importen tus asuntos amorosos ni la vida privada que hayas mantenido hasta este momento.

Su tono monocorde y sus palabras deberían haberle supuesto un alivio. Sin embargo, Percival no se sentía así. Por alguna razón desconocida, lo único que sintió fue un amargor en la boca del estómago.




CAPÍTULO 25

Portia frunció los labios, molesta. No era con Percy con quien estaba enfadada, sino con esa víbora de Lavinia, que parecía empeñada en destruirlo ahora que no podía tenerlo. Necesitaba encontrar un modo de detenerla antes de que su lengua viperina y su conducta causasen un daño irreparable.

Se encontraba en Rokewood House cuando su primo había regresado del paseo con Sophie. Por su aspecto, semejante al de un dios del Olimpo clamando venganza, supo que algo había sucedido, y no tardó en persuadirlo para que se lo contara. Después de escucharlo, el primer pensamiento que acudió a su mente fue que, aun sin saberlo, Percival sentía algo por la señorita Frampton. Las palabras venenosas y los horribles celos de lady Waverly nunca le habían provocado más que un ligero fastidio. Jamás lo había visto tan enfadado como en ese momento, ni siquiera cuando se enteró de las grandes deudas contraídas por su padre o tras lo sucedido con Leonore. Lo cual solo podía significar que Sophie le importaba mucho más de lo que él mismo admitía.

Observó a su primo, acomodado frente a ella en el carruaje. Unas líneas de tensión le cruzaban el rostro ensombrecido. Su mirada se perdía en la noche londinense, que se deslizaba veloz al otro lado de la ventanilla. Si había alguien que se merecía ser feliz, ese era Percy.

La gente creía saberlo todo sobre él, aunque en realidad no lo conocían. Ni siquiera ella, de no haber sido por su naturaleza curiosa, habría descubierto la verdad. Así que no pensaba dejar pasar aquella oportunidad; no obstante, antes tendría que ocuparse de Lavinia.

—Deja de preocuparte, Percy, solo conseguirás que te dé dolor de cabeza, y te aseguro que es un verdadero incordio acudir a un baile en ese estado. —Le dio un ligero golpecito con el pie para que le hiciera caso—. Deberías confiar un poco más en Sophie. ¿No se te ha ocurrido pensar que, seguramente, ella ya conocía los rumores? Quien le contase acerca de los servicios que ofreces, tuvo que informarle también de todo lo que se decía de ti. Sin embargo, a pesar de eso, acudió a ti.

Percival se frotó la nuca y apartó la mirada de la ventanilla para centrarla en Portia. Sabía que tenía razón, como siempre, pero se sentía disgustado por el hecho de que Sophie hubiese conocido a Lavinia y de que esta la hubiese insultado con insinuaciones veladas. Cuando la había dejado en Grenville Street, el ambiente entre ellos estaba enrarecido. Fue una despedida incómoda. Y, para su mala fortuna, esa noche no podría verla, ya que ella asistía a algún baile al que él no había sido invitado.

—Supongo que tienes razón, es solo que no me agrada el hecho de que haya coincidido con Lavinia —gruñó exasperado.

Portia inclinó la cabeza y lo observó con atención mientras pronunciaba las siguientes palabras:

—Bueno, es verdad que Lavinia fue tu amante, pero ¿qué caballero no tiene una en algún momento? —opinó con sentido práctico—. Además, no es como si Sophie fuese tu prometida y se hubiese confrontado con una antigua amante tuya.

El comentario pareció golpearlo con la fuerza de un rayo y su semblante cambió, apenas unos segundos, antes de ocultar esos sentimientos tras la habitual máscara de indiferencia. Portia contuvo una sonrisa. «Así que no me he equivocado. Bien, Percival James Alcock, puedes dejar tu corazón en mis manos. Yo me ocuparé de tu

felicidad, ya que tú no cuidas de ella», se dijo, afianzando la decisión que había tomado antes.

La llegada a la mansión de los Blackthorn le proporcionó a Percy la excusa perfecta para no responder a su prima. No habría sabido tampoco cómo hacerlo. Tras aquellas palabras, sentía una quemazón en el pecho, igual que si le estuvieran aplicando un hierro candente. Cuando descendió del carruaje, tomó una bocanada de aire.

—Por una vez, olvídate de todo y dedícate a disfrutar de la fiesta —le dijo Portia, enlazando su brazo mientras se dirigían hacia la entrada de la mansión.

—Eso haré. —Le dedicó una tenue sonrisa de agradecimiento.

Ella siempre sabía cómo sacarlo del profundo abatimiento en el que caía de vez en cuando. Su sentido práctico y su manera de ser, franca y directa, lo habían salvado en más de una ocasión. Sophie se parecía mucho a Portia, quizá por eso se encontraba cómodo a su lado.

Se obligó a dejar de pensar en ella cuando entró en el vestíbulo de la mansión, profusamente iluminado gracias a numerosos candelabros y lámparas de aceite distribuidos por el amplio espacio. Las paredes estaban revestidas con un lujoso papel tapiz de damasco en un suave tono marfil, entrelazado con delicadas filigranas doradas que capturaban la luz del candelabro central, una obra maestra de cristal que colgaba del techo alto e iluminaba todo con un resplandor cálido y acogedor.

El suelo, cubierto por un elaborado mosaico de mármol en tonos blancos y negros, formaba un patrón geométrico y parecía guiar la mirada hacia una espléndida escalera de caracol, cuyos peldaños de pulido roble oscuro, flanqueados por barandillas de hierro forjado, se elevaban con majestuosidad hacia los niveles superiores. En los dos rincones que quedaban a ambos lados de aquel elegante y opulento espacio, había sendas mesas de caoba finamente tallada, sobre las que habían dispuesto jarrones de porcelana repletos de flores frescas, cuyo aroma embriagador se entremezclaba con el del incienso, más leve, que flotaba en el aire. Los murmullos de los

invitados y la suave melodía procedente del salón de baile invitaban a acercarse.

Cuando entraron, Percival buscó de inmediato a Darius y a la condesa viuda para presentarles sus respetos. El número de invitados no sobrepasaba la cuarentena, por lo que no resultó difícil localizarlos. Se acercaron y aguardaron a que terminaran de saludar a una pareja que había entrado poco antes que ellos.

Portia observó al conde. Lucía un aspecto imponente con el frac de color gris claro y solapas de terciopelo negro y los calzones beis. Reconoció que era un caballero muy atractivo, incluso a pesar de la rigidez que mostraban sus facciones. Comprendió enseguida que la tensión que lo embargaba se debía a que la dama a la que saludaban rehuía mirarlo, como si le desagradara el parche del ojo. Su actitud la molestó. El conde había sido herido mientras luchaba por defender a Inglaterra del Corso, por lo que merecía ser tratado como un héroe de guerra y no como un monstruo.

Madre e hijo se volvieron hacia ellos y ella no apartó la mirada del conde, que alzó una ceja interrogante ante el escrutinio, a pesar de lo cual, notó cómo sus facciones se suavizaban, y sintió alivio.

—¡Mi querido Rokewood! Me alegro de verte —saludó en ese momento la condesa viuda con genuino aprecio—. Hacía mucho tiempo que no nos visitabas.

—Lady Blackthorn, es un placer estar aquí. —Le besó la mano con afecto. Desde sus años de Eton, se había preocupado por él y siempre lo había tratado como a un hijo, y él correspondía a ese cariño—. La felicidad le sienta bien.

La mujer desvió la mirada hacia su hijo y asintió, con los ojos brillantes por la humedad. Carraspeó para contener la emoción y se volvió hacia Portia con una sonrisa. La tomó de las manos y la contempló unos instantes. La muchacha se había convertido en toda una mujer.

—Portia, querida, estás preciosa —aseguró, al tiempo que la besaba en la mejilla—. No sé si conoces a Darius…

—Ya hemos sido presentados, madre —respondió este—. Es un placer volver a verla, *milady*.

Lady Blackthorn pareció encantada con aquella noticia.

—Me alegro. Entonces, te dejo en buenas manos, querida. Espero que disfrutes de la velada. —Le palmeó la mano con cariño—. Tengo que ir a saludar a esa cascarrabias de lady Pomsom.

Portia aprovechó que la condesa viuda se despedía de Percy para inclinarse hacia Darius.

—No es usted un buen mentiroso, milord —le susurró.

—¿Perdón?

—Acaba de decir que es un placer volver a verme —le recordó. Ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa divertida—. Aunque dudo de que ese haya sido su primer pensamiento al encontrarnos, ¿no es cierto?

—Vaya, no sabía que podía leer la mente con tanta precisión —replicó con tono desapasionado. Luego se inclinó hacia ella—. ¿Sería capaz de decirme qué es lo que estoy pensando en este momento?

Un estremecimiento sacudió a Portia al sentir el soplo cálido de su aliento sobre los labios y el corazón comenzó a latirle con fuerza dentro del pecho. Sin embargo, no se apartó y mantuvo la compostura.

—A juzgar por el brillo plateado de su único ojo, creo que le gustaría retorcerme el cuello —se burló. Solo esperaba que, a pesar de encontrarse tan cerca, él no pudiera escuchar el atronador sonido de sus latidos.

Un ligero aroma a jazmín con algunas notas cítricas envolvió a Darius, tensándole la piel del estómago y causando otro efecto en sus partes más nobles. Torció el gesto en una mueca de fastidio. Lo que le gustaría hacer con lady Alcock en ese momento no podía expresarlo en voz alta. Se enderezó de nuevo y colocó las manos a la espalda.

—Así que, después de todo, tenía yo razón desde el principio: es usted una bruja.

Ella abrió los ojos sorprendida y luego soltó una repentina carcajada. El sonido musical atrajo miradas de atención y provocó en él un inoportuno tirón en la ingle.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó Percy, acercándose a ellos.

—Tu amigo, el conde —contestó Portia, limpiándose las lágrimas de las comisuras de los ojos.

El duque palmeó el hombro de Darius.

—Veo que no has perdido tu encanto.

Él dejó escapar un gruñido ininteligible.

—Sí, lord Blackthorn ha sido sumamente encantador —convino Portia, volviéndose a mirarlo con una sonrisa pícara en los labios—. Ha tenido la gentileza de recordarme el gran poder que poseo por mi condición de… mujer.

Percy arqueó una ceja.

—¡Ah! ¿Sí? No sabía que tú también estabas a favor de las ideas de la señorita Wollstonecraft. Entonces, seguro que os llevaréis bien.

—No lo dudes, querido primo.

En sus iris azules afloró un destello burlón, y, en ese instante, Darius sí tuvo el impulso de retorcerle el precioso cuello.

—Por fortuna, no todas las damas son tan belicosas como lady Alcock —señaló, con la vista fija en la entrada del salón—. Si me disculpáis, ha llegado mi invitada.

Portia, que miraba en la misma dirección, enmudeció por la sorpresa. Sus ojos se dirigieron hacia Percy, nerviosa, preguntándose qué pensaría cuando viera quién era la invitada del conde. No tuvo que esperar mucho para averiguarlo.

—¡Qué demonios…! —lo oyó mascullar.




CAPÍTULO 26

Sophie se detuvo nerviosa a la entrada del salón y percibió cómo algunas miradas se posaban sobre ella. «No debería haber venido sola», reflexionó, apretando las manos contra el regazo. Aún podía volver a casa. Sin embargo, no era ninguna cobarde, así que enderezó la espalda y alzó la cabeza mientras entraba en el salón.

Sonrió, aliviada, cuando descubrió la imponente figura de lord Blackthorn acercándose a ella.

—Bienvenida, señorita Frampton. Me alegro de que haya decidido venir —la saludó, al tiempo que le tomaba la mano y depositaba un leve beso en el dorso enguantado.

—Le agradezco la invitación.

—Mi madre está deseando saludarla de nuevo. —Sophie no creía que fuese cierto, pero aceptó el brazo que le ofrecía y se dejó guiar por el salón—. Esta noche luce usted encantadora. Me recuerda a una de las sabinas romanas.

Era cierto. El vestido que llevaba, en un suave color crema, iba cubierto por un ligero tul transparente cuyo ruedo estaba adornado con una greca bordada con hilos de oro. El escote recto y muy bajo, desde el cual salían las mangas, dejando los hombros al descubierto, tenía un ribete en color dorado, al igual que la cinta que ceñía el vestido por debajo del busto. El cabello recogido en un moño alto,

formado por numerosas trenzas, dejaba al descubierto la elegante curvatura de su cuello, rodeado por un sencillo collar de perlas.

—¿Tiene pensado raptarme, milord?

Darius esbozó una ligera sonrisa. A pesar de sus palabras, no había ningún matiz de coquetería ni afectación en su tono.

—Veo que conoce la historia.

—Así es, y debo recordarle que la leyenda dice que los fundadores de Roma secuestraron a las mujeres sabinas más bellas y, por lo que veo, aquí hay damas más hermosas que yo.

—¿Acaso está buscando halagos, señorita Frampton?

—Por supuesto que no. Yo…

—La señorita Frampton solo pretende ser realista, aunque eso implique ignorar su propia belleza.

Aquella voz y el tono ligero en que fueron pronunciadas las palabras provocaron que el corazón de Sophie se acelerara de forma tan repentina que creyó que se desvanecería. Tomó una honda respiración y se volvió hacia el duque.

—Lord Rokewood. Portia, me alegro de verte —dijo con sinceridad. Al menos no estaría sola.

—No sabía que conocías a la señorita Frampton, Percy.

Ella se sobresaltó al escuchar al conde. Por la forma en que se dirigió al duque, se notaba que eran cercanos, lo cual suponía que estaba al tanto de las actividades a las que este se dedicaba. Al recordar las palabras de lady Waverly en el parque, un sentimiento de vergüenza tiñó sus mejillas con un rubor rosado por lo que pudiera pensar el conde de ella.

—Lo mismo puedo decir de ti —replicó Percival. No sabía por qué estaba molesto, aunque probablemente se debía al hecho de que Sophie le había ocultado aquello.

—Nos conocimos cuando acompañé a mi madre a visitar a la señora Bean, quien tuvo la amabilidad de presentarnos.

—Ya veo. Supongo que, para algunas personas, un solo encuentro puede bastar para cimentar una amistad.

Darius frunció el ceño. «¿Qué demonios le pasa?». Miró a Portia en busca de una respuesta y, por primera vez, no encontró en ella la habitual sonrisa que adornaba sus bellas facciones, sino solo un velo de tristeza —o quizá sería mejor decir compasión— que nublaba el azul de sus ojos mientras observaba a su primo.

Sophie tampoco comprendía por qué el duque parecía comportarse de manera tan fría con lord Blackthorn, sobre todo, si había entre ellos una amistad. De cualquier modo, nunca le habían gustado las mentiras y no iba a empezar a caer en ellas solo por mantener una imagen que, de todas formas, se perdería en el recuerdo cuando regresase a Huntington.

—Recordará, lord Blackthorn, cuando le comenté que había viajado a Londres con la intención de conocer la ciudad. Le pedí a lord Rokewood que me la mostrase.

Darius asintió.

—No podía haber escogido a nadie mejor para esa tarea —le aseguró, sorprendiéndola.

La tensión que flotaba en el ambiente se diluyó y los murmullos de las conversaciones volvieron a resonar a su alrededor junto con la música. Portia le dedicó una sonrisa de agradecimiento y Darius sintió que una sensación extraña se expandía por su pecho. Por suerte para él, no tuvo tiempo de pensar en ello, pues su madre se acercó en ese momento.

—Señorita Frampton, cuánto me alegro de verla.

—Lady Blackthorn, muchas gracias por la invitación —respondió, sorprendida por la cálida acogida de la condesa.

—¡Oh, querida! Es un placer tener gente joven con quien conversar. Veo que ha conocido a los amigos de mi hijo. —Asintió complacida—. Eso está bien, pero deberían aprovechar para bailar y divertirse. Lord Rokewood, ¿por qué no forma pareja con la señorita Frampton? Y tú, Darius, puedes hacerlo con lady Alcock. Creo que está a punto de comenzar una cuadrilla.

Sophie miró a Percival. Sabía que no podía negarse a la petición de la anfitriona, aunque habría preferido hacerlo. La relación entre

ellos se había vuelto extraña después de lo ocurrido en Hyde Park y, aún más, con la tensión que acababan de experimentar minutos atrás.

—Por supuesto, será un placer —lo oyó responder a la condesa, antes de acercarse para ofrecerle el brazo y acompañarla a la pista.

Portia miró a Darius, a la espera de que hiciera lo mismo, pero el conde no se movió. Notó los músculos tensos de la mandíbula, un gesto que delataba su disgusto. Supuso que, puesto que la condesa se había marchado, no necesitaba seguir fingiendo que era un hijo obediente y, por lo tanto, prefería declinar el ofrecimiento.

—¿Tanto le disgusta bailar conmigo? —le preguntó, intentando no sonar como si le afectara la decisión—. ¿O es que teme que lo pise? Le aseguro que los escarpines que llevo puestos son inofensivos, no podrían causarles el menor daño a sus delicados pies, milord.

—Por si no se ha dado cuenta, lady Alcock, llevo un parche en el ojo —masculló entre dientes.

—Es imposible no reparar en ello, lord Blackthorn, sobre todo, cuando le otorga un aspecto más atractivo e interesante —declaró, ladeando la cabeza como si lo estudiara—, aunque no comprendo qué tiene que ver una cosa con otra.

Darius la observó con seriedad, sin embargo, no percibió en ella señales de que se estuviera burlando. ¿De verdad lo encontraba atractivo? Sacudió la cabeza para despejarla de aquellos peligrosos pensamientos y dejó escapar un suspiro de irritación, aun cuando comprendió que las palabras de ella habían evaporado la tensión que cargaba sobre sí tras la petición de su madre.

—Al tener un solo ojo, mi visión periférica se ha visto reducida, por lo que es probable que choquemos con otras parejas, lo cual resultará embarazoso para ambos —le explicó, sintiéndose inexplicablemente liberado al hacerlo. Era la primera vez que no experimentaba la humillación que siempre lo acompañaba al hablar de la herida. Quizá se debía a la forma que tenía ella de escucharlo, no con insana curiosidad, sino con genuino interés—. Además, carezco también de percepción de la profundidad, por lo que no soy

capaz de juzgar las distancias del mismo modo en que lo hacía antes. ¿Comprende ahora por qué no puedo bailar?

—Entiendo que tiene unas limitaciones físicas, pero, con sinceridad, creo que los mayores impedimentos se los pone usted mismo.

La rabia brotó de su interior con fuerza y tuvo que realizar un poderoso esfuerzo para controlarla.

—Usted no tiene ni idea de lo que significa vivir…

—Por supuesto que no, yo tengo los dos ojos —lo interrumpió ella. A pesar de que podía percibir cuánto le habían enfadado sus palabras, eso no impediría que continuase hablando. Alguien tenía que zarandear un poco su existencia para que no se hundiera en un pozo de desesperación—. Pero ¿cuál es el problema de chocar contra otras personas mientras danza? Lord Persington es uno de los bailarines más torpes que conozco y, aun así, nada le impide salir a la pista una y otra vez. Y, si usted no puede calcular las distancias, entonces deberá confiar en su pareja y dejar que le ayude. A mi entender, lo que se busca al bailar es divertirse, no ejecutar una serie de movimientos con absoluta perfección.

Portia se estremeció ante la intensidad de la mirada gris, aunque no apartó la suya. La vida le ofrecía continuos desafíos, pero ella no era de las que se rendía, ni se dejaba abatir ante los obstáculos.

—Lady Alcock…

Darius se detuvo abruptamente y el silencio se prolongó entre ellos.

—¿Sí? —lo animó a continuar. No creía que estuviera meditando sobre lo que iba a decir, sino que más bien parecía masticar las palabras para no dejarlas escapar de su boca como el disparo de una bala de cañón.

—¿Nunca le han dicho que es usted insoportable?

Ella sonrió. En los labios del conde aquello sonaba casi como un halago.

—En varias ocasiones, milord —admitió, divertida—. Sin embargo, como puede ver, he sobrevivido a ello.

—¿Y cree que pueda sobrevivir si baila conmigo?

Los ojos de ella se iluminaron y Darius sintió un cosquilleo en el estómago. Era la misma sensación que había experimentado tantas veces cuando se encontraba en el frente, ese sexto sentido que le advertía de que lo acechaba el peligro.

—Lo intentaré —respondió ella, aceptando el brazo que le ofreció. Se dirigieron a la pista y, mientras esperaban para incorporarse a la segunda danza, lo miró—. Quiero agradecerle las palabras que ha dicho sobre Percy.

Él frunció el ceño, intentando recordar a qué se refería.

—No era más que la verdad —comentó al fin, restándole importancia.

—Lo sé, pero hay quienes no lo ven así y creen que es un excéntrico o, peor aún, un descarado libertino.

—Percival es afortunado por tenerla a usted como abogada defensora, lady Alcock.

No comprendió por qué aquellas sencillas palabras, más que cualquier otro halago que hubiera recibido en su vida, le provocaron un sonrojo y, por primera vez, permaneció en silencio, sin saber cómo responder.




CAPÍTULO 27

Las normas de etiqueta en los bailes imponían que se mantuviese una conversación durante los mismos, teniendo en cuenta que, dependiendo del número de personas que participaban en la contradanza, podía pasar bastante tiempo antes de que les correspondiera moverse para realizar la secuencia de figuras de las que se componía. Sin embargo, no era de recibo conversar sobre el clima o acerca del ambiente caluroso del salón. Por eso, Sophie no dejaba de rebuscar en su mente algún tema que fuese adecuado.

Finalmente se rindió y dejó escapar un suspiro. Aunque no tenía ni idea del motivo, Percival parecía molesto por algo. Quizá se debía a su presencia en aquella fiesta, si bien no podía asegurarlo con certeza.

—Si hay algo que quieras decirme, solo hazlo —manifestó tras tomar su mano para recorrer el centro del pasillo conformado por la fila de damas, al lado izquierdo, y la de caballeros, en el derecho.

Percy era consciente de la rigidez que se había acumulado en cada músculo de su cuerpo desde la aparición de Sophie en Blackthorn House, pero se veía incapaz de descifrar la maraña de emociones que lo habían conducido a ese estado.

—Deberías haberme dicho que conocías a Darius.

Ella elevó las cejas ante semejante declaración.

—¿Y cómo podía saber yo que te unía una amistad con lord Blackthorn?

—Lo habrías sabido si me hubieras explicado quién era el caballero que te invitó al baile.

Antes de que ella pudiera responderle, alcanzaron el final del pasillo y se colocaron en sus respectivas posiciones en ambas filas. Concentró la mirada en Sophie, que no rehuyó la suya. Sabía que sus demandas eran irracionales e, incluso, infantiles. No tenían una relación estrecha, mucho menos íntima, para reclamarle por haberse callado aquella información. Además, ¿por qué le molestaba? Él había decidido ayudarla para encontrar un esposo y Darius podía ser un buen candidato, mejor que muchos otros.

Al compás de la música, Sophie atravesó la distancia que los separaba para rodear al caballero situado a su lado, mientras él hacía lo propio con la dama junto a ella, dibujando así la figura de un ocho.

—¿Qué opinas de lord Blackthorn? —le preguntó cuando se cruzaron en el medio del pasillo.

Sophie siguió su camino para rodear a la siguiente dama.

—Es agradable —respondió cuando se volvieron a cruzar en el centro.

Le habría gustado saber qué le rondaba por la mente para cuestionarla de aquella manera, sin embargo, la conversación quedó interrumpida, ya que la siguiente figura de la danza los mantuvo separados durante un tiempo, hasta que regresaron a la posición inicial en la fila. El siguiente movimiento los unió en el centro de un círculo, con las palmas de sus manos derechas juntas mientras giraban alrededor de sí mismos.

Sintió un revoloteo en el estómago al ver su rostro tan cerca. La luz de las lámparas de cristal le arrancaba destellos de oro al cabello, como si brillara. Comprendió por qué lo llamaban «el ángel de Londres».

—Darius es mi mejor amigo desde nuestros tiempos en Eton. —Lo escuchó decir. Las palabras se colaron en sus oídos a pesar de los

atronadores latidos de su corazón—. Es un caballero honorable y leal, inteligente, noble, de buen talante y sincero. También es amable y… bueno, no quiero decir que sea perfecto, porque a veces muestra demasiada obstinación y terquedad, y en ocasiones sufre accesos de mal humor...

«¿Qué demonios estoy haciendo?», se preguntó a sí mismo deteniendo toda aquella palabrería. Los ojos de Sophie habían adquirido un precioso tono brandi mientras lo contemplaba de tal modo que interrumpió el curso de sus pensamientos. Frunció el ceño cuando le hizo un gesto con la cabeza que no comprendió.

—Cambio de mano —le advirtió ella.

Percy se tragó una maldición. Se había distraído lo suficiente como para perder el ritmo. Alzó el brazo contrario y apoyó la palma sobre la de ella, mientras comenzaban a girar hacia el lado contrario. Colocó la mano derecha detrás de la espalda y percibió un ligero hormigueo donde había rozado la de ella, por lo que cerró los dedos en un puño.

Su mirada parecía haberse quedado atrapada en la de Sophie. Notó la tensión que se expandió por su pecho y le aceleró la respiración. Se inclinó un poco más hacia su rostro. Sus labios brillaban bajo la llama de las velas porque acababa de humedecerlos con la punta de la lengua. El inferior era un poco más grueso y carnoso y se imaginó a sí mismo mordisqueándolo y dándole suaves tirones con los dientes antes de lamerlos despacio. «¡Por el amor de Dios, esto es una tortura!».

—¿En qué estás pensando? —lo interrogó Sophie, decidida a acabar con el tenso silencio que se había instalado entre ellos y que le había puesto los nervios a flor de piel. La forma en que él la miraba había despertado extrañas sensaciones en su cuerpo: sentía los senos más sensibles y, quizá, un poco más henchidos, y el aleteo del vientre se había transformado en un ligero hormigueo que anidaba entre sus muslos en ese momento, volviendo sus piernas temblorosas.

Necesitaba que él dijera cualquier cosa para distraer su mente de aquel estado en el que se había sumido, antes de que perdiera la razón.

—Quiero besarte —musitó él, con el cálido aliento acariciando sus labios como una suave brisa primaveral.

Su acelerado corazón se detuvo con brusquedad y temió desmayarse allí mismo. Luego volvió a latir de forma desacompasada y errática. El cambio en el ritmo de la melodía que ejecutaba el cuarteto de cuerda los separó de nuevo y Sophie, aturdida, intentó recuperar la respiración y la cordura. No podía dejarse seducir por el duque o terminaría sufriendo.

Inspiró con fuerza y continuó danzando. En cada paso, con cada giro, sus miradas se entrelazaban, aunque no fue capaz de discernir lo que había en las profundidades azules de los ojos de él. Si se trataba de una batalla de voluntades, no pensaba dejarse ganar. No le daría esa satisfacción. Era una mujer adulta y no iba a perder los papeles por una simple provocación como aquella.

Terminaron las series de figuras y volvieron a detenerse en sendas filas, uno frente al otro, con la respiración ligeramente alterada. Él le dirigió una inclinación de cabeza y ella hizo una reverencia. La etiqueta marcaba que su pareja la acompañara en un pequeño paseo alrededor de la pista, por lo que esperó a que se acercara y le ofreciera el brazo.

El silencio que los precedió se volvió embarazoso mientras intentaba pensar qué debía decir. Él fue el primero en romperlo.

—Creo que ya estás preparada.

Sophie lo miró sin comprender.

—Preparada ¿para qué? —lo interrogó con suspicacia—. Lo que has hecho en mitad del baile ha sido…

—Una prueba —completó Percy.

Se maldijo a sí mismo en todas las lenguas que conocía por haber dejado escapar aquellas palabras. No sabía qué demonios le ocurría con Sophie, aunque no era tan estúpido como para no darse cuenta de que la deseaba. Sin embargo, necesitaba cortar de raíz aquel

impulso, porque no quería hacerle daño. No estaba hecho para el matrimonio y Sophie se merecía alguien que la amase de verdad, no una aventura pasajera que podía destrozarle el corazón, pues él no podía entregarle el suyo. Como le había recordado Lavinia, era de piedra. Por eso se había inventado lo que acababa de decirle, como una manera de justificar el error.

—¿A qué te refieres con una prueba? Si ha sido una broma, déjame decirte que no ha tenido gracia.

—No lo ha sido —le aseguró. Luego esbozó esa sonrisa canalla e indolente tras la que solía ocultarse—. Has demostrado que puedes mantener el control incluso en las situaciones más insospechadas y lo necesitarás para la próxima visita que tengo preparada, donde es posible que recibas proposiciones semejantes.

La vio enarcar una ceja con arrogancia.

—¿Acaso piensas llevarme a un burdel?

Percy abrió los ojos, sorprendido, y dejó escapar una sonora carcajada.

—¡Ah, Sophie! Eres única —declaró con sinceridad, limpiándose las lágrimas de las comisuras de los ojos. La risa había sido purificadora y liberadora. Ella tenía ese efecto sobre él. Si alguien podía hacerle recuperar la fe en la humanidad, sin duda, sería Sophie—. No, ese tipo de visitas no se encuentra en mi lista, a menos, por supuesto, que estés interesada en una —la desafió.

Un suave rubor le tiñó las mejillas.

—No, gracias, prefiero seguir manteniendo mi ignorancia al respecto —replicó con dignidad.

Él chasqueó la lengua en un gesto de desaprobación.

—No debes menospreciar la relación carnal entre un hombre y una mujer —comentó en voz baja, inclinado sobre su oído—. El placer que se experimenta al hacer el amor arrebata los sentidos. Es como un fuego ardiente que recorre las venas, que quema y penetra hasta lo más íntimo. Cada delicado roce de los dedos deslizándose sobre la piel desnuda provoca un espasmo que tensa rincones prohibidos y despierta sensaciones intensas y desconocidas que se arremolinan…

—Suficiente —lo detuvo ella con tono abrupto. Sentía la respiración agitada y todo su cuerpo parecía preso de una extraña fiebre que le había sensibilizado la piel de tal manera, que hasta el simple roce de la muselina sobre los senos le provocaba deseos de gemir. Se mordió el labio inferior para evitarlo—. No… no necesito que me ilustres al respecto.

A Percy le costó apartar la mirada de aquellas cumbres nacaradas que subían y bajaban con rapidez, presionando contra la tela del vestido. «¡Maldición!». Aquel era un juego peligroso y había salido escaldado, como demostraba la dolorosa erección que le abultaba los pantalones. La inocente reacción de ella, el ver cómo se iba excitando conforme escuchaba sus palabras e imaginarse a sí mismo venerando con las manos y los labios la piel suave y cálida de su candoroso cuerpo habían sido estímulo suficiente para ponerlo en aquel estado.

Tiró de ella para conducirla a un rincón menos concurrido del salón donde poder atemperar la calentura sin que la visión del frente de sus pantalones le provocase un desmayo a alguna dama.

Sophie no puso objeciones cuando Percy la arrastró desde el perímetro de la pista de baile hacia un espacio más amplio y, por fortuna, situado cerca de uno de los ventanales abiertos. El calor en el interior del salón se había vuelto insoportable. Su sentido de la decencia le advertía de que debería reprenderlo por esos escandalosos comentarios. Sin embargo, su conciencia parecía seguir otros derroteros: «Ya no eres una jovencita debutante. Tienes casi treinta años y nunca has experimentado nada de lo que él ha dicho. ¿No sientes curiosidad? ¿No te gustaría experimentar ese placer en los brazos del duque?».

—¿Qué me vas a enseñar? —preguntó con la intención de interrumpir la verborrea tentadora de su conciencia. Al ver cómo el azul de sus ojos se hacía aún más profundo, se dio cuenta de cómo podían malinterpretarse sus palabras—. Quiero decir… la prueba. ¿Qué lugar querías que visitara?

Percy tuvo que respirar hondo antes de poder contestar. Sophie iba a acabar con él.

—El club *Temptation*.




CAPÍTULO 28

Sophie se ajustó el cierre de la capa y se acomodó en el interior del carruaje mientras se repetía a sí misma que aquello era una locura. Sin embargo, tampoco podía negar que se sentía nerviosa y excitada por lo que estaba a punto de hacer. Además, las palabras de Percival —con el tono de desafío que había utilizado— habían espoleado su orgullo. «¿No querías comportarte como una dama atrevida? ¿O quizá esto es demasiado para la práctica y estirada señorita Frampton?».

Por supuesto que no era una estirada, tan solo tenía una moral recta. Eso le había respondido. Pero su réplica había arrancado una sonrisa burlona a los labios del duque. Por eso, había aceptado la propuesta, aunque no podía imaginar que llevarían a cabo la visita esa misma noche. La cena en Blackthorn House se serviría a la una de la madrugada, con lo que podrían permanecer dos horas en el club antes de regresar a la fiesta para proseguir con la velada, que se extendería hasta las cinco o las seis de la mañana.

—¿No notarán que nos hemos marchado? —le preguntó, preocupada, cuando Percy se acomodó en el asiento frente a ella.

—Estarán demasiado ocupados divirtiéndose —contestó con displicencia, al tiempo que estiraba las piernas—. Además, hay damas y caballeros distribuidos en los diferentes salones, jugando a

cartas o fumando, así que es difícil mantener el control sobre dónde se encuentran todos los invitados.

Ella se recogió la capa para que él no la rozara y no pudo evitar apreciar la firmeza de sus muslos y la forma en que la tela se ajustaba a ellos, moldeándolos. Se preguntó si al tacto tendrían la misma dureza que aparentaban.

—¡Llevas botas! —exclamó, de pronto, al percatarse de ese detalle.

Percy contempló las botas hessianas que Darius le había prestado para esa ocasión. No sabía por qué parecía tan molesto cuando le contó la idea de llevarse a Sophie, tendría que hablar después con él. Por suerte, no le había negado las botas. Eran bastante cómodas y le quedaban bien, ya que ambos tenían más o menos la misma altura.

—Por supuesto. Ningún caballero que se precie acudiría a un club con calzado de baile. Constituiría una falta de etiqueta imperdonable.

Su tono sonó tan remilgado que Sophie puso los ojos en blanco.

—Vaya, quién habría imaginado que hasta en los salones de juego rigen las normas de vestimenta.

—No vamos a un simple salón de juego. El *Temptation* es un club, y uno de los más prestigiosos de Londres, a decir verdad. La mayor parte de los aristócratas pierden sus rentas en él.

Ella lo observó, preguntándose si el anterior duque habría sido uno de ellos y si él mismo solía jugar, pero no se atrevió a preguntárselo directamente.

—Deben de estar locos —musitó.

Percival la contempló, sumido en un silencio meditativo.

—¿No te gusta apostar?

—No veo ningún beneficio en ello. —Su carácter práctico la hacía poseedora de un buen juicio para detectar las inversiones que valían la pena, y los juegos de azar no entraban en esa categoría—. En cualquier apuesta todo se reduce a una mera probabilidad

matemática: conforme se acrecienta el número de jugadores, menos posibilidades hay de acierto.

—Pero también está la suerte —argumentó él.

—La suerte no existe, y tampoco el destino. No son más que una serie de coincidencias que se dan en torno a las decisiones que tomamos —expuso con serena convicción—. Si en este momento sufriésemos un accidente o un asalto, no podríamos decir que se debió a la mala suerte, sino, más bien, a la decisión errónea de abandonar la seguridad de la fiesta y viajar en carruaje durante la noche.

—Entonces ¿tú nunca te arriesgas, Sophie?

El tono grave y aterciopelado con el que realizó la pregunta resonó como un eco en su corazón, que empezó a latir con fuerza como respuesta. En los ojos que la observaban brillaba un fuego abrasador, reflejo, sin duda, de la luz de las lámparas que iluminaba el interior del coche. O, al menos, eso quiso creer. Tragó saliva e intentó mantener la compostura.

—Solo cuando merece la pena hacerlo.

—¿Y cómo estar seguro de ello? No se pueden controlar todos los riesgos, Sophie, y en casi cualquier situación tienes mucho que perder y poco que ganar —comentó con desidia—. ¿De verdad crees que hay algo por lo que valga la pena arriesgarse?

—El amor.

Percival la contempló con gesto grave durante unos instantes. Sentía que algo le presionaba con fuerza dentro del pecho, provocándole un dolor punzante. «¿Te arriesgarías por mí, Sophie?». Un oscuro y denso sentimiento de desolación solapó aquel repentino e inquietante pensamiento, y una sonrisa cínica asomó a sus labios.

Sophie se sobresaltó cuando él inclinó el cuerpo hacia delante y extendió el brazo, apoyando la palma contra el respaldo acolchado, justo al lado de su cabeza, encerrándola entre su brazo y la portezuela del carruaje. Su rostro serio parecía esculpido en mármol, sin embargo, era de carne y hueso, estaba vivo y tan cerca que la cálida respiración le acariciaba los labios. A pesar de que el corazón

le latía con fuerza en el pecho y de que miles de mariposas danzaban en su estómago, no se sintió amenazada por el duque. Había llegado a conocerle lo suficiente para saber que actuaba tras una máscara, conforme a un papel que se había impuesto a sí mismo para desempeñar en el teatro de la vida. Mantuvo la mirada en la de él mientras se preguntaba si volvería a besarla.

—«Antes de tocar tus labios quiero tocar tu corazón, y antes de conquistar tu cuerpo quiero conquistar tu amor». —Con la mano libre, jugueteó con el pendiente de perla que colgaba del lóbulo de su oreja. Rozó ligeramente la piel de su barbilla y su cuello, y el suave jadeo que escapó de los labios femeninos sacudió sus entrañas. Apretó la mano en un puño y se apartó, volviendo a reclinarse contra su propio asiento—. El amor del que hablan los poetas no existe, Sophie.

Ella permaneció en silencio unos instantes para poder recuperar el aliento. Había reconocido la cita de Romeo y Julieta que él acababa de usar, pero la belleza de aquellos versos no habían sido más que palabras vacías en sus labios.

—El hecho de que no hayas experimentado algo no significa que no exista —replicó.

La sonrisa socarrona que esbozó Percy se clavó como una espina en su corazón. No importaba cuánto llegase a amarlo, él jamás le correspondería. Si la soledad resultaba dolorosa en sí misma, lo era aún más cuando había alguien junto a quien deseabas estar y no podías. Una soledad llena de ausencia, donde cada recuerdo arañaba el alma, abriendo heridas profundas.

—Las relaciones entre los seres humanos —dijo él, arrancándola de sus pensamientos— no son sino meras transacciones comerciales basadas en la necesidad. Piensa en la nuestra, por ejemplo. Tú necesitabas mi compañía y yo el dinero. Es así de sencillo. Con el amor sucede lo mismo, quienes aceptan un compromiso matrimonial lo hacen buscando obtener un título o una posición social, asegurar el propio bienestar económico o escapar de una situación familiar desfavorable.

—Entonces ¿no crees que alguien pueda enamorarse de verdad?

—Solo los necios y los ingenuos se enamoran —repuso con desdén, si bien Sophie sintió, de algún modo, que eso iba dirigido a sí mismo—, pero luego la vida se encarga de abofetearlos con una dosis de realidad.

Ella se volvió para mirar la noche a través de la ventanilla del carruaje, le pareció más oscura y desolada que nunca, a pesar de la tenue luz de las farolas que alumbraban las calles.

—Si no crees en el amor, ¿en qué crees?

No era una pregunta dirigida a Percy, aun así, este respondió:

—Solo en mí mismo.

El silencio descendió sobre ellos como un manto helado. Sophie se estremeció y se arrebujó aún más en la capa. Había crecido en un ambiente lleno de amor y cariño. Sus padres se amaban profundamente, lo mismo que la amaban a ella, quizá por eso le costaba comprender a Percival. ¿Qué era la vida sin una mirada de afecto o una tierna caricia, sin que alguien pronunciase tu nombre como miel derretida en los labios o te abrazase como si todo su mundo fueses tú?

—¿En qué piensas? —preguntó él al cabo de un rato.

Había observado con atención cada emoción que había cruzado su rostro, y el velo de tristeza que cubría en ese momento su semblante le apretaba las entrañas. «Las palabras están llenas de falsedad o de arte; la mirada es el lenguaje del corazón», había dicho Shakespeare. La de Sophie, cuando se volvió hacia él, poseía una mezcla de dulzura y congoja, de dolorosa ternura hilvanada con resignación. Tal vez por eso provocó en su interior una violenta tormenta en la que batallaban la fe contra la incredulidad.

Ella sabía que aguardaba una respuesta, pero, mientras lo contemplaba, se dio cuenta de que la pose de relajación que mantenía era falsa. Emanaba de su cuerpo una poderosa tensión que parecía crepitar en el aire, como si fuera un volcán a punto de entrar en erupción. ¿Cómo podía decirle que sus pensamientos giraban en torno a lo triste que debía de ser una existencia sin

amor? No creía que esas palabras fuesen de su agrado; con toda seguridad, solo lo irritarían y terminarían por arruinar la noche. Además, estaba convencida de que todo el cinismo que desplegaba provenía de un corazón herido.

—Pensaba que, quizá, la única cura para el desamor sea el amor en sí mismo.

Percy no supo cómo responder a eso. Su mente pareció fragmentarse en mil pedazos y se vio incapaz de reunir unos cuantos para formar una sola frase coherente. Era como si Sophie hubiese golpeado con fuerza el recipiente en el que guardaba su deseo más profundo y este emergiera como el humo a través de las grietas. Lo que había ocultado siempre, su anhelo más hondo: ser amado incondicionalmente. ¿Podría ella convertirlo en una realidad?

La brusca sacudida del carruaje al detenerse lo devolvió a sus cabales y tomó una bocanada de aire que le quemó los pulmones. No se percató, hasta ese momento, de que se había olvidado de respirar. Pisoteó mentalmente las ilusiones que apenas habían florecido en su interior. Sophie era demasiado práctica y sensata como para enamorarse de alguien como él. Prefirió concentrarse en el momento presente, el futuro solo era un cúmulo de posibilidades inexistentes para quienes aún conservaban la capacidad de soñar. Y él la había perdido mucho tiempo atrás.

Levantó la tapa del asiento y extrajo algo del cajón interior que había quedado al descubierto.

—Será mejor que te pongas esto —le dijo, tendiéndole el objeto a Sophie.

Ella lo tomó, sorprendida, admirando la belleza de la máscara. De seda negra, con filigranas bordadas del mismo color, se extendía hacia la frente por el lado derecho en un diseño que asemejaba a una mariposa, cuyo cuerpo y alas poseían incrustaciones de pequeños diamantes que brillaban bajo la luz de las lámparas.

—Es preciosa —susurró.

—Déjame que te ayude —le pidió Percy, al tiempo que tomaba la máscara de sus manos. Cuando Sophie le dio la espalda, tuvo que

controlarse para no depositar un beso sobre su nuca desnuda—. Ya está.

Al volverse hacia él, el impacto de su mirada le cortó el aliento, excitando su deseo. Dejó escapar un gruñido de frustración y abrió la puerta del carruaje para descender.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella una vez que la ayudó a bajar. Miró a su alrededor, pero no reconoció el lugar.

—En Holborn —respondió. La condujo hacia una mansión que no parecía tener nada de especial. Llamó a la puerta y enseguida abrieron. El lacayo lo reconoció y le franqueó el paso tras saludarlo con una reverencia.

—Bienvenido, Su Gracia.

Entregaron las capas, el sombrero y el bastón a un sirviente que aguardaba en el vestíbulo y siguieron a otro, que los acompañó por un largo pasillo.

—¿Estás seguro de que este es el lugar? —susurró Sophie. El silencio que reinaba en el lugar la ponía nerviosa.

Finalmente, el criado se detuvo frente a una puerta doble y la abrió para ellos. Se encontró, entonces, en la galería de un piso superior, que tenía un barandal de hierro labrado y en cuyos extremos había sendas escaleras que descendían hasta el amplio espacio inferior, abarrotado de personas en ese momento. El sonido de las risas y las conversaciones inundó de inmediato sus oídos y contuvo el aliento cuando su mirada se llenó del brillo que desprendían las impresionantes lámparas de araña que colgaban del techo y de los destellos de las joyas que lucían las damas presentes; de los colores de las sedas de los cortinajes y de los tapizados de los muebles.

Percy sonrió al ver la fascinación que asomó a sus ojos mientras contemplaba el lugar.

—Bienvenida al *Temptation*, Sophie.




CAPÍTULO 29

Al contrario de lo que había imaginado, el club no tenía un aspecto decadente, sino más bien de discreta elegancia. Las luces de los candelabros de cristal que iluminaban el enorme salón titilaban suavemente, proyectando sombras danzantes sobre las paredes tapizadas de un verde musgo profundo. El aire estaba impregnado de un delicado aroma a tabaco y la fragancia de un incienso sutil que parecía envolver a los asistentes en un abrazo cálido y acogedor.

En una de las paredes laterales había una chimenea en la que crepitaba un fuego vivaz. Las llamas se reflejaban sobre el pulido suelo de mármol. Diversas mesas de juego se situaban en el amplio espacio de lo que debió de ser, tiempo atrás, un gran salón de baile. Podía distinguir el sonido de los dados por encima de los murmullos de las conversaciones y de los ocasionales gritos que se alzaban cuando alguien ganaba o perdía. Las risas y el canto de las apuestas creaban una sinfonía inquietante, un eco de la vida que vibraba en cada rincón de aquel lugar.

Unas cuantas mujeres jóvenes, de belleza etérea y con vestidos de encaje blanco que no dejaban mucho a la imaginación, se paseaban por las mesas y entre los caballeros que conversaban en grupos, con bandejas de bebidas. La sutileza de sus gestos y la gracia con la que se movían por el salón revelaban una confianza que atraía las

miradas de todos los presentes. Sophie se sonrojó cuando vio que un hombre colocaba una moneda en el valle que formaban los generosos senos de una de ellas.

Desvió la mirada, un tanto avergonzada, y descubrió, en el fondo del local, una barra bien surtida que ofrecía gran variedad de licores. Una melodía suave, tocada por un pianista medio oculto en un rincón, envolvía la escena, tejiendo un hilo sonoro que acentuaba la atmósfera de sofisticación del club.

—¿No juegan a las cartas? —le preguntó a Percy, extrañada. No había fiesta en la que hubiera participado donde los caballeros y las damas no se entretuvieran jugando al *whist*.

—Hay algunas mesas que utilizan los naipes como apuestas, pero si deseas participar en un juego más serio, entonces debes ir a una de las salas —respondió, señalando hacia las puertas que había en el lado derecho del salón.

—¿Y esas otras? ¿También son habitaciones para jugar a las cartas?

Percival dirigió la mirada hacia el lado izquierdo y sus labios se curvaron en una provocativa sonrisa mientras se inclinaba hacia su oído.

—Lo que se hace ahí dentro… son otro tipo de juegos más placenteros —le susurró.

Una oleada de calor le trepó por el cuello hasta las mejillas y se enroscó en su vientre. Aún podía notar el cosquilleo que su aliento le había provocado en la oreja.

—No necesito ese tipo de información —lo reprendió, dirigiéndole una mirada severa.

Percy se encogió de hombros.

—Tú preguntaste, y yo me limité a satisfacer tu curiosidad. Además, ¿no se supone que esta noche eres una dama atrevida? —añadió, al tiempo que le ofrecía el brazo para descender las escaleras.

Sophie percibió cómo se incrementaban los cuchicheos a medida que las personas allí reunidas reparaban en ellos y comenzó a

ponerse nerviosa. La mano del duque cubrió la que ella mantenía en su brazo y le apretó los dedos con ligereza. Aquel sencillo gesto la tranquilizó. Se dio cuenta, en ese momento, de que nadie en ese salón sabía quién era ella. Su rostro iba cubierto con una máscara, lo mismo que los de las otras damas, y, por algún motivo, eso le infundió cierta seguridad, como si permanecer oculta la pudiera convertir en una mujer distinta. Más atrevida, como había dicho él. Más libre.

—Divirtámonos —le dijo, volviéndose hacia Percy con una sonrisa traviesa.

Aquella sutil curva en sus labios transformó el semblante femenino y Percival sintió como si el mismísimo «Gentleman» Jackson, a cuyo club de boxeo solía acudir con frecuencia, acabase de golpearlo en el estómago. «Debe de ser por la máscara», se dijo. No encontró otra explicación para el hecho de que, solo por aquella sonrisa, su corazón hubiese ejecutado una cabriola en el interior del pecho y estuviese latiendo de la misma forma en que lo haría si hubiese emprendido una carrera por las calles de Londres y lo hubiese privado del aliento.

—¿Percy?

—¡Hum! Sí, claro —respondió algo desorientado, como quien había perdido el rumbo y no sabía bien dónde se hallaba. Sacudió la cabeza, maldiciendo en su interior, mientras intentaba recuperar el sentido—. Primero tenemos que conseguir algunas fichas. Es una regla del club, no se puede apostar con dinero de verdad —le explicó al ver la expresión de desconcierto en su semblante.

Sophie no había reparado en ello, pero justo bajo las escaleras había una especie de garita con una ventanilla en la que un empleado, uniformado con camisa y corbata blancas y un chaleco adamascado de color burdeos, atendía a los caballeros. Percy le entregó unas cuantas monedas y recibió a cambio unas fichas blancas y negras, como las que solían emplearse en el juego de las damas.

—¿Por qué hay dos colores?

—Las blancas valen una corona y las negras, media. Bien, ¿por dónde quieres empezar?

Sophie paseó la mirada por las mesas. Lo cierto era que no conocía ninguno de los juegos, así que le daba lo mismo cuál escogieran. Sin embargo, se fijó en que había bastante animación en una en la que se jugaba con dados y, además, había presentes dos damas.

—Por aquel —le indicó.

Se dirigió hacia allí, salvando la distancia que los separaba de la mesa, sin embargo, resultaba complicado avanzar entre los numerosos asistentes. Un caballero estuvo a punto de arrollarla cuando pasó a toda prisa por su lado para dirigirse a la garita en busca de nuevas fichas, Percy la salvó tomándola por el talle y acercándola a su costado. El toque de su mano en la cintura, aun por encima de la ligera muselina del vestido, provocó que le ardiera la piel en ese punto. El calor se extendió por su cuerpo como si tuviera fiebre.

—¿Te encuentras bien? —Quiso saber una vez que se encontraron cerca de la mesa.

Ella se liberó con delicadeza del agarre. El corazón le latía con tanta fuerza que eclipsaba el ruido de las conversaciones a su alrededor. Se preguntó si él sería capaz de escucharlo.

—Me parece que te estás tomando demasiadas libertades esta noche —declaró con tono seco.

Si él continuaba tocándola de aquella manera, tarde o temprano sus sentimientos aflorarían, y si Percy se daba cuenta de que estaba enamorada de él… El pensamiento se dispersó cuando la tomó de la barbilla y le alzó la cabeza, acercando el rostro al de ella.

—Esta noche yo no soy el duque y tú no eres la práctica señorita Frampton, somos solo un hombre y una mujer como cualquiera de los que se encuentran aquí. —La soltó despacio, deslizando con lentitud las yemas de los dedos por su cuello y su hombro. El suave jadeo que escapó entre los labios femeninos le provocó una fulgurante reacción en la entrepierna—. Juguemos, Sophie.

El matiz sensual de la invitación sacudió cada fibra nerviosa de su cuerpo y desencadenó en su interior una necesidad ardiente que se le acumuló en el vientre. Volvió la cabeza para que él no pudiera descubrir lo que reflejaban sus ojos, entonces, se fijó en las otras damas que había en la mesa. Flirteaban con sus acompañantes de forma desinhibida, al amparo de las máscaras que ocultaban sus rostros. Uno de los caballeros depositó un beso en el hombro desnudo de una de ellas y Sophie se estremeció, como si hubieran sido los labios ardientes del duque los que se hubieran posado sobre su propia piel. ¿Era eso lo que deseaba? Colocó la palma de la mano contra el estómago y tomó una brusca inhalación de aire al percatarse de que deseaba deslizarla más abajo, allí donde sentía una acuciante necesidad.

—¿Cuáles son las reglas? —Odió que su voz sonara estrangulada. Los ojos de Percy brillaron con picardía y ella se apresuró a añadir—: Me refiero al juego de dados.

—Qué lástima. Quizá para la próxima vez.

—No habrá una próxima vez —replicó tajante. Lo vio sonreír y le pareció que murmuraba un «ya lo veremos».

—Este juego se llama *craps*. Un jugador arroja los dados sobre la mesa y apuesta sobre el resultado de la tirada. Los demás participantes también pueden realizar apuestas. Si saca un siete o un once, gana; si saca un dos, un tres o un doce pierde. Con cualquier otro número, tiene que volver a tirar. Ese es básicamente el funcionamiento. ¿A qué resultado quieres apostar?

Sophie realizó un cálculo rápido de probabilidades y eligió un número. El crupier cerró las apuestas y el jugador lanzó los dados. Perdió la primera ronda, lo que hizo que se tomase como un desafío personal el recuperar el dinero.

El tiempo voló mientras probaba los distintos juegos que ofrecía el club.

—Esto es demasiado adictivo —comentó, frunciendo el ceño. Se sentía acalorada, y una especie de burbujeo efervescente le recorría las venas.

Percy alcanzó una de las copas de la bandeja que portaba una de las muchachas del local y se la ofreció a Sophie, que la aceptó agradecida.

—Me alegro de que te haya gustado la experiencia.

—Yo no he dicho que… —Al ver que él alzaba una ceja burlona, capituló—. Está bien, admito que me he divertido.

—Percival…

Se giró hacia la voz y una sonrisa sincera asomó a sus labios al ver a los dos hombres que se aproximaban.

—David. —Le tendió una mano que el otro estrechó con cordialidad. Luego saludó a su acompañante—. Señor Peyton.

—Es un placer volver a verlo por aquí y en tan agradable compañía.

—Permítanme presentarlos. Lord David Marston, Rhys Peyton —dijo, señalando respectivamente al más joven y luego al otro—, la señorita Sophie.

—Es un placer. —Les dirigió una discreta reverencia.

—El señor Peyton es el dueño del *Temptation* —explicó Percival.

—En realidad, fue lord Robert Marston, su padre —intervino este, señalando a David— quien lo mandó construir. Mi socio y yo se lo compramos muchos años después, cuando ganamos el dinero suficiente para pagarlo, trabajando en el club.

Sophie pensó que había una historia más profunda tras aquellas palabras. El señor Peyton tenía alrededor de cincuenta años y, a pesar del elegante traje que lucía, se notaba que no se sentía cómodo en ese entorno. Lord Marston, en cambio, debía de rondar la edad de Percy y se desenvolvía bien. En su rostro, coronado por una abundante mata de cabello pelirrojo, destacaban unos preciosos ojos aguamarina, llenos de curiosidad e inteligencia.

—David, hacía mucho tiempo que no te veía. ¿Dónde te has metido? —preguntó Percival.

—En el campo. Más concretamente, en la mina de Killingworth probando una locomotora construida por George Stephenson.

—¿Aún sigues haciendo explotar cosas con tus experimentos?

Él soltó una carcajada.

—Mis padres han renunciado a tratar de enderezarnos a Julie y a mí. Por cierto, seguro que a ella le encantaría verte. ¿Por qué no vienes a casa?

—La última vez que tuve el placer de ver a tu hermana terminé con la cara tintada de verde —recordó con una mueca de disgusto.

La sonrisa de David se amplió.

—Mis padres ofrecerán una recepción dentro de dos semanas. Te aseguro que no correrás ningún peligro. Por supuesto, la invitación también la incluye a usted, señorita Sophie.

—Gracias, lord Marston…

—Será una fiesta de disfraces —añadió este al ver que ella dudaba —. Sin duda, se divertirá.

Percy asintió por los dos.

—Gracias por la invitación, allí estaremos.

Solo después de despedirse de ellos, Sophie se percató de lo cansada que estaba.

—Creo que deberíamos marcharnos ya —le dijo al duque.

Él consultó el reloj de bolsillo y asintió. Si no llegaban a tiempo para la cena en Blackthorn House, Portia sería capaz de cortarlo en pedacitos y echárselos de comida a los peces del Serpentine.

—Iré a cambiar las fichas.

Ella lo contempló mientras se alejaba. Por un instante, su mirada tropezó con un rostro conocido, aunque enseguida lo perdió de vista. Lo buscó entre los presentes, pero ya no encontró a Edward.



Lavinia observó tras la máscara cómo Percival se dirigía a la garita de las fichas. Ni siquiera prestó atención cuando el vizconde se colocó a su lado.

—Esa zorra… —masculló con rabia, dirigiendo la mirada hacia Sophie.

Se había puesto furiosa cuando llegaron juntos al club y, después de ver cómo el duque intentaba seducir a la joven, los celos le habían retorcido las entrañas hasta el punto de desear matarlo. Lo único bueno de esa noche había sido descubrir que Edward la conocía y que le había dicho que se trataba de una provinciana.

—Les he oído decir que asistirán a la fiesta de disfraces que organizan lord y lady Marston.

Una sonrisa maliciosa curvó los labios femeninos.

—El duque tiene algo que tú quieres y tu Sophie tiene algo que quiero yo, así que es hora de que cada uno recuperemos lo que es nuestro —declaró—. Y esa fiesta puede ser un buen momento para hacerlo.

—¿Cómo vas a conseguir las invitaciones?

Lavinia apartó la vista de las escaleras, por donde subían ya Percival y la joven para abandonar el club, y buscó entre la gente a lord Marston, que iba acompañado del dueño del *Temptation*.

—Vamos, Edward, es hora de saludar a nuestro anfitrión.




CAPÍTULO 30

Junio de 1814

Sophie contempló su imagen completa en el espejo y un estremecimiento le recorrió la piel. Desde luego, si no fuese porque podía ver el reflejo de su propio rostro, habría creído que se trataba de otra persona. Sabía que la máscara ocultaría sus facciones y que nadie podría adivinar quién se escondía bajo el disfraz, aun así le resultaba en extremo incómodo.

—¿No crees que es…?

—Te ves preciosa —la interrumpió Portia, mientras terminaba de ajustarle el cinturón, hecho de pequeñas monedas doradas—. Además, nadie te va a reconocer, así que no debes preocuparte por nada.

—Sí, pero ¿no es…?

—Puedo asegurarte que no lo es.

—Ni siquiera sabes lo que iba a decir —protestó Sophie. La seda acariciaba su piel desnuda con tal suavidad que le causaba turbación.

—Por supuesto que lo sé —la contradijo, separándose de ella y observándola con atención. Finalmente, asintió satisfecha—. Ibas a

decirme que es demasiado inmoral, pero ¿quiénes somos nosotras para juzgar la manera en que visten las mujeres en otros países?

—No estoy juz… —Se detuvo al ver cómo ella alzaba una ceja arrogante—. De todas formas, dudo que alguna mujer, en cualquier parte del mundo, pueda vestir con… con tan poca ropa. Es… indecente.

—¡Oh! Claro que lo hacen. Ese traje es auténtico. Mis padres me lo trajeron de un viaje que hicieron a Oriente. Por suerte, tú y yo tenemos las mismas medidas.

Tras saber que habían sido invitados al baile que organizaba lord Marston, Portia se había ofrecido a prestarle uno de los variados disfraces que poseía para que no tuviera que hacerse con uno propio o alquilarlo. Le había pedido que se acercara a su casa el mismo día de la fiesta para ayudarla a vestirse. Percy pasaría luego por allí para recogerlas en el carruaje y acompañarlas.

Se había presentado en la mansión de los Alcock a la hora del té. Después de disfrutar de una agradable charla en mutua compañía, por fin habían subido al dormitorio de Portia para elegir un disfraz. Sophie creyó que sería una cuestión sencilla. No podía imaginar la variedad de trajes que la joven guardaba en un rincón del vestidor, ni que la decisión se tornaría tan difícil. Los primeros disfraces que escogió —uno de pastora y otro de la reina Isabel— no se ajustaban a sus medidas y apenas podía respirar a causa de la opresión en los pechos. Portia desechó un traje tras otro, a pesar de sus protestas, hasta que dio con el que llevaba puesto en ese momento.

No podía negar que era una fantasía, pero mostraba demasiada piel. Volvió a mirarse en el espejo. Los holgados pantalones de seda verde caían desde las caderas y se ajustaban por encima de los tobillos con una cinta dorada. En la parte superior llevaba un corpiño de seda verde, bordado con hilos de oro, que apenas le cubría los senos y que le dejaba el estómago al aire. Unas sencillas tiras de tela le rodeaban los brazos y, de ellas, salían las largas mangas de tul que se cerraban sobre las muñecas. Como adornos llevaba el cinturón de monedas y un brazalete de oro en un antebrazo, además

de unos largos pendientes de esmeraldas y un collar a juego. Se preguntó qué pensaría Percy cuando la viera. Sintió un ligero aleteo en el estómago y le dio la espalda a su reflejo.

—Es demasiado… —comentó, llevándose una mano al pecho, donde el corazón latía agitado.

—¿Quieres cambiarlo por el mío? —inquirió Portia, saliendo en ese momento del vestidor. Lucía una sonrisa desafiante, casi tanto como el traje que vestía.

—¡No te atreverás a salir así!

Ella se echó a reír, con las manos apoyadas en las caderas, y Sophie no pudo evitar pensar que se veía muy cómoda en su papel de pirata, aunque los ajustados pantalones que delineaban cada curva de sus piernas y caderas resultaban escandalosos.

—Claro que sí, nadie va a saber que soy yo. Ven. —Se acercó a ella y la tomó de las manos. La condujo hasta la banqueta del tocador y le pidió que se sentara—. Cierra los ojos y no los abras hasta que yo te diga.

A pesar del nerviosismo, Sophie hizo lo que le pidió. Notó cómo le deshacía el recogido, para que la larga melena cayese sobre su espalda, y cómo la cepillaba con suaves pasadas. Aquello la relajó de tal manera que casi se quedó dormida, al menos, hasta que Portia la cogió de la barbilla y pareció dibujar algo alrededor de sus ojos. Luego le prendió algo en el cabello y le colocó una máscara.

—Ya puedes mirar —la escuchó decir.

Abrió los ojos y el espejo del tocador le devolvió la imagen de una bella desconocida. Un velo transparente de gasa le cubría la cabeza. El cabello, entrelazado con pequeñas esmeraldas, caía en una larga trenza sobre su hombro. Pero fueron sus ojos, tras la máscara de seda verde y filigranas de oro, lo que más le llamó la atención. Bordeados por unas líneas negras, se veían más grandes y misteriosos; hasta su tonalidad había cambiado, luciendo casi dorados.

—No parezco yo —susurró, admirada, llevándose la mano a la mejilla para asegurarse de que sí lo era—. ¿Con qué has hecho esas

líneas?

Portia le mostró una barrita negra.

—Se llama kohl y lo utilizaban las mujeres en el antiguo Egipto para embellecer la mirada, pero también para proteger los ojos de la fuerte luz del sol. Y como amuleto contra el mal de ojo —le explicó —. No sé si esto último será cierto o no, aunque el resultado es maravilloso. Bien, solo quedan un par de detalles y estarás lista.

—¿Qué más necesito?

—Calzado —respondió Portia, desapareciendo de nuevo en el vestidor—. Desde luego te verías mucho más original si caminases descalza, aunque imagino que…

—Ni hablar.

—Ya lo suponía. —Salió del vestidor portando en la mano un par de sandalias doradas que le entregó—. Se atan al tobillo.

Las largas tiras terminaban en unas pequeñas campanillas, de tal forma que emitían un sonido suave y melodioso con cada paso que daba.

—Imagino que esto es todo.

El destello que apareció en la profunda mirada de Portia le provocó un estremecimiento.

—Falta una sola cosa. —Abrió la mano y le mostró una pequeña esmeralda. Al ver la confusión en su rostro, agregó—: Es para el ombligo.

Cuando terminó de adherirla con miel, Sophie sentía el calor incandescente que desprendía su rostro. Tenía la sensación de que su alma se había introducido en otro cuerpo que no era el suyo. De ninguna manera habría aceptado esa extravagancia si Portia, al explicarle dónde iba colocada, no hubiese añadido una única frase que doblegó su voluntad: «A Percy le fascinará».

Sonaron unos golpes en la puerta del dormitorio y la joven dio su permiso para entrar.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la doncella, deteniéndose en mitad de la habitación con los ojos abiertos de par en par—. Se ven

maravillosas, hasta parecen reales. Seguro que causan sensación en la fiesta.

—Gracias, Maggie. —Le sonrió Portia, agradecida, al tiempo que ajustaba el cinto con la espada sobre sus caderas—. ¿Qué es lo que querías?

La muchacha sacudió la cabeza para salir del trance en el que parecía haberse sumergido.

—Casi lo olvido, milady —se disculpó—. Venía a avisarle de que lord Rokewood ha llegado ya. Las está aguardando en el vestíbulo.

—Muchas gracias, Maggie. Dile que ahora mismo bajamos.

La doncella asintió, se despidió con una reverencia y abandonó la estancia. Portia se volvió hacia el espejo y frunció el ceño.

—Es una pena que tengamos que usar la máscara. Me habría gustado poder ponerme un parche en el ojo, así iría a juego con lord Blackthorn.

—¿Crees que acudirá a la fiesta? —se interesó Sophie.

Se sentía un poco culpable por haberse marchado de su casa durante el baile, sobre todo, porque albergaba la sensación de que a él le había disgustado su comportamiento. No había vuelto a verlo desde entonces, pero tenía la intención de disculparse con él.

—Más le vale, porque quiero que me reserve un baile. Me divertí mucho la última vez que bailamos juntos. —Se giró hacia Sophie y le guiñó un ojo—. Si no vuelve a encerrarse otra vez en sí mismo, lo más probable es que asista. ¡Hum! Tal vez deberíamos pasar por su casa y asegurarnos de ello.

—¿Te interesa lord Blackthorn? —No supo por qué había hecho esa pregunta, pero al ver cómo Portia desviaba la mirada, deseó aún más conocer la respuesta.

—Soy un alma filantrópica —respondió, toqueteando el pañuelo rojo que llevaba anudado a la cintura—, me interesan las causas perdidas.

—Ya veo. Y supongo que nada tiene que ver con que sea un caballero atractivo.

Una chispa brilló en el azul de sus ojos. Cuando se apagó, sus labios se distendieron en una sonrisa burlona.

—No mucho más que Percy, ¿no crees? Mi primo tiene un encanto seductor.

—Si tú lo dices —respondió con tono indiferente, aunque no pudo evitar que el rubor asomase a sus mejillas.

—Creo que Darius sería la noche y Percival el día —añadió Portia, dándose golpecitos con el dedo sobre la barbilla—. Atractivos, misteriosos…

—Pagados de sí mismos, irritantes…

—Demasiado perfectos.

—Absolutamente inadecuados —completó Sophie.

Ambas se miraron y se echaron a reír al mismo tiempo.

—¿Ves? Por eso no debemos enamorarnos de ellos —añadió Portia tras unos instantes, al tiempo que enlazaba el brazo de Sophie y se dirigía hacia la puerta con ella. «Demasiado tarde», pensó esta, sintiendo una punzada en el corazón—. Percy debe de estar molesto por nuestra tardanza, será mejor que bajemos ya. Además, estoy deseando ver su reacción cuando aparezcamos en lo alto de la escalera.

Aquel recordatorio provocó que los latidos de Sophie se aceleraran y una espiral de nerviosismo se le enroscase en el estómago. ¿Cómo la miraría? Se sintió vulnerable y tuvo ganas de echar a correr de nuevo hacia el dormitorio.

—Yo no sé…

Portia detuvo sus pasos y se posicionó frente a ella.

—Claro que puedes hacerlo —le aseguró, como si le hubiese leído el pensamiento, mientras le cubría la parte inferior del rostro con el velo—. Solo tienes que imaginar que no eres tú, sino una de las seductoras concubinas de un harem.

Sophie resopló y el velo se agitó levemente.

—Nunca he estado en un harem, ¿cómo se supone que voy a saber cómo se comportan?

—¡Hum! Piensa en cómo actuarías si quisieras seducir a un caballero y no existieran reglas que te impidieran hacer lo que deseas. Creo que así es como viven las concubinas, o eso leí en alguna parte. —Agitó la mano, restando importancia al asunto, y volvió a tirar de ella para que avanzara por el pasillo.

Cuando llegaron al rellano, la detuvo de nuevo y se asomó con discreción al vestíbulo. Vio a Percy, disfrazado de caballero español, paseándose inquieto de un lado a otro. Sonrió para sí. «Prepárate, mi querido primo, porque esta noche vas a perder tu corazón», pensó, satisfecha consigo misma. Había valido la pena ocultar los vestidos más discretos y pedirle a su doncella que diese algunas puntadas para estrechar el corpiño de otros, de manera que Sophie no pudiera usarlos.

Le hizo un gesto a esta para que avanzara. El ligero tintineo de las campanillas de sus tobillos inundó el silencioso vestíbulo.




CAPÍTULO 31

Percy consultó de nuevo el reloj de bolsillo, exasperado por la tardanza femenina. Nunca comprendería por qué las mujeres parecían perder la noción del tiempo cuando tenían que vestirse para asistir a algún evento. Sin embargo, si era sincero consigo mismo, no le preocupaba llegar tarde a la fiesta de lord Marston; su nerviosismo provenía de la expectación que sentía aguardando la aparición de Sophie.

Se preguntó si se habría disfrazado de pastora o de sirvienta, o tal vez de gitana o de emperatriz romana, aunque lo más probable era que hubiese escogido uno de los elegantes dominós que poseía Portia, y que la cubriría de la cabeza a los pies. Un bufido de fastidio escapó de sus labios al pensar en ello. Quizá era mejor así, ya que el anonimato que otorgaba el disfraz, unido a la abundante bebida que se ofrecía en esas ocasiones, solían provocar algunos comportamientos inadecuados en ciertos caballeros —y también en algunas damas—, que podrían sorprender e incomodar a la recta e intachable señorita Frampton.

El sutil sonido de unas alegres campanillas lo hizo detenerse, sorprendido, y se giró hacia la gran escalinata de mármol que ascendía hacia el piso donde se ubicaban los dormitorios. La visión que se presentó ante sus ojos fue como un derechazo directo a la

mandíbula. El contundente golpe lo privó del habla y del oxígeno necesario para respirar. Su mirada recorrió con lentitud la figura de Sophie, mientras se acercaba, y tragó saliva.

—¿Qué opinas, Percy? ¿Acaso no nos vemos fascinantes?

—Eh…

«¡Maldición!». Él ni siquiera podía apartar la mirada de Sophie para averiguar de qué se había disfrazado su prima, y la entrepierna le había drenado toda la sangre del cerebro, impidiéndole pensar con coherencia. Todo lo que podía hacer era deleitarse con aquella piel satinada expuesta ante sus ojos: los torneados hombros, las cumbres nacaradas de los senos que parecían derramarse del corpiño, la sinuosa curva de la cintura y las caderas y el vientre plano con… «¡Dios bendito! ¿Lleva una esmeralda en el ombligo?». Pensar en arrancársela con la lengua le provocó una inoportuna erección.

—Querido primo —comentó Portia con tono risueño—, si no cierras la boca se te va a quedar cara de bobo.

Él asintió, como si lo que había dicho fuese lo más razonable del mundo, pero su mirada se clavó en la sonrisa insinuante que se adivinaba bajo el velo que cubría el rostro de Sophie. Y sus ojos. Sus ojos parecían más grandes y de un tono dorado. Resultaban hechizantes.

—¿Percy?

Solo cuando Sophie pronunció su nombre se percató de que, de forma inconsciente, se había acercado a ella. Tan cerca que podía sentir el perfume de jazmín que emanaba de su cuerpo; tan cerca que podía extender los brazos y abarcar con las manos la estrecha cintura, atraerla hacia sí y besar sus labios para apagar el ardiente deseo que le quemaba las entrañas. Dio un paso atrás y carraspeó.

—Me preguntaba de dónde procedía el sonido de esas campanillas —comentó con la voz enronquecida.

—De mis pies.

—Tus pies —repitió él, como un tonto, mientras hacía descender la mirada por los pantalones de seda, que se amoldaron a su torneado

muslo cuando alzó ligeramente la pierna, apoyándose sobre la punta del pie.

Vio las sandalias doradas y las campanillas alrededor del tobillo, que tintinearon con el movimiento, y se tragó un gemido cuando un nuevo espasmo le sacudió la entrepierna. ¿Cómo podía ser que lo excitase tanto incluso la visión de sus pies?

—Como no nos vayamos, llegaremos tarde a la fiesta —intervino Portia.

Percy la miró, confundido.

—¿Qué fiesta?

—¿Acaso te has dado un golpe en la cabeza? —se burló ella, ocultando una sonrisa de satisfacción al ver el estado de aturdimiento en el que se encontraba.

«Más que un golpe en la cabeza, ha sido un golpe bajo», se dijo, haciendo gala de un humor ácido, dada la forma en que había reaccionado su virilidad. Sacudió la cabeza para intentar ordenar los pensamientos.

—Claro, la fiesta. Si estáis listas, nos vamos.

—Aún no nos has dicho qué te parecen nuestros disfraces —comentó Portia, frunciendo los labios en un mohín infantil, al tiempo que dirigía una indicación a las doncellas para que les entregasen las capas.

Percy se apretó el puente de la nariz y tomó una honda respiración antes de volver a posar la mirada sobre ellas. Sus ojos pasaron con rapidez de su prima a Sophie, donde se demoraron de nuevo en cada suave curva de su figura. El corazón le retumbaba con fuerza en el pecho. Cuando vio que una doncella se acercaba con una capa en la mano, se la arrebató y él mismo la colocó sobre los hombros de Sophie. Cuanto antes dejase de ver toda aquella piel…

—Ten cuidado con el velo —le advirtió ella—. Espera, ya lo sujeto yo.

Mantuvo la prenda en el aire para que ella pudiera liberar el tul y notó cómo unas gotas de sudor se deslizaron por su espalda.

«¡Maldición! ¡Por todos los demonios!». Al alzar los brazos hacia la nuca para separar el velo de la espalda y dejarlo caer por encima de la capa, también se elevaron sus senos. La pose resultaba muy sensual, como si estuviera bailando para él —y solo para él—, ofreciéndole la belleza de su cuerpo, y las manos comenzaron a temblarle. Lo único que deseaba en aquel momento era sostener aquellos frutos maduros, apartar el dichoso corpiño que los cubría y besarlos, mordisquearlos y lamerlos hasta que los gemidos de placer de ella llenasen cada rincón del vestíbulo.

Dejó escapar un gruñido de frustración y, con un brusco tirón, le cubrió los hombros y cerró la capa sobre su cuerpo, como si estuviese sellando un mausoleo. Luego emitió un resoplido y les dio la espalda.

—Vámonos.

Portia miró a Sophie y le guiñó un ojo con descaro. Ella se esforzó por sonreírle, aunque su cuerpo temblaba, sacudido por una miríada de emociones. Le costaba respirar y la sensibilidad de la piel se había acrecentado, como si se mantuviera a la espera de que él la rozase. Imaginó las yemas de sus dedos deslizándose por su cuello, descendiendo por el valle entre sus senos hasta el vientre desnudo y bajando más allá, hasta ese lugar prohibido que sentía inflamado y latente, aguardando una mano que lo despertase para experimentar nuevas sensaciones. El roce de la costura del pantalón casi le arrancó un gemido y se mordió el labio inferior para no dejarlo escapar.

Clavó la mirada en la espalda de Percival. Una media capa colgaba de su hombro izquierdo, pero no le impedía ver la anchura de su espalda, cubierta por una camisa blanca bajo un chaleco negro, y el firme trasero que envolvían los ajustados pantalones negros. Un suspiro se ahogó en sus labios. Sentía que estaba jugando con fuego, aunque quizá se debía al disfraz que la hacía ser más atrevida. Había visto en sus ojos un hambre voraz, un deseo crudo y descarnado. Nadie la había mirado nunca así. Y si aquella era la única oportunidad de probar el placer del que Percy le había

hablado, ¿por qué no aprovecharla? Lo amaba lo suficiente para entregarse sin condiciones, y él la deseaba a ella, a la práctica y eficiente señorita Frampton.

Una brisa fresca se coló bajo la capa y le acarició la piel enfebrecida cuando abandonaron la casa. Tomó una profunda respiración, al tiempo que se asentaba en su alma una decisión. Si tenía que vivir los días que le quedaban como una solterona, no dejaría que los sentimientos que habían crecido en su interior se marchitasen; al menos, se permitiría amar a Percy con todo su corazón una sola vez.

Él acababa de ofrecerle la mano a Portia para ayudarla a subir al carruaje. Cuando se acercó, apoyó la palma sobre la de él y volvió la cabeza para mirarlo. Sus ojos se encontraron y notó cómo la mano de Percy se cerraba sobre la suya con suavidad, como si no desease dejarla escapar, y su pulgar comenzó a trazar lentos círculos sobre su piel.

—Eres como una bella hechicera, sensual y exótica —susurró él, inclinándose hacia su oído.

Sophie se estremeció. Sabía que no era bella, ni mucho menos exótica, pero esa noche quiso creer en sus palabras. Apoyó un pie en la escalerilla para acceder al interior del carruaje, aunque se detuvo a medio camino y acercó el rostro al de él, hasta que sus labios quedaron separados tan solo por la distancia de un suspiro.

—Entonces, espero que esta noche me permitas seducirte, noble caballero.

El exabrupto que escuchó a su espalda, cuando finalmente entró en el coche, la hizo sonreír, a pesar de que le temblaba el cuerpo y el corazón parecía a punto de salírsele del pecho. Cuando Percy la siguió, fue incapaz de mirarlo a los ojos, aunque sintió los suyos clavados sobre ella durante todo el camino.

Mientras veía pasar la luz de las farolas, como silenciosas luciérnagas iluminando las calles londinenses, no pudo dejar de pensar en lo que deseaba que sucediera esa noche. Parecía mágica, tal vez, porque con aquel disfraz tenía la sensación de haberse

sumergido en uno de los cuentos de Las Mil y una noches. Nunca había pensado en ello, pero, ciertamente, la ropa con la que se vestía una mujer podía llegar a cambiarla. Al día siguiente, cuando volviese a sus recatados vestidos de señorita inglesa, el hechizo de esa noche se acabaría y ya no sería capaz de buscar ese amor y esa pasión que tanto anhelaba probar.

A pesar de todo, no podía olvidar que lord David le había dicho a Percy que su hermana estaría encantada de volver a verlo. ¿Había existido alguna relación íntima entre ellos?

—Háblame de lord Marston. —Se atrevió a pedirle, rompiendo el denso silencio que se había instaurado en el interior del carruaje, pues ni siquiera Portia había pronunciado una sola palabra desde que se subieron.

—Fue compañero de Darius y mío en Eton —comentó Percy tras exhalar un suspiro—. Su padre, lord Robert Marston, es hermano del duque de Westmount, lord James Marston. Son una familia particular. Siempre han animado a sus hijos a hacer lo que les apasiona, por eso, David y Julie, su hermana melliza, se han dedicado al estudio de la Química.

—¿Ella también? —inquirió, sorprendida.

—Bueno, está felizmente casada y tiene dos hijos, por lo que ya no realiza experimentos, aunque creo que escribe artículos para revistas científicas. —Su gesto mudó a uno de incomprensión y sacudió la cabeza.

Sophie no tuvo tiempo de experimentar alivio a causa de sus palabras, pues en aquel momento el carruaje se detuvo frente a una gran mansión en Mayfair, cuya fachada estaba iluminada con profusión de farolillos. Hasta sus oídos llegó el sonido alegre de las risas y el murmullo de las conversaciones. Las notas de una suave melodía fluían desde el interior.

Vio que Portia se colocaba la máscara y ella hizo lo mismo con la suya. Cuando se apoyó en el brazo del lacayo para descender, pensó que el mundo se veía distinto a través de aquellas dos ranuras. Portia y Percival —que casi había saltado del coche cuando este se

detuvo— la aguardaban fuera. Con las máscaras negras, los ojos azules de ambos fulguraban como brillantes zafiros, pero en los de él había un sutil desafío y un sinfín de promesas que provocaron que cientos de mariposas le aletearan en el estómago.

Aceptó el brazo que él le tendió y se encaminaron hacia la mansión. En cuanto atravesara el umbral, comenzaría aquella noche mágica, tal vez inolvidable, si se permitía seguir a su corazón.




CAPÍTULO 32

El ambiente en el vestíbulo de la mansión de los Marston resultaba sofocante debido a la cantidad de personas reunidas allí para dejar sus pertenencias en manos de los sirvientes, quienes, además, controlaban que cada uno de los presentes portase consigo la invitación. A pesar de ello, lo prefería al del interior del carruaje. Estar encerrado en aquella cabina, teniendo cerca a la mujer que deseaba y aspirando el aroma que emanaba de su cuerpo, había sido como llevar una corbata demasiado apretada, al punto de estrangularlo.

Había recreado una y otra vez en su mente la visión de la figura de Sophie, oculta bajo aquella tela, y había tenido que emplear toda su fuerza de voluntad para controlar el deseo que sentía por ella. Estaba convencido de que, a partir de ese momento, no sería capaz de volver a escuchar el tintineo de unas campanillas sin que le sobreviniera una erección.

—¿No es aquel lord Blackthorn? —comentó Portia mientras aguardaban en la fila para ser atendidos.

Sophie echó un vistazo alrededor. Todo el mundo iba disfrazado. Había deshollinadores, senadores romanos, bajás otomanos, caballeros españoles, clérigos, demonios, ancianas, algún que otro arlequín y hasta un individuo con la apariencia del rey Enrique VIII.

En el caso de las damas, algunas usaban dominós, otras iban vestidas de pastoras o doncellas, había varias Cleopatras y también sultanas con trajes mucho más transparentes que el que usaba ella; incluso vio gitanas y diosas romanas, entre las que pudo distinguir a Minerva, por la lanza y el escudo.

—¿Cómo puedes saber que es él? —inquirió, mientras intentaba localizar al conde.

—¡Oh! Porque no se ha molestado en ponerse una máscara. Viene hacia aquí. Pero es imposible que sepa que somos… —Se calló al descubrir que su primo le estaba haciendo señas para que se acercara. Con cada paso que él daba, su corazón aceleraba el ritmo de sus latidos. No podía negar que lord Blackthorn se veía arrebatador esa noche.

—Buenas noches, Percy. —Darius se volvió hacia las dos damas que lo acompañaban y se inclinó en una ligera reverencia—. *Miladies*.

La señorita Frampton iba disfrazada de sultana, a tenor del velo que cubría su cabello y la mitad inferior del rostro, pero ¿de qué demonios iba vestida lady Alcock? El brillante azul de sus ojos resaltaba contra la seda negra de la máscara y de la peluca oscura que llevaba. Tocaba su cabeza un sombrero de ala ancha con una pluma. El resto del disfraz quedaba oculto bajo la capa.

—Vaya, pero si es mi pirata favorito —comentó esta con una sonrisa risueña.

Darius esbozó una mueca de fastidio. Esa muchacha era capaz de enervarlo hasta límites insospechados con aquella lengua mordaz que poseía. «Y a ti te gustaría enseñarle a usarla para otros propósitos muy distintos», lo aguijoneó su conciencia. Un estremecimiento lo recorrió ante semejante pensamiento y desvió la mirada hacia la señorita Frampton. Ella suponía la tranquilidad, lo correcto, la paz de espíritu, lo honorable… Pero ¡demonios!, ¿por qué aquello lo dejaba tan frío, mientras que Portia lo hacía vibrar, encendía un fuego en su alma, devolviéndole la fuerza combativa

que siempre lo había caracterizado y que había perdido tras ser herido en el campo de batalla?

Se volvió hacia Percy que permanecía extrañamente silencioso. La fila avanzó en ese momento y ambos quedaron rezagados, ya que no tenían pertenencias que entregar a los sirvientes, por lo que se apartaron a un lado.

—¿Qué es lo que te preocupa?

Conocía lo suficiente a Percival para saber que algo le rondaba la mente, y, si no se equivocaba, tenía que ver con la señorita Frampton. De hecho, deseaba hablar con él al respecto.

—Seducir o ser seducido, esa es la cuestión.

Darius arqueó una ceja. ¿Por qué diablos citaba a Shakespeare de aquella manera?

—¿A qué te refieres con eso?

Percy le hizo un gesto con la cabeza.

—Míralo por ti mismo.

Se giró hacia donde le señalaba y el corazón se le detuvo en el pecho con brusquedad, antes de comenzar a latir de nuevo con violencia. Y no fue el único al que le sucedió, pues pudo comprobar que algunos caballeros tropezaron con sus propios pies y otros se quedaron en un estado catatónico mientras contemplaban el paso de la señorita Frampton y de lady Alcock. La primera poseía una tentadora sensualidad mientras parecía deslizarse con sutil elegancia sobre el suelo ajedrezado; la segunda, en cambio, caminaba como si el mundo estuviera a sus pies, con una seguridad arrebatadora.

—¡Por todos los…!

Interrumpió sus palabras, antes de llegar a terminar el juramento, cuando Portia se colocó frente a él, con las manos apoyadas sobre las caderas y las piernas ligeramente abiertas. No pudo evitar fijarse en que eran largas y bien formadas. El pañuelo rojo que ceñía su cintura revelaba la esbeltez de su talle y el ajustado chaleco se cerraba bajo sus senos, elevándolos de tal manera que el escote bajo de la camisa no dejaba espacio a la imaginación. Tragó saliva e intentó respirar con normalidad. Ni siquiera en la última batalla en la

que había participado, a pesar de saber que luchaba a vida o muerte, se había sentido tan excitado.

—Bien, capitán, estoy lista para el abordaje.

Darius se atragantó con la saliva y comenzó a toser. ¿Acaso era tan ingenua que no se percataba de las imágenes que sus palabras podían traer a la mente de un hombre? Desde luego, su propia masculinidad estaba más que lista para abordarla y gozar de los tesoros ocultos bajo aquellos ropajes.

—¿Le ha dicho alguien lo irritante que es? —preguntó con rudeza para alejar aquellos pensamientos de su cabeza.

—Irritante —repitió. Pareció desanimarse un poco, aunque enseguida sonrió y sus ojos relucieron aún más en contraste con la máscara—. Bueno, al menos he sido capaz de causar algún efecto en su persona, milord.

«Si tú supieras», pensó él.

—Creo que es mejor que nos dirijamos al salón antes de que provoquemos el caos en el vestíbulo —gruñó Percy, molesto por las miradas libidinosas que atraían Sophie y Portia. Un galán, ataviado como el dios Apolo, se acercó a la primera con una actitud que le recordó a la de un pavo real. Le bastó extraer de la funda unos centímetros de la espada que llevaba al cinto para ahuyentarlo.

—¿Por qué le has permitido que se vista así? —inquirió Darius, exasperado, sin apartar la mirada del delicioso trasero que moldeaban los pantalones de lady Alcock.

Percival resopló con frustración.

—¿Y cómo se lo podía impedir cuando no hay relación entre nosotros?

—Claro que la hay, sois prim… Un momento, ¿de quién hablas tú?

—De Sophie. ¿No estabas preguntando sobre ella? Ese traje de sultana es demasiado provocativo.

Darius apretó los labios y lo observó con atención.

—¿Estás interesado en la señorita Frampton? —Quiso saber.

—¿A qué te refieres? —inquirió Percy a su vez, sintiéndose incómodo con la situación—. Ya te dije, durante el baile en

Blackthorn House, que solo estoy cumpliendo con los términos del contrato, enseñándole a Sophie las principales atracciones que ofrece Londres.

—Entonces, no te importará que la corteje —comentó él—. Tengo intención de proponerle matrimonio.

—Si te acepta, espero que te esfuerces por hacerla feliz —señaló con tono grave tras unos instantes de tenso silencio.

Por suerte, Darius tenía la mirada clavada en Percy y fue capaz de percibir la sutil sombra que le oscureció el semblante por un momento, como si en su interior se hubiese desatado una terrible tormenta. Él, mejor que nadie, conocía la verdad y al hombre que se ocultaba tras la fachada pícara y seductora del duque de Rokewood. Si había una posibilidad de que la señorita Frampton realizara el milagro de traer de nuevo a la vida el corazón muerto de Percival, entonces no dudaría en apartarse para dejarle libre el camino hacia ella.

Percy no pudo decir más porque, al llegar al salón, se vieron absorbidos por la vorágine de excitación que reinaba en el interior del mismo. Portia se volvió a mirarlos con una sonrisa radiante.

—Vamos a divertirnos.

—¡Eh! No quiero que ninguna de las dos se separe de nosotros.

—Venga, Percy, ya no somos unas niñas —le reprochó ella, frunciendo los labios en un mohín de disgusto.

—Tú, mejor que nadie, sabes lo que sucede en este tipo de fiestas.

—¡Oh! Está bien —refunfuñó, al tiempo que tomaba el brazo de Sophie y tiraba de ella—. ¿Desde cuándo te has vuelto tan sobreprotector?

—¿Por qué está tan molesto? —le preguntó Sophie, bajando la voz mientras se movían por el inmenso salón. Se sorprendió al ver lo pintoresco que resultaba verse rodeadas por tantos y tan variados personajes.

—Bueno, tiene algo de razón —reconoció, a su pesar—. Muchos caballeros aprovechan el anonimato que les proporciona el disfraz

para tomarse, digamos, ciertas libertades. Por eso no quiere que nos alejemos de su lado. De todas formas, no sé por qué piensa que seríamos tan ingenuas como para dejarnos conducir al jardín por alguno de ellos. Sobre todo, cuando esta noche somos nosotras quienes nos hemos vestido para seducir, ¿no crees?

Ella sacudió la cabeza, pero no pudo evitar sonreír. Se giró ligeramente para mirar por encima del hombro. El duque tenía la mirada clavada sobre ella. Tan intensa, tan azul, que podía sentirla sobre cada centímetro de su piel como una caricia ardiente. Notó un revoloteo en el estómago y cómo se le encendían las mejillas. ¿De verdad iba a ser capaz de seducir a Percival?

—¿Lo harás?

Se volvió sobresaltada hacia Portia, que parecía haber respondido a sus pensamientos.

—¿Per… perdón?

—Te preguntaba si bailarás con lord Blackthorn —respondió, mirándola extrañada—. Parece estar interesado en ti.

—¿Qué? No creo que… Seguramente conoce a muchas damas hermosas, no veo por qué habría de interesarse en mí. Quizá sea en ti en quien se ha fijado.

—Imposible, más bien me parece que soy una espina en su costado.

Las dos se sonrieron y dejaron que el ambiente alegre y desenfadado de la fiesta las arropase.



—Ya han llegado.

—¿Estás segura de que son ellos?

Lavinia dirigió una mirada de desdén al vizconde de Ashcombe. Puede que Edward fuese un hombre atractivo pero, incluso vestido con aquel disfraz de caballero español que había escogido para realzar su apostura, no podía compararse con la belleza varonil del

duque. Además, era bastante estúpido, un pésimo amante y su título no valía gran cosa.

—Por supuesto, reconocería a lord Rokewood entre miles. —Conocía cada fracción de su vigoroso cuerpo desnudo y echaba de menos las caricias de sus manos y sus besos apasionados—. Seguiremos con el plan, tal y como lo teníamos previsto.

—No sé si…

—¿Quieres casarte con ella y hacerte con su fortuna o no? —replicó, irritada por sus titubeos. Esperó, impaciente, hasta que este asintió con renuencia—. Pues, entonces, haz lo que te he dicho. Yo te indicaré cuándo debes actuar. Espero que no lo eches todo a perder.




CAPÍTULO 33

La fiesta le resultó más divertida de lo que había imaginado en un principio, a pesar de que tuvo que esquivar algunas manos masculinas. Sin embargo, era cierto que la máscara proporcionaba un anonimato que le hacía sentirse más viva y, quizá, un poco más atrevida, si bien no podía considerarse a sí misma una seductora.

Sentía la mirada de Percy clavada sobre ella mientras se deslizaba por la pista con los caballeros que le habían pedido un baile, pero cada vez que volvía a su lado al terminar la danza, se comportaba como una dama tomando el té de las cinco.

Dio un suspiro cuando las últimas notas de la cuadrilla se dispersaron en el perfumado y cálido ambiente y dirigió una reverencia a su acompañante, un deshollinador que bailaba como si saltara sobre un montón de brasas ardiendo, lo que le había valido a ella más de un par de pisotones. Y aunque él le había pedido disculpas por su torpeza, fue un alivio cuando la música terminó.

—Parece que te has divertido con lord Bellisford —se burló Percy cuando llegó a su lado. Un brillo pícaro asomaba a sus ojos a través de la máscara—. Le encanta bailar, pero tiene dos pies izquierdos y todo el mundo suele rechazar sus invitaciones en las fiestas, por eso aprovecha las mascaradas para disfrutar de la pista de baile.

Sophie le dirigió una mirada de reproche.

—Si sabías quién era, deberías de haberme advertido.

—¿Y privar al pobre hombre de un poco de diversión? —Se llevó una mano al pecho—. Soy una persona de buen corazón. Y para que veas que es cierto, ahora mismo voy a librarte de algo peor que recibir unos cuantos pisotones.

Ella no supo a qué se refería. Estaba a punto de preguntarle cuando sintió la calidez de un cuerpo cerca del suyo. Demasiado cerca, para su gusto.

—Mi bella sultana, ¿me concede el honor de bailar conmigo?

Al volverse hacia la voz, se encontró con la figura de un senador romano que parecía muy pagado de sí mismo. Lucía una encantadora sonrisa, pero lo que atrajo su mirada fue el impresionante tono verde de sus ojos. Era como asomarse al paisaje que veía cada mañana desde la ventana de su dormitorio en Frampton Manor, la belleza de las suaves colinas de Huntington bañadas por la luz del sol. Como si el caballero supiera lo que estaba pensando, sus labios se curvaron aún más con pícara suficiencia. Carraspeó, al darse cuenta de que se había quedado embobada contemplando sus ojos.

—Senador…

Él tomó su mano y depositó un beso en el dorso.

—Emperador Nerón, querida, si no te importa —la corrigió—. También puedes dirigirte a mí como «su divinidad».

Sophie tuvo que morderse la punta de la lengua para no dejar escapar una carcajada. Aunque Percy no le hubiera advertido sobre él, no le quedaba duda de que aquel caballero era un seductor con un gran concepto de sus atractivos. No sabía bien cómo negarse a bailar con él, por suerte el duque vino en su ayuda.

—Lo lamento, pero la dama ya tiene comprometido este baile.

Ella esbozó una sonrisa de disculpa y siguió a Percy, que ya tiraba de su mano para conducirla a la pista, justo cuando las primeras notas de un vals revoloteaban en el aire.

—Gracias.

Percy se encogió de hombros con aparente indiferencia, aunque aún podía sentir en la garganta el regusto amargo de los celos que había experimentado al ver cómo ella miraba a aquel petulante.

—Me pareció que no sabías cómo ofrecerle una negativa a lord Collingwood —declaró, a modo de excusa. No habría soportado que bailara con él—. Es un reconocido calavera.

—Supongo que sabe hacer buen uso de su atractivo físico —comentó, nerviosa, cuando se colocaron en el círculo de bailarines, uno frente al otro.

Él alzó una ceja arrogante, un tanto herido en el orgullo.

—Así que lo consideras apuesto.

«No tanto como tú», pensó. Debería haberlo dicho en voz alta, si es que pensaba seducirlo, pero había perdido el aliento cuando enlazó su cintura y sintió el roce suave de las yemas de sus dedos sobre la piel caliente de su espalda. Ella colocó la mano sobre el hombro de él y se alegró de tener un punto firme de apoyo en el que anclarse cuando comenzaron a girar.

Había en su mirada un brillo fiero y salvaje, un deseo crudo que se materializaba en la forma en que la sostenía. Cada giro parecía acercarlo más a él y esa cercanía había encendido un fuego en su interior que amenazaba con consumirla. La piel le hormigueaba y cada caricia que aquel pulgar le dibujaba sobre la espalda le provocaba un estremecimiento que se concentraba entre sus muslos, donde el roce del pantalón en cada movimiento amenazaba con arrancarle un jadeo. Se mordió el labio inferior para sofocar la ansiedad que experimentaba y notó cómo los hombros de Percy se tensaban bajo la palma de su mano.

Cuando él se inclinó hacia su oído, su cálido aliento le acarició el cuello.

—Si vas a perderte en unos ojos bellos, que sea en los míos —le dijo con la voz ronca por el deseo. Ella no tenía ni idea de lo peligrosa que era su seductora inocencia—. ¡Dios! Me muero por besarte.

Sophie dejó escapar el aire en una suave exhalación y un revoloteo de miles de mariposas agitadas le sacudió el estómago. Esa era su oportunidad para seducirlo, para crear ese recuerdo que alimentaría sus solitarias noches cuando regresara a Huntington. Pero ¿se atrevería a hacerlo? La prudencia batallaba en su interior con el deseo. Buscó en los ojos de él el valor que necesitaba y, entonces, lo vio. Meciéndose en el azul profundo de su mirada había un anhelo oculto de sentirse amado. Sus dudas se derritieron como la nieve bajo el calor del sol. «Lo amo», reconoció. Si con su amor lograba, aunque fuera ligeramente, tocarle el corazón y darle lo que necesitaba, aquel viaje y hasta su misma existencia habrían valido la pena.

Percy maldijo por haber expresado su deseo en voz alta. Ahora se sentía vulnerable, de una manera que le resultaba del todo desconocida, porque lo que había dicho no formaba parte de una estrategia de seducción, sino que había brotado de las profundidades de su alma: del reclamo de ese niño que había perdido a su madre a temprana edad, del joven que se había visto ignorado por su padre, rechazado por la sociedad y abandonado por sus allegados. La posibilidad de que ella se burlara o lo rechazara se convirtió en un peso enorme que le impedía respirar. Sabía que tenía que decir algo, recurrir, como siempre, al recurso de la burla para volver a levantar el muro que había dejado caer, antes de que Sophie pudiera hacerle daño. Porque ella tenía ese poder sobre él.

—Entonces, hazlo.

La voz de ella sonó tan suave como el susurro de una brisa primaveral y temió no haberla escuchado bien. Su corazón redobló los latidos con una intensidad abrumadora mientras la sangre le quemaba en las venas.

—Sophie…

Pronunció su nombre como una advertencia, aunque quizá la inocencia de ella le impedía descifrar el significado. Besarla implicaba dar un paso sin retorno, porque era más que un simple beso lo que deseaba de ella. Sin embargo, Sophie le sostuvo la mirada. En sus

ojos, dulces como la miel, descubrió un sentimiento tan real y profundo que lo amedrentó, aunque solo fue un instante. Había aprendido ya desde la niñez que no bastaba con desear mucho una cosa para que esta se hiciera realidad y que, cuando se esperaba algo con demasiada ilusión, la decepción resultaba más amarga. Ese conocimiento le sirvió para ignorar y olvidar lo que había visto en la mirada de ella. Era más fácil creer que entre ambos solo existía el deseo y que, una vez satisfecho, el anhelo que horadaba su alma desaparecería y podría retornar a la cotidiana seguridad de los límites en que vivía su existencia.

Giró con ella alrededor de la pista y, aprovechando la confusión que un grupo de arlequines provocó haciendo reír a todos los presentes, tiró de ella y la condujo hacia un rincón de la sala donde estaba abierto el enorme ventanal que daba al jardín.

Sophie notó la fuerza con la que el corazón le golpeaba contra las costillas y ni siquiera el aire tibio y perfumado logró serenarla. Cuando Percy se detuvo en una zona en penumbra, junto a la fachada posterior, su respiración era tan agitada que le dolía el pecho. Sin embargo, no sentía temor, más bien una especie de anticipación que le resonaba a través del cuerpo, encendiendo un fuego que amenazaba con consumirla.

La brisa le acarició la piel desnuda, provocándole un estremecimiento que escapó de su garganta en un jadeo cuando, después de arrojar el sombrero al suelo, la palma de él se posó sobre su cintura. Las puntas de sus dedos le rozaron los senos, la seda del corpiño que los envolvía apenas resultaba suficiente como para no sentir la calidez que estos desprendían. Tragó saliva y se perdió en el azul de sus ojos, que la máscara resaltaba.

—¿Estás segura? —susurró Percy, con la voz enronquecida. El deseo lo estaba matando, pero jamás se había sentido tan tenso e inseguro frente a una mujer como en ese momento.

Ver lo nervioso que se encontraba ejerció un poderoso efecto calmante sobre ella y le infundió una audacia que no sabía que poseía. Alzó el brazo para rodearle el cuello y colocó la mano sobre

su nuca. Movió los dedos con suavidad, notando la textura áspera y gruesa de la piel y el tacto sedoso del cabello. Ejerció una leve presión para acercarlo.

—Te deseo. —Se atrevió a pronunciar las palabras en voz alta y, de algún modo, se sintió liberada. El gemido que escapó de la garganta masculina avivó el fuego que ardía en su vientre y tensaba aquel punto entre sus piernas que el roce del pantalón había dejado sensible.

—¡Dios, Sophie, eres preciosa! Y yo… yo…

Ella no lo dejó terminar. Tiró de él y, al mismo tiempo, se empinó sobre las puntas de los pies para alcanzar su boca. Unió sus labios a los de Percy y se bebió su calidez. La escasa experiencia y el conocimiento limitado que tenía fueron los que la hicieron apartarse al cabo de unos instantes con la sensación de que más que calmar la sed de él, esta se había acrecentado. Lo miró a los ojos y descubrió en ellos una ternura que la derritió por dentro.

—Esto es solo el principio —comentó él, como si le hubiera leído el pensamiento, al tiempo que bajaba la cabeza y volvía a besarla.

Su mano se deslizó desde la cintura hacia la espalda y las puntas de sus dedos se colaron por debajo de la seda del pantalón, rozando la piel de sus nalgas. El estómago le dio un vuelco, pero no le dio tiempo a escandalizarse, porque la manera en que Percy se apoderó de su boca le robó el aliento y la capacidad de razonar. Cada toque de su lengua avivaba la presión que le tensaba el vientre, cada roce de sus manos despertaba una necesidad que no sabía cómo saciar. Se aferró a su cintura con fuerza, reclamando más: más caricias, más besos, más de él.

Percy notó cómo se acrecentaba la inquietud de Sophie y, aunque trataba de mostrarse delicado e ir despacio, la dulzura de su boca era un potente afrodisiaco. Comprendió, en ese momento, que nunca tendría suficiente de ella. Deslizó los labios sobre su mandíbula y descendió por la elegante columna del cuello. Anhelaba probar las blancas cumbres de sus senos.

—Quiero besar cada centímetro de tu piel —susurró contra su hombro. Luego lamió la tierna carne de sus pechos, que elevaba el corpiño, arrancándole un gemido—. Quiero que mis manos se aprendan cada rincón de tu cuerpo, incluso los más profundos y ocultos.

Las campanillas de sus pies tintinearon en respuesta a la agitación que experimentó cuando los dedos de él presionaron contra la carne palpitante de su feminidad. Sophie sintió como si un rayo la atravesara y su cuerpo se estremeció en busca de aquella mano maestra que hacía vibrar todas las cuerdas de su ser, de aquel toque mágico que la llevó bajo una lluvia de estrellas fugaces.

—Percy… —Su nombre fue un sollozo y una súplica. Él volvió a besarla, enredando la lengua con la de ella en una danza tan exótica y sensual que su corazón parecía a punto de estallar en mil pedazos. Con el poco aliento que le quedaba, gimió cuando él se detuvo y apoyó la frente contra la suya.

—Vas a matarme, Sophie, aunque moriría feliz en tus brazos.

—Prefiero que vivas y que me sigas besando —respondió ella, sin detenerse a pensar mucho en sus palabras. Hasta que no escuchó la risa baja y grave de él, no fue consciente de lo que había dicho. Sin embargo, no se arrepintió de su sinceridad. Necesitaba calmar esa sensación de insatisfacción que le tensaba el cuerpo, como si a la partitura que habían interpretado juntos le faltara el final.

—Volvamos a casa —susurró él contra sus labios.

Sophie se bebió la calidez de su aliento y sintió que se embriagaba con el deseo que empañaba su voz. Asintió despacio. Percy recogió el sombrero del suelo y ella dejó escapar el aire en un suspiro cuando los dedos de él se entrelazaron con los suyos.

Lo siguió de vuelta al salón. Lo hubiera seguido en ese momento hasta el fin del mundo, porque Percy la había hecho sentirse más viva que nunca, como si ella fuera la única mujer en su universo. Su amor por él amenazaba con desbordarse, arrasándolo todo a su paso en una pasión incontenible que ni siquiera sabía que llevaba dentro.

Se le contrajo el estómago en un cosquilleo de anticipación, que quedó frustrado cuando Darius los interceptó. Su ceño se frunció al verlos tomados de la mano, aunque no dijo nada al respecto.

—David te andaba buscando para ir a saludar a sus padres y a Julie —le informó—. Te espera junto a las escaleras que conducen a la galería superior.

Percy maldijo por lo inoportuno del momento y se volvió hacia Sophie.

—Espérame aquí, no tardaré. —Alzó las manos unidas y besó la de ella, como si no quisiera que olvidara el roce de sus labios sobre su piel—. Darius cuidará de ti mientras tanto.

Ella se limitó a cabecear un asentimiento y lo vio alejarse, internándose entre la mezcla variopinta de invitados.




CAPÍTULO 34

El silencio se extendió entre el conde y ella. Se sentía un poco cohibida por su presencia, pues, cuando sus ojos se cruzaron con la mirada grisácea de él, tuvo la sensación de que sabía lo que habían estado haciendo en el jardín.

«Ya eres lo bastante mayor como para tomar tus propias decisiones», se recordó a sí misma en un intento por alejar la incomodidad que sentía. Había roto el molde de seriedad y decoro en el que llevaba años encajada, por lo que resultaba comprensible que experimentase aquella sensación, igual que un pájaro al que le costase agitar las alas para volar tras haber permanecido encerrado en una pequeña jaula durante mucho tiempo. A pesar de todo, no se arrepentía, porque aquella libertad la había adquirido por amor.

Sin embargo, tampoco le agradaba la idea de mantener por más tiempo el espeso silencio que contrastaba con la algarabía que los rodeaba, volviéndolo aún más sofocante. Apretó las manos contra su regazo y tomó valor para iniciar una conversación con él. Aunque fuera de mal gusto hablar sobre el clima, al menos resultaría mejor que permanecer callados uno junto al otro.

—¿Dónde te habías metido? ¿Y dónde se encuentra Percy?

El alivio que experimentó al ver a Portia fue como una de esas lluvias repentinas que caían en verano en Huntington, refrescando la

acalorada tierra.

—Ha ido a saludar a los anfitriones —le respondió.

—¡Oh! Iba a bailar conmigo la siguiente pieza. —La decepción de su tono sonó demasiado falsa, pero no le importó. Esbozó una sonrisa coqueta y miró a Darius—. Me temo, milord, que tendrá que ocupar el lugar de mi primo.

Él arqueó una ceja. Recostado contra una columna, con los brazos cruzados sobre el pecho, ofrecía la viva imagen de la indiferencia.

—¿Ah, sí? No recuerdo que se me haya encomendado la tarea de ser su niñera.

Una sonrisa tensa curvó los labios de Portia, esforzándose por ocultar su malestar. No era ninguna niña y se lo iba a demostrar a ese patán insufrible.

—Vamos, lord Blackthorn, un caballero debería ayudar a una dama en apuros.

—Creo, lady Alcock, que ni usted se encuentra en apuros, ni yo soy un caballero —replicó con tono burlón—. Al menos, no esta noche.

Un destello iluminó las profundidades grises de su único ojo y a Portia le pareció como el resplandor de un rayo en un día de tormenta. «Bien, si lo que quiere es jugar, también yo puedo seguir este juego», pensó, decidida a ganar.

—Supongo que tiene razón.

Darius frunció el ceño, extrañado ante la capitulación de la joven. No era de las que se rendían con tanta rapidez, por lo que se preguntó si no había sido demasiado descortés con ella. Sus pensamientos se hicieron añicos, dispersándose en su mente, cuando, de repente, Portia acortó la distancia que los separaba y se inclinó sobre él, hundiendo la cabeza en el hueco de su cuello.

—¿Qué demonios cree que está haciendo? —siseó entre dientes, con el cuerpo tan tenso como la cuerda de un arco. Casi perdió el raciocinio cuando le pareció sentir el roce de sus labios sobre la piel. «No, ha debido de ser la humedad de su aliento».

Un estremecimiento de deseo le recorrió la espalda. Antes de que pudiera apartarla, Portia se alejó de él. Había diversión en su mirada y una sonrisa adornaba sus tentadores labios. No parecía en absoluto arrepentida ni avergonzada.

—Esto, mi querido pirata, se conoce como «lanzarse al abordaje» —le respondió, guiñándole un ojo.

Solo en ese instante se percató Darius de que ella lo había cogido de la mano —debió de hacerlo cuando descruzó los brazos para apartarla— y tiraba de él hacia la pista. No le quedó más remedio que seguirla, pues no era tan ruin como para ponerla en evidencia librándose de su agarre. De todas formas, ya había bailado antes con ella y no tuvo tantos problemas de equilibrio como imaginó, por lo que no había riesgo de que tropezara y cayera al suelo. En realidad, en ese momento lo único que corría peligro eran su cordura y su masculinidad, que se sobreexcitó cuando tuvo a la dama en sus brazos.

Sintió una gota de sudor resbalar por su espalda. Tenía que hablar de cualquier cosa, con tal de olvidarse de la curva de aquella estrecha cintura que casi abarcaba con la palma de la mano, y de las de sus espléndidos pechos, que aquel corpiño del infierno elevaba hacia él como una ofrenda.

—¿Antes me ha besado en el cuello?

Apenas se le escaparon las palabras de los labios, se fustigó por su estupidez. Él no podía retirar ya la pregunta, y Portia no tenía modo de ignorar su atrevimiento, a menos que fuese sorda —y tenía claro que no lo era—, así que aguardó su reacción. Vio cómo ladeaba la cabeza graciosamente y lo observaba con atención. Sus labios se distendieron en una sonrisa misteriosa.

—Solo quería comprobar si tu piel sabía a mar.

Darius tropezó en el giro que ejecutaba, aunque esta vez no fue a causa del ojo ciego. Por suerte, recuperó de inmediato el equilibrio, mientras mascullaba un juramento.

—Te advierto —dijo, tuteándola, como había hecho ella—, que a los piratas se les temía por los terribles castigos que infligían.

—Entonces, esperaré con ansias tu venganza.



Sophie siguió con la mirada a Darius y Portia hasta que los perdió de vista, mezclados con el resto de las parejas que bailaban. Le había sorprendido el atrevimiento de la joven. Sin importar lo que esta dijera, estaba claro, al menos para ella, que no era un mero interés filantrópico lo que sentía por el conde. Sonrió complacida, pues le pareció que formaban una bonita pareja. Lord Blackthorn atemperaría el espíritu indómito de Portia y ella lo impulsaría a vivir con más audacia, a pesar de sus limitaciones.

—Me gustaría pensar que esa sonrisa va dirigida a mí.

Se volvió hacia el caballero que había pronunciado esas palabras, un arlequín de chispeantes ojos azules.

—Lo lamento, yo…

Él se llevó una mano al pecho en un gesto teatral.

—No sigas, mi preciosa Colombina, no le rompas de nuevo el corazón a tu Arlequín. Solo di que sí y baila conmigo.

Contempló la mano enguantada que le tendía y se preguntó si habría alguna manera elegante de rechazarlo. Mientras pensaba en cómo hacerlo, otra voz masculina solicitó su atención.

—Disculpe, *milady*. —Nerviosa, se giró y descubrió, con alivio, que se trataba tan solo de uno de los sirvientes—. Me han pedido que le entregue este mensaje.

—Gracias. —Lo abrió de inmediato y el corazón le dio un vuelco cuando lo leyó—. Lo siento…

Fue lo único que alcanzó a decirle al arlequín antes de alejarse con presteza, abriéndose paso entre los corros de invitados que conversaban alrededor de la pista. Apretó con fuerza el papel en la mano y no pudo evitar que una sonrisa le asomara a los labios.

Te espero en la biblioteca.

No tardes. Ya te echo de menos.

P. J. A.

También ella lo echaba de menos, a pesar de que se acababan de separar. Estaba impaciente por volver a encontrarse entre sus brazos, por gozar otra vez del sabor de sus besos y de las caricias de sus manos sobre la piel. Percy había despertado en ella una oleada de emociones nuevas y sorprendentes: se había sentido deseada y más viva que nunca, había experimentado un placer desconocido hasta entonces y había tomado conciencia de la pasión que llevaba dentro y de su poder como mujer.

Cuando abrió la puerta de la biblioteca, la noche reinaba dentro, tan solo rota por los rayos de luna que entraban por la puerta afrancesada que daba al jardín. Se detuvo en el umbral, mientras se acostumbraba a la oscuridad, y, por primera vez, se preguntó si había actuado bien. ¿Por qué le había pedido Percy que se reunieran allí cuando se suponía que habían decidido volver a la casa? El silencio que lo envolvía todo le provocó un estremecimiento.

—¿Percy? —llamó con suavidad, lamentando haberse dejado llevar por la emoción y olvidando su sentido práctico.

Se sobresaltó cuando escuchó un ruido. Miró hacia el ventanal y distinguió la figura de un hombre. La media capa ondeaba con la brisa y el sombrero de caballero español, con la pluma, se recortaban contra la luz plateada. Parecía absorto, contemplando la luna, tal vez por eso no la había oído. Se acercó a él. Sus pasos quedaron amortiguados por la alfombra que cubría el suelo, pero las campanillas de los tobillos repicaban con un sonido dulce y suave conforme avanzaba. Debió de ser eso lo que lo hizo girarse, con la mano tendida hacia ella.

Sophie puso la suya sobre la de él. El tacto sedoso del guante despertó un hormigueo en su piel, sin embargo, no fue una

sensación placentera.

—Percy, ¿qué ocurre? —le preguntó nerviosa. La inquietud se acrecentó cuando tiró de ella y la acercó a su cuerpo, rodeándole la cintura con el brazo—. ¿Per…?

Él se apoderó de su boca, pero el beso llevaba el amargo sabor del remordimiento. Aquellos labios se deslizaron sobre los suyos con dureza y un temor repentino se le aposentó en el estómago. Trató de empujarlo, aunque le resultó imposible. El abrazo no era suave, pero pareció volverse de acero cuando comenzó a forcejear con él. El pánico la atenazó al sentir cómo una de aquellas manos le apretaba el pecho.

—¡Suélteme!

—¿Por qué? Tú también quieres esto —respondió él con voz áspera, al tiempo que la sujetaba del pelo para que no pudiera mover la cabeza.

—¡No! —Intentó golpearlo, pero el hombre le sujetó ambas muñecas y la empujó contra el quicio de la puerta. Gimió por el dolor cuando se le clavó la madera en la espalda.

El pánico impulsó los latidos de su corazón y sintió el sabor de la bilis en la garganta. El roce de boca le resultó viscoso, como el de una víbora, y le sobrevinieron arcadas cuando una de las manos reptó por su cuerpo. Ahogó un sollozo y se debatió contra él con rabia. Escuchó el sonido del tul de las mangas al rasgarse, aunque no le importó, todo lo que quería era escapar de ese infierno.

Apretó los labios con fuerza para detener las náuseas y notó el sabor salado de las lágrimas en ellos. «Sophie, cálmate y piensa», se ordenó a sí misma. Aisló la mente y el cuerpo se relajó.

—Ves, así disfrutaremos más los dos, Sophie, y cuando lleguen esas viejas cotorras y nos descubran, podremos casarnos y… ¡Uf!

El rodillazo que le propinó en la entrepierna sirvió para que aflojara el agarre sobre ella. Escapó a través del ventanal y se internó en el jardín mientras un llanto convulso le agitaba el pecho.

«Percy, Percy», repitió para sí una y otra vez. Era todo lo que quería, lo único que necesitaba.




CAPÍTULO 35

Se había entretenido más de lo previsto conversando con Julie, pues esta había insistido en que conociera a sus hijos, que esa noche los habían acompañado, a su esposo y a ella, a la fiesta porque se iban a quedar a dormir con los abuelos, Judith y Robert Marston.

—¡Demonios! —masculló al entrar de nuevo al salón y no encontrar a Sophie donde la había dejado. Tras echar un vistazo a la pista de baile, tampoco la vio allí.

Frunció el ceño y una extraña inquietud se le aposentó en el estómago. Sintió alivio cuando descubrió a Portia, abriéndose paso entre los invitados para llegar junto a él. Sin embargo, le duró poco, pues el gesto de preocupación en su rostro no auguraba nada bueno.

—¿Dónde está Sophie? —preguntó de inmediato, apenas la alcanzó—. ¿Se ha marchado?

Su prima negó con la cabeza.

—No lo sé. Estaba bailando con Dari… con lord Blackthorn y cuando volvimos ya no se encontraba donde la habíamos dejado. Él ha ido a preguntar a los criados. —Se frotó la frente, angustiada—. La he buscado por el salón y en el tocador, pero…

—Tranquila, Portia. —Tomó su mano y se la apretó con suavidad para infundirle calma, a pesar de que él mismo sentía una opresión en el pecho—. Quizá haya buscado una salita para descansar un rato.

Estaba seguro de que no había abandonado la mansión, no después de lo que había sucedido entre ellos en la terraza. La forma en que ella había respondido a sus besos… No, su práctica Sophie no era una sirena tentadora que lo seduciría para luego burlarse de él, ni tampoco era una cobarde que huiría por temor a enfrentarse al deseo que los consumía a ambos. Tenía que estar en alguna parte.

—Ahí viene el conde —señaló su prima.

Percy se giró y vio a Darius. Su semblante grave hizo que se acrecentara la presión en el pecho, donde el corazón le galopaba como un loco.

—Uno de los criados me ha dicho que le pidieron que le entregara un mensaje a Sophie —comentó en cuanto estuvo a su lado—, pero no ha salido ningún carruaje de la mansión.

Portia se aferró al brazo de Percy con fuerza.

—Ella no iría a ninguna parte, a menos que…

—…el mensaje fuera mío —concluyó con tono sombrío.

—Disculpe, milord —lo interrumpió un sirviente—, una dama me ha pedido que le entregue esto.

Tomó el papel y leyó el contenido. Sophie le pedía que se encontraran en el invernadero. Una mezcla de rabia y desesperación le azotó el ánimo.

—¿Qué dice? —Quiso saber Portia cuando la tensión desfiguró el habitual semblante risueño de Percy. Este le entregó la misiva—. Pero…

—No es la letra de Sophie —observó él. Quien quiera que la hubiese escrito había debido de engañarla, del mismo modo que habían tratado de hacer con él. Y solo se le ocurría el nombre de una dama que fuese capaz de perpetrar un acto tan vil, una mujer obsesionada con convertirse en su duquesa.

—¿Qué vas a hacer?

Miró a Darius, que se sorprendió al ver la frialdad en su mirada. Sus iris azules se habían convertido en dos esquirlas de hielo, igual que el día en que descubrió las innumerables deudas que le había dejado su padre al morir.

—Ir al invernadero y obligarla a decirme qué ha hecho con Sophie.

—¿Crees que ha sido Lavinia? —lo interrogó Portia, que también había llegado a la misma conclusión. Aquella mujer era una arpía que no se detenía ante nada con tal de conseguir lo que quería y no era la primera vez que actuaba movida por los celos.

—No tengo la seguridad, pero lo averiguaré.

Antes de que pudiera dar un paso para dirigirse al jardín, Darius lo detuvo sujetándolo del brazo.

—Sabes que puede ser una trampa, ¿verdad?

Percy asintió. Había damas y madres de hijas casaderas lo bastante desesperadas como para organizar encerronas a caballeros incautos, que terminaban casados para salvaguardar el buen nombre y la reputación de estas. Él se había librado de alguna que otra y, desde luego, jamás se desposaría con Lavinia. Prefería mil veces cargar con el estigma de ser un crápula y un libertino. «Al fin y al cabo, nunca me ha importado lo que piensen de mí», reflexionó mientras atravesaba uno de los ventanales que daban a la terraza. Se dirigió al fondo de la misma y descendió la escalera de piedra hasta el jardín.

La luz de la luna hacía brillar como ríos de plata los senderos de gravilla que serpenteaban entre los setos. El aire olía a rosas y podía escuchar a lo lejos el murmullo de una fuente. Sabía dónde quedaba el invernadero porque lady Judith se lo había mostrado en una ocasión.

—No sé cómo pueden sobrevivir estas pobres plantas —le había dicho, al tiempo que le enseñaba la parte trasera del recinto, donde David y Julie habían instalado un pequeño laboratorio para sus experimentos—. Pero mejor ellas que nosotros. No me habría gustado encontrarme un día con que mis hijos han hecho saltar por los aires la casa.

Percy se detuvo y volvió sobre sus pasos para tomar otro camino. El episodio le había hecho recordar que había una puerta trasera, la que solían usar David y Julie. Si entraba por ella, podría sorprender a Lavinia o a quien fuera que lo estuviera aguardando en el invernadero. En algunos tramos del sendero tuvo que moverse casi a tientas, pues las copas de los árboles los cubrían, impidiendo que penetraran los rayos de luna, lo que los sumía en la oscuridad. Tropezó con una piedra y soltó una maldición.

Se alegró cuando salió de las sombras a un claro en el que podía verse el cielo estrellado, justo en una bifurcación del camino. El lado derecho conducía al invernadero, mientras que el izquierdo llevaba a una rosaleda que rodeaba un pequeño templete de estilo romano. Alzó la cabeza y contempló unos instantes la brillante luna. Se preguntó, angustiado, si Sophie se encontraría bien. Estaba a punto de encaminarse de nuevo hacia donde se dirigía, cuando llegó hasta él un sonido. Se trataba de un gemido, un sollozo apagado que rezumaba una tristeza infinita. Si él fuese dado a creer en espíritus, habría pensado que se trataba de uno. No pudo ignorar aquel llanto quedo y se dirigió hacia allí.

No sabía qué se imaginó que encontraría, pero cuando descubrió a Sophie en el interior del templete, su corazón pareció volverse de plomo, pesándole tanto dentro del pecho que tuvo que hacer un esfuerzo para no caer de rodillas. Estaba acurrucada sobre los mullidos cojines tapizados que cubrían el asiento y la luz de la luna bañaba su figura de un tono blanco plateado, volviéndola más etérea.

—¿Sophie? —musitó. El alivio escapó de sus pulmones en un suspiro.

No creía que ella lo hubiese escuchado, sin embargo, debió de hacerlo, puesto que se sobresaltó. Su reacción lo sorprendió. La vio mirar alrededor con frenesí, como si buscase una manera de escapar. «¿Tiene miedo de mí?», se preguntó, frunciendo el ceño. La posibilidad le provocó un inesperado dolor. Entonces cayó en la cuenta de que ella no podía saber de quién se trataba, pues la luna

se encontraba justo al otro lado del templete y este proyectaba su sombra sobre él, ocultando sus rasgos.

—¡No te acerques!

El pánico que escuchó en su voz le puso un nudo en el estómago. «Algo malo ha sucedido». Respiró hondo para intentar calmarse. En ese momento, todo lo que importaba era ella. Le habló con suavidad.

—Sophie, soy yo.

Se quitó el sombrero, arrojándolo al suelo, y retiró la máscara que le cubría el rostro, al tiempo que avanzaba con pasos tranquilos hacia ella. Mientras la veía levantarse del asiento, todavía asustada, se percató del estado en que se hallaba: el tul de una de las mangas del disfraz colgaba de la muñeca como una bandera inerte, el corpiño estaba desgarrado en uno de los lados, la trenza se había deshecho y no llevaba el velo que le cubría el cabello. No necesitó preguntarle para saber qué había ocurrido y una ira ardiente le recorrió las venas, quemándole las entrañas. «Lo mataré, mataré al hijo de perra que le ha hecho esto», juró, cuando el dolor y la rabia le arañaron el alma.

Sin atreverse a avanzar un solo paso más, para no asustarla, se detuvo en el pequeño escalón que daba acceso al templete, donde la luz de la luna lo bañaba de lleno, y esperó.

Sophie había dejado de llorar, pero era incapaz de contener los estremecimientos que sacudían su cuerpo. Tan solo deseaba acurrucarse en el lecho de su dormitorio, cerrar los ojos y olvidar lo sucedido esa noche. «No, no todo», pensó con la mirada clavada en la figura que se erguía silenciosa frente a ella, iluminada por la suave luz del astro nocturno. Se movió hacia él, impelida por una irreprimible necesidad a la que no supo dar nombre, hasta que no vio cómo abría los brazos, extendidos hacia ella. Necesitaba su calor, su ternura, su fuerza.

—Percy…

Lo necesitaba a él. Dejó atrás los titubeos y corrió a refugiarse contra su pecho, mientras las lágrimas, tibias y dolorosas, se

deslizaban por sus mejillas.

Percy la acunó con toda la dulzura que poseía, esa que hasta ese momento había dispensado solo a aquellos pequeños indefensos a los que tanto amaba. Quizá, porque también Sophie parecía perdida y desamparada en ese instante. «O tal vez sea porque la amas». El pensamiento se coló en su mente, causándole zozobra. Lo apartó de inmediato. Tenía que centrarse en Sophie.

—Lo siento —le dijo, con la garganta constreñida por la amargura y la culpabilidad—. Siento no haber estado ahí.

—Creí… creí que eras tú —musitó, aún trémula—. La nota estaba firmada con tus iniciales.

Cerró los ojos al escucharla y depositó un suave beso sobre su cabello. «Mi dulce Sophie». Se preguntó si sería capaz de seguirlo hasta el mismísimo infierno si él se lo pedía.

—¿Quién fue? —inquirió, sin poder ocultar la dureza de su tono.

Ella negó con la cabeza. No deseaba pensar en lo que había sucedido, al menos no en ese momento.

—No te contraté para que fueses mi caballero de brillante armadura.

A su pesar, una sonrisa curvó los labios de Percy. Ahí estaba de nuevo, la práctica señorita Frampton.

—Eres una mujer asombrosa.

Sophie apartó el rostro de su pecho y lo miró. Sus ojos se veían empañados por una pátina de humedad, pero también reconoció en ellos las brasas encendidas de la ira y la venganza. Le acarició la mejilla con lentitud. Sabía que no había en ella nada de extraordinario. Su fuerza provenía simplemente de su capacidad de amar. Y amaba a Percy de una forma que nunca antes había experimentado, sin condiciones.

—Solo soy una mujer —le respondió.

Él se inclinó despacio hacia ella, buscando sus labios. Los besó con suave dulzura, con una caricia sanadora que no pedía nada a cambio. Sin embargo, ella se entregó al beso con una confianza total y su corazón cayó de rodillas ante Sophie.

Sumergidos en la tierna y ardiente pasión que los consumía, ninguno de los dos se percató del ligero sonido de unos pasos sobre la gravilla del sendero, hasta que la luz de un farol los arrancó de las sombras.

—¡Cielo santo, lord Rokewood! ¡Qué desvergonzado! ¿Cómo se atreve a comportarse de este modo?

Percy intentó ocultar a Sophie tras la espalda, aunque ya era demasiado tarde. Un grupo de matronas, las mayores cotillas de Londres, junto con algunos caballeros, los observaban entre escandalizados y satisfechos. Se quitó la media capa y se la echó por los hombros a Sophie. Apretó con fuerza las mandíbulas. Había sido un estúpido al perder de vista cuál debía haber sido el plan de Lavinia desde el principio. Supo que estaba en lo cierto cuando oyó a una de las damas preguntar en voz baja si no tenían que ir al invernadero.

—Ha mancillado la reputación de esa dama.

—¿Quién es la joven?

—Siempre supe que era un libertino, igual que su padre.

Los susurros continuaron lacerándole los oídos, a pesar de que el corazón le latía con tanta fuerza que debería haber eclipsado cualquier otro sonido. De no haber sido por la serena compostura que mantenía Sophie a su lado, se habría puesto a maldecir a los presentes y los habría echado de allí.

En ese momento, llegaron Darius y Portia, acompañados por lord Robert Marston y toda su familia. Por la mirada que le dedicó Julie supo que, en esa ocasión, no había escapatoria.

—Esto es inconcebible. Y en una casa tan respetable…

Lord Marston se adelantó y alzó una mano para pedir silencio.

—Damas y caballeros, les ruego que vuelvan de nuevo al salón. Yo me encargaré personalmente de este asunto.

Con ayuda de su esposa y sus hijos, lograron que todo el mundo se marchara, excepto Darius y Portia. Esta se apresuró a acercarse a Sophie para abrazarla.

Robert miró a Percy con tristeza y sacudió la cabeza. Lo conocía de sobra para saber que nunca habría hecho nada que pudiese perjudicar la reputación de una dama. Sin embargo, poco podía hacer en esta ocasión para ayudarlo.

—En menudo lío te has metido, muchacho —declaró con seriedad.




CAPÍTULO 36

Las suaves pasadas del cepillo no lograron relajarla. Mientras la doncella terminaba de peinarla, se observó en el espejo. La imagen que reflejó no se parecía a ella; los ojos que la miraban eran los de una extraña y en ellos solo veía una profunda tristeza mezclada con resignación.

El mes de julio había llegado, cargando la atmósfera de un aire irrespirable. Ella debería estar viajando de regreso a Huntington para acompañar a su prima durante los últimos meses de embarazo y, sin embargo, se hallaba frente al tocador de su dormitorio, preparándose para celebrar su matrimonio. Sintió una punzada de dolor en el pecho, como si llevase una espina clavada en el corazón.

—Está usted preciosa, señorita Frampton —declaró la doncella con auténtico fervor—. Parece una princesa.

—Gracias, Dorothy.

Forzó una sonrisa en beneficio de la muchacha, aunque tenía los músculos tan rígidos que apenas pudo esbozar una mueca.

—Solo falta poner las flores y...

—Yo se las pondré —intervino la señora Briggs, acercándose a ellas.

Sophie notó un nudo en la garganta. A pesar de que podía ver la compasión en su mirada, le agradeció el gesto. Debería haber sido

su prima quien se las colocara en el cabello, ya que no contaba con una figura materna, pero Edith no se encontraba allí y ni siquiera sabía que iba a casarse. Estaba sola en el acontecimiento más importante de su vida.

Cuando la señora Briggs terminó, asintió satisfecha.

—Ha quedado precioso —comentó ella con sinceridad, aunque su tono carecía de la ilusión que debería teñir aquel momento.

En un gesto impulsivo, el ama de llaves la abrazó.

—Todo va a ir bien, señorita, ya lo verá.

Su calidez maternal la confortó, pero también estrechó el nudo de su garganta y las lágrimas afloraron a sus ojos.

—Necesito estar unos minutos a solas, por favor.

La señora Briggs le indicó a la doncella que saliera y abandonó la habitación tras ella, cerrando con suavidad la puerta después de dedicarle una última mirada compungida.

Sophie apoyó los codos sobre la superficie pulida del tocador y ocultó el rostro entre las palmas de las manos. Se mordió el labio para no echarse a llorar, pues sabía que si empezaba, no podría parar hasta deshacer el nudo de congoja que le oprimía el pecho.

Habían pasado dos semanas desde el baile en la mansión de los Marston. Tras el incidente, se reunieron en la biblioteca para buscar una solución, ya que, aunque ninguno de los dos se pronunció al respecto: ni ella ni Percy deseaban contraer matrimonio por obligación. Cuando propuso regresar a Huntington, segura de que la sociedad tardaría poco en olvidarse de ella, Darius le hizo comprender que Percy seguiría en Londres y tendría que cargar con el estigma del deshonor por no haber hecho lo correcto, mientras que Portia le aseguró que tarde o temprano los rumores llegarían a York y, entonces, ella se convertiría en una paria social.

Sin importar cuántas vueltas le dieron al asunto, no encontraron una opción más adecuada que casarse. A pesar de todo, lo que más le dolió no fue el hecho de verse arrastrada a un matrimonio impuesto, sino que, durante el tiempo que estuvieron hablando, Percy permaneció en silencio, como si le resultase indiferente a qué

conclusión se llegaba. Finalmente, cuando todo quedó decidido, solo pronunció unas palabras: «Conseguiré una licencia matrimonial». Tras lo cual, se levantó y abandonó la biblioteca. Y, según supo después, también la mansión. Ella regresó en el carruaje con Portia, a quien le contó en el camino todo lo sucedido.

Al duque no había vuelto a verlo desde entonces. Sin embargo, no lo culpaba. Desde el primer encuentro, después de asegurarse de que su intención de contratarlo como guía era sincera y no una trampa para cazarlo, le había dejado claro que no deseaba casarse. Pero el destino había jugado en su contra y, en ese momento, Percy debía estar ya dirigiéndose hacia la iglesia de St. James, donde tendría lugar la ceremonia.

—Tal vez decida dejarme plantada en el altar —musitó, alzando la cabeza y contemplando su rostro en el espejo.

Era una posibilidad, una aterradora. No tanto por la humillación que supondría para ella, sino porque lo perdería para siempre. El dolor le apretó el corazón de tal manera que sintió que le faltaba el aire para respirar. Cuando Edward la había abandonado, todo lo que experimentó fue tristeza y melancolía, quizá decepción, y después rabia. Pero con Percy era diferente. La perspectiva de no volver a verlo, más aún, de que la odiase, le resultaba en extremo dolorosa, como si una mano invisible le drenase la vida y convirtiese su cuerpo en un cascarón vacío. Una lágrima solitaria y traicionera descendió por su mejilla.

Con decisión, borró el rastro húmedo con los dedos y tomó una honda respiración para insuflar en sus pulmones el aire que le faltaba.

—Sophie Melissa Frampton —se reprendió a sí misma, retomando el control sobre sus emociones—, no vas a llorar sobre la leche derramada.

No podía cambiar el pasado, no obstante, podía construir un futuro junto a Percy a base de amor. Lucharía por conquistar su corazón y por hacerlo feliz. «El ángel de Londres» era ahora «su»

ángel, y ella se encargaría de que pudiera volver a extender las alas rotas y volar.

Escuchó el sonido de la puerta del dormitorio al abrirse y supuso que la señora Briggs venía a avisarle de que debía dirigirse a la iglesia.

—Ya estoy lista —le aseguró, al tiempo que se ponía de pie y tomaba el chal.

—Me alegro, a Percy nunca se le ha dado bien esperar.

Sophie se giró, sorprendida.

—Portia…

—Te ves preciosa. —La contempló durante unos instantes. Llevaba un vestido de fina muselina blanca con flores de raso realzadas en el ruedo del mismo, así como en el escote cuadrado. El chal también era blanco, de suave seda, con pequeñas prímulas bordadas y elegantes flecos en los bordes—. La señora Bean ha hecho un gran trabajo.

Ella asintió y se alisó la falda en un gesto mecánico. Sabía que Portia tenía razón y, tal vez, habría disfrutado de la prenda si fuesen otras las circunstancias.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar ya en la iglesia?

—Percy me ha pedido que te traiga las joyas de la duquesa. —Le entregó un pequeño cofre que portaba en las manos y en el que Sophie no había reparado antes—. Deberías usar la tiara y el collar de diamantes. También quería hablar contigo —añadió después de un breve silencio durante el cual se dedicó a rebuscar en el interior del cofre, después de indicarle que se acomodara de nuevo frente al tocador.

Encontró el collar y la ayudó a ponérselo, luego hizo lo mismo con la tiara. Sophie no dejó de observarla a través del espejo durante todo el proceso. A pesar de que Portia se había mantenido a su lado en aquellas últimas dos semanas e incluso la había acompañado al establecimiento de Charlotte para elegir el vestido para la boda, aún no sabía si la joven estaba enfadada con ella o no, pues siempre

había hecho todo lo posible por librar a su primo de un matrimonio indeseado y debía de sentir que, con ella, había fracasado.

—¿De qué querías hablar conmigo? —le preguntó, sintiendo una ligera inquietud presionándole la boca del estómago.

Portia dejó escapar un suspiro. Percy nunca se lo perdonaría si supiera lo que pensaba hacer, pero quería que fuese feliz y, además, estimaba a Sophie. Se movió hacia un lado del tocador para poder mirarla directamente a los ojos. Quería estar segura de ver en ellos la sinceridad.

—¿Amas a Percy?

La cuestión la sorprendió, aunque no demasiado, y la respuesta no le costó en absoluto pronunciarla.

—Sí —admitió con firmeza— y haré todo lo que esté en mi mano para que tenga una vida feliz.

A pesar de que creía saber lo que Sophie respondería, escucharlo de sus propios labios le supuso un gran alivio porque, aunque Percival no hubiese comentado nada al respecto, tenía la convicción de que sentía lo mismo por ella. Sin embargo, no le resultaría fácil reconocerlo y eso podría afectar a su relación. Por eso, si podía hacer algo por ellos…

—Lady Leonore Ferringham. Probablemente su nombre no te resulte conocido, pero estuvo comprometida con Percy. Iban a casarse. —Sophie sintió que el corazón se le detenía con brusquedad en el pecho y que la sangre abandonaba su cuerpo, dejándolo tan frío como si estuviera muerta. La voz no llegó a su garganta y las preguntas se disolvieron en su lengua, por lo que permitió que Portia continuara hablando—: Cuando mi tío murió y salió a la luz la enorme cantidad de deudas que había contraído, la sociedad le dio la espalda a Percy, aunque a él no le importó demasiado. Sin embargo, cuando Leonore rompió el compromiso alegando que no lo amaba tanto como para aceptar convertirse en una duquesa pobre y en una paria entre la aristocracia, Percival descendió hasta el mismísimo infierno.

Jamás podría olvidar aquel tiempo en el que incluso temió que él intentara quitarse la vida.

—Así que ese es el motivo de su amargura —musitó, con el corazón acongojado.

Había detectado aquel sentimiento en algunas ocasiones mientras conversaban y siempre se había preguntado quién le había causado tanto daño. Ahora ya lo sabía. Percival había amado a otra mujer lo suficiente como para vivir sumido en el recuerdo del dolor que le había producido el abandono. Por eso no deseaba volver a amar y se había refugiado tras un muro de cinismo.

Su anterior resolución se tambaleó hasta los cimientos. ¿Cómo podría conquistar un corazón roto? ¿Cómo llenar de amor lo que ya estaba rebosante de rencor y odio? Miró a Portia, casi como si esperara que ella le diera las respuestas que necesitaba para reavivar sus esperanzas.

Esta le devolvió la mirada, arqueando las cejas. Le sorprendía que Sophie hubiese sido capaz de detectar la amargura en Percy, cuando este se había convertido en un maestro de la mascarada. Nadie había sido capaz de ver nunca más allá de la fachada ilusoria de despreocupación y burlesca indiferencia que solía ofrecer a la alta sociedad. Una pequeña chispa de esperanza prendió en su alma, convencida de que había sido el destino quien los había unido. Se inclinó hacia ella y le tomó las manos entre las suyas.

—Sophie, eres lo mejor que le ha podido pasar a Percival. Estoy segura de que él siente algo por ti. Ámalo con todo tu corazón, no te rindas. Sé que llegaréis a ser muy felices —vaticinó con convicción y un brillo intenso destelló en su mirada.

Sus ojos se parecían tanto a los del duque que, por unos instantes, creyó estar viéndolo a él. «Juro que algún día los suyos brillarán del mismo modo», se prometió a sí misma.

CAPÍTULO 37

«El camino va a ser largo y difícil», pensó después, cuando entró en la iglesia de St. James, donde se encontraban tan solo unos cuantos invitados a la ceremonia. En el altar, junto al ministro que oficiaría el matrimonio, aguardaban ya los dos testigos de boda, lord Blackthorn y la señora Bean, que vestía una de sus últimas creaciones, en diferentes tonos verdes. A su lado esperaba Percy.

Ataviado con una elegante chaqueta de seda adamascada en azul oscuro, con pantalones y chaleco en color marfil y la camisa y la corbata blancas, se veía sumamente atractivo. El corazón se le aceleró al verlo. Sin embargo, el gesto grave de su semblante le puso un nudo en el estómago. Sus pasos vacilaron mientras recorría sola el largo pasillo alfombrado, preguntándose de nuevo si estaba haciendo lo correcto. Su mirada se cruzó con la de Portia, que se había acomodado ya en uno de los bancos de madera, y la vio asentir para infundirle el valor que flaqueaba en ella. Inspiró hondo y alzó la cabeza con dignidad al tiempo que avanzaba hacia el altar.

El conde la recibió al pie del mismo, le tomó la mano y se la besó con galantería, esbozando una sonrisa a la que asomaban acentos de tristeza.

—Está usted preciosa, señorita Frampton.

—Gracias, lord Blackthorn.

Darius ejerció una leve presión sobre sus dedos. Aunque se había dado cuenta de que no habría podido hacerla feliz como se merecía, le habría gustado que las cosas fueran distintas, tanto por ella como por Percy.

—No permita que le afecten las circunstancias —le susurró, al tiempo que le ofrecía el brazo para subir las escaleras hacia el presbiterio— y no se deje intimidar por la arrogancia ducal. Puede que el hielo sea duro y frío, pero siempre puede derretirse con calor.

Aquellas palabras se posaron sobre su corazón con la misma delicadeza con la que las mariposas descansaban sobre los pétalos de una flor e insuflaron en su ánimo un nuevo hálito de fuerza y esperanza. «Excepto devolver a alguien de la muerte, no hay nada que el amor no pueda lograr, si tienes fe en él», le había dicho su padre en una ocasión. Clavó la mirada en el rostro de Percy, cuando Darius le entregó su mano a él, y sintió la dulce y confortable calidez que la envolvió.

«No me rendiré», pensó, perdida en el cielo de aquellos ojos. Puede que su amor no fuera suficiente para cambiar la hipocresía de la sociedad, pero era lo bastante grande para crear un mundo propio, uno solo para Percy y para ella.

El clérigo dio comienzo a la ceremonia cuando los dos contrayentes se acercaron al altar.

—Amados hermanos, estamos aquí reunidos ante los ojos de Dios y ante esta congregación, para unir a este hombre y a esta mujer en santo matrimonio…

Una suave música de fondo resonaba en el recinto sagrado y la luz que entraba a través de las vidrieras creaba una atmósfera mística que serenaba el alma. Sin embargo, la de Percy se hallaba sumergida en una violenta tormenta que oprimía su pecho, causándole una sensación de ahogo que se había acrecentado cuando vio a Sophie caminar hacia él por el pasillo. Ese debería de haber sido un día especial para ella, lleno de ilusión y de dicha por unirse en matrimonio con el caballero al que le hubiese entregado su amor. Pero era él quien la aguardaba en el altar. Él, cuyo corazón

hacía tiempo que se había vuelto un órgano que simplemente latía para mantenerlo con vida. Ella se merecía a alguien mejor, a un hombre que pudiera amarla de verdad.

La culpabilidad martilleaba su espíritu y la tensión le agarrotaba el cuerpo. No obstante, la presencia serena de Sophie a su izquierda ejercía sobre él un efecto calmante. La observó de soslayo, recreándose en la armonía de sus rasgos. Si bien no poseía un rostro bello, había algo en él, como una luz radiante, que lo había atraído desde el primer momento en que la vio. Ella le había devuelto un poco de fe en sí mismo, en su propio valor como persona, sin importar títulos ni fortunas.

Sophie se giró hacia él en ese momento y la calidez que vio en sus ojos color miel al mirarlo lo obligó a aceptar el pensamiento que había intentado esconderse a sí mismo: puede que fuera un egoísta, porque, en el fondo, se alegraba de que se desposara con él en lugar de hacerlo con cualquier otro. La necesitaba. Y eso era lo que más lo asustaba.

—Percy… —susurró ella, arrancándolo de sus reflexiones.

—¿Sí?

Vio cómo Sophie disimulaba una suave sonrisa al tiempo que señalaba con la cabeza al ministro. Dirigió la mirada hacia él y vio que lo observaba con el ceño fruncido y un gesto de reprensión en el rostro.

—Percival James Alcock —volvió a entonar el hombre con solemnidad, tras emitir un ligero carraspeo—, ¿quiere a esta mujer como legítima esposa para vivir juntos, según la ordenanza de Dios, en el santo estado del matrimonio? ¿La amará, la consolará, la honrará y la sostendrá en la enfermedad y en la salud? Y, renunciando a todo lo demás, ¿se guardará solo para ella mientras ambos vivan?

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo mientras el eco de aquellas palabras se desvanecía en la atmósfera sobrecogedora de la iglesia, sustituido por un silencio tan profundo que le pareció encontrarse dentro de una tumba. No eran las dudas las que

sellaban sus labios, sino la certeza que acababa de alcanzarlo como un rayo: amaba a Sophie. No era el hombre que ella se merecía, pero la amaba.

—Milord, tiene que responder —le indicó el clérigo con la voz teñida por una ligera inquietud.

Percy no apartó la mirada de Sophie, sin dejar de preguntarse en qué momento había sucedido aquello. El sabor amargo de un rencor que creía olvidado le cerró la garganta. Había amado a Leonore con sinceridad, pero ella nunca le correspondió de la misma manera. Cuando lo abandonó, no solo fue el compromiso entre ambos lo que rompió, sino también su corazón. Al casarse con Sophie, ¿no estaría cometiendo el mismo error otra vez? Si ella no lo amaba y algún día decidía abandonarlo también…

—Sí, quiero. —Se oyó responder a sí mismo, a pesar de todo, como si su corazón hubiese tomado el control de su mente y de su voluntad.

—Sophie Melissa Frampton —prosiguió entonces el ministro—, ¿quiere a este hombre como legítimo esposo para vivir juntos, según la ordenanza de Dios, en el santo estado del matrimonio? ¿Le obedecerá, le servirá, lo amará, lo honrará y lo sostendrá en la enfermedad y en la salud? Y, renunciando a todo lo demás, ¿se guardará solo para él mientras ambos vivan?

—Sí, quiero —contestó ella con voz firme, aunque podía sentir la tensión que embargaba a Percy. Ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

El resto de la ceremonia solo fueron palabras ininteligibles para ella y su mano tembló ligeramente cuando él le colocó el anillo en el dedo anular.

—A quienes Dios ha unido, que ningún hombre los separe —dijo el clérigo con solemnidad tras tomar su mano derecha y unirla a la de Percy, mientras se mantenían arrodillados—. Por tanto, puesto que Percival James Alcock y Sophie Melissa Frampton han consentido ambos este santo matrimonio y han sido testigos del mismo ante Dios y los presentes, y ya que han dado y prometido su compromiso

el uno al otro, declarando el mismo al dar y recibir el anillo y por la unión de sus manos, yo los declaro marido y mujer. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Percy se volvió hacia Sophie. «Mi esposa». La ley estipulaba que ahora ella le pertenecía, tanto sus bienes como su persona. Sin embargo, él sabía que no era así, porque jamás podría poseer su corazón si ella no se lo entregaba.

—Lord Rokewood, puede besar a la novia —le recordó el clérigo, que parecía impaciente por acabar con la ceremonia.

Él asintió y se inclinó hacia ella, deteniéndose apenas a unos centímetros de sus labios. Entonces giró la cabeza y depositó un beso breve en su mejilla. Se levantó y la ayudó a ponerse de pie antes de ofrecerle el brazo para abandonar la iglesia de St. James.

A pesar de que el sol brillaba en el exterior y de que acababan de celebrar un matrimonio, ni los aplausos ni las risas felices acompañaron la salida del templo. Sophie tuvo la sensación de haber asistido más bien a un funeral que a su propia boda. Incluso Portia mostró un entusiasmo moderado al ver el semblante serio y taciturno de su primo.

Sophie dejó escapar un suspiro mientras permitía que Percy la condujera hacia el carruaje blanco que aguardaba para conducirlos a la mansión ducal, donde tendría lugar la recepción. La había sorprendido y decepcionado, a partes iguales, que él la besara del mismo modo en que lo haría con una hermana. Comprendió que tenía mucho trabajo por delante si quería convertir aquella relación en un matrimonio real. Si se trataba de luchar por su felicidad, no iba a escatimar medios.

—¿Por qué no me has besado? —le preguntó cuando se acomodó sobre el asiento acolchado y el carruaje partió con una ligera sacudida.

Él alzó una ceja y una mueca burlona le curvó los labios.

—No quería incumplir el contrato —repuso con cierta dejadez, como si el asunto fuera irrelevante.

Sophie sintió un pellizco de dolor en el pecho al comprender que él había vuelto a levantar el muro que los separaba. «Puede que el hielo sea duro y frío, pero siempre puede derretirse con calor», recordó que le había dicho Darius. Bien, puesto que ahora era su esposa, tenía derecho a seducirlo.

—Qué considerado por tu parte —le respondió, al tiempo que se levantaba y, sin cuestionar demasiado su propio atrevimiento, se acomodó sobre su regazo.

Aquel gesto pilló a Percy por sorpresa.

—¡Sophie! ¿Qué demo…?

Ella lo acalló colocando un dedo sobre sus labios. Los iris de sus ojos se habían tornado de un azul profundo.

—Si soy yo la que te besa a ti, entonces no habrá incumplimiento del contrato —susurró, inclinándose hacia su rostro.

Percy ahogó un gemido en la garganta. La tensión agarrotaba cada uno de sus músculos y el dulce peso de ella sobre el regazo le había provocado una erección. Se moría por besarla, porque Sophie era suya, suya para siempre, pero no lo había hecho porque no quería imponerle su propio deseo, cuando ella se había visto abocada a ese matrimonio por obligación. Y porque tenía miedo de pedirle más de lo que estaba dispuesta a darle. Quería venerar cada rincón de su cuerpo y hacerle el amor, primero despacio, luego con intensidad, una y otra vez, hasta que ella se rindiera a él y le entregara su corazón. Sin embargo, no deseaba que ella lo odiara.

—Sophie, no sabes…

Lo besó antes de que terminara de hablar. No había argumentos racionales y prácticos para sus acciones, por una vez iba a dejarse llevar por la lógica del corazón.

Él parecía contenerse y sintió la amarga decepción de la derrota. Estaba a punto de desistir cuando la actitud de Percy cambió. Enlazó su cintura con un brazo y notó la ligera presión de su lengua contra sus labios. Los entreabrió, con un suspiro, y de pronto la tierra se hizo cielo cuando una oleada de placer la recorrió. Su corazón

comenzó a latir con fuerza y cada latido fue un susurro que gritaba «te amo».

Rogó porque él pudiera escucharlo.




CAPÍTULO 38

Había transcurrido una semana desde la boda y todo lo que había pasado era… nada. Absolutamente nada. El dolor y la frustración habían enraizado en su corazón como una mala hiedra que lo iba envolviendo hasta asfixiarlo. Cada latido era una punzada de agonía.

Observó a través de la ventana el precioso jardín de Rokewood House, con los rosales en flor y los parterres cuajados de flores. En alguna ocasión había tomado un libro de la biblioteca y se había sentado en uno de los bancos de piedra, bajo la sombra de los árboles, para leer un rato y distraerse, aunque no había hecho otra cosa que pasar página tras página sin apenas prestar atención a las palabras. Tan solo podía pensar en la situación en la que se encontraba: unida en matrimonio a un esposo al que amaba, pero que parecía huir de ella cada vez que la veía.

—Al menos, cuando no estábamos casados me deseaba —suspiró, apoyando la frente contra el cristal.

Después del ardiente beso en el carruaje, habían celebrado el banquete en la mansión y ella había esperado con nerviosismo el momento en que se quedaran a solas. Sin embargo, para cuando llegó la noche solo recibió unas palabras: «No voy a tocar ni un solo chelín de tu herencia», acompañadas de un frío «buenas noches». Percy se había retirado entonces al dormitorio del duque, colindante

al de la duquesa. Y, así, la simple puerta que separaba ambas habitaciones se transformó en un muro infranqueable.

Los siguientes días, la irritación fue creciendo en su interior. Cuando ella llegaba al comedor de desayuno, él se marchaba tras pronunciar un escueto saludo y no volvía a verlo durante toda la mañana y, a veces, ni siquiera se presentaba al almuerzo. Las tardes eran aburridas y las noches solitarias y frías. En ese momento, con la cabeza acunada por la almohada, dejaba que brotaran libres las lágrimas del pozo de amargura en que se estaba convirtiendo poco a poco su alma. Le dolía ver la rigidez que mostraba Percy cada vez que se cruzaban sus pasos y el gesto tenso de su semblante, en el que la sonrisa estaba ausente. No podía evitar preguntarse si acaso la odiaba por haber sido tan ingenua, dejándose engañar, y haber provocado aquel indeseado matrimonio.

—Podría regresar a Huntington —pensó en voz alta, separándose del cristal. No sería el primer matrimonio cuyos cónyuges vivieran alejados el uno del otro. Los rumores de su partida no tardarían en desaparecer y Percy recuperaría su vida.

Se acercó al secreter y sacó papel y tinta para escribir. Tendría que haberle escrito a Edith y a su primo, comunicándoles la buena nueva, pero no se había sentido con fuerzas para contarles lo sucedido. Quizá debería decirles que volvía a casa. Una vez allí, podrían hablar de ello.

Mojó la pluma en la tinta y la suspendió sobre el papel. Los segundos pasaron sin que una sola palabra brotase de ella. Una gota negra cayó, formando una mancha en una esquina. Dejó de nuevo la pluma y se cubrió el rostro con las manos. ¿Por qué amar dolía tanto? Alejarse de Percy sería como arrancarse el alma, pero mejor eso que hacerle vivir a él un infierno. Todo lo que había deseado era que fuese feliz.

Se levantó y abandonó el dormitorio. Necesitaba distraer la mente con cualquier otra cosa. «Tal vez puedo ir a la cocina a revisar los menús con la señora Cook, o buscar un libro en la biblioteca para leer», pensó mientras bajaba las escaleras hasta el vestíbulo.

Acababa de enfilar por el corredor que llevaba a esta última, cuando se detuvo al ver entreabierta la puerta del despacho de Percy. Sabía que él no estaba en casa, pues le había dejado recado con el señor Belcher, el mayordomo, de que pasaría la mañana fuera, así que alguna de las doncellas debía de haber olvidado cerrarla tras la limpieza.

Empujó la puerta, que se abrió silenciosa, y entró. No supo quién de los dos se sobresaltó más, si ella o el lacayo que se encontraba en el interior, colocando libros en las estanterías.

—*Milady*, no sabía que vendría —comentó el joven, azorado. El nerviosismo lo asaltó y se le cayó al suelo el libro que tenía entre las manos—. Disculpe, yo…

—No se preocupe. Siento haberlo interrumpido —se disculpó Sophie, esbozando una sonrisa tranquilizadora. No recordaba su nombre, tal vez Paul o Richard, solo sabía que llevaba poco tiempo sirviendo en la mansión, pues Percy había hecho contratar más personal a raíz del matrimonio—. Puede continuar con lo que estaba haciendo, no lo molestaré.

—Ya había terminado, *milady*. —Colocó el libro en su lugar y, tras dirigirle una profunda y rápida reverencia, la dejó sola en el despacho.

Sophie echó un vistazo alrededor. Se trataba de una estancia sobria, de paredes con papel tapiz en tono burdeos que terminaban en unas cornisas de yeso e intrincados rosetones en el techo. Una enorme chimenea de mármol blanco ocupaba uno de los laterales de la habitación y un par de ventanales, con exquisitos cortinajes, se abrían en otro. Los muebles eran de madera oscura, finamente tallados. Se apreciaba un aroma a papel viejo y a cuero en el ambiente.

Caminó sobre la mullida alfombra, recorriendo el espacio, mientras deslizaba las yemas de los dedos sobre el mobiliario. La superficie del escritorio mostraba un aspecto desordenado que le trajo recuerdos de su padre. Él siempre decía que existía un orden dentro del caos, por lo que se negaba a que nadie limpiara el despacho.

Tras su muerte, cuando ella se hizo cargo de todo, descubrió que, en cierto modo, tenía razón, pues no tuvo dificultades para encontrar todos los documentos.

Pasó un dedo por el intrincado relieve del soporte para cartas, que contenía varias sin abrir. Junto a este descansaba un tintero, una cajita con plumas y un sello de lacre. Le llamó la atención un papel que había extendido al lado de un abrecartas. La elegante escritura era, sin duda, femenina. Rodeó la mesa para poder verla bien y comenzó a leerla. Se trataba de una petición dirigida a Percy o, más bien, «al ángel de Londres». Apretó los labios con preocupación. Él había rechazado hacer uso de su fortuna, que le correspondía legalmente por el hecho de haberse convertido en su esposo, y no dejaba de preguntarse cómo iba a terminar de pagar las deudas si ya no aceptaba encargos.

Vio que debajo de la carta había otra con la letra de Percy. Debía de tratarse de la respuesta, pero apenas asomaba una esquina del papel. Dio un pequeño tirón para sacarla un poco más, con tan mala fortuna que su mano chocó contra la pila de libros que había al lado. Esta se derrumbó sobre la alfombra con un golpe sordo. Se apresuró a recogerlos. Uno de ellos había quedado abierto y el contenido despertó su interés.

Puso el resto sobre el escritorio y se acomodó en la silla para revisar el que le había llamado la atención. Sus páginas reflejaban las cuentas de la casa, tanto los ingresos como los gastos. Algunos de ellos eran verdaderos dispendios, que podían haberse evitado. Sin embargo, por la fecha que indicaba en la parte superior de la hoja, debían de haber sido ocasionados por el anterior duque.

—Podría proponerle ocuparme de la administración —comentó en voz alta, recorriendo con el dedo las filas de números. Así, al menos, no se aburriría en casa. Conforme avanzaba en la lectura, las cantidades se incrementaban y las deudas ascendían hasta tal punto que Sophie sintió que le faltaba la respiración—. ¡Cielo santo!

Imaginó la desesperación que debió de embargar a Percy tras la muerte de su padre. Se habría necesitado un verdadero milagro para

solventar los pagos. Avanzó unas páginas más, donde aparecía ya la letra de su esposo. Con cada apunte que leía se fue dando cuenta de que poseía una inteligencia brillante. Se detuvo en una de las entradas, datada de casi dos años atrás, y se quedó sorprendida por el epígrafe que aparecía. Nerviosa, continuó leyendo.

—Lady Rokewood.

Dio un respingo al escuchar aquella voz profunda y a punto estuvo de dejar caer el libro que sostenía. Alzó la cabeza y se encontró con el gesto reprobatorio que le dirigía el mayordomo desde la puerta.

—¿Qué sucede, señor Belcher? —inquirió con todo el aplomo de que fue capaz en ese momento, a pesar de que se sentía como una niña a la que hubieran pillado robando las galletas recién hechas por la cocinera.

—Lady Portia ha venido a buscarla, *milady*. Desea saber si está disponible para acompañarla a unos recados —le explicó. Luego, como si no pudiera contenerse, añadió—: Discúlpeme por el atrevimiento, pero me veo en la obligación de señalar que a Su Gracia no le agrada que nadie entre en su despacho, ni siquiera para limpiar.

Sophie pensó que ella se veía en la obligación de señalarle que era la esposa de Su Gracia, pero controló el pequeño arrebato. Sabía que Ned apreciaba mucho a Percy, ya que ejercía como mayordomo en esa casa desde que él era un niño, y era normal que desconfiara de ella, puesto que apenas la conocía y, seguramente, debía de estar al tanto del rechazo de Percy hacia el matrimonio.

—Le agradezco la aclaración, señor Belcher. —Se levantó de la silla y dejó el libro de cuentas sobre la pila. Dio unos golpecitos sobre la tapa, pensativa, y luego miró al hombre, que aguardaba junto a la puerta. Su cabello era de un tono gris plateado y sus ojos, casi de la misma tonalidad, se hallaban fijos en el libro que ella había vuelto a coger—. Usted lo sabe, ¿verdad?

—No comprendo a qué se refiere, *milady* —repuso con tono envarado. Lo que le hizo comprender a Sophie que estaba mintiendo.

—Lo de las deudas y lo de los niños…

—Lo lamento, lady Rokewood, pero no se me permite hablar de los asuntos del señor.

—Entonces le preguntaré al duque —replicó con firmeza, al tiempo que salía de detrás del escritorio y atravesaba la estancia.

—No se lo aconsejo, *milady*. Me temo que a Su Gracia no le gustará saber que ha…

Se detuvo sin saber muy bien cómo continuar, aunque Sophie no tuvo problema en hacerlo por él.

—¿…metido las narices en sus asuntos? Escuche bien mis palabras, señor Belcher, pues creo que ambos deseamos lo mismo: la felicidad de lord Rokewood —le dijo, suavizando el tono y dejando que la sinceridad asomase a sus ojos—. Amaba al duque antes de desposarme con él y, después de leer esto, lo amo aún más —señaló, mostrándole el libro que se había llevado consigo—. Es el hombre más honorable, bueno y generoso que he conocido nunca, y le aseguro que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para hacerlo feliz. Me agradaría poder contar con su ayuda.

Le pareció ver un brillo húmedo en los ojos grises del anciano.

—Si lo consigue, *milady*, tendrá mi eterno agradecimiento —le aseguró con fervor—. Desde que sirvo en esta casa, ese muchacho no ha conocido lo que es el amor ni ha gozado de un solo instante de felicidad. Le ayudaré en lo que pueda.

Sophie le sonrió, agradecida. Quería hablar con Percy, sin embargo, para que este no volviera a huir de ella, necesitaba un aliado. Y ahora tenía uno.

—Bien, no hagamos esperar más a lady Portia —declaró, sintiendo que por fin había encontrado un camino para llegar al corazón de su esposo.




CAPÍTULO 39

Se dirigió a la salita con el ánimo más ligero. No podía dejar de pensar en lo que acababa de averiguar y el corazón le latía con fuerza, como si no pudiera contener el amor que sentía por Percy.

Cuando entró en la sala azul, encontró a Portia sentada en uno de los divanes, con las piernas cruzadas y balanceando con precariedad uno de sus exquisitos escarpines de seda verde. Al escuchar el sonido de la puerta, volvió la cabeza y se puso de pie, acercándose a ella con una sonrisa en los labios, aunque Sophie pudo darse cuenta de que a sus ojos azules asomaba la preocupación.

—¡Sophie! —Tomó sus manos y depositó un beso en su mejilla con afecto—. ¿Cómo estás?

—Aburrida.

El gesto de Portia se torció en una mueca. La tomó de la mano y la condujo hacia el diván, donde se acomodaron. La observó unos instantes. Había unas pequeñas sombras bajo sus ojos, señal de que no dormía bien.

—Lo siento tanto —dijo de pronto, mientras la envolvía en un abrazo, con la culpa atenazándole la garganta.

Sophie se sorprendió en un primer momento, mas luego le devolvió el abrazo. A veces olvidaba que Portia era todavía demasiado joven.

—¿Qué es lo que lamentas? ¿Que me haya casado con el hombre que amo? —replicó con tono divertido.

—¡¿Qué?! —exclamó, horrorizada, al tiempo que se apartaba un poco—. Claro que no, sabes que no me refiero a eso. Eres lo mejor que le ha pasado a Percy, aunque el muy tonto no se haya dado cuenta todavía de ello.

—Pues entonces no hay nada por lo que disculparse. Tú no tienes la culpa de nada.

—Pero…

«No eres feliz», quiso decirle. Sin embargo, se mordió el labio inferior para contener sus palabras. Sophie no había aparecido en ningún evento social desde la boda, lo mismo que Percy, aunque había sabido por Darius que este se pasaba el día fuera de la mansión. Así que, puesto que deseaba hablar con su primo, sobornó a una doncella de Rokewood House para que la mantuviera informada de sus salidas, y un día lo abordó en Tattersalls, donde había acudido para comprar caballos.

El encuentro no fue agradable. A pesar de que era su primo favorito, en ese momento habría querido estrangularlo. Se hallaba de un humor insoportable y resultó inútil intentar mantener una conversación con él. Finalmente, no le quedó más remedio que marcharse de allí bastante enfadada.

Sophie sacudió la cabeza.

—La vida está llena de giros inesperados y, a veces, seguir avanzando es doloroso y difícil. Reconozco que este matrimonio no es lo que esperaba. —Al ver el gesto compungido en el semblante de Portia, la tomó de la mano y se la apretó con cariño.

—¿Te arrepientes?

—En absoluto —le aseguró con firmeza—. Aceptar la realidad no significa rendirse. Aunque las circunstancias me hayan obligado a llegar hasta aquí, mi corazón sigue siendo libre. Por eso, elijo amar, elijo esperar y elijo encontrar la manera de ser feliz junto a Percy.

—¡Oh, Sophie! —Volvió a abrazarla con entusiasmo—. Si ese grandísimo idiota no es capaz de darse cuenta del tesoro que tiene,

puedes venirte a vivir conmigo. Estoy segura de que disfrutaremos mucho juntas. Podremos viajar, acudir al teatro, a los bailes y viviremos como nos plazca. Dime, ¿qué te gustaría hacer?

Ella sonrió ante el arrebato juvenil. Algún día, tal vez no demasiado lejano, encontraría a un hombre al que le entregaría ese corazón apasionado y lleno de bondad que poseía.

—Por lo pronto, ¿qué te parece si vamos a tomar un helado a Gunter's?

Una chispa de ilusión brilló en el azul de sus ojos.

—Me encantaría. De hecho había venido para pedirte que me acompañaras a hacer unas compras.

—Deja que me cambie el vestido y enseguida estaré contigo.

Mientras subía al dormitorio, una suave sonrisa bailaba en sus labios. Portia estaba tan llena de vitalidad que era capaz de levantar el ánimo a cualquiera. Se preguntó cómo podría siquiera lord Blackthorn resistirse a ella cuando la joven se había propuesto sacarlo de su soledad y sanar su alma. Supuso que para él sería una batalla perdida.

Echó un vistazo al interior del vestidor para escoger un atuendo apropiado y que no fuese complicado de abrochar, puesto que no deseaba llamar a la doncella. Su mirada se detuvo sobre el exquisito *negligé* que Charlotte había traído del viaje a París y le había ofrecido como regalo de bodas. Pasó los dedos sobre la delicada tela, tan suave que parecía deshacerse como espuma. Se lo había puesto la noche de su boda, pero le pareció tan indecente por su transparencia que, avergonzada, lo cambió por una de sus habituales camisolas.

Sacudió la cabeza. No tenía sentido volver a lamentarse por lo sucedido aquella noche, debía mirar hacia el futuro, un futuro que iba a construir con sus propias manos. Su situación matrimonial no era más complicada que cualquiera de los problemas que le presentaban los aparceros de Frampton Manor, y ella siempre sabía cómo resolverlos.

Tomó un vestido de un suave tono melocotón, que se abrochaba con facilidad, y se lo puso. Cogió el sombrero, el ridículo y la sombrilla a juego, y bajó las escaleras. Portia se encontraba ya en el vestíbulo, hablando con Ned. Se preguntó si, lo mismo que el mayordomo, ella conocía también las actividades de Percy o si, por el contrario, estas eran un secreto bien guardado. Decidió que lo averiguaría.

Cuando llegaron a Gunter's, el carruaje de los Alcock se detuvo bajo la sombra de unos árboles situados en el centro de la plaza. Sophie recordó, con un amago de nostalgia, el día en que lord Blackthorn la había acompañado para que probase los helados. Igual que entonces, un camarero se acercó solícito para tomar el pedido.

—Portia, ¿has recibido más encargos para Percy? —le preguntó una vez que el hombre se hubo marchado.

La joven asintió.

—Han llegado cartas de algunas damas que solicitaban sus servicios como acompañante para acudir a fiestas. Ya sabes que con motivo del Gran Jubileo hay más eventos sociales. La mayoría de las familias se han quedado en Londres en lugar de trasladarse al campo, como suelen hacer en verano —le explicó—. Pero no debes preocuparte, Percy me ha dicho que debo rechazar todas las peticiones. No acompañará a ninguna dama.

—No es eso lo que me preocupa. Me preguntaba cómo va a terminar de pagar las deudas si ya no acepta más solicitudes —comentó, sin dejar de observar a Portia para ver su reacción. Esta frunció el ceño con inquietud y Sophie supo que no estaba al tanto de lo que ella acababa de descubrir: Percy hacía tiempo que había saldado las deudas de su padre e, incluso, había hecho buenas inversiones que le habían reportado grandes beneficios. Según la cantidad consignada en la última entrada del libro, era poseedor de una notable fortuna.

—No lo sé. Le he ofrecido mi ayuda, pero la ha rechazado. Es demasiado orgulloso para recibir el dinero de una mujer, aunque seamos familia —repuso con un tono cargado de frustración.

—También se ha negado a aceptar mi herencia —le confió. Satisfecha con el derrotero que tomaba la conversación, introdujo el tema que le interesaba—. Por eso estaba pensando en donar una parte a alguna institución benéfica.

—¿Crees que es prudente? Quiero decir, si al final Percy se encuentra en apuros con los acreedores…

—No será una gran cantidad —la tranquilizó ella—. He escuchado hablar de un lugar llamado *Haven of Hope*, ¿lo conoces?

«Refugio de esperanza». Ese era el nombre que aparecía en el libro de cuentas de Percy, junto con anotaciones como: comprar ropa para los niños, no olvidar la muñeca para Maggie, contratar un nuevo jardinero… y otras por el estilo. Había gastado sumas importantes en esta institución. Aguardó, nerviosa, la respuesta de Portia.

—Creo haberle oído mencionar el nombre alguna vez a mi madre —dijo esta. Se interrumpió cuando el camarero llegó con los helados que habían solicitado, incluido uno para el cochero, que se bajó del pescante para tomárselo apoyado contra la barandilla que rodeaba los árboles—. Tengo entendido que se trata de un asilo para niños cuyos padres se encuentran encerrados en la prisión de Fleet o en Marshalsea a causa de las deudas.

—¿Son todos hijos de deudores? —La sorpresa tiñó el tono de sus palabras. Su corazón voló hacia Percy, lleno de amor por el hombre que era, tan generoso, honorable y leal. Las lágrimas se le agolparon en los ojos y tuvo que hacer un esfuerzo para no derramarlas.

—Así es. Creo que mi madre convenció a sus amistades de ayudar a esa institución porque se sentía culpable por no haber hecho nada por Percy cuando murió mi tío —le confesó, segura de que ese había sido el motivo de las espléndidas donaciones de lady Alcock. Permaneció unos instantes en silencio antes de continuar—. Él también podía haber acabado en la prisión de deudores.

—Pero supo salir adelante —respondió, Sophie. «Y buscó un modo de que otros no sufrieran como él», reflexionó, porque acababa de

comprender que no solo había donado grandes sumas de dinero al *Haven of Hope*, sino que él mismo lo había fundado.

Portia detectó el matiz de orgullo que destilaba su voz y el corazón se le llenó de júbilo. Tomó su mano y la apretó con cariño, deseando con todas sus fuerzas que se arreglara la situación entre Percy y ella y que lograran ser felices.

—También lo haréis vosotros —le aseguró con firme convicción.

Ella la miró, agradecida.

—Ojalá…

—¡Sophie!

Un estremecimiento le recorrió la espalda y las náuseas la asaltaron cuando escuchó la llamada. Había intentado con todas sus fuerzas olvidar lo sucedido la noche del baile de máscaras, relegándolo a un oscuro rincón de su mente. Pero la voz y la forma en que pronunció su nombre la devolvió a aquel momento, a la biblioteca en penumbra, a la desagradable sensación de unas caricias indeseadas, al dolor y a la humillación de unos besos forzados.

—Sophie, ¿te encuentras bien?

Portia la miró con preocupación. Su semblante había palidecido y podía notar el temblor en la mano que todavía sostenía entre las suyas. Temió que se desmayara al comprobar que tenía la respiración agitada.

Echó un vistazo al caballero que la había llamado y que se acercaba en ese momento. Le resultaba conocido, aunque no creía que hubieran sido presentados formalmente. De cualquier forma, tendría que decirle que Sophie se encontraba indispuesta para poder llevarla a casa lo antes posible.

—Lo siento, milord, pero…

Él no pareció escucharla. Tenía la mirada clavada en Sophie y sus ojos se veían cargados de pesar.

—Sophie…

—No me toques.

Aunque la voz había sido apenas un susurro, el dolor y el miedo que se aferraban a cada palabra sorprendieron a Portia. También lo hizo la reacción del caballero.

—Lo lamento, Sophie. No debí hacerlo. Yo no sé… —Edward sabía que no tenía excusa para lo que había hecho, que no debería haberse dejado convencer por Lavinia por más que necesitase el dinero—. Yo te quiero.

—Vete.

—No, tienes que escucharme, por favor —le rogó, desesperado, al ver que ella ni siquiera lo miraba—. Soy yo quien debería estar casado contigo, aún podemos solucionarlo.

Sophie se llevó una mano al pecho. Le costaba respirar.

—Márchate, Edward, por favor. No quiero volver a verte nunca más. —Su voz se rompió en un sollozo.

Portia le apretó la mano en un gesto de consuelo y le hizo una seña al cochero, que se acercó de inmediato.

—¿Necesita algo, lady Alcock?

—Tom, llévenos a casa.

—Enseguida, *milady*. —Se subió al pescante y agitó las riendas. Los dos rucios se pusieron al trote, dejando atrás al vizconde.

Sophie apenas logró guardar la compostura mientras el coche recorría las calles empedradas. El corazón le latía con fuerza y el amargo sabor de la traición le quemaba en las entrañas. Aquella noche, la sorpresa por el ataque le nubló la mente y por eso no fue capaz de reconocer la voz de Edward, aunque le sonó familiar.

—Fue él, ¿verdad?

Las palabras de Portia penetraron poco a poco en su conciencia y la inquietud hizo presa en ella.

—No sé a qué te… —Se calló cuando ella la envolvió en un estrecho abrazo. La calidez de su amistad permeó su espíritu y las lágrimas que había contenido se derramaron, resbalando agridulces por sus mejillas—. Por favor, no se lo digas a Percy. No debe saberlo.

Portia asintió conforme. Conocía a su primo y estaba convencida de que sería capaz de retar al hombre a un duelo si se enterase del

asunto.

—Está bien, no se lo contaré —concedió a regañadientes. Sin embargo, tampoco pensaba dejar las cosas como estaban. Aquel caballero no parecía dispuesto a rendirse y podría causarles muchos problemas a Percy y Sophie. Necesitaba la ayuda de alguien y sabía a quién iba a acudir—. Pero debes decirme quién es Edward.




CAPÍTULO 40

El sonido pesado de sus propios pasos sobre la madera de la escalera que iba del vestíbulo al piso superior reverberó en la adolorida cabeza de Percy, como si unos duendecillos estuviesen golpeando unos tambores dentro de ella.

Se aferró con fuerza al pasamanos y apretó la palma contra la suavidad del nogal mientras se detenía unos instantes. Le pesaba el cuerpo y sentía los músculos tan tensos como si estuvieran revestidos de plomo. Llevaba demasiadas noches sin dormir, pensando en Sophie.

Había experimentado un ligero alivio cuando Ned le informó de que su esposa había salido con Portia, mitigando así la parte de culpa que le oprimía el pecho por haberla abandonado durante aquella larga semana; aunque, al mismo tiempo, la decepción le roía el alma. Parecía que ella era capaz de seguir con su vida sin él, mientras que él moría por ella. La deseaba con un anhelo inexplicable. Quería estrecharla entre los brazos, marcar su piel nacarada con besos ardientes y hundirse en la femenina calidez hasta convertirse en un solo ser, sin principio ni fin.

Cuando llegó al dormitorio, se dejó caer sobre una de las butacas colocadas frente a la chimenea y enterró el rostro entre las manos.

Amaba a Sophie. El descubrimiento lo había golpeado igual que las olas de un mar tormentoso contra la quilla de un barco. Al principio se había negado a aceptar el sentimiento, pero, poco a poco, se había percatado de que llevaba mucho tiempo oculto en el fondo de su corazón. La manera en que solía mirarla, la alegría que parecía expandirse en su pecho cada vez que la veía, los celos que había experimentado a causa de Darius y de cualquier mequetrefe que se acercara a ella, el deseo de protegerla y de hacerla sonreír… Todo ello era una clara señal de lo que anidaba en su interior y que no había querido ver.

—¡Maldición!

Se reclinó contra el respaldo de la butaca y apoyó la cabeza en él, con los ojos cerrados. El problema era que no sabía qué hacer con ese amor. Cada vez que se cruzaba con Sophie, un aroma floral lo envolvía y encendía un fuego en sus entrañas que parecía consumirlo. Entonces tenía que hacer uso de toda su fuerza de contención para no arrinconarla contra la pared y besarla hasta que se derritiera entre sus brazos. No podía hacerlo o ella terminaría odiándolo. Por eso, había tratado de pasar el mayor tiempo posible fuera de la mansión, si bien, ni siquiera eso impedía que pensara en su esposa, su duquesa. Incluso, cuando fue a Tattersalls, no pudo evitar comprarle una preciosa yegua blanca, pensando que quizá algún día podrían cabalgar juntos por Hyde Park o hasta los terrenos que tenía en Hampstead Heath, donde vivían los niños, para mostrarle la obra que allí había realizado y de la que se sentía tan orgulloso. Quizá era lo único bueno que había hecho en su vida.

Se levantó, inquieto, y se quitó la chaqueta, que arrojó sobre la cama. Luego aflojó el nudo de la corbata y se dirigió a uno de los muebles, donde guardaba un decantador. Sacó una copa y la llenó del líquido ambarino para apurarla, casi de un trago, al momento. Necesitaba hacer algo con la tensión que tenía acumulada dentro. Lo cierto era que ni siquiera acudir al club pugilístico de «Gentleman» Jackson, que había abierto sus puertas apenas unos meses atrás, parecía suficiente para relajarse.

«Sabes que todo lo que necesitas es a Sophie», se recordó a sí mismo. Pero no quería solo su cuerpo, deseaba también su corazón, su amor. Por desgracia, ni siquiera con toda la fortuna que poseía podría comprarlo. Unos golpes suaves en la puerta lo arrancaron del pozo de amargura en el que se estaba hundiendo.

—¡Adelante!

—Milord, el agua para su baño —le informó Ned cuando entró en la estancia.

Percy vio a los sirvientes que cargaban cubos de agua humeante y asintió. Mientras lo preparaban todo, se acercó a la ventana. La noche descendía sobre Londres tiñendo el cielo de tonos naranjas y añil. El jardín se iba cubriendo de silenciosas sombras que danzaban caprichosas entre los árboles. Oyó cómo los sirvientes se retiraban y, después de unos instantes, decidió tomar el baño, con la esperanza de que el agua caliente le relajase los músculos. Al volverse, se sorprendió de encontrar todavía allí a Ned.

—Sabes que no tienes que hacer eso —lo amonestó al ver que había recogido la chaqueta y la había colocado en el vestidor, y que ahora estaba preparando la ropa para después.

—Alguien tiene que hacerlo, milord. No es apropiado para un par del reino carecer de ayuda de cámara.

Percy encajó el reproche con un encogimiento de hombros. Aunque durante los años que pasó estrecheces Ned le había servido como mayordomo, ayuda de cámara, cocinero y solo Dios sabía cuántas cosas más, él se había acostumbrado a ocuparse de su propia vestimenta y lo prefería a tener a alguien rondando por el dormitorio.

—Tampoco es que vaya a plancharme mis propias camisas.

—Ni yo le permitiría rebajarse a ello, Su Gracia. Además, mucho me temo que no sabría cómo hacerlo y terminaría quemando la ropa.

A pesar del tono serio con el que dijo aquellas palabras, Percy descubrió un matiz de diversión en ellas.

—Bien, entonces dejo todo en tus manos —le dijo, extendiendo los brazos como si pusiera su persona a su disposición.

Ned, que había terminado de colocar la ropa sobre la cama, se acercó para ayudarle a desvestirse.

—Le agradezco su confianza, milord —declaró con solemnidad, al tiempo que retiraba el cuello rígido que usaba con la camisa y comenzaba a desanudar el lazo de la corbata.

—¿Ha regresado ya la duquesa?

Los dedos de Ned se detuvieron de forma casi imperceptible sobre el pañuelo de seda.

—Llegó poco después de usted y se retiró a su dormitorio —respondió finalmente. Había sopesado la posibilidad de comentarle que tenía el rostro descompuesto, como si hubiese estado llorando, pero prefirió no decir nada. Así como tampoco pensaba hablarle de la incursión de la duquesa en su despacho.

—Bien.

Para Ned, que conocía al duque desde que era un niño, aquella única palabra estaba cargada de significado. Percibió en ella un anhelo profundo, pero también miedo y cierta desesperanza. Dio un paso atrás, llevándose consigo el pañuelo, y aceptó el chaleco que él le entregó. Lo miró como un padre miraría a un hijo del que estuviera orgulloso y le habló con la misma franqueza, un atrevimiento que solo se permitía a causa de los años de penurias que habían compartido y en los que llegaron a ser algo más que sirviente y señor.

—Lady Rokewood no se asemeja en nada a lady Ferringham. No cometa el error de compararlas —le advirtió.

Percy, que se había detenido apenas Ned comenzó a hablar, continuó desabrochándose la camisa y se la entregó, antes de volverle la espalda para que no viera la angustia que asomó a su mirada.

—Lo sé —respondió cuando cedió un poco la opresión en el pecho —. Pero Sophie ha aceptado este matrimonio por obligación.

—Puede que las circunstancias de su unión no fuesen las más propicias —admitió él—, sin embargo, usted es ahora su esposo y ambos tienen derecho a ser felices. Usted la ama. —No fue una pregunta, sino la constatación de un hecho. Ni tras la muerte del anterior duque, cuando descubrió la cantidad de deudas que había heredado, ni siquiera cuando su prometida lo abandonó para casarse con un viejo conde adinerado, lo había visto tan desesperado.

Percy no lo negó.

—¿Y qué es lo que siente ella? —preguntó más para sí mismo que para el mayordomo.

Ned podía responder con facilidad a esa cuestión, pero no le correspondía hacerlo.

—Pregúnteselo.

El temor se aposentó en el estómago de Percy como una pesada losa. Si se atrevía a dar ese paso, Sophie podía rechazarlo o, peor aún, burlarse de él. Se frotó el cuello entumecido. Odiaba sentirse tan vulnerable.

—Aun si me dijera que sí, ¿cuánto tiempo duraría ese amor? Quizá sea mejor cortarlo de raíz.

Por un instante, el semblante imperturbable de Ned se contrajo en una mueca de frustración al advertir el cinismo que destilaban sus palabras. Sabía que aquel pensamiento provenía del recuerdo de su madre. Lady Rokewood se había casado con el anterior duque por amor, pero este duró lo que una tormenta de verano. Cuando descubrió la afición de su esposo por el juego y por retozar con mujeres en camas ajenas, le proporcionó el debido heredero y no volvió a dirigirle la palabra. Tampoco quiso ocuparse de su hijo, en quien veía el vivo retrato del duque. Se aisló y, poco a poco, se dejó morir de consunción y de pena, dejando solo al joven Percival, con un padre que jamás se preocupó por él.

Tras la muerte del duque, los miembros de la alta sociedad le volvieron la espalda también y, tanto su prometida como su propia familia —excluyendo a lady Portia—, lo abandonaron. No podía culparlo por pensar de aquel modo sobre el amor cuando nunca lo

había experimentado. Sin embargo, cerrar el corazón solo le traería dolor y amargura.

—Milord, el amor es algo que se construye día a día. Inicia con el fuego del deseo, pero cada intento por acercarse al otro y complacerlo, cada palabra compartida o cada pequeño gesto pueden convertirse en una chispa que avive las brasas del corazón y lo transforme en algo profundo y duradero —comentó, con la esperanza de que sus palabras lo alcanzaran—. Sin embargo, el verdadero amor comienza por amarse a sí mismo. Solo así podrá ofrecerle a lady Rokewood lo mejor de usted, incluso si ella aún no lo ve.

El silencio cayó sobre la habitación y enrareció el ambiente. Ned ahogó un suspiro pesaroso mientras contemplaba la espalda desnuda de su señor, en la que se percibía la rigidez de los hombros. Quizá había hablado de más, aunque no se arrepentía de ello. Era lo bastante viejo para permitirse ser franco. Puesto que había cumplido ya con su deber —según el dictamen de su corazón y por el cariño que le profesaba al joven duque—, se retiraría para dejarlo a solas con sus reflexiones.

—El baño se enfría, Su Gracia —añadió antes de dirigirse hacia la puerta.

La voz de Percy lo detuvo cuando se disponía a abandonar la estancia.

—Gracias, Ned.

—Es un placer servirlo, milord.

Él cabeceó un asentimiento a modo de agradecimiento. Luego entró en el baño. El vapor que emanaba de la bañera humedecía el aire, impregnado del agradable aroma que desprendían las sales aromáticas. Terminó de desvestirse y se hundió en el agua, todavía caliente. Sus músculos comenzaron a relajarse y cerró los ojos. Tenía muchas cosas en qué pensar.

Y, a pesar de ello, la primera imagen que inundó su mente fue la de Sophie.




CAPÍTULO 41

Sophie se despertó con un sobresalto y tardó unos instantes en darse cuenta de que se encontraba en su propio dormitorio. Se frotó las sienes con la esperanza de que remitieran las punzadas de dolor.

Recordó que, tras el encuentro con Edward, Portia la había llevado a la mansión de los Alcock; allí, sentadas en uno de los divanes de su habitación, le habló de Edward y de su enamoramiento juvenil, que había acabado con la huida de este a Londres. Luego, sin saber muy bien cómo, le contó la situación con Percy, mientras vertía las incesantes lágrimas que había estado reteniendo en lo más profundo de su alma.

Se sentó en el borde del lecho y gimió cuando notó la rigidez del cuello. Cuando el cochero de Portia la trajo de vuelta a Rokewood House, se sentía tan cansada, como si la hubieran vaciado por dentro, que todo lo que deseaba era subir al dormitorio y recostarse. Ni siquiera se dio cuenta de cuándo se había quedado dormida. Se volvió hacia la ventana y vio que ya era de noche. Tendría que arreglarse y bajar a cenar, aunque no le apetecía probar bocado. Lo que en verdad le gustaría en ese momento era que Percy la abrazara con fuerza, sentir su calidez y dejarse envolver por su aroma amaderado.

Dejó escapar un suspiro de pesar. Con toda probabilidad, su esposo no acudiría a la cena, como de costumbre, y, si llegara a cruzarse con él en alguno de los corredores, huiría en dirección contraria. Necesitaba la ayuda de Ned para poder tenderle una trampa a Percy y que pudieran hablar. En una ocasión le había pedido que fuesen sinceros el uno con el otro y ese era el momento adecuado para recordárselo. Le diría lo que había descubierto y le propondría ayudarlo con la administración, de este modo, tendrían un motivo para pasar tiempo juntos y, tal vez así, podría conquistarlo. Sin embargo, si él realmente odiaba la idea de estar casado con ella, se marcharía a Huntington.

Se sirvió un vaso de agua de la jarra que había sobre la mesilla junto a la cama y se lo bebió. Sentía la garganta seca y un poco irritada por el llanto. «Seguro que mi cara es un desastre también», pensó. Descalza, fue hasta el lavamanos y se echó agua fría en el rostro. Sintió un alivio inmediato para sus ojos cansados y enrojecidos. Cuando se miró en el espejo, se horrorizó del estado de su cabello, así que deshizo el peinado y dejó que la melena le cayese en cascada sobre la espalda.

Estaba pensando si recogerla en un moño de nuevo o peinarla en una trenza, cuando un fuerte golpe procedente de la habitación contigua la sobresaltó. Soltó el cepillo y se acercó a la puerta. De detrás de esta llegaron unos sonidos indescifrables.

Quizá debería haberse detenido a considerar la situación, pero estaba cansada, triste y necesitada, y Percy era el único remedio para todo ello. Así que, sin pensar en lo que hacía, atravesó por primera vez aquella puerta —derribando de forma simbólica el muro infranqueable que los había separado desde su matrimonio— y entró en el dormitorio de su esposo.

—Percy, creo que es hora de… ¡Oh, Dios mío!

Había una silla volcada sobre la mullida alfombra, junto con algunas prendas de ropa y un libro. Aunque no fue ese pequeño desastre el que le llamó la atención, sino el hecho de que, excepto

por una pequeña toalla atada a la cintura, Percy se hallaba tal y como había venido al mundo.

La piel expuesta brillaba bajo la luz dorada de las lámparas de gas. Su pecho era ancho, lleno de vigor, con finos surcos que delimitaban los músculos del abdomen, tal y como había visto en la lámina de un libro de anatomía. Solo que estos se contraían con cada respiración. Sintió una irreprimible necesidad de pasar las yemas de los dedos sobre ellos. Una ligera mata de cabello rubio le cubría el pecho y descendía en una delgada línea que se perdía bajo la toalla. Sus piernas eran fuertes también, como columnas firmes y macizas. No, Percy no era un ángel, sino un dios griego descendido del Olimpo para su deleite.

Tragó saliva y se mordió el labio inferior para tratar de contener el aleteo que le agitaba el vientre. Le pareció que hacía demasiado calor en la habitación, o tal vez era su sangre la que ardía mientras corría a borbotones por las venas, impulsada por los alborotados latidos de su corazón.

—¡Oh, Dios mío! —repitió de nuevo, sin poder contenerse.

Aquellas palabras sacaron a Percy del estado de aturdimiento en el que se había sumido cuando la puerta que conducía al dormitorio de la duquesa se abrió de repente y Sophie entró por ella como si fuera un hermoso sueño, con el cabello suelto y los pies descalzos. Un estremecimiento lo recorrió desde la cabeza a los pies por la manera en que ella parecía devorarlo con la mirada y su masculinidad reaccionó con efusividad al verla morderse el labio inferior.

La incomodidad lo volvió torpe, sobre todo, porque Sophie no cesaba de observarlo como si fuese un espécimen raro y único, haciéndolo más consciente de su desnudez. A pesar de que nunca se había avergonzado de ella, le perturbaba que tan solo un pobre trozo de tela cubriese la prueba irrefutable de su deseo. Azorado, dio un paso hacia atrás. Notó un pinchazo en la planta del pie, que le produjo un dolor agudo, y soltó un abrupto juramento mientras alzaba la pierna para ver la herida.

Cuando se dio cuenta de la sugerente visión que le estaba ofreciendo a su esposa con esa postura, una súbita rigidez le tensó los músculos. Bajó la pierna, irritado, y se agachó a recoger el alfiler de la corbata, que había pisado sin querer, oculto entre las prendas desperdigadas por el suelo.

—¡Maldita sea! —espetó al ver que el movimiento había aflojado la toalla, que comenzó a deslizarse por sus caderas.

La sujetó con la mano libre y la apretó contra su cuerpo, ocultando a duras penas la erección, aunque no podía decir lo mismo de las nalgas. Un gemido se formó en su garganta cuando sus caderas se movieron de forma involuntaria contra la mano. El simple roce con la tela disparó en él una oleada de placer. Inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. La idea de darse placer a sí mismo ante la mirada de Sophie casi provocó que se derramara. Tenía que hacer que abandonara cuanto antes la habitación o se pondría en evidencia ante ella.

—¿Qué demonios haces aquí, Sophie? —inquirió con la voz enronquecida, sin poder controlar la aspereza del tono. Aunque, si eso servía para mantenerla lejos, bendito fuera. Sin embargo, al ver el brillo del deseo en sus ojos color miel, abiertos de par en par, supo que se hallaba en graves problemas.

—No lo sé.

Su respuesta era totalmente sincera, porque había olvidado por completo para qué había ido a su dormitorio. Su cuerpo ardía como si estuviera febril y, de haber tenido a su alcance la jarra de agua, se la habría bebido toda. La visión del cuerpo desnudo de Percy provocaba una extraña sensación en el suyo. Sentía la piel sensible, los senos hinchados presionaban contra la ligera tela del vestido y notaba una leve humedad entre los muslos, donde palpitaba una necesidad desconocida para ella. La parte baja del vientre se le había tensado cuando él echó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, y lo escuchó gemir. Le había parecido un gesto tan… íntimo, que su respiración se alteró y el aire escapó entre sus labios en un suave jadeo.

—Por favor, márchate.

Escuchó las palabras de Percy con claridad, a pesar de que las había pronunciado entre dientes. Sin embargo, su corazón percibió en ellas un significado distinto.

—No puedo —respondió, más para sí misma que para él.

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, cerró la puerta tras ella y apoyó la espalda contra la madera. El frescor que emanaba de la superficie alivió un poco el ardor que sentía.

—Sophie… —Su voz sonó como un doloroso quejido que cargaba un profundo anhelo y una advertencia, que ella desoyó.

—Tu cuerpo posee una belleza salvaje —susurró, contemplando los músculos tensos bajo la piel y la curva firme y apretada de sus nalgas.

El gemido que brotó de la garganta masculina reverberó en su interior y acrecentó esa necesidad invisible que tiraba de su alma, como si ella fuera la mitad incompleta de él. Deseaba despojarse del vestido y poder fundirse con Percy, piel con piel, aliento con aliento.

—Por lo que más quieras, Sophie…

Su ruego le acarició los labios. No había sido consciente de haberse movido hasta tenerlo frente a sí. Una ligera capa de sudor le perlaba la piel y olía a madera y a jabón.

—Te quiero a ti —musitó.

El corazón de Percy se detuvo un instante y todo su cuerpo tembló en agonía. Aquellas palabras se habían convertido en un ariete que golpeaba con fuerza contra el muro que protegía su corazón. El consejo de Ned acudió a su memoria: «Pregúntaselo». Pero, en ese momento, se sentía vulnerable en cuerpo y alma y no tuvo valor para dar el paso.

—Si hacemos esto, tarde o temprano te arrepentirás.

El funesto vaticinio que escapó de sus labios no hizo mella en Sophie, ni el hecho de que él hubiera escogido interpretar su declaración de un modo distinto. Le demostraría el verdadero sentido de aquella sencilla confesión con caricias y besos, con ternura y entrega sin reservas. Porque era su esposo, porque lo

amaba y porque el amor crecía y se fortalecía cuando se daba, aunque no se recibiera nada a cambio.

—No lo haré.

Deslizó las yemas de los dedos con suavidad sobre el pecho desnudo de Percy y percibió los fuertes latidos de su corazón. Una tenue sonrisa floreció en sus labios cuando lo escuchó gemir. Un sonido ronco y gutural que penetró en su sangre y le aceleró las pulsaciones. Siempre había sido la práctica Sophie, la que reflexionaba y la que sopesaba todo antes de tomar una decisión. Esa noche no. Esa noche sería la atrevida Sophie, la que se convertiría en la esposa y la amante de su duque. Porque Percival era suyo, como ella lo era de él.

Deslizó la mano sobre su estómago plano y duro, que se movió ondulante bajo aquel roce. Acarició el costado de su cintura y subió por la ancha espalda.

Percy tenía el cuerpo tan tenso que le daba la sensación de que podía romperse en pedazos de un momento a otro. Apenas le alcanzaba el aire —que respiraba en jadeos— para llenar los pulmones y su virilidad inflamada saltaba con cada pequeño toque de las manos femeninas. Aun así trató de contenerse, de hacerla razonar, aunque no fuese capaz de alejarse de ella.

—Sophie, no sabes lo que haces —masculló entre dientes cuando las palmas de sus manos le abarcaron la espalda, lo que la obligó a acercarse más a él. El exquisito roce de sus senos envió una poderosa descarga a su entrepierna.

—Por supuesto que lo sé. Estoy buscando tus alas, mi ángel.

A su pesar, una carcajada oxidada brotó de su garganta, transformándose en un siseo cuando una de las pequeñas e indagadoras manos de su esposa descendió hasta la curva de sus nalgas.

—Tú…

—Por cierto, esposo mío —susurró ella contra sus labios, interrumpiendo lo que fuese a decirle—, me debes una noche de bodas.

El dique que contenía su pasión desbordante se resquebrajó por completo. Percy dejó caer la toalla y el alfiler de la corbata, que aún sostenía en la mano como si fuera un salvavidas, apresó el rostro de Sophie entre sus manos y la besó.




CAPÍTULO 42

Su boca se apoderó de la de ella con fiereza, devorando la suavidad de sus labios y bebiéndose cada uno de sus gemidos.

Sus dedos se entrelazaron entre las hebras de seda de su cabello, mientras ella, impulsada por una ola de deseo, se acercó aún más, presionando su cuerpo contra el de él.

Sus lenguas se encontraron, deslizándose en un abrazo cálido y húmedo que les agitó la respiración. Sophie se aferró a la piel de su espalda como si no deseara soltarlo jamás y todo su cuerpo reaccionó ante la pasión de ella.

—Sophie. Mi Sophie… —susurró sobre su boca, intentando controlar la propia pasión para no hacerle daño. La sintió temblar y se apartó para mirarla. Sus mejillas estaban arreboladas y los labios hinchados. Sus ojos parecían dos pozos de miel líquida y ardiente—. ¡Dios! Eres preciosa.

Le apartó un mechón de la frente para colocárselo tras la oreja y se dio cuenta de que él también estaba temblando.

—Tócame, Percy —le rogó ella con el aliento entrecortado—. Te necesito.

—¿Dónde me necesitas? Muéstramelo.

Deslizó la mano hasta la blanca columna de su cuello, al tiempo que con el pulgar le acariciaba la mejilla en lentos círculos. Ella lo

detuvo, colocando la palma encima de la suya, y tiró de ella con suavidad, posándola sobre su clavícula y luego descendiendo por el valle entre sus senos hasta detenerse sobre uno de ellos. Incluso por encima de la muselina pudo percibir que estaba henchido y duro. La vio morderse el labio inferior ante aquel sencillo roce y exhalar un suspiro.

—Aquí —le indicó apenas en un susurro trémulo. Luego volvió a moverle la mano, haciendo que ambas se deslizaran juntas sobre su estómago. Pero se detuvo antes de alcanzar el palpitante centro de su feminidad, retenida por una repentina sensación de vergüenza que le brotó del pecho—. Y también más abajo.

Cuando sintió la palma de Percy apoyada sobre aquel lugar ignoto, sus caderas se mecieron de forma involuntaria, apretándose contra ella. Él frotó con suavidad, ejerciendo una leve presión, y la tensión se arremolinó en su vientre como una espiral que se expandía cada vez más por su cuerpo, amenazándolo con estallar en mil pedazos. Un gemido escapó de su garganta y se deshizo en jadeos de protesta cuando retiró la mano, dejándola con una sensación de vacío insatisfecho.

—Iremos con calma —oyó que le decía él.

Sophie no quería eso, pero se consoló cuando los labios de Percy se posaron sobre su cuello, apartando con delicadeza la larga cabellera. Ella inclinó la cabeza para darle mejor acceso. Sintió que sus venas palpitaban bajo la humedad de aquellos besos que dejaban un reguero ardiente en su piel. Al llegar al hombro, dio un pequeño grito cuando notó el suave mordisco de sus dientes. No fue tanto por el dolor, sino por la oleada de placer que la recorrió de la cabeza a los pies.

—Tú…

Se interrumpió al darse cuenta de que le había desabrochado el vestido. La muselina se deslizó por sus brazos y cayó al suelo con un quedo susurro. El corsé corto le ceñía los senos sobre la sencilla blusa blanca que llevaba y, ahora que el discreto escote del vestido

no los ocultaba, se veían realzados. «Quizá en demasía», pensó Sophie. Un rubor rosado tiñó las blancas cumbres.

—¿Yo, qué, esposa mía? —la animó a continuar, con una sonrisa canalla curvando sus labios.

Ella no habría podido completar la frase ni aunque le fuera la vida en ello. Su mente se había quedado en blanco cuando los dedos de Percival le rozaron el esternón y los costados de los pechos para aflojar las cintas del corsé. Sus pulmones se expandieron cuando este desapareció y su cuerpo quedó apenas cubierto por la blusa.

Al carecer de la presión que la sostenía, el amplio escote de la prenda provocó que esta resbalara sobre el hombro izquierdo, dejando un seno casi al descubierto. Tragó saliva cuando vio la forma en que Percy la miraba. El fuego que ardía en su mirada se reflejó en su propio estómago, que se contrajo, transformado en el aleteo de un millar de mariposas por la anticipación.

Se le aceleró la respiración mientras el corazón golpeaba con fuerza dentro de ella. Cada latido era un grito de amor, de la necesidad de sentirlo contra la piel. Su cuerpo entero vibró durante ese eterno instante, cargado de una crepitante tensión, en el que sus miradas hablaron por ellos. Y Sophie supo escuchar lo que decían los ojos de Percy, aunque sus labios no fueran capaces de pronunciarlo. El amor asomaba a aquel profundo mar azul. Entonces rompió el último hilo invisible que parecía haberlos retenido. Con un suave movimiento tiró de la blusa y dejó que resbalara hasta sus pies, junto al resto de las prendas.

Percy soltó de golpe el aire que había estado reteniendo y recorrió con una mirada ardiente la desnudez de Sophie: la piel nacarada, los hombros torneados, los generosos senos que suplicaban sus caricias, la estrecha cintura, las caderas redondeadas, el delicioso paraíso que le aguardaba entre sus muslos, las piernas torneadas y los delicados pies. Era perfecta y era suya. Y, tal como había dicho Ned, podría serlo para siempre si sencillamente buscaba amarla cada día.

Dio un paso hacia adelante y la tomó de la mano, entrelazando sus dedos. Una corriente de calidez le alcanzó el pecho. Inclinó la

cabeza y la besó. El beso tenía sabor a hogar. Cuando los cuerpos se rozaron, piel ardiente contra piel ardiente, ambos gimieron. Las bocas se volvieron más exigentes y las caricias más atrevidas, mientras sus corazones palpitaban al unísono. El aroma del deseo llenó la estancia, que parecía envuelta en llamas voraces por las sombras y la luz anaranjada que proyectaba la lámpara sobre las paredes.

Sin dejar de besarla, Percy tomó en brazos a Sophie y la depositó en el blando lecho ducal. Se acomodó encima, procurando no cargar su peso sobre ella. Jadeó cuando su erección se encajó entre los cremosos muslos femeninos. Tensó todos los músculos del cuerpo para contener la necesidad. Quería darle a Sophie tanto placer como pudiera, quería hacer que experimentase el éxtasis, pero también sabía que tenía que ser delicado y dulce por ser su primera vez. Que Dios lo ayudase, porque el amor y el deseo que sentía por su esposa eran igual que el torrente tumultuoso de un río que se precipitaba imparable por una cascada.

—Sophie…

Quería decirle que, tal vez, no pudiese controlarse lo suficiente, pero las palabras que ella le dirigió lo silenciaron.

—Hazme el amor, esposo —le susurró con un tono rebosante de anhelo y con acentos de rendición que se coló bajo su piel, estremeciéndolo—. Quiero ser solo tuya.

Fue como si una luz se derramara en su interior, iluminando las sombras oscuras que acechaban su alma, y la pasión impetuosa diese paso a una calma suave y ardiente como las aguas de un mar teñido de dorado y fuego por el sol del atardecer. El último muro que protegía su corazón se resquebrajó, haciéndose añicos y sepultando bajo los escombros de la dicha los miedos e inseguridades.

Acarició con ternura la frente y la tersa mejilla de Sophie. La mano trémula le rozó el labio inferior y ella exhaló el aliento sobre la yema de su pulgar. Sintió el picor de las lágrimas arañarle la garganta.

—Te amo, Sophie. —Las palabras brotaron de lo más profundo de su ser—. Sé que mi amor es imperfecto y complicado, pero es

sincero y verdadero. Tal vez ha sido así desde el primer instante en que te vi, aunque haya intentado huir de este sentimiento. Sin embargo, mi corazón anhelaba tu luz y cada día lejos de ti era como un invierno interminable. Te amo no solo por tu belleza, sino por la fuerza que irradias, por la forma en que iluminas incluso los rincones más oscuros de mi alma. Cada latido de mi corazón lleva tu nombre. No te prometo la perfección, pero sí la devoción inquebrantable de un hombre que ha encontrado en ti su razón de ser.

—Percy…

Sophie pronunció su nombre en un suspiro cargado de anhelos. Las promesas no siempre eran palabras, a veces, eran susurros del alma que luchaban por ser escuchados. Acunó la mejilla masculina en la palma de la mano.

Él giró la cabeza para besarla y cerró los ojos, aspirando el aroma de su piel. Sus labios se demoraron en aquel cálido refugio. Cuando volvió a mirarla, una ligera inquietud hizo presa en su ánimo, al ver las lágrimas que descendían por sus mejillas.

—¿Por qué lloras?

—Porque soy feliz. —Una sonrisa floreció en su boca, lo mismo que las flores se abrían bajo la fina lluvia de primavera—. Y porque yo también te amo, Percival James Alcock, con todo mi corazón.

Percy se inclinó hacia ella y tomó sus labios, bebiendo de ellos el elixir de la felicidad que acababa de brindarle. Hundió la lengua en la aterciopelada cavidad de su boca para solazarse en su calidez. Sophie le salió al encuentro, tentándolo, desafiándolo, y el beso se tornó más carnal, más hambriento, hasta que sus respiraciones se volvieron jadeantes. Dejó entonces que los labios dibujaran un sendero sobre la piel de su cuello y su hombro, mientras sus manos exploraban la curva de las caderas y el interior de los muslos, despertando de nuevo el deseo en ella.

Su boca alcanzó las cumbres de los senos y se deleitó jugueteando con ellos hasta endurecerlos. Ella respondió al contacto con un suspiro que se convirtió en un gemido bajo, permitiendo que la llama de su propio deseo ardiera con fuerza. Comenzó a moverse

inquieta bajo su cuerpo, buscando saciar la necesidad, mientras se aferraba a sus hombros. Cuando él rozó el centro de su feminidad, la tensión se incrementó en ambos.

—Eres fuego líquido aquí abajo, mi amor —le susurró al oído con tono ronco—. Ábrete para mí.

Sophie sintió que todo su ser palpitaba y se arqueó hacia él. Lo necesitaba más cerca. Se dejó llevar por el instinto y le rodeó las caderas con las piernas. Aunque se sentía vulnerable y expuesta, no tuvo tiempo de pensar en ello, porque la exquisita fricción de sus dedos hizo estallar una oleada de placer en su vientre. Mientras estaba todavía aturdida, sintió una ligera presión que le resultó incómoda. El dolor la atravesó de pronto y gimió. Percy la calmó con un beso abrasador, mientras su lengua entraba y salía en una danza ancestral que le tensó el cuerpo. Su respiración se volvió más pesada y una sensación extraña se aposentó en ella, una necesidad a la que no supo poner nombre. La plenitud de él la llenaba por completo. Se movió, para acomodarse, y el placer la recorrió.

—¡Oh!

Él sonrió con picardía.

—Voy a hacer que pronuncies muchos de esos «oh» esta noche, esposa mía.

Se movió dentro de ella, mientras besaba y adoraba cada rincón de su cuerpo, hasta que el mundo pareció estallar en mil fragmentos e iluminarse con la luz de mil amaneceres.

«A veces, un simple acto de amor puede convertirse en un refugio», pensó Sophie, antes de quedarse dormida, acunada en la calidez de los brazos de Percy.




CAPÍTULO 43

En una de las distinguidas y pulcras calles de Mayfair, un par de chiquillos desarrapados discutían frente a la elegante fachada de Blackthorn House. A pesar del desaliño, la personas que transitaban por las aceras no les prestaron atención, pues era común ver a aquellos pilluelos intentando ganarse unas monedas haciendo recados.

El más mayor discutía con el pequeño acerca de algún asunto y, puesto que no se ponían de acuerdo, terminaron dirimiendo la cuestión echándola a suertes. Finalmente, el más pequeño de los dos brincó de entusiasmo y echó a correr calle abajo.

Mientras aguardaba el tiempo que habían convenido, antes de que hiciera la consigna del mensaje, Finn, que así se llamaba el mayor de los dos niños, lo siguió con la mirada y el gesto enfurruñado. A pesar de que él también recibiría unos cuántos chelines por la entrega, se perdería el vaso de leche y las galletas que seguramente le darían al pequeño Tom en la otra dirección.

Tras un rato más de espera, apoyado contra la pared de un edificio para resguardarse del sol y de miradas ajenas, decidió que ya era el momento. Cruzó la calle y se dirigió a la casa del lord. Cruzó la verja y caminó por el sendero del jardín hasta la puerta de servicio. De las ventanas enrejadas, situadas a ras de suelo, emanaba un delicioso

aroma a pastel y a pan recién hecho, y se le hizo la boca agua. Descendió las escaleras y golpeó la madera con los nudillos.

—Traigo un mensaje para lord Blackthorn —declaró cuando una joven sirvienta le abrió. Esta asintió y lo hizo pasar a las cocinas.

—Es un recadero, señora Melton —le indicó a la cocinera, una mujer bastante alta, de figura oronda y cabello negro que ocultaba bajo una cofia.

En el aire se fusionaban el aroma de las especias y las verduras, con el olor más penetrante de la carne y otro más dulce del pan horneado. Sus tripas rugieron en ese momento y, ante la mirada severa de la cocinera, se encogió de hombros.

La mujer dejó de remover el guiso y comenzó a impartir órdenes como un general mientras se limpiaba las manos en el delantal.

—John, llévale el mensaje al señor Braxton para que se lo entregue a milord, el niño aguardará aquí por si necesita enviar una respuesta. Mildred, termina de pelar esas patatas y, ahora que no tienes a John para distraerte, espero que te des más prisa. —La muchacha se sonrojó a causa de aquellas palabras, bajó la cabeza y se aplicó a la tarea—. Y tú, Lucy, tráeme un poco de miel de la despensa.

Finn salivó cuando la vio cortar un par de gruesas rebanadas de pan y las untó con la miel del tarro que la sirvienta acababa de traer. Pero sus ojos se abrieron por la sorpresa cuando las colocó sobre un plato y se las ofreció.

—¿Son para mí? —inquirió todavía incrédulo.

—Si no las quieres —refunfuñó la mujer—, puedo dárselas…

Él le arrebató el plato de las manos antes de que terminara la amenaza y comenzó a engullir el pan, emitiendo un gemido de dicha. Esperaba que a Tom le hubiera ido igual de bien que a él en casa de la dama.



Darius se encontraba en la salita cuando Braxton le entregó el mensaje. Lo leyó y su único ojo gris emitió un destello de satisfacción.

—No hay respuesta —le indicó—. Haz que le entreguen al chico unas monedas y avisa a Harris para que preparen el carruaje.

—Sí, milord.

Subió al dormitorio para cambiarse de ropa. Desde que Portia le contó la intervención del vizconde de Ashcombe en lo sucedido en la mansión de los Marston, había estado esperando que llegase ese momento para ejecutar el castigo que había pergeñado. Ciertamente, habría sido más rápido y eficaz batirse en duelo, pero comprendía las razones que Portia le dio para no llevarlo a cabo. Los duelos engendraban rumores y Percy y Sophie no podían permitirse volver a ser el centro de estos.

Sonrió al recordar la manera en que ella se lo había dicho. Estaba convencido de que, si las mujeres hubieran podido ir a la guerra, Portia habría ganado sin duda todas las batallas. Cuando daba órdenes, parecía un general.

Se ajustó el lazo de la corbata en el espejo, asegurándose de que no quedaba torcido, y cogió el sombrero y el bastón.

—Braxton, dígale a la condesa viuda que estaré aquí para el almuerzo —le ordenó al mayordomo cuando llegó al vestíbulo.

—Bien, milord, aunque le recuerdo que hoy es el día en que *milady* come con sus amistades en el club.

—¡Ah! Es cierto. —Su madre se había unido a un club de literatura que se reunía los jueves en casa de la condesa de Sexton para hablar sobre libros, aunque él tenía la creencia de que solo se dedicaban a cotillear sobre los bailes de Almack's, que tenían lugar justo los miércoles—. Entonces, avísele a la señora Melton de que tal vez no venga a comer.

Para llevar a cabo el plan, había solicitado la ayuda de tres camaradas del ejército, así que tal vez podría comer con ellos en el Rules después y recordar viejos tiempos.

—Muy bien, milord. Que disfrute del paseo.

—Gracias, Braxton. —El carruaje lo aguardaba ya en la puerta. Con el sombrero aún en la mano, atravesó el jardincillo de la entrada a Blackthorn House. Abrió la portezuela del coche y se detuvo con el pie en la escalerilla—. ¿Qué diablos haces aquí?

—Buenos días para ti también —respondió Portia mientras se abanicaba, acomodada en el interior del vehículo.

Darius gruñó.

—¿Cómo has entrado? —exigió saber.

Ella arqueó las cejas con elegancia.

—Por la puerta, naturalmente —se burló, esgrimiendo una sonrisa inocente. Bendito fuera el pequeño Tom por haberla avisado del mensaje que Darius había recibido—. Algo que tú también deberías hacer si quieres que partamos para llegar a tiempo a donde sea que vayamos a encontrarnos con lord Ashcombe.

El gesto de él se tornó borrascoso.

—¿Cómo demonios sabías qué…? —Sacudió la cabeza con frustración. Ella nunca le diría de dónde había obtenido la información—. Tú no vas a ir a ninguna parte. Desciende ahora mismo del coche.

Portia detuvo el abanico y lo cerró con languidez, al tiempo que le dirigía una larga mirada.

—Intenta bajarme, si puedes —lo desafió.

Darius subió al carruaje dispuesto a echarla, aunque tuviera que sacarla en brazos. Con su estatura, tuvo que encorvarse para mantenerse en pie y, por ese motivo, todo lo que pudo hacer fue arrinconar a Portia contra la portezuela, con una mano apoyada contra el respaldo acolchado y la otra sobre la ventanilla. Intentó componer un gesto amenazante, pero le resultó en extremo complicado teniendo su rostro tan cerca y aspirando aquel perfume sensual que emanaba de su piel. Lo único que deseaba en ese momento era retorcerle el cuello y besarla, pero no sabía por cuál de los dos empezar.

Decidió que, por el momento, la estrategia más adecuada era una rendición. Con un gruñido ininteligible, se alejó de ella, dejándose

caer en el asiento frontal.

—Te quedarás todo el tiempo dentro del coche y harás lo que yo te diga.

La aspereza del tono no acobardó a Portia, que lidiaba en esos momentos con los tumultuosos latidos de su corazón y con los pensamientos dispersos de su mente. Su cercanía le había provocado un estremecimiento y un insólito deseo: había querido que él la besara. No sabía por qué, pues nunca se había interesado por eso. Sin embargo, al ver sus labios perfilados y brillantes por la humedad, había experimentado la necesidad de probarlos. Por fortuna, Darius se había retirado antes de que perdiera la cordura y se abalanzara sobre él. Carraspeó para aclararse la garganta.

—Lo intentaré, aunque no te aseguro nada —replicó, mirando por la ventanilla, mientras el carruaje avanzaba por la calle. Resultaba más seguro que mirarlo a él.

Darius echó hacia atrás la cabeza y cerró los ojos, implorando paciencia.

—¿Por qué estás aquí?

—Para asegurarme de que no matas al vizconde…

Él le dirigió una mirada ominosa.

—Ya te dije que no lo desafiaría a un duelo.

—…y para ver con mis propios ojos que recibe su merecido —añadió, interrumpiéndolo.

Darius arqueó una ceja.

—Vaya, no sabía que eras tan vengativa.

—Dijo la sartén al cazo —se burló ella, recordando su furia cuando le contó lo sucedido con Sophie. Había tenido que echar mano de todo su poder de convicción con el fin de evitar que saliera a buscar al vizconde para retarlo a duelo—. Hay muchas cosas que no conoces sobre mí, pero es cierto que no puedo permanecer indiferente cuando se comete una injusticia, sobre todo, con aquellos a quienes amo.

—Muy encomiable —comentó con sinceridad.

No pudo evitar imaginársela como Atenea, la diosa de la guerra, pero también de la sabiduría, cuya misión era proteger al pueblo de Atenas. Sus labios se curvaron en una sonrisa ante el pensamiento.

—¿Qué te ha hecho sonreír? —le preguntó ella, curiosa.

—Nada. Solo reflexionaba en que la diosa Atenea y tú tenéis mucho en común.

Portia se quedó pensativa unos instantes.

—Es posible —concedió. Luego añadió con seriedad—: Aunque yo no pienso conservar mi virginidad perpetuamente.

Darius se atragantó al escuchar sus palabras y comenzó a toser.

—¡Por el amor de Dios, Portia! No puedes hablar de estos temas con tanta llaneza —la reprendió.

—¿Por qué no? ¿Acaso solo porque las reglas que se nos imponen dicen que debo usar frases suaves, tener un corazón impresionable, cierta delicadeza de sentimientos y un gusto refinado? —inquirió acusadora—. La señora Wollstonecraft dice que «las mujeres solo deben doblegarse a la autoridad de la razón, en lugar de ser las modestas esclavas de la opinión». Además, las relaciones entre hombre y mujer son una cuestión de naturaleza humana, así que no veo por qué razón no puedo hablar sobre ello.

—No estoy diciendo que no puedas hacerlo —espetó con un matiz de tensión en el tono—, pero deberías de cuidar delante de quién lo dices. Algunos caballeros podrían tomarse tus palabras como una invitación —apostilló con un gruñido.

Ella frunció el ceño sin comprender. Sabía que la virginidad se perdía una vez que la mujer tomaba esposo, si bien su madre no le había explicado todavía en qué consistía el proceso.

—¿Una invitación a qué? No es como si estuviera dispuesta a casarme con cualquier caballero solo por decirle estas palabras, que no son más que la constatación de un hecho.

Darius se pasó una mano por el rostro. Aquella inocencia le resultaba desconcertante y abrumadora, teniendo en cuenta lo atrevida que se mostraba siempre.

—No hablo de matrimonio, sino de dar y tomar placer. ¿Alguna vez te han besado, Portia?

—Yo…

Su balbuceo fue toda la respuesta que necesitaba. La vio boquear como un pez fuera del agua y fruncir los labios coralinos en un mohín que le provocó un incómodo tirón en la entrepierna. Sacudió la cabeza, molesto consigo mismo.

—Olvídalo. Ha sido una pregunta estúpida.

Por suerte, el carruaje se detuvo en ese momento, antes de que ninguno de los dos pudiera seguir hablando.




CAPÍTULO 44

El clima soleado y el aire tibio de la mañana eran perfectos para que el paseo por Hyde Park resultase agradable. De no haber sido por la compañía, sin duda, Edward lo hubiera disfrutado. Sin embargo, se había cansado ya de escuchar las constantes reprimendas de Lavinia.

—Fuiste un idiota por dejarla escapar —escupió ella con rabia, apretando tanto el mango de la delicada sombrilla de encaje que pensó que lo quebraría.

Al ver que se acercaban un par de caballeros por el sendero, mudó el gesto de desprecio en una sonrisa meliflua y seductora, e inclinó la cabeza en un saludo más calculador que cortés, ya que, al hacerlo, plegó el abanico que sostenía en la mano libre y lo apoyó con indudable gracia sobre el pronunciado escote.

—Buenos días, lady Waverly. Milord —dijeron ambos, tocándose el ala del sombrero.

Él respondió del mismo modo, agradecido de que ninguno de los dos recordase su nombre. Desde su último encuentro con Sophie no había dejado de amonestarse a sí mismo por su estupidez. Se había sorprendido al darse cuenta de que ella ni siquiera lo había reconocido la noche del baile y el hecho de que él mismo se lo hubiera revelado ese día en Gunter's no hacía sino incrementar la

tensión que lo embargaba, pensando en que lord Rokewood se presentase en algún momento a su puerta para exigirle una satisfacción.

Desde luego, no le había comentado nada de esto a Lavinia. Esa mujer era una verdadera arpía y estaba obsesionada de manera enfermiza con el duque. Al menos él sentía un poco de afecto por Sophie, si bien lo que deseaba era su cuantiosa herencia para solventar las deudas de juego que tenía. El dinero de su difunta esposa le había evitado la cárcel de deudores, pero pronto había comenzado a extender pagarés de nuevo. Estos eran cada vez más numerosos, por eso aceptó la propuesta de Lavinia.

—No pude hacer otra cosa —le respondió cuando los caballeros lograron apartar la mirada de sus exuberantes pechos y se alejaron —. No conocía el jardín y no era cuestión de deambular por ahí proclamando su nombre.

«Además de que tardé un rato en recuperarme del fuerte rodillazo que me propinó», recordó con cierta inquina.

—No eres más que un inútil —le reprochó ella.

—Tampoco es que tú tuvieras más éxito —se defendió con aspereza, aun a riesgo de provocar la ira de la dama.

—Si tú hubieras cumplido tu parte, él habría venido al invernadero —siseó ella entre dientes.

Estaba harto de que lo menospreciara, así que había decidido romper aquella tácita alianza y solucionar por sí mismo sus problemas. De hecho, estaba teniendo una buena racha en las mesas de juego. Había tropezado en uno de los clubes con tres jóvenes soldados que parecían deseosos de que los despojaran de la paga que llenaba los bolsillos de sus casacas. Y, por supuesto, él les había dado el gusto y, de paso, se había ganado su amistad.

Echó un vistazo al reloj de bolsillo y vio que apenas faltaba una hora para la cita acordada con ellos esa misma mañana. Miró a Lavinia y un estremecimiento le recorrió la espalda al ver la furia que destilaban sus ojos. Él podría ser un hombre despreciable, capaz de engañar a una joven con dulces palabras de amor para obligarla a

casarse y quedarse con su dinero —como había hecho con su esposa y como había intentado hacer con Sophie—, pero estaba convencido de que Lavinia llegaría incluso al asesinato para obtener lo que deseaba. Por eso, cuanto antes se alejase de ella, tanto mejor.

—Como sea. La cuestión es que el plan falló y ya no hay nada que podamos hacer.

—¿Crees que consentiré que esa zorra pueblerina se quede con Percy y disfrute tranquilamente del título de duquesa que me corresponde? —se encrespó. Apretó con fuerza el abanico y las varillas de madera crujieron—. No. Voy a hacer que se arrepientan, lo juro. Si no es mío, no será de nadie.

Edward se removió nervioso. «Quizá debería marcharme de Inglaterra». Si ganaba la sustanciosa apuesta que había hecho con los jóvenes soldados, podría marcharse a Francia, ahora que había acabado la guerra.

—No pienso involucrarme en nada más contigo, Lavinia —declaró, tajante—. No estoy dispuesto a dejar que me ahorquen por tus estúpidos celos.

El pálido semblante de ella se transformó en una máscara grotesca, casi demoniaca. Fueron tan solo unos segundos, después dejó escapar una carcajada funesta y sus ojos brillaron como dos ascuas al rojo vivo.

—No seas necio. Nadie va a morir, pero cuando lleve a cabo el plan, esos dos desearán estar muertos.

La sonrisa maliciosa que asomó a sus labios no se reflejó en la mirada. Edward pensó que había perdido por completo la razón. Llegaron al final del sendero, junto a la entrada del parque donde aguardaban los carruajes, por lo que decidió que era el momento de despedirse… si era posible, para siempre.

—A partir de ahora, arréglatelas sola. Tengo suficientes problemas ya, no quiero añadir más.

—Eres un cobarde —bufó con desprecio—, pero no te necesito. Hay muchos hombres dispuestos a hacer lo que sea por mí.

Sin añadir una palabra más, se dio la vuelta y se alejó, dejándolo solo. Puede que tuviera razón y que solo fuera un cobarde, pero apreciaba demasiado su propio pellejo para arriesgarlo inútilmente. Lord Rokewood era un poderoso oponente; además, el remordimiento por lo que le había hecho a Sophie aún le quemaba en las entrañas.

Agitó la cabeza para apartar aquellos pensamientos y se dirigió al carruaje.

—Al número 13 de Bond Street —le indicó al cochero.



«¿Alguna vez te han besado?». Portia se volvió hacia la ventanilla con el fin de calmar el tumulto de emociones que la pregunta de Darius le había provocado y para apagar el rubor que le había prendido las mejillas. Entonces, se dio cuenta de que se habían detenido en Bond Street.

—¿Qué vamos a hacer aquí?

—Tú puedes quedarte en el carruaje hasta que vuelva o ir a visitar algunas tiendas. Harris te acompañará. Yo iré al club. El asunto no me llevará más de una hora.

Portia frunció el ceño. En aquella calle no había ningún… «¡Oh! Se refiere al Club Pugilístico de "Gentleman" Jackson».

John Jackson era un famoso pugilista que había usado aquella notoriedad para abrir, casi veinte años atrás, una academia de boxeo para caballeros en Bond Street, con notable éxito. Muchos aristócratas, entre los que se incluía su padre, habían cruzado sus puertas desde entonces, deseosos de aprender del mismísimo Jackson. Pero tan solo unos meses antes había fundado el Club Pugilístico con la intención de regular el funcionamiento del boxeo como deporte y para exponer cualquier comportamiento deshonesto

en el mismo, entre otros propósitos. Incluso había recibido el patrocinio de algunos nobles para lograrlo.

Supuso que Darius había invitado al vizconde a participar en un enfrentamiento en el ring, aunque no tenía ni idea de cómo habría hecho para que este aceptase. Aunque no era eso lo que más le preocupaba en ese momento, sino cómo iba a boxear él si no contaba con una visión periférica perfecta. Por supuesto, estaba decidida a averiguarlo por sí misma.

—Me parece bien —le respondió, esgrimiendo una inocente sonrisa.

Darius la observó con detenimiento. ¿Desde cuándo se había vuelto tan complaciente? Había esperado que protestara e incluso que exigiera que la llevara con él, a pesar de que a las damas no les estaba permitido el acceso al club. Aquella pronta capitulación lo inquietó. Algo estaba mal, si bien no sabía decir qué era. Terminó por asentir y descendió del carruaje. Luego, dio instrucciones a Harris para acompañarla si lo requería, y se dirigió al club.

Cinco minutos más tarde, ella lo siguió, a pesar de las protestas del cochero, y llamó a la puerta de servicio. Habló con uno de los trabajadores, que lucía el uniforme azul y beige del club, y entró al cabo de unos instantes.

El hombre, que había hablado con Jackson para solicitarle permiso para que ella pudiera ver el combate, usando el nombre de lord Alcock para ello —su padre era uno de los patrocinadores—, la acomodó en una habitación del piso superior destinada a visitantes y mecenas, desde la que tenía una completa visión del ring. En ese momento se hallaba vacío, lo mismo que las áreas circundantes.

Se dedicó a estudiar el club, mientras aguardaba la aparición de los combatientes. Las paredes eran de un color cálido y, de ellas, colgaban retratos de boxeadores y escenas de combate. Los escasos muebles que había eran de madera, aunque estaban tallados con buen gusto.

Un alboroto atrajo su atención cuando un grupo de hombres entró por una puerta. Entre ellos distinguió al vizconde, a medio vestir,

pues solo llevaba los pantalones hasta media pierna.

—Estoy seguro de que ganarás el combate —aseguró uno de los hombres que lo acompañaban, dándole unas palmadas en la espalda —. Las apuestas han sido altas, así que hay muchas libras en juego. Te dijimos que era dinero fácil, ¿no es verdad?

Edward asintió y dejó que uno de los trabajadores le vendara las manos con tiras de tela y le colocara los guantes de cuero. Aunque todavía no sabía quién era su contrincante, se consideraba un buen pugilista, por lo que tenía esperanzas de salir vencedor y ganarse la suma de cincuenta mil libras, a la que ascendían las apuestas.

—Aquí tenemos a su oponente —comentó uno de los jóvenes soldados.

Él se giró y vio a Jackson junto a un caballero de complexión fuerte y buena estatura. Tenía la cabeza inclinada, escuchando lo que le decía el propietario, por lo que no pudo verle el rostro. Sin embargo, cuando la alzó y descubrió el parche negro sobre el ojo, su determinación se vino abajo y le comenzaron a temblar las manos. Aunque no habían sido presentados formalmente, sabía de sobra de quién se trataba, pues acompañaba en numerosas ocasiones a lord Rokewood.

En ese momento comprendió que le habían tendido una trampa. Él no creía en las casualidades. «¡Maldita sea!». No podía retirarse del combate, a menos que quisiera que lo tildaran de cobarde y de faltar al honor, por lo que no le quedaba más remedio que luchar. De cualquier forma, tenía ventaja, ya que lord Blackthorn era ciego de un ojo.

Jackson —que actuaría como árbitro— hizo las presentaciones y los invitó a subir al ring, donde les explicó las reglas del combate. Él apenas lo escuchó, pues sentía la mirada rebosante de ira del conde sobre él. «Lo sabe. Sabe lo de Sophie», pensó aterrado, justo en el momento en que sonó una campana anunciando el inicio de la pelea.

Portia se había quedado sin aliento al ver a Darius vestido solo con los pantalones, pero trató de centrarse en la lucha, más que en

contemplar cómo ondulaban los músculos del espléndido tórax y de la espalda del conde, o deleitarse en el firme trasero y los poderosos muslos. Aunque no sabía mucho de boxeo, le quedó clara la superioridad de este frente al vizconde, incluso con un solo ojo. La forma en que danzaba en el ring, esquivando golpes y propinándolos, resultaba hipnótica. Soltó un pequeño grito cuando vio que lord Ashcombe lo alcanzaba con un derechazo en el costado. Pese a cubrirse la boca de inmediato, tuvo la sensación de que él miraba en su dirección, por lo que trató de ocultarse lo mejor que pudo.

El combate continuó, incrementándose la dureza de los golpes, hasta que el vizconde no pudo hacer otra cosa más que protegerse mientras gemía. Le sangraba la nariz y tenía un corte en la ceja y otro en el labio, además de un ojo hinchado. Seguramente, también alguna costilla rota, porque se inclinaba hacia el costado derecho. No resultaba un espectáculo agradable y, si bien nunca comprendería ese afán masculino por golpearse mutuamente, no sintió ninguna pena por él.

—¡Por favor, basta! —le oyó rogar.

—Esto es por Percy —respondió Darius, asestándole un golpe directo al estómago—. Y esto por Sophie.

El puñetazo impactó contra la mandíbula con contundencia, arrojándolo al suelo mientras emitía un largo quejido.

—El vencedor es lord Blackthorn —proclamó Jackson, alzando su mano.

Portia estaba exultante. Vio cómo los tres hombres que acompañaban al vizconde subían al ring y rodeaban de inmediato a Darius. ¿Acaso iban a pelear con él por haber derrotado a su amigo? Sin pensar en lo que hacía, salió con premura de la habitación y descendió las escaleras. Cuando llegó a donde se encontraban, dispuesta a plantarles cara para defender al conde, se detuvo de golpe al escuchar las felicitaciones.

—Muy bien hecho, capitán.

—Ha estado magnífico, señor.

—Gracias, muchachos —contestó Darius, mientras se retiraba los guantes y se enjugaba el sudor con una toalla que le entregaron—. ¿Habéis traído los papeles?

—Sí, señor, aquí están —dijo uno de ellos, entregándoselos.

Darius se acercó al vizconde, a quien un par de hombres ayudaban a levantarse para sacarlo del ring.

—Lord Ashcombe, estos documentos son su comisión para enrolarse en la Compañía de las Indias Orientales. El barco partirá dentro de cinco días del muelle de Londres. Si no se presenta, se le formará un consejo de guerra. Y si vuelvo a verlo, juro que con la próxima paliza no le dejaré ni un solo hueso sano —lo amenazó. Puso los papeles en su mano e indicó a los hombres que se lo llevaran.

—Ha combatido bien, lord Blackthorn —lo felicitó Jackson.

—Tengo un buen maestro —replicó, aceptando la mano que el hombre le tendía.

—Y también una dama que lo anima —le dijo este, señalando con la cabeza en dirección a Portia.

Darius se volvió hacia ella. La había visto tan solo unos instantes en el momento en que gritó, pero saber que estaba allí fue la causa de que recibiera algunos golpes. Se acercó con gesto borrascoso.

—Te dije que…

Antes de que pudiera terminar, ella se empinó sobre las puntas de los pies y depositó un beso frugal en sus labios, acallándolo.

—Mi enhorabuena al vencedor.

Su sonrisa era amplia, luminosa, y le provocó un cosquilleo en la sangre, ya embravecida por el combate. «De perdidos, al río», pensó con un suspiro de rendición. La atrajo hacia sí y la besó como debía ser besada una mujer como ella, con pasión y ternura.

Un coro de silbidos restalló en el aire.




CAPÍTULO 45

Londres.

1 de agosto de 1814

Habían fijado el primero de agosto para la celebración del Gran Jubileo —dentro de los festejos de la Paz Gloriosa— porque era el día en que se conmemoraba el centenario del ascenso al trono de la Corona inglesa del primer monarca de la casa de Hannover, Jorge I. También era el decimosexto aniversario de la Batalla del Nilo, en la que el contraalmirante, sir Horatio Nelson, había derrotado a la flota francesa.

El festejo poseía tal relevancia que ni siquiera los funcionarios del gobierno acudieron a trabajar. Las tiendas y negocios también cerraron. Desde temprano por la mañana, a pesar de la incertidumbre sobre el clima, una multitud exultante se congregó para participar en los diferentes eventos que tendrían lugar en todos los parques reales de Londres —centro de las celebraciones durante todo aquel verano—. Cuando el disparo de los cañones anunció que el tiempo sería favorable y que, por tanto, podía dar comienzo el jubileo, gente de todos los estratos sociales acudió en un flujo

incesante para presenciar los espectáculos preparados para ese día, lo que prácticamente colapsó Strand Street y Piccadilly.

La jornada había dado comienzo en Green Park con la ascensión de un enorme globo aéreo, cuyo lanzamiento se retrasó para permitir que la reina Carlota y sus hijas pudieran verlo. Luego, entre las ocho y las nueve de la mañana, el público se había trasladado a Hyde Park para ser testigo de la gran lucha naval en el lago Serpentine, que recreaba la Batalla del Nilo, donde maniobraron y se enfrentaron barcos de línea en miniatura. La escenificación había sido realmente imponente.

El periódico *Bell's Weekly* comentaría la noticia al siguiente día con estas palabras: «Una gran extensión de luz brillante sobre el agua; una enorme columna de llamas, coronada por espirales de humo; el reflejo rojo y radiante del fuego, difundido sobre diez mil rostros, junto con la explosión de los cargadores, la caída de los mástiles y la exposición de nervaduras y vigas envueltas en llamas formaba una combinación poco inferior en grandeza a la escena de la que no era más que una imitación».

Portia y lady Blackthorn —que formaban parte del grupo que se había reunido para ver los festejos, junto con Sophie y Percy, Darius y Charlotte con su esposo— habían quedado muy impresionadas tras presenciar la representación.

—¿Así son las batallas? —le preguntó Portia a Darius cuando se sentaron para disfrutar del almuerzo en el parque.

Habían decorado los árboles con pancartas y farolillos y habían levantado carpas y colocado casetas y puestos en los que la gente compraba comida, escuchaba música e incluso bailaba.

Darius descubrió en sus ojos un asomo de angustia y no quiso decirle que podían ser mucho peor, un infierno. A pesar de la magnífica puesta en escena en el lago, no había en ella cadáveres por doquier, ni el hedor de la sangre y las vísceras se elevaba en el aire, tampoco se oían los gemidos y lamentos de los moribundos.

—¿Tienes algún pariente o conocido que haya participado en la guerra contra Napoleón? —inquirió. De ser así, suavizaría la

respuesta, porque no deseaba que los imaginara en un escenario dantesco como aquel.

Portia negó con la cabeza.

—Estaba pensando en ti —repuso con sinceridad. Alzó la mano hacia su rostro, como si pretendiera acariciar el parche que le cubría el ojo, aunque se detuvo al percatarse del escándalo que supondría hacer algo así ante tanta gente y la retiró, aferrándose con fuerza a la muselina del vestido—. Debió de ser muy doloroso.

Él no supo qué responder y solo tragó saliva. Portia siempre parecía tomarse a la ligera la pérdida de su ojo, lo que había provocado que, poco a poco, él le restara también importancia. Lo había arrancado de la oscura autocompasión que acechaba su alma y le había devuelto las ganas de vivir. Sin embargo, en ese instante, era ella la que sufría por él. Su corazón se estremeció con un sentimiento nuevo... y más aterrador que cualquier batalla. Lo apartó con decisión y esbozó una sonrisa agridulce.

—Alguien me ha enseñado que no merece la pena anclarse en el pasado porque el presente tiene mucho más que ofrecer.

El tono de su voz fue tan suave que ella apenas alcanzó a escucharlo entre los gritos de los niños que corrían y la música que sonaba. Notó que se sonrojaba ante aquel velado elogio y los latidos de su corazón se aceleraron. Algo que le ocurría cada vez con más frecuencia cuando lo tenía ante sí, sobre todo, desde el día en que la había besado en el club de boxeo.

—¿Dónde iremos después? —Oyó que preguntaba la madre de Darius, evitando así que ella tuviera que darle una respuesta a este. Desvió la mirada y la centró en lady Blackthorn, que parecía realmente emocionada, como una jovencita en su primera temporada.

—Podemos ir al parque de St. James para ver el puente y la pagoda chinos que han construido para la ocasión —propuso Charlotte—. Dicen que son espectaculares.

—Además, alguien me ha comentado que organizan carreras de botes en el canal. Podríamos participar en alguna —sugirió Percy,

entusiasta.

La idea fue bien acogida por todos, por lo que, una vez que dieron buena cuenta del almuerzo, se trasladaron allí. Sin embargo, cuando llegaron al lugar donde los barqueros distribuían a la gente en las barcas que competirían, tanto lady Blackthorn como Sophie declinaron la invitación a subir, alegando que se mareaban.

—Deberías haber ido con ellos —le dijo ella a Percy, cuando decidió quedarse también en tierra para hacerles compañía, aunque lady Blackthorn se había encontrado con unas amistades a las que se unió—. Tenías muchas ganas de participar en la carrera.

Él le ofreció el brazo con galantería.

—En realidad, solo quería lucirme ante ti —declaró, guiñándole un ojo, al tiempo que señalaba hacia los botes. Tanto Darius como el señor Bean se habían despojado de las chaquetas y habían arremangado las mangas de la camisa, mostrando unos musculosos antebrazos—. Además, prefiero pasear contigo. Hoy ni siquiera hemos podido estar un momento a solas —se lamentó, clavando la mirada sobre ella con intensidad.

Sophie se ruborizó al recordar lo que sucedía cada vez que se encontraban a solas. Percy le había abierto las puertas a un mundo fascinante y desconocido, mostrándole todas las formas en que un hombre y una mujer podían entregarse a sí mismos y gozar del placer. Se ruborizó al recordar las caricias de sus manos y su boca en cada rincón de su cuerpo, y un cosquilleo se expandió por su vientre.

Deseó poder encontrar un tema de conversación para alejar aquellos pensamientos, antes de que se dejara llevar por la tácita invitación que brillaba en los ojos de su esposo y ofrecieran un espectáculo público, pero su mente se había quedado en blanco. Unos niños pasaron corriendo junto a ellos entre gritos y algarabía, y entonces supo lo que quería preguntarle.

—Háblame del *Haven of Hope* —le dijo.

Percy se detuvo con brusquedad.

—¿Cómo demonios sabes…?

—Revisé el libro de cuentas —le explicó, un tanto avergonzada por su comportamiento en aquella ocasión. Al ver la tensión que endurecía su mandíbula se preguntó si estaría muy enfadado—. No quería…

—¿Lo leíste todo?

Se estremeció a causa del tono sombrío. Sabía que le estaba preguntando si había visto la solvencia de sus finanzas, un secreto que él había guardado con mucho ahínco.

—Si te refieres a esas inversiones que hiciste, creo que el carbón te habría reportado muchos más beneficios. Las navieras tienen más riesgos, es fácil que los barcos naufraguen. Además, deberías revisar el gasto de… —Se interrumpió cuando escuchó la repentina carcajada que él dejó escapar. Entonces soltó un pequeño grito al sentir que sus manos se cerraban sobre su cintura y la alzaba del suelo mientras giraba con ella—. ¡Percy, bájame!

—Eres una mujer maravillosa —declaró mientras la depositaba de nuevo en el suelo.

Su mirada rebosaba tanto amor que Sophie se perdió en ella con el corazón acelerado.

—Y tú el mejor hombre que he conocido, esposo mío —le aseguró con una sonrisa dichosa. Luego miró con nerviosismo a su alrededor. La gente se había detenido y cuchicheaba sobre ellos. Si seguían así, lo más probable era que aparecieran al día siguiente en los ecos de sociedad—. Pero no creo que este sea el momento y el lugar para estas cosas.

—¿Por qué no? —Enmarcó su rostro entre las palmas y lo acercó al suyo, respirando el cálido aliento sobre los labios de ella—. Quiero mostrarle al mundo entero cuánto te amo.

Acortó la distancia que los separaba y acarició la carne tibia con ternura y delicadeza, hasta que ella emitió un suspiro de rendición y se reclinó contra su pecho. Entonces profundizó el beso, mimando el interior de su boca con lentas y suaves caricias que hizo arder la piel de ambos.

—¡Auch! —se quejó Percy, separándose de Sophie, al sentir el pellizco que acababa de propinarle en el costado.

—Ibas a acompañarme a dar un paseo —le recordó, dirigiéndole una mirada admonitoria— y tienes que contarme sobre *Haven of Hope*.

Él gruñó su descontento.

—Esta noche me resarciré contigo, mi querida esposa —le susurró al oído con un tono ronco y tentador—, y te haré gritar tanto de placer que hasta las paredes se estremecerán.

Esas palabras provocaron que se le encogieran incluso los dedos de los pies y tropezase. Percy la sostuvo contra un costado. Su sonrisa era petulante, pero se veía tan atractivo que tuvo que contener las ganas de besarlo.

—Estoy esperando que me lo cuentes todo —señaló con tono firme, recuperando la compostura, aunque no pudo borrar el rubor rosado de sus mejillas.

No respondió de inmediato. Aunque no le importaba lo que pensara la gente de él, había echado un vistazo alrededor con lo que Portia denominaba su «arrogante mirada ducal». Fue en ese momento cuando se encontró con unos ojos que conocía bien. Había tanto odio en ellos que sintió un escalofrío.

—¿Percy?

Él se centró en Sophie un instante. Cuando volvió a alzar la vista, Lavinia había desaparecido.




CAPÍTULO 46

Una sensación de desasosiego se apoderó de él. Sin embargo, no le comentó nada a Sophie para no inquietarla. Esbozó una sonrisa, en beneficio de ella, y dirigió sus pasos hacia el hermoso puente de madera que cruzaba el canal y sobre el que se alzaba la elegante pagoda de siete pisos piramidales.

Mientras paseaban, le abrió el alma, contándole los padecimientos y dificultades durante los años posteriores a la muerte del duque, la traición de Leonore y cómo Portia lo había salvado de una vida miserable y le había proporcionado un camino para redimirse.

—Me fue bien con las inversiones que realicé y, cuando terminé de pagar las deudas de mi padre, me di cuenta de que no deseaba dejar de ejercer como acompañante de las damas que solicitaban mis servicios —le explicó. En su voz había un matiz de nostalgia—. A pesar de lo que podía pensar la sociedad, me sentía bien ayudando a otras personas a alcanzar la felicidad. Era para ellas…

—…como un ángel.

Él esbozó una mueca, pero luego se encogió de hombros.

—Algo así. Portia había sido el mío cuando todo el mundo me dio la espalda, incluso aunque yo no era culpable de nada, excepto de ostentar un título que el anterior duque de Rokewood había mancillado.

—La sociedad puede ser muy cruel en ocasiones —admitió Sophie. Sentía un nudo en la garganta y las lágrimas amenazaban con desbordarse de sus ojos. El dolor de Percy era también el suyo.

—Había visto a jóvenes debutantes rechazadas en los salones de baile solo por el hecho de no cumplir con los estándares de belleza impuestos por sus pares, por ser demasiado tímidas o lo bastante audaces para desafiar a cualquier inteligencia masculina.

—Así que te erigiste en su paladín.

Percy asintió. Conforme atardecía, el parque entero se fue iluminando con las luces de los farolillos. El puente y la pagoda ofrecían un aspecto casi mágico, resplandeciendo como si estuvieran bañados en oro, gracias a las lámparas de gas.

—Gracias a una conversación con una de estas damas, descubrí que en la prisión de Fleet vivían cerca de trescientos prisioneros con sus familias, la mayoría de ellos deudores, que debían pagar por la comida y el alojamiento. —Su tono se endureció mientras hablaba a causa de la indignación.

—Pero eso solo empeora la situación de quienes se encuentran encerrados allí por impago de deudas —replicó Sophie, sorprendida.

—Así es, por eso fui a visitar Fleet y Marshalsea. —No tuvo valor para contarle el horror que encontró tras los fríos muros de piedra—. Compré un terreno en Hampstead Heath y construí un asilo para ofrecer una vida mejor a los hijos de los presos. ¿Por qué habían de sufrir por causa de sus padres?

—Y lo llamaste *Haven of Hope*. Refugio de esperanza.

Percy asintió.

—Yo pude salir adelante gracias al apoyo de Portia, ¿por qué no iban a poder hacerlo ellos con un poco de ayuda también? Contraté personal para que les enseñen oficios con los que puedan valerse en la vida y les buscamos trabajo una vez que alcanzan la edad adecuada. Con el dinero que ganan, ayudan a saldar las deudas de sus padres —le explicó con un matiz de orgullo en la voz—. Ahora mismo tenemos cerca de setenta niños.

A Sophie le temblaron los labios cuando esbozó una sonrisa, mientras intentaba contener el llanto. Sentía como si su corazón fuera a explotar a causa del inmenso amor que la había inundado al escuchar sus palabras. No podría haberse casado con un hombre mejor.

—¿En qué piensas? —preguntó él al cabo de unos instantes, preocupado porque no decía nada.

Ella se detuvo y, colocándose frente a él, lo envolvió en un abrazo y reclinó la cabeza contra su pecho. Notó la repentina rigidez que lo embargó y los apresurados latidos bajo el oído, pero no lo soltó, sino que se aferró con más fuerza a su cintura. Tras unos momentos de duda y perplejidad, Percy también la abrazó, y ella emitió un suspiro de felicidad.

No supo cuánto tiempo permanecieron así, acurrucados en la calidez del otro mientras el cielo los cubría con su negro manto, tachonado de estrellas.

No deseaba moverse de allí. Sentir a Sophie entre sus brazos era como estar firmemente anclado a la única realidad verdadera de su vida, a la única persona que daba sentido a su pasado y a sus sufrimientos, como si hubiera estado perdido hasta que la conoció. Y, de hecho, así era. Le besó el cabello y cerró los ojos, notando la brisa que los acunaba.

—Gracias.

Abrió los ojos, sorprendido.

—¿Por qué? —inquirió, sin comprender, al tiempo que le acariciaba la espalda con suavidad.

Sophie se apartó un poco y elevó la mirada hacia su rostro, iluminado con el brillo dorado de la pagoda.

—Por ser como eres —respondió en un susurro desbordante de amor, como si su voz fuera un eco de su alma—. Por escoger la bondad en una sociedad que a menudo la ignora, por haber transformado el dolor en esperanza, por tu forma de amar, por ser un refugio para mi corazón, porque un día nuestros hijos estarán orgullosos de llamarte padre. —Sus ojos brillaron con la misma luz

que reflejaba la luna sobre las aguas del canal y ella le acarició la mejilla, dispuesta a enjugar las lágrimas si las vertía—. Te amo tanto que necesitaría mil vidas para demostrártelo, pero solo tengo una y quiero vivirla a tu lado, Percy.

Él tomó una honda respiración y presionó los labios temblorosos contra su frente en un beso lleno de calidez. Luego se apoyó sobre la de ella y colocó la mano encima de la que mantenía apoyada en su pecho.

—Mi querida y práctica Sophie, mi amada duquesa…

Sus respiraciones se acompasaron. Los corazones armonizaron sus latidos como si fuesen uno solo. El tiempo se ralentizó y el universo se redujo solo a ellos dos, hasta que unos gritos entusiastas se alzaron entre los espectadores situados en las orillas del canal.

—Deben de estar llegando las barcas —suspiró Sophie con resignación—. Vamos a buscar a los demás.

—Si no hay más remedio —rezongó él, haciéndola reír.

La tomó de la mano y entrelazó los dedos con los suyos mientras se acercaban al agua, abriéndose paso entre la gente que comenzaba a llenar el lugar. Unos hombres agitaban banderines desde ambas orillas, indicando el término de la carrera tras pasar el puente.

—Mira. —Señaló hacia el centro del canal, donde un par de barcas avanzaban a buen ritmo, con movimientos sincronizados—. Ahí vienen Charlotte y William.

Las barcas estaban iluminadas con farolillos, por lo que Sophie tuvo la sensación de que una nube de luciérnagas revoloteaba sobre el río.

—¿Dónde están lord Blackthorn y Portia? —Por más que agudizaba la vista, no lograba distinguirlos.

Percy no tardó en volver a señalar otro punto, con una sonrisa floreciendo en sus labios.

—Allí están. Me sorprende que no se hayan hundido —comentó, al tiempo que dejaba escapar una carcajada que, de inmediato,

corearon las personas a su alrededor mientras disfrutaban del espectáculo.

La barca se bamboleaba de un lado a otro, amenazando con volcarse. Portia y Darius remaban a destiempo y parecían discutir sobre la dirección en la que deseaban avanzar.

—¿Crees que alguna vez se pondrán de acuerdo? —le preguntó Sophie, meneando la cabeza con frustración.

—Tengo esa esperanza. —El tono risueño que impregnó la respuesta le dio a entender que Percy no se refería a su manera de remar, sino a algo más. «Así que él también ha notado la atracción que hay entre ambos», pensó. Cuando lo miró, él le guiñó un ojo con diversión. Luego le indicó—: En cuanto termine la carrera darán comienzo los fuegos artificiales. ¿Por qué no vas al otro lado del puente para reunirte con los Bean? Mientras tanto, yo buscaré a lady Blackthorn y la traeré conmigo.

—Está bien.

Lo vio alejarse y perderse entre la multitud, que cada vez afluía en mayor número. Regresó de nuevo la mirada hacia el canal y vio que, por fin, Darius y Portia avanzaban, así que comenzó a caminar ella también. Durante un momento se detuvo a contemplar la belleza del puente y de la pagoda, con aquellos colores vibrantes de amarillo y con los techos en azul, que brillaban bajo la luz de las lámparas de gas. Le habría gustado pasear por él. Quizá Percy y ella podrían hacerlo al término de los fuegos artificiales o en los siguientes días, puesto que la estructura permanecería durante algún tiempo allí.

Notó que alguien la empujaba por el costado e intentó apartarse para cederle el paso, sin embargo, un brusco tirón en el brazo se lo impidió. Se giró para descubrir quién la había sujetado y un estremecimiento la recorrió.

—Lady Waverly, ¿qué…?

Las palabras se desvanecieron en su garganta cuando vio que la presión que había notado sobre su carne provenía del cañón de un arma.

—Mi querida duquesa, usted y yo vamos a dar un paseo.

A pesar de la sonrisa que asomaba a su hermoso semblante, aquel tono tenía el filo de un cuchillo. Sintió el tirón de la mano como una garra de acero que se cerraba sobre su antebrazo, causándole dolor.

—¿Qué es lo que quiere, lady Waverly? —le preguntó mientras intentaba encontrar algún rostro conocido entre las personas con las que se cruzaban. Sin embargo, le resultaba imposible, dada la escasa iluminación y la rapidez con la que pasaban a su lado, buscando obtener un buen puesto para ver los fuegos artificiales.

—¡Oh, querida! Ya sabes lo que quiero. Percy es mío, siempre lo ha sido. Me ama solo a mí, pero tú le has nublado la mente. —Hablaba con un tono tan natural que resultaba desconcertante y aterrador—. Sí, ahora está confundido, pero eso cambiará en cuanto desaparezcas. Y cuando se vea sumido de nuevo en la desesperación del abandono y la traición, vendrá a mí suplicando por mis caricias, como lo hizo antes.

Sophie sentía un dolor en el pecho por la fuerza atronadora de su corazón, que golpeaba inclemente contra sus costillas. Aquella mujer había enloquecido y pensaba arrastrarlos a Percy y a ella en su locura. Miró alrededor con desesperación. Si seguían acercándose al puente, donde había menos gente —todos deseaban ver los fuegos artificiales desde la distancia—, Lavinia ya no tendría ningún problema para arrastrarla hacia la arboleda y dispararle en cuanto explotaran en el cielo nocturno los primeros cohetes.

—Renunciaré a Percy —declaró con firmeza en un intento por distraerla y encontrar una oportunidad para escapar—. Puedes… puedes quedarte con él. Yo solo quería su dinero.

Ella se detuvo y la observó con detenimiento, como si de verdad sopesase lo que había dicho. Luego sacudió la cabeza.

—Él nunca me ha mirado como te mira a ti.

El tono de voz rezumaba verdadero odio y Sophie supo que no había nada que pudiese hacer para que cambiase de opinión. Cuando Lavinia la arrastró hacia las carpas que habían levantado cerca del puente, detrás de las cuales se alzaba la arboleda, comenzó a tironear del brazo para que la soltara.

De pronto, un grupo de niños salió corriendo de entre las carpas, chocando contra ellas en un griterío de risas y confusión. Lady Waverly comenzó a increparlos. Al sentir que aflojaba la presión con la que la sujetaba, Sophie le propinó un empujón para desestabilizarla y echó a correr hacia el puente.

CAPÍTULO 47

Percy se abrió camino entre la gente mientras escuchaba la animada cháchara de lady Blackthorn sobre la vida de sus conocidas. Había tardado más tiempo del previsto en encontrarla porque la mujer se había cambiado de lugar tras haberse encontrado con otras amistades. Por suerte, en previsión de la multitudinaria asistencia a los fuegos artificiales, había establecido con Darius el sitio desde donde los verían y hacia allí se había dirigido con ella. Cuando por fin divisó la cabeza de su amigo —gracias a su elevada estatura sobresalía entre la muchedumbre que los rodeaba—, dejó escapar un suspiro de alivio.

—Darius, querido, no vas a creerte con quién me he encontrado —dijo la mujer apenas llegaron junto a ellos—. Le venía diciendo a Percy…

Darius le dirigió una mirada de disculpa a su amigo.

—¿Dónde está Sophie?

Percy miró con extrañeza a Portia por la pregunta.

—¿No está con vosotros? Fue a buscaros mientras…

Al ver que ella negaba con la cabeza, se interrumpió. Una extraña inquietud se aposentó en su estómago.

—No la hemos visto. A lo mejor nos cruzamos —razonó, frunciendo el ceño. Aunque no era probable, ya que habían sido de

las últimas barcas en llegar a la meta, por lo que se habían encontrado con pocas personas en el camino de regreso—. O tal vez ha visto a algún conocido y…

—Lavinia está aquí.

La afirmación provocó un sobresalto en Portia. Darius, que había estado escuchando, interrumpió la conversación con su madre y le pidió a Charlotte que se ocupara de ella. En cuanto comenzó a hablar de moda, la indignación de lady Blackthorn a causa del comportamiento de su hijo se atemperó.

—Te ayudaré a buscar a Sophie.

Percy agradeció el ofrecimiento de su amigo.

—Yo también voy.

Darius se negó.

—Tú te quedas aquí. Si te pierdes entre esta multitud… —No quería ni imaginar lo que podría pasarle.

—Entonces iré contigo. Tres ojos ven más que uno —añadió al ver que él iba a volver a quejarse.

Percy no tenía ganas de oírlos discutir. La preocupación por Sophie le roía las entrañas. Lavinia era capaz de cualquier cosa. Cientos de posibilidades le cruzaron la mente. ¿Y si la había empujado al canal? Quizá la había secuestrado… Sintió la presión de la mano de Darius sobre el hombro.

—La encontraremos —le aseguró—. Has dicho que iba a buscarnos, ¿no? Tal vez se han cruzado de camino al puente. Miremos por ahí primero, en las carpas y en las arboledas cercanas.

Él asintió. Había poca gente en esa zona, por lo que terminarían pronto de revisarla si no encontraban nada. El problema sería buscarlas hacia el otro lado, entre aquellos miles de espectadores que elevaban las miradas al cielo a la espera de que se iluminara con los fuegos artificiales.

—Id vosotros a las carpas, yo iré por la orilla del río. —No podía quitarse de la cabeza la idea de que Lavinia había podido intentar ahogarla.

Una punzada de dolor le atravesó el corazón. «Sophie está viva, tiene que estarlo», se dijo angustiado. Porque si la perdía, ya no tendría motivos para seguir adelante.

Escudriñó con atención la margen izquierda del río, pero el juego de luces y sombras que creaba la iluminación del puente y de la pagoda sobre el agua le dificultaba la tarea, lo que hacía que su imaginación se exaltara.

Un estallido rompió de pronto el aire, iluminando la noche de colores mientras la brisa arrastraba un fuerte olor acre. Los espectadores rompieron en vítores y aplausos ante la sucesión de cohetes. Percy contempló, sin poder disfrutarla, la bella estampa que ofrecían el puente y la pagoda con los fuegos artificiales, que se abrían como flores sobre ellos. Cuando el cielo se iluminó de nuevo, distinguió unas figuras sobre el puente. Aunque solo fue un instante y, a pesar de saber que podía tratarse de los trabajadores que se ocupaban de la pirotecnia, echó a correr hacia allí con la dolorosa sensación de que estaba a punto de perder la luz de su vida.



A Sophie le dolía el costado a causa de la carrera y le temblaban las piernas. Se había ocultado entre las sombras que formaban los pequeños quioscos que flanqueaban la pagoda central —dos delante y dos detrás, con el techo azulado—. No se había atrevido a cruzar al otro lado del puente, puesto que había una arboleda donde reinaba la oscuridad. La esperanza que tenía era que Lavinia se dirigiese precisamente hacia allí, sin percatarse de su presencia, y ella pudiera huir hacia el otro lado, donde se reunía la gente y donde la esperaba Percy.

Contuvo la respiración cuando escuchó los ligeros pasos femeninos sobre las tablas de madera. Después, un cohete explotó en el cielo nocturno y solo pudo oír los furiosos latidos de su corazón. Tuvo que

taparse la nariz, pues densas nubes de humo cubrieron el puente, igual que la niebla se extendía por Londres en las noches de invierno. El olor acre de la pólvora le provocó picor en la garganta y sus ojos lagrimearon, o tal vez era por la impotencia de saber que podría no volver a ver a Percy.

—Aunque te escondas, te encontraré —dijo Lavinia. Sus ojos escrutaban cada sombra que danzaba ante ella por la luz titilante de las lámparas de gas—. No permitiré que te quedes con Percy. Me convertiré en lady Rokewood cuando tú no estés, pero no te preocupes, querida, él pronto se olvidará de ti. Solo yo sé cómo hacerlo feliz.

Su voz sonaba cada vez más cerca. Nuevos cohetes iluminaron el cielo, pero volaron tan alto que apenas se escuchó el ruido que hicieron al explotar.

—¡Te encontré!

Un sonido atronador rasgó el aire, estremeciéndolo. En el hermoso semblante, bañado por las luces de colores de los fuegos artificiales, Sophie pudo ver una sonrisa macabra curvando sus labios y el brillo demencial en su mirada. «Si la muerte posee un rostro, tiene que ser como el suyo», pensó. Frío, bello y letal.

Observó con temor el cañón del arma que sostenía en la mano y que lanzaba destellos metálicos bajo la suave luz de las lámparas. «Un instante», reflexionó. Bastaba tan solo un instante para que su vida desapareciera por completo, para que su amor se convirtiera tan solo en un recuerdo. Apretó los puños con fuerza, no iba a permitir que esa mujer destrozara sus sueños de un futuro junto a Percy. Le sorprendió la calma que le inundó el alma con su determinación.

—No lo hagas, o lo perderás todo —le advirtió. Si tan solo pudiera robar ese instante que marcaba la fina línea entre la vida y la muerte…

—Lo siento, querida, pero yo nunca pierdo.

—¡Lavinia!

El grito se perdió entre las fuertes explosiones que sacudieron el aire, haciendo que incluso el puente se estremeciera, pero fue suficiente para distraer a la condesa. Sophie se lanzó contra ella para arrebatarle la pistola y comenzaron a forcejear. Un disparo resonó, seguido por el estallido de varios cohetes. El miedo se apoderó de ella. El humo que las envolvía no le permitía ver nada. ¿Y si había herido a Percy?

—¡Sophie!

A pesar de la angustia que revelaba el tono, se sintió aliviada y luchó con más ahínco, movida por la desesperación. Un creciente resplandor anaranjado le permitió ver los rasgos de Lavinia a través de la densa cortina de humo, distorsionados por la rabia y el odio.

—Te mataré —siseó esta, furiosa, mientras luchaba—. Juro que no volverá a pronunciar tu nombre. ¡Jamás!

Oyó el ruido sordo del arma al golpear contra el suelo de madera. Sin embargo, antes de que pudiera reaccionar, sintió la presión férrea de sus manos alrededor del cuello. Apenas podía respirar. Intentó soltarse, pero le resultó imposible. El calor se volvió cada vez más insoportable.

—¡Fuego! —Le llegó, como un eco lejano, la voz de los hombres que estaban lanzando los cohetes—. ¡La pagoda está ardiendo!

Un zumbido persistente se instaló en sus oídos y notó que comenzaba a perder la consciencia. Le pareció que Percy la llamaba, pero su voz sonaba como desvaída y extraña. Su cuerpo se quedó sin fuerzas para luchar. «Lo siento», pensó. En ese momento, Lavinia empezó a toser de forma convulsiva y la soltó.

En cuanto la presión desapareció de su garganta, Sophie aspiró una gran bocanada, pero el aire caliente le quemó los pulmones y cayó desmadejada. Le sobrevino un fuerte mareo y sintió náuseas. Tenía que salir de allí. La madera crepitaba y crujía bajo el vigoroso fuego, como si se lamentase de las heridas que este le infligía. Se arrastró por el suelo, aferrándose a la barandilla del puente, hasta que se quedó sin fuerzas. Le ardían los ojos y la garganta, y los pulmones se negaban a funcionar. Un sueño letal la abrazó.

De pronto sintió que alguien la alzaba en brazos.

—Sophie, no te duermas —le ordenó una voz.

Aunque no pudo distinguirla, su corazón supo a quién pertenecía y las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Al… al menos moriré… en tus brazos —susurró con la garganta enronquecida.

—¡No vas a morir! ¿Me oyes? —exigió, imperiosa, aquella voz—. No puedes morir. Te necesito, Sophie. No me dejes.

Apoyada contra su pecho, hizo un esfuerzo por levantar la cabeza. Detrás de ella, todo estaba envuelto en una negra humareda. Las llamas se elevaban hacia el cielo, devorando los siete pisos de la pagoda.

Se escuchó un terrible crujido, seguido de las voces aterrorizadas de los trabajadores. En medio de aquel imponente escenario dantesco se alzó un grito angustioso, un grito femenino. La estructura se derrumbó con un estruendo, cayendo sobre el puente y sobre el oscuro lecho del río.

Sophie se desmayó.




CAPÍTULO 48

Cuando abrió los ojos, se hallaba acostada en el amplio lecho con dosel de su dormitorio. Le dolía un poco la cabeza, como si la tuviera rellena de algodón, y también el pecho. Además, sentía el cuerpo pesado, con los músculos entumecidos. No sabía cuánto tiempo había estado dormida, pero los rayos de sol que se filtraban por los cortinajes de las ventanas le indicaban que debía de ser pasado el mediodía.

Con un esfuerzo, se incorporó sobre las almohadas. En la mesilla situada junto a la cama, alguien había dejado una jarra de agua. Se sirvió un poco en el vaso y bebió con avidez. La frescura del líquido le alivió el dolor de garganta.

Escuchó unos golpes en la puerta, tan suaves que apenas se habría percatado de haber estado haciendo cualquier cosa. Antes de que pudiera responder, alguien la abrió despacio y asomó la cabeza. Se trataba de Rose, una de las doncellas, que la miró sorprendida y casi se echó a llorar al verla sentada.

—Ya está despierta, *milady*, ¡qué alegría! —Entrelazó los dedos como si elevara una plegaria—. Voy a avisar a Su Gracia de inmediato.

—Espera, Rose. —Las roncas palabras le arañaron la garganta y comenzó a toser. La muchacha se acercó con premura y le sirvió un

nuevo vaso de agua, que ella agradeció cuando terminó de beberlo —. Antes de bajar, tráeme el cepillo para el pelo y un poco de agua perfumada para lavarme. Después de una noche así…

La joven la miró y sacudió la cabeza con pesar.

—Han sido dos noches, *milady*. Nunca había visto a lord Rokewood tan preocupado —le aseguró—. Ha pasado casi todo el tiempo sentado junto a su lecho, con la cabeza hundida entre las manos.

Sophie sintió que le picaban los ojos y que las lágrimas amenazaban con desbordarse por las comisuras.

—Entonces, apresúrate en hacer lo que te he pedido.

—Sí, *milady*.

La joven se acercó al biombo que había en un rincón y tomó la palangana y la jofaina con el agua para el aseo, en cuyo interior vertió unas gotas de aceite esencial de lavanda, y un lienzo para secarse. Se lo llevó todo para que pudiera adecentarse. Luego fue en busca del duque.

Mientras sostenía el espejo de mano frente a ella, Sophie se percató de la palidez casi azulada de su rostro y de las marcas del cuello. Aunque podía ocultarlas con polvos, prefirió no hacerlo. A pesar de su aspecto, tenía mucha suerte de seguir viva. No recordaba muy bien lo sucedido una vez que Lavinia y ella comenzaron a forcejear. En su mente solo había una maraña de recuerdos confusos: el humo, los gritos, Percy diciendo su nombre y las llamas anaranjadas que las envolvían.

Quería saber qué había sucedido con lady Waverly y aguardó con cierta inquietud a que Rose diera el recado al duque. No tardó en escuchar los pasos apresurados en el corredor, antes de que la puerta se abriera de repente, casi golpeando la pared.

—¡Sophie!

Verlo despertó en ella un sinfín de emociones que se le acumularon en el pecho, haciendo latir su corazón con fuerza. Su semblante lucía más pálido de lo normal y había sombras negras bajo sus ojos.

Percy permaneció unos instantes sin moverse, como si no se atreviera a cruzar el espacio que los separaba por si la visión de su preciosa sonrisa no era más que una ilusión. Había vivido en una agonía durante los dos días que ella había permanecido postrada en la cama. El galeno que había hecho llamar le había asegurado que su corazón latía con normalidad, a pesar de que su respiración era superficial.

Se acercó despacio hasta el lecho y, finalmente, la estrechó entre sus brazos.

—Creí que te había perdido para siempre.

Su voz sonó ronca, empañada por las lágrimas, y Sophie no se dio cuenta de que ella también lloraba hasta que no sintió el sabor salado en sus propios labios.

—Estoy aquí —le respondió—. Contigo.

Él se apartó un poco y le enmarcó el rostro entre las manos. Su mirada azul era intensa, igual que un cielo de verano, y recorrió cada uno de los preciados rasgos de su esposa. En sus ojos aún quedaban vestigios del miedo que le había golpeado el alma en los últimos días.

—Estás aquí —repitió, como si todavía no se lo creyera. Retiró con el pulgar la humedad de su mejilla en una caricia llena de ternura y anhelo—. Eres toda mi vida, Sophie. Sin ti no me quedaría nada. Te amo.

Sus labios se posaron sobre los de ella con una dulzura casi paternal, temblando al recordar el momento en que la había sacado de aquel infierno y su cabeza se desplomó contra su pecho. De no haber sido por Portia y Darius, que buscaron a un doctor entre la multitud allí congregada, tal vez Sophie no se habría salvado.

Se sentó a su lado y volvió a abrazarla. Ella se recostó contra su pecho y dejó escapar un suspiro. No les importó que los minutos avanzaran en los relojes, ni que sonaran a lo lejos las campanas de la catedral de San Pablo. En ese momento se tenían el uno al otro y era todo cuanto necesitaban. Al fin y al cabo, la felicidad estaba en las pequeñas cosas que se compartían con la persona amada.

—¿Qué sucedió con lady Waverly? —le preguntó tiempo después. Notó la súbita rigidez que le agarrotó los músculos y comenzó a acariciarle la espalda para calmarlo, aunque ella misma se sentía inquieta. En su mente, un recuerdo pugnaba por salir a la superficie.

Tras unos instantes, Percy se relajó y le besó el cabello antes de responderle. Tarde o temprano se enteraría, así que prefirió que lo supiera por él.

—Mientras se esforzaban por apagar el fuego, uno de los trabajadores la vio e intentó salvarla. —Sacudió la cabeza—. Ambos murieron por el derrumbe de la pagoda y muchos otros resultaron heridos.

—¡Oh, Dios mío! —En ese momento recordó el grito femenino, lo último que escuchó antes de perder la conciencia. Un estremecimiento la recorrió y se le puso la piel de gallina—. Es una muerte horrible.

A pesar de las acciones y del comportamiento malévolo de lady Waverly, jamás le habría deseado un final tan espantoso. En cierto modo, se sintió culpable por ello y el remordimiento se instaló en su pecho.

—Había perdido el juicio —declaró Percy, como si hubiera leído sus pensamientos y quisiera tranquilizarla—. El oficial de Bow Street dictaminó que fue un accidente. Una de las lámparas de gas estalló y prendió fuego a la madera.

—El disparo.

—O tal vez lo ocasionó alguno de los cohetes —replicó, encogiéndose de hombros—. Nunca se sabrá. Sin embargo, Darius se ha ocupado de que no salga a la luz el asunto del arma, así que los periódicos de estos días solo hablan del desafortunado accidente. Y ahora, lady Rokewood, deberías descansar —le dijo, depositando un beso en la punta de su nariz.

—Ni hablar.

—Sophie… —La advertencia venía teñida de preocupación.

—No pienso volver a meterme en la cama —rehusó con firmeza. Luego le acarició la mejilla y suavizó el tono—. De verdad que me

encuentro bien. Llamaré a Rose para que me ayude a vestirme y bajaré a la salita.

Percy dejó escapar un suspiro de frustración.

—Está bien, pero esta vez yo te serviré de doncella.

Los ojos se le iluminaron con un brillo pícaro que le provocó un aleteo en el estómago. Se estremeció cuando él comenzó a desatarle el lazo que cerraba el escote del camisón. Cada roce intencionado despertaba un hormigueo en su piel. El calor de su boca cuando posó los labios sobre su clavícula y el cuello le arrancó un gemido.

—Así… nunca bajaremos a… la salita —susurró con el aliento entrecortado. Percy le había tirado de la prenda, bajándola por su hombro izquierdo y exponiendo la desnudez de un seno, que se endureció bajo el suave roce de su lengua.

—El tiempo es nuestro. Tuyo y mío, Sophie. Para olvidar el pasado. —Entrelazó los dedos con los de ella y se llevó la mano a los labios, depositando en el dorso un beso cargado de ternura—. Para amarnos en cada instante de nuestro presente y para forjar un futuro juntos.

La atrajo contra el pecho y la pasión estalló en sus bocas mientras se buscaban el uno al otro entre caricias llenas de anhelo. Percy le hizo el amor despacio y Sophie se aferró a él con fuerza cuando el mundo comenzó a girar en una vertiginosa espiral de placer que estalló, derramándose sobre ellos en una lluvia de suspiros y de felicidad.

Dos horas más tarde, Sophie consiguió estar vestida de forma decente. Cuando vio que Percy se acercaba de nuevo a ella, retrocedió unos pasos.

—Tenemos que bajar —le recordó, aunque la estampa que ofrecía su esposo, con la parte superior de la camisa desabrochada, le resultaba de lo más tentadora.

—Por supuesto —convino él, aunque siguió avanzando—. De hecho, pronto tendrás una visita, si es que Portia no ha llegado ya.

Le mandé un recado en cuanto Rose me dijo que habías despertado. Estaba muy preocupada por ti.

—Entonces deberíamos… —Se interrumpió con un chillido cuando él la alzó en brazos—. ¡Percy! Bájame, puedo caminar.

—Yo también —replicó, burlón. Luego la contempló con seriedad —. Y no pienso soltarte nunca.

Ella dejó de resistirse cuando se bañó en el azul de su mirada, rebosante de amor, y permitió que la llevase hasta una de las salitas, a pesar de la vergüenza que sintió cuando se cruzaron por el pasillo y en el trayecto de las escaleras con Ned y con algunos de los sirvientes.

En cuanto abrieron la puerta de la sala azul, Portia se levantó del sillón con premura y su rostro reflejó alivio.

—¡Sophie! ¿Cómo estás? ¿Te encuentras bien? No deberías haber bajado si te sientes mal, yo podría…

—Me encuentro perfectamente —le aseguró, cortando aquella verborrea nerviosa, aunque le dirigió una sonrisa para suavizar la brusquedad. Se acomodó en el sofá y dio unas palmaditas sobre el asiento, indicándole que se sentara a su lado—. Sin embargo, tu querido primo se ha empeñado en traerme en brazos, como si yo no fuera capaz de caminar por mí misma.

—A eso lo llamo mimarte, esposa mía —la corrigió él, al tiempo que se instalaba sobre la extremidad del sillón, junto a ella, y apoyaba el brazo en el respaldo.

Sophie notó cómo jugueteaba con su cabello y le acariciaba la nuca. Resultaba relajante y frustrante al mismo tiempo. Intentó ignorar las sensaciones que despertaba en ella y se dedicó a conversar con Portia. De haberse encontrado solas, le habría preguntado acerca de Darius.

Unos golpes en la puerta interrumpieron la conversación.

—¡Adelante! —indicó Percy. Ned apareció en el umbral. A pesar de su semblante imperturbable, alcanzó a percibir la inquietud que lo asolaba—. ¿Qué sucede?

—Tiene visita, Su Gracia. Sir William Domville. Lo acompañan algunos miembros de la policía.

Él frunció el ceño al escucharlo. ¿Por qué el Lord Mayor se encontraba allí? ¿Acaso se ocupaba del caso del incendio en el parque St. James? Creía que Darius se había encargado de que ni Sophie ni él se vieran involucrados en la muerte de Lavinia.

—Hazle pasar —le pidió, mientras abandonaba la pose relajada y se ponía de pie para recibirlo.

El hombre entró junto con los oficiales de Bow Street. Su cabello blanco le otorgaba un aspecto venerable, pero el gesto de su semblante estaba lejos de parecer amistoso.

—Lord Rokewood. *Miladies* —saludó con una leve inclinación—. Me temo que no soy portador de buenas noticias.

—¿Qué es lo que ocurre, Sir William?

—Lord Percival James Alcock, duque de Rokewood, se le acusa de traición a la Corona.

CAPÍTULO 49

Un silencio sobrecogedor se extendió por la sala y en todos los rostros se dibujó el asombro. Las miradas convergieron sobre Percy, que no reaccionó en modo alguno. Portia fue la primera que lo hizo.

—Eso es un despropósito —dijo, plantándose frente a él con las manos apretadas en puños a los costados—. Lord Rokewood siempre ha sido leal al rey. ¿De qué traición se le acusa?

El semblante del Lord Mayor se distorsionó en una mueca de disgusto.

—Créame, lady Alcock, que a mí esto me gusta tan poco como a usted, pero tengo que cumplir con mi deber —replicó con un tono más suave de lo que cabría esperar—. Recibimos un soplo de que Su Gracia estaba colaborando con los partidarios de Napoleón Bonaparte para liberarlo y devolverlo de nuevo al poder.

Portia se echó hacia atrás como si hubiera recibido una bofetada.

—¡Pero eso es absurdo! —Su indignación era patente.

—¿No es cierto, lord Rokewood, que tiene usted contactos en Francia a los que envió recientemente mensajes por medio de una modista que posee un negocio en Albemarle Street? —inquirió Sir William. Al ver que este no respondía, añadió—: Mis hombres están

inspeccionando la casa en estos momentos. Si no encuentran nada, tan solo tendrá que acompañarnos para aclarar el malentendido.

Sophie estaba aturdida a causa de los inesperados acontecimientos. Además, su mente no funcionaba con normalidad y todo lo que podía hacer era observar a Percy con atención, a la espera de que refutara las absurdas acusaciones. Sin embargo, él solo permaneció de pie, con el rostro lívido y el cuerpo tenso como la cuerda de un arco. Aunque la miraba, parecía que sus ojos estuvieran vacíos.

—Sir William —dijo, entonces ella, volviéndose hacia el hombre—, estoy segura de que la señora Charlotte Bean, la modista, puede aclarar la situación. Mi esposo tan solo le proporcionó el nombre de algunas personas que podrían ayudarla con el negocio de las telas.

Recordaba aún el día en que habían visitado el establecimiento de Charlotte y cómo le pareció que esta flirteaba con el duque mientras le hablaba de su intención de viajar a París tras la guerra, pidiéndole que la acompañara. Aunque Percy se negó, le refirió que tenía contactos allí. Si bien era cierto que ella no alcanzó a escuchar el final de la conversación y no sabía, por tanto, si había enviado esos mensajes de los que hablaban, estaba convencida de que su esposo no tenía tratos con los partidarios de Napoleón.

Todo lo que sucedía no podía ser más que un malentendido… o una trampa. Las palabras de Lavinia acudieron a su mente y abrió los ojos horrorizada: «Y cuando él se vea sumido de nuevo en la desesperación del abandono y la traición, vendrá a mí suplicando por mis caricias, como lo hizo antes».

¿Esta era la traición a la que se refería? ¿Era ella quien había acusado a Percy para que se viera acorralado y luego acudir a él como la única que creía en su inocencia? Los nervios le atenazaron el estómago. Ahora que lady Waverly había muerto, ¿cómo iba a poder demostrar que aquello no era sino una mentira urdida por una mujer despechada? Además, si contaba lo sucedido, cabía la posibilidad de que tomasen la muerte de Lavinia como un asesinato perpetrado con la intención de silenciarla por lo que sabía.

Sintiendo la impotencia como un doloroso amargor en las entrañas, apretó con fuerza las manos sobre su regazo. Tampoco podía preguntarle a Sir William de dónde procedía la acusación, ya que su interés, sin duda, levantaría sospechas.

Este le dirigió una mirada entre pesarosa y desapasionada.

—Por supuesto, ya nos hemos encargado de ello y tendremos en cuenta su testimonio —declaró al tiempo que asentía.

Lo que, en opinión de Sophie, significaba que no serviría de nada. El testimonio de una mujer era poco menos que papel mojado y más si esta no pertenecía a la clase noble. El miedo se le enroscó en el pecho como una serpiente, apretándole el corazón como si deseara hacerlo estallar en mil pedazos. Si no hacía nada, Percy sería enviado a prisión y, tal vez, condenado a muerte. Lo contempló con el alma en vilo. ¿Por qué no se defendía?

Percy sentía todas las voces como un zumbido molesto en los oídos. Era incapaz de descifrar las palabras que llenaban el tenso ambiente de la sala porque tenía suficiente con lidiar con las que inundaban su mente como un mar tempestuoso. Apenas escuchó la acusación de Sir William, el mundo entero se vino abajo como un castillo de naipes y un escalofrío de terror lo sacudió de la cabeza a los pies. Una vez más, resurgía lo que había luchado con tanto ahínco por dejar atrás: el momento en que fue señalado como deudor, cuando la sociedad hipócrita e interesada le dio la espalda, y el doloroso instante en que Leonore lo abandonó porque su amor no era lo bastante profundo y real para soportar una vida a su lado con aquel estigma.

Todo volvía a repetirse, solo que era mucho peor en esa ocasión. Traición. La acusación podía implicar incluso la muerte. Sin embargo, poco importaba ya, porque cuando se giró hacia Sophie y vio la mirada horrorizada que clavó en él, algo murió en su interior. Qué malhadada fortuna la suya, que ni siquiera podía gozar de un poco de felicidad, pues apenas la había saboreado y ya se la arrebataban de nuevo. ¿Qué sentido tenía luchar?

—Percy…

Oyó su voz y el casi imperceptible temblor que ocultaba, pero se negó a mirarla. ¿Cómo iba a hacerlo y seguir existiendo, si su corazón se rompería en mil fragmentos cuando ella le dijera que no sería capaz de soportar una vida así? En esta ocasión, ni siquiera Portia podría salvarlo de sí mismo.

—¡Señor!

Un par de policías entraron en la salita, precedidos por Ned, cuyo semblante mostraba signos de irritación por tener a aquellos sabuesos husmeando por todos los rincones de la mansión.

—¿Qué ocurre? —inquirió Sir William volviéndose hacia ellos y tomando unos papeles que le entregó uno de los oficiales.

—Lo hemos encontrado.

El Lord Mayor leyó con atención y su semblante se fue nublando poco a poco.

—Lo lamento, lord Rokewood, pero estos documentos prueban su culpabilidad.

—¡No es cierto! —gritó Portia, negándose a aceptarlo. Su bello rostro era la imagen viva de la desesperación.

—Le ruego que se tranquilice, lady Alcock —la instó Sir William.

—¿Que me…? —Ahogó las palabras en su garganta y dejó escapar un bufido—. ¿Y qué es lo que quiere que haga? ¿Que le sonría complacida mientras ustedes perpetran este ultraje contra los Alcock?

—*Milady*, lord Rokewood ha tenido oportunidad para defenderse y no lo ha hecho —le recordó, molesto por la actitud de ella. Aunque era comprensible, él solo cumplía con su deber—. ¿No cree que su silencio resulta significativo?

Portia se volvió hacia Percy con todo el cuerpo en tensión. No comprendía por qué callaba, por qué se mantenía indiferente, como si todo aquello no fuera con él.

—¡Por el amor de Dios, Percival! ¿Es que no piensas decir nada?

Sophie se puso en pie con lentitud. El corazón le latía con rapidez y la respiración se le había acelerado, provocando que le doliera el pecho: un recordatorio de que estaba viva porque Percy la había

salvado. Una determinación férrea la invadió. No pensaba permitir que Lavinia ganase esta vez. Aunque él mismo estuviera dispuesto a desechar su futuro, no lo consentiría. Lo amaba sin condiciones y lucharía por él hasta su último aliento.

Con una calma que no supo de dónde provenía y, con el porte de una reina, caminó hacia Percy y se detuvo a su lado, con la cabeza erguida.

—Yo hablaré por él. Mi esposo es inocente —declaró con tono firme, al tiempo que tomaba su mano y entrelazaba los dedos con los suyos. Un frío gélido la atravesó, trayéndole el recuerdo del momento en que abrazó el cadáver de su padre.

«Te amo», pensó, deseando poder gritarlo en voz alta para que él reaccionara, para poder traerlo de nuevo a la vida, a esa vida que estaba dejando escapar sin pelear.

Percy notó como si una corriente luminosa le recorriera el cuerpo y le calentase el alma, haciendo florecer en su interior la esperanza. Ella lo estaba defendiendo. Entonces ¿no pensaba abandonarlo? Quiso caer de rodillas en ese mismo instante y suplicarle que lo perdonara por su cobardía, por su desconfianza. En una ocasión, él le había preguntado si de verdad creía que había algo por lo que valiera la pena arriesgarse y Sophie le había respondido sin dudar: el amor. Al escucharla, no pudo evitar cuestionarse si sería capaz de arriesgarse por él. En ese momento lo estaba haciendo, demostrándole así cuánto lo amaba.

Se volvió hacia ella y la abrazó con fuerza, sin importar lo que pudieran pensar los allí presentes.

—Lo siento —le dijo con la voz rota por la emoción.

Sophie percibió su vulnerabilidad y se aferró a él con el corazón trémulo. No comprendía sus palabras. ¿Qué era lo que lamentaba? ¿Acaso aceptaba la culpabilidad? De inmediato desechó la idea y se reprendió a sí misma por aquel pensamiento. Su esposo era un hombre íntegro y honorable.

Escuchó un leve carraspeó de incomodidad y recordó que no se encontraban solos en la sala.

—Encuentro muy loable por su parte, lady Rokewood, salir en defensa de su esposo —admitió Sir William, aunque su tono dejaba claro que le parecía una insensatez—, pero las pruebas encontradas son irrefutables y, si no posee usted alguna otra que demuestre la inocencia del duque, me temo que no servirá de nada.

—Soy inocente de la acusación que se me ha hecho —señaló Percy, defendiéndose por primera vez—. Permítame ver esos documentos.

De mala gana, Sir William le entregó las cartas. Todo aquel asunto le resultaba engorroso y lo único que deseaba era poder marcharse a casa. No tenía nada en contra del joven duque, pero la traición a la Corona no era un asunto baladí que pudiera ignorar de forma imprudente, o sería su propia cabeza la que estaría en riesgo.

—¿Es esa su letra?

Percy supo de inmediato de quién era la mano que había creado esas pruebas falsas, pero Lavinia estaba muerta y los muertos no podían declarar en un juicio.

—No lo es.

El Lord Mayor frunció el ceño.

—¿Puede demostrarlo?

La irritación le tensó la mandíbula y no tuvo más remedio que negar con la cabeza. Lavinia siempre se había divertido intentando falsificar su letra, un arte que había llegado a dominar a la perfección.

—No, no puedo.

Sir William dejó escapar un suspiro de resignación.

—Entonces, milord, me veo en la obligación de pedirle que me acompañe. Será sometido a un juicio justo que…

Sophie ya no escuchó más. Un molesto zumbido se instaló en sus oídos y la ansiedad la privó del aire que necesitaba para respirar. La desesperación germinó en ella al ver que Percy daba un paso adelante, dispuesto a entregarse. Tenía la convicción de que si su esposo abandonaba en ese momento la mansión, no volvería a verlo.




CAPÍTULO 50

Le sujetó la mano, intentando retenerlo, mientras su mente buscaba inquieta una solución. Era imposible que Lavinia hubiese creado un plan perfecto. Además, ni siquiera podía haber introducido las pruebas de la traición por sí misma, ya que no tenía acceso al interior de Rokewood House. ¡Eso era! Si sabía dónde habían hallado las cartas, quizá podría averiguar cómo las había introducido.

—¿Dónde han encontrado las cartas? —interrumpió Sophie al hombre, sin importarle mostrarse descortés.

Este le dirigió una mirada exasperada y pareció dispuesto a rechazar la petición, aunque, finalmente, se volvió hacia el oficial que le había entregado los documentos.

—En el despacho del duque, señor, oculto tras unos libros —respondió este de inmediato.

El abatimiento la golpeó con fuerza y sintió que iba a desmayarse. Percy la sostuvo contra su costado. Cuando ella lo miró, descubrió en las profundidades azules de sus ojos una tristeza cargada de resignación. «No es posible», pensó, negándose a aceptar la evidencia: el único que tenía acceso al despacho era el propio Percy. Así se lo había dicho Ned cuando la encontró curioseando en el

interior: «A Su Gracia no le agrada que nadie entre en su despacho, ni siquiera para limpiar».

Un recuerdo estalló en su mente, como un fogonazo de luz.

—¡Oh, Dios mío! —Se volvió hacia el mayordomo, cuya mirada parecía debatirse entre la duda y la acusación, puesto que él había sido testigo de su presencia en el despacho. Aun así, no tenía tiempo de lidiar con su desconfianza—. Señor Belcher, ¿puede hacer venir a Paul, a Thomas y a Bertha, por favor?

Sophie suspiró al ver que, al menos, obedecía sin titubeos. Los tres sirvientes trabajaban en la planta inferior. Aunque era a Paul a quien había visto aquel día en el despacho de su esposo, prefirió llamarlos a los tres para no levantar sus sospechas.

—Lady Rokewood, me temo que no dispongo de más tiempo para atender sus peticiones. Si sigue interponiéndose en el cumplimiento de mi misión, me temo que tendré que usar la fuerza.

—No será necesario —replicó Percy. Su tono, teñido de arrogancia ducal, le otorgó tal aplomo a su persona que sorprendió a todos—. Iré con usted, Sir William, pero permita que mi esposa diga lo que tiene que decir antes de que nos marchemos.

El hombre accedió a regañadientes y meneando la cabeza.

—Eso no cambiará las cosas.

A Sophie le habría gustado replicarle que aquello lo cambiaría todo, pero en ese momento entraron los tres sirvientes, mirando hacia la policía y al Lord Mayor con inquietud.

—Aquí están, *milady* —dijo Ned.

Ella se forzó a esbozar una sonrisa tranquilizadora.

—Gracias, señor Belcher. —Se fijó en la doncella, que apretaba con fuerza el delantal entre sus manos, presa del nerviosismo—. Bertha, ¿en alguna ocasión ha limpiado el despacho del duque?

La joven sacudió la cabeza con contundencia.

—No, *milady*. —Miró de reojo al mayordomo—. El señor Belcher nos lo tiene prohibido. Dice… dice que podríamos molestar a Su Gracia si revolvemos por descuido los documentos que guarda allí.

No se atrevió a alzar la cabeza para mirar al duque. Sin embargo, Sir William sí que observó con atención el semblante de Percy. Sophie estaba segura de que pensaba que aquella respuesta no hacía sino apretar el cerco que se cerraba sobre su esposo. Inspiró con calma, ordenándole a su corazón que calmara los furiosos latidos que le provocaban punzadas de dolor en las sienes.

Se volvió hacia Thomas, un hombre que había pasado ya la mediana edad y que llevaba bastante tiempo al servicio del duque como lacayo, pues había trabajado en la mansión para el anterior lord Rokewood. Aunque dejó el puesto cuando Percy se encontró ahogado en deudas e imposibilitado para pagarle un sueldo, Ned volvió a contratarlo una vez que superaron las dificultades económicas, ya que, debido a sus años, nadie había querido solicitar sus servicios.

—¿Y usted, Thomas? ¿Ha entrado en el despacho del duque para limpiarlo?

Vio cómo palidecía aún más el semblante de Paul, pero intentó mantenerse serena mientras aguardaba la respuesta de Thomas.

—No, *milady*. Mi trabajo es ocuparme de abrir la puerta principal y recoger las prendas de las damas y los caballeros que llegan. También recibo el correo y se lo entrego al señor Belcher, pero no realizo labores de limpieza.

Había en su tono un ligero matiz de ofensa, como si limpiar fuera una tarea degradante para un lacayo de su categoría.

—Comprendo, muchas gracias, Thomas.

Se volvió hacia Paul. Unas finas gotas de sudor le perlaban la frente y los nudillos se le habían vuelto blancos de tanto apretar los puños. Sus pupilas estaban dilatadas por el pánico.

—Esto es una pérdida de tiempo —rezongó Sir William, aunque de inmediato cerró la boca ante la mirada intimidante que le dirigió el duque. Al fin y al cabo, traidor o no, lo superaba en rango.

Sophie vio que Percy le hacía un gesto para que continuara y sus ojos se clavaron en los del joven lacayo. Sintió pena por él, pero

estaba en juego la verdad y la vida de su esposo, demasiado valiosa para arriesgarla por unos cuantos escrúpulos.

—Paul, tú entraste en el despacho del duque…

No fue una pregunta, sino una afirmación. Ambos sabían que era cierto.

—Yo…

Sus ojos observaron a su alrededor como un ciervo acorralado en busca de una salida. Sophie sabía que podía negarlo. Aun así, sería su palabra contra la de ella, que como duquesa y esposa de un par del reino tendría más peso, fuese justo o no. Sin embargo, no quería que el joven lacayo empeorase la situación para él.

—La dama ha muerto —musitó con suavidad.

Aquellas palabras fueron para él como ese leve soplo arrojado sobre el último naipe situado en lo alto de la torre, frágil y vulnerable, y bajo cuyo embiste se desmorona el castillo entero. Paul cayó de rodillas entre angustiosas lágrimas.

—Juro que no sabía lo que decían las cartas —se defendió entre sollozos suplicantes—. Ella me dijo que solo se trataba de una broma. Yo… necesitaba el dinero.

Después de unos instantes de perplejidad, Sir William pareció comprender lo sucedido. Su rostro se tornó rojo como la grana y la ira se reflejó en sus pupilas.

—¡Lleváoslo de aquí! —ordenó a sus hombres.

Los oficiales obedecieron de inmediato y sacaron al joven de la sala. Ned hizo salir a Bertha y a Thomas y cerró la puerta tras ellos.

El alivio dejó sin fuerzas a Sophie y agradeció que Percy enlazara su talle y la sostuviera con firmeza contra su costado.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó con preocupación.

Ella asintió. Dirigió la mirada hacia Portia, que se había dejado caer sobre el sillón con lágrimas en los ojos y una suave sonrisa en los labios, y luego miró a Sir William, deseando que todo aquello terminase de una vez para quedarse a solas con Percy.

—Lady Rokewood, ¿sería tan amable de proporcionarme una explicación? —Ella se la dio, incluyendo lo sucedido en el incendio de

la pagoda—. Comprendo —dijo cuando terminó de escucharla—. Milord, le ruego que acepte mis más humildes disculpas por el malentendido. Le aseguro que su reputación y su honor no serán mancillados. Me ocuparé personalmente de que no se mencione su nombre ni el de su esposa.

—Se lo agradezco, Sir William —respondió Percy, aceptando las disculpas—. Quisiera pedirle que no sean duros con el muchacho. Al fin y al cabo, no se ha cometido ningún delito de traición. Solo fue un peón más en el juego de la condesa.

El Lord Mayor torció el gesto en una mueca de desacuerdo, aunque asintió con renuencia.

—Si no presenta cargos contra él… —Suspiró al ver que el duque negaba con la cabeza—. Está bien. Lamento lo sucedido —reiteró con tono compungido—. Con su permiso, he de regresar para informar a Su Majestad.

El hombre les dirigió una reverencia y abandonó la sala. En cuanto lo hizo, Portia se levantó de inmediato y se acercó a ellos. Sin decir nada, apretó con cariño las manos de Sophie y besó a Percy en la mejilla, luego salió detrás de Sir William, dejándolos solos.

—Todo ha terminado —declaró Sophie, aliviada, volviéndose hacia Percy.

Él la estaba mirando. Sus ojos, de un azul intenso, eran como ventana abierta al cielo, empañados por una pasajera lluvia de verano. Alzó la mano y recogió con el pulgar una de las lágrimas que descendían por sus mejillas, sin percatarse de que ella también había comenzado a llorar. Abrió los brazos y buscaron refugio el uno en el otro, con sus corazones latiendo al unísono mientras la tormenta amainaba.



Tras el caos que había sacudido el día, Sophie agradeció la calma que desprendía esa noche de verano. Terminó de dar las indicaciones a Ned y a la cocinera y subió las escaleras casi arrastrando los pies.

Cuando llegó al dormitorio, descubrió a Percy en el balcón. Una brisa ligera hacía ondear las cortinas y algunos mechones de su cabello. Vestía solo la camisa y los pantalones. Descalzo y apoyado sobre el barandal de piedra, miraba hacia el oscuro manto del firmamento. En ese momento, su figura inmóvil le pareció la de un ángel que quisiese extender las alas y echar a volar hacia el vasto cielo nocturno.

Se acercó a él y lo abrazó con fuerza por la cintura, descansando la mejilla contra su espalda, deseando retenerlo a su lado para siempre.

—¿En qué piensas?

Él se mantuvo en silencio unos instantes, con la mirada clavada en lo alto, como si alcanzase a ver algo que ella no podía.

—En la libertad —respondió finalmente—, en la vida, en el amor… Son algo que damos por hecho, como si siempre fueran a estar ahí. Sin embargo, hace unos días casi perdiste la vida y yo habría muerto contigo, y hoy, por poco me arrebatan la libertad. Deberíamos apreciar más estos dones.

—¿Y el amor? —le preguntó al ver que no había añadido nada al respecto—. ¿Qué pensabas sobre el amor?

Percy se giró en los brazos de Sophie, le acunó el rostro entre las manos y lo contempló. La luna se bañaba en la miel de sus ojos, salpicando sus mejillas y besando sus labios. Sintió envidia del astro nocturno.

—Me preguntaba cómo un hombre como yo, marcado por las sombras de la desconfianza y por las heridas del pasado, ha tenido la fortuna de encontrar un amor tan puro y tan valiente como el tuyo. —Su voz era suave, cargada de emoción y vulnerabilidad—. El amor, mi dulce Sophie, es un acto de fe en medio de la oscuridad. Contigo a mi lado, sé que enfrentaré cualquier tormenta, porque en

tus brazos he encontrado no solo mi refugio, sino el verdadero significado de mi vida. Te amo, Sophie, más de lo que puedas imaginarte, y te amaré mientras exista.

Ella esbozó una sonrisa temblorosa y tragó saliva para deshacer el nudo que le oprimía la garganta y que amenazaba con desbordarse en forma de llanto. Por ese día, ya había derramado suficientes lágrimas.

—Tengo entendido, lord Rokewood, que es usted un hombre con fama de seductor y de ser un gran amante. Me gustaría comprobar si eso es cierto —comentó en un tono de pícara diversión.

Verlo sonreír del modo en que lo hizo, le aceleró las pulsaciones. De su mirada azulada había huido la neblina de tristeza, sustituida por el brillo del deseo.

—Estaré encantado de hacerle una demostración privada, lady Rokewood —le aseguró, antes de besarla despacio, deslizando los labios sobre los de ella en una caricia suave que pronto se tornó profunda y apasionada. La alzó en brazos y entró con ella al dormitorio.

Fuera, las estrellas titilaron en el firmamento, estremecidas, al contemplar el vínculo inquebrantable que unía a aquellas dos almas: un amor verdadero y eterno, como el que solo los ángeles podían ofrecer.

EPÍLOGO

Huntington, Yorkshire. Inglaterra.
Septiembre de 1814.

«Cinco, cuatro, tres...».

—Deberías habérnoslo dicho. —La escuchó refunfuñar.

Sophie sonrió para sí y dirigió a su prima Edith una mirada llena de afecto, a pesar de que era la quinta vez que la reprendía por lo mismo.

—Lo sé, pero tenía miedo de que la emoción pudiera afectar a tu embarazo —repitió, igual que en las ocasiones anteriores.

Era la mejor excusa que se le había ocurrido y, desde luego, resultaba bastante conveniente, pero Sophie tenía la sensación de que, aunque Edith la había aceptado, le iba a costar perdonarla por no haber sido la primera en saber de su matrimonio con el duque de Rokewood.

Volver a casa, a su hogar, le había llenado el corazón de alegría. Su prima había dado a luz a finales de agosto y, si bien seguía siendo una gran conversadora a la que le agradaban en demasía los cotilleos, la maternidad había atemperado su carácter, otorgándole un trato más suave y afectuoso. Cuando miró al precioso bebé que

dormía en una cestilla sobre el sillón, acomodado entre ambas, comprendió lo fácil que resultaba que se le ablandara el corazón. Acarició una de las diminutas manos, que se mantenía cerrada en un pequeño puño, y sus labios se curvaron en una sonrisa cuando el niño le agarró el dedo.

Robert se sentía sumamente orgulloso de su primogénito y presumía como un gallo de corral ante quien quisiera escucharlo. Aun así, se mostró agradecido y aliviado por la presencia de Percy —al que había dado la bienvenida a la familia con un caluroso recibimiento—, ya que, de ese modo, podía dedicarse a «cuestiones masculinas», como él las había llamado, que no era otra cosa que encerrarse en el despacho con una botella de brandi y unos cigarros para celebrar el feliz acontecimiento. También habían salido a pescar o, como en ese momento, a recorrer las tierras de Frampton Manor para pedirle opinión al duque sobre ciertos asuntos.

—Me alegro de que hayas hecho un buen matrimonio —comentó su prima, al cabo de un tiempo, emitiendo un suspiro—. Sobre todo, de que sea por amor. Debo decir que te ves radiante y se nota que Rokewood te ama. Deseo que seáis muy felices.

—Gracias, Edith.

Sintió el picor de las lágrimas en la garganta. Les había costado llegar hasta ese momento, pero tenía la plena convicción de que el futuro que les aguardaba traería solo cosas buenas.

—¡Oh, cielos, ya es la hora! —señaló Edith, nerviosa, echando un vistazo al reloj que había sobre la repisa de la chimenea.

Al oírla, Sophie se levantó de inmediato del sillón.

—Creo que saldré un rato a caminar. Iré al cementerio —le explicó, apremiada por la situación. Ya había estado el día anterior en una sesión de amamantamiento, pero se había sentido demasiado cohibida ante la intimidad del gesto como para querer presenciarlo de nuevo.

Edith solo asintió distraída. Su semblante se transfiguró apenas tomó al pequeño Robert en brazos. Vio cómo en sus labios se formaba una sonrisa tan dulce y tierna que una punzada de envidia

atravesó el pecho de Sophie. Cruzó la sala y cerró la puerta con delicadeza.

Aunque en el cielo se arracimaban algunas nubes pasajeras, blancas como grandes bolas de algodón, el sol brillaba en medio de aquel océano azul, caldeando la tierra con un calor suave y tibio. Así que tomó solo un chal, se caló el pequeño y sencillo sombrero en la cabeza y se dirigió hacia el jardín posterior de la casa. En el muro de piedra que lo rodeaba había una puerta, tras la cual se encontraba el sendero que conducía al cementerio a través del bosque.

Disfrutó del tranquilo paseo hasta el camposanto, agradeciendo la soledad después de una semana en que la mansión había estado llena de invitados que acudieron a la fiesta de celebración de su cumpleaños, organizada por Percy. Los primeros en llegar habían sido los Blackthorn. Portia había viajado en ese mismo carruaje, acompañando a Darius y a su madre, para desesperación de este, pues las dos damas no habían parado de conversar durante todo el camino desde Londres a Huntington.

—He decidido mantenerme alejado de las mujeres para siempre. —Fue el seco saludo que recibieron de Darius cuando este descendió del coche.

—Pues te advierto de que te perderás cosas maravillosas —había replicado Percy mientras le estrechaba la mano.

Luego, cuando el conde la besó a ella en la mejilla para felicitarla, no se resistió a añadir unas palabras a las que ya había pronunciado su esposo.

—Si no te arriesgas, puede que otro caballero se quede con la dama —le susurró.

Aunque recibió como respuesta un gruñido, durante la semana de los festejos no evitó a Portia.

Sophie sonrió ante el recuerdo de los días pasados, de los regalos que había recibido —su esposo le había entregado una preciosa yegua justo antes de partir de Londres— y de los momentos de felicidad compartidos con las personas a las que quería. Pero entre estas, aún faltaban dos a las que todavía no había saludado.

Cuando llegó al cementerio, abrió la pequeña verja y entró, recorriendo el camino entre las tumbas hasta detenerse frente a un par de lápidas bien cuidadas y limpias, adornadas con flores nuevas. Sobre ellas estaban grabados los nombres de sus padres. Le pareció que hacía demasiado tiempo desde la última vez que los había visitado.

Una repentina ráfaga de viento agitó el lugar, removiendo las hojas que habían caído de los árboles cercanos, anunciando la inminente llegada del otoño. Se arrebujó en el chal y fijó la mirada sobre las tumbas.

—He venido a deciros que me he casado y que soy feliz —comentó con voz suave, teñida de nostalgia—. Sé que os habríais alegrado al saberlo. También sé que Percy os habría gustado y que lo habríais amado tanto como lo hago yo. Es un hombre generoso y bueno… —Les habló sobre su esposo y también acerca del *Haven of Hope*, en el que habían parado de camino a Huntington para que ella pudiera conocer a los niños. Les contó sobre su vida en Londres, las amistades que había hecho y sobre su matrimonio—. Nunca creí que llegaría a conocer y a vivir un amor así, pero os prometo que cuidaré este regalo del mismo modo en que lo hicisteis vosotros. No permitiré que nada nos arrebate la felicidad.

Permaneció en silencio unos instantes, rogando por el alma de sus padres. Cuando terminó, se agachó y rozó con las yemas de los dedos las frías lápidas a modo de despedida. Su vida estaba en Londres ahora y no podría volver con tanta frecuencia a visitarlos.

—Gracias por todo el amor que me disteis. Ahora puedo compartirlo con mi esposo y con los hijos que tendremos en el futuro.

Se puso en pie despacio y, tras una última mirada a las tumbas, se giró para abandonar el cementerio. Al hacerlo, descubrió a Percy junto a la verja. El viento le revolvía el cabello rubio y en sus labios se dibujaba una sonrisa dulce y afectuosa. Cuando llegó a su lado, como si comprendiera la necesidad que ella sentía, la abrazó.

—¿Estás bien? —le preguntó al cabo de un rato.

Sophie asintió. Cerró la puerta enrejada y enlazó sus brazos, mientras echaba a andar por el camino que conducía al río Foss, hacia su lugar favorito.

—¿Qué opinas de las tierras de Frampton Manor? —le preguntó, curiosa por conocer lo que habían hablado su primo y él.

—Estoy impresionado —admitió, mirándola de reojo—. Tanto, que he decidido que voy a contratar al administrador para que me ayude con mis propiedades.

Ella contuvo una sonrisa complacida.

—Buena suerte intentándolo —replicó, divertida.

—¿Por qué? ¿No crees que pueda convencerla con mi rostro de ángel y mis dotes de seducción?

—Hum, reconozco que son un punto a tu favor —concedió con un ligero asentimiento—. Pero no creo que sea suficiente.

—Puedo ofrecerle un buen salario a cambio de su trabajo.

Sophie puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—El dinero no lo es todo y puedo asegurarte que no es lo que quiere esa administradora.

Habían llegado a la orilla del río, a un pequeño claro que se abría entre los árboles del bosque. Allí, la lejana primavera parecía todavía presente en el verde tapiz que cubría el suelo cuajado de flores que se mecían con la leve brisa. El sonido del agua y el trino de los pájaros le otorgaban al lugar un aura mágica. Lo contemplaron en silencio unos instantes. Entonces Percy la abrazó por el talle y la atrajo contra su pecho.

—¿Y qué es lo que puedo ofrecerle a esta administradora tan sabia?

Ella le sonrió, con todos los colores del paisaje reflejados en su mirada.

—Tal vez tu corazón.

Percy estrechó el abrazo y, tomando la mano de ella, la colocó sobre su pecho. Sophie pudo sentir los rítmicos latidos.

—Mi corazón ya tiene dueña —respondió con un tono dulce—. Me lo robó una hechicera de ojos color miel y le pertenece solo a ella

hasta que desaparezcan todas las estrellas del firmamento y se acabe la eternidad.

Acarició sus labios con ternura infinita, incitándola a responder, y ella se rindió ante aquel beso cargado de anhelos que avivaron el fuego de la pasión. Cayeron sobre la mullida hierba y sus cuerpos se buscaron con deseo, al tiempo que las manos acariciaban la piel, descubriendo cada rincón. Hicieron el amor despacio, con el sol besándoles el cabello y la brisa susurrándoles al oído gemidos de pasión, mientras yacían envueltos en el aroma de cientos de flores.

El mundo se desdibujó ante ellos, arrebatados en una espiral de sensaciones que les tensó el cuerpo y les subyugó el alma. Gritaron sus nombres al cielo abierto y, cuando el eco desapareció, solo quedó el placer y el sonido de los latidos de sus corazones, que se susurraban el uno al otro: «Te amo».

FIN

AGRADECIMIENTOS

Queridas lectoras, si habéis llegado hasta aquí, no me queda sino agradeceros por haber escogido esta historia entre tantas espectaculares lecturas que, sin duda, tenéis pendientes o deseabais leer. Espero de corazón que hayáis disfrutado con Percy y Sophie, con Darius y Portia, que os hayáis sumergido en el Londres de la Regencia y gozado con los bailes, los paseos por Hyde Park y la preciosa historia de amor de los personajes. Ojalá que volvamos a encontrarnos pronto.

A quienes ya me habéis leído, no os habrá pasado desapercibida la presencia de los Marston, de una de las series que escribí, ambientada en la época georgiana; y si no me habíais leído antes, os la recomiendo mucho. Quise hacer un cameo (a petición de María e Isa, jeje) y, por fechas, solo coincidían los hijos de uno de ellos. Así se amplía el fantástico universo de los Marston. También aparecen dos personajes de la serie que, aunque no los recordéis, tienen un papel importante en uno de los libros. Os daré una pista: el dueño del club Temptation, Rhys Payton, y su socio.

Además de a todas las maravillosas lectoras (y lectores, que también los hay) que habéis escogido este libro, no puedo dejar de dar las gracias a Elena, mi editora, por la confianza depositada en mí y por haberme dado la oportunidad de escribir la historia de Percy y Sophie. Sin ti, esta novela no habría visto la luz. Gracias de corazón, porque disfruté enormemente escribiendo sobre los personajes en cada escena; gracias por la acogida que me has dado, y por tu profesionalidad y cercanía, que me han hecho sentirme en familia. Y por entusiasmarte tanto como yo con Percy y Sophie.

Gracias también a Claudia, que ha ilustrado una portada tan preciosa que no puedo dejar de mirarla. Gracias por adaptarte a lo que quería y plasmarlo de una manera tan bonita; ha sido un gusto trabajar contigo. Y gracias a Sonia, mi correctora, que ha empleado

todos sus conocimientos para que esta historia llegara perfecta a vuestras manos.

Mi agradecimiento va también dirigido a mi grupo de «beteadoras», que se han convertido en grandes amigas con las que compartir este camino como escritora y también cada una de las historias que salen de mi mente. Gracias por las risas, los mensajes de ánimo y las opiniones sobre cada capítulo para ayudarme a mejorar. Ojalá sigamos compartiendo todo esto durante muchos años más.

Queridas lectoras, no olvidéis lo mucho que nos ayudan vuestros comentarios, opiniones y reseñas. Si os apetece conversar conmigo sobre Percy y Sophie, podéis encontrarme en mis redes sociales o en mi correo christinecrossautora@gmail.com

Instagram: https://www.instagram.com/martalujanescritora/
Facebook: https://www.facebook.com/martalujanescritora
X: https://x.com/martaljnb

NOTAS DE AUTORA

Antes de compartir con vosotros algunos datos históricos que aparecen en esta novela, me gustaría hacer un breve repaso de la «Regencia inglesa».

Este período histórico y político nació de la Ley de Regencia del Parlamento de 1811, que nombró Príncipe Regente al hijo mayor del rey Jorge III, el Príncipe de Gales. Esto le permitió gobernar en lugar de su padre, incapacitado, hasta 1820, cuando el «Loco rey Jorge» murió. Nombrado ya rey Jorge IV, gobernó hasta su propia muerte en 1830.

Las guerras napoleónicas, que envolvieron al país hasta finales de 1815, y la Revolución Industrial, con el crecimiento de los ferrocarriles y el sistema de fábricas, provocaron un desempleo masivo. Esto, combinado con la mala cosecha de 1816 —denominada «El año sin verano»— y con un importante auge demográfico, provocó una pobreza generalizada. Mientras que las clases ricas y privilegiadas disfrutaban de todos los refinamientos de la cultura de la Regencia, las clases trabajadoras eran cada vez más pobres, con una esperanza de vida promedio de aproximadamente 22 años en la década de 1830.

La era de la Regencia fue, en contraste, un período de intenso florecimiento cultural. Artistas, novelistas y poetas —entre ellos Jane Austen, Lord Byron, John Keats, William Blake, Walter Scott, Mary y Percy Bysshe Shelley, William Wordsworth, John Constable y JMW Turner—, expresaron el movimiento romántico. Compositores como Beethoven, Rossini, Liszt y Mendelssohn proporcionaron la banda sonora. El arquitecto John Nash diseñó edificios como el Marble Arch de Londres y el Royal Pavilion de Brighton, así como la remodelación del Palacio de Buckingham. El Príncipe Regente, un importante partidario de las artes y la arquitectura, encargó estas y otras obras

tremendamente caras a Nash, quien más tarde fue despedido por Guillermo IV por gastar en exceso.

Mientras tanto, en 1814, The Times empleó por primera vez la impresión a vapor, lo que le permitió imprimir 1.100 hojas por hora en lugar de la velocidad anterior de 200. Este hecho trajo consigo las llamadas «novelas del tenedor de plata» —populares durante la Era de la Regencia—; un subgénero que describía las vidas de los ricos y nobles con título, en el que los editores se permitían difundir escándalos y chismes sin ocultar las identidades de los aristócratas.

Una de las actividades más queridas por la clase privilegiada a lo largo de la era georgiana fue el baile. Como lugar para hacer gala de aplomo y entrenamiento, así como, por supuesto, para formarse y progresar en noviazgos y cortejos, o simplemente para socializar, el baile tenía un lugar privilegiado. Esto sucedió también en la Inglaterra de la Regencia. La gente pudiente se reunía en salones públicos y casas particulares, o incluso al aire libre si el clima lo permitía, para bailar toda la noche. Los bailes solían ser eventos inmensos, planificados con meses de anticipación para cientos de invitados. En grandes mansiones privadas y casas de campo, también fueron una oportunidad para hacer alarde de riqueza y competir para acoger el baile más cotizado de la temporada. Por supuesto, debía anotarse quién estaba invitado y quién no.

FUENTE: «A Walk through the Regency Era», Wentworth Woodhouse.

https://wentworthwoodhouse.org.uk/discovery/a-walk-through-the-regency-era/

Y es en este ámbito donde Percy destaca dentro de la alta sociedad londinense.

Acudir a un baile requería un acompañante para evitar graves repercusiones sociales, dado que una mujer soltera nunca debía ser

vista sola con el sexo opuesto. El propósito de un acompañante era salvaguardar la modestia y la reputación de una mujer, evitarle los peligros de la seducción y proteger su dote contra cazadores de fortuna, libertinos y charlatanes. En este sentido, cualquier miembro de la familia (hermanos, tíos, primos, etc.) podía actuar como tal. Normalmente recaía sobre la madre o un pariente mayor, pero a veces también las amigas desempeñaban este papel.

En mi novela, Percy ofrece sus servicios como acompañante y, aunque en el caso de las debutantes estas fuesen escoltadas por sus madres, la situación no dejaba de ser insólita y hasta escandalosa, puesto que no lo unía a las jóvenes ningún parentesco, lo que podría ser interpretado como una especie de cortejo. En el caso de las viudas, la sociedad era un poco más permisiva, aunque, si se le veía en varias ocasiones con la misma dama, enseguida surgían rumores de una relación de amantes.

Por estas razones, Percy no es bien recibido en Almack's, donde se tenía en cuenta la reputación de quienes acudían al salón, cuyas normas eran bastante estrictas. Sin embargo, y, a pesar de lo escandaloso de su conducta, seguía siendo un duque, por lo que no era conveniente desairarlo. De este modo, se acepta su comportamiento como una excentricidad.

Si queréis saber más sobre las normas para los acompañantes, podéis leerlo aquí: https://regrom.com/2013/01/21/regency-reader-questions-on-chaperones/

Ahora que ya estamos ubicados en el periodo, quiero hablaros de algunos datos históricos que introduje en esta historia.

Dentro de las guerras napoleónicas, la batalla de Leipzig (16 al 19 de octubre de 1813), también llamada batalla de las Naciones —y en la que Darius, lord Blackthorn, perdió el ojo—, fue el mayor enfrentamiento armado y la batalla más importante perdida por Napoleón Bonaparte.

En ella participó, como ya señalé en el libro, una compañía británica de la Brigada de cohetes, armada con cohetes Congreve,

dirigida por el capitán Richard Bogue. Era la única unidad del ejército británico presente y estaba adscrita a la guardia personal del Príncipe de Suecia. Los cohetes debían dispararse a corta distancia para lograr un éxito real, por lo que la compañía, con una guardia de dragones suecos, avanzó hacia Paunsdorf para atacar a cinco batallones sajones del ejército francés. Se produjo un intenso combate entre los coheteros y la mosquetería francesa, en la que los primeros 28 cohetes lanzados por la Tropa prestaron un excelente servicio. Cuando el enemigo, confuso, comenzó a retirarse, el capitán Richard Bogue cargó a la cabeza del escuadrón de caballería en su persecución. En ese momento, fue asesinado por un escaramuzador al recibir un tiro en la cabeza. Más de dos mil enemigos se rindieron.

Esta batalla fue un duro golpe para Napoleón, quien, a pesar de sus esfuerzos, no logró detener al ejército enemigo, que terminó ocupando París el 31 de marzo de 1814. Los mariscales franceses se negaron a seguir luchando y obligaron al emperador a abdicar.

Tras el final de las guerras napoleónicas, y con el centenario del gobierno de la casa de Hannover a las puertas, el Príncipe Regente declaró un Gran Jubileo para celebrar la reciente victoria sobre Napoleón, que culminó en lo que se conoció como la Paz Gloriosa. Dicho Jubileo comenzó el 20 de abril, con la triunfal procesión del rey Luis XVII desde Hyde Park hasta el hotel Grillon, y concluyó el 1 de agosto, día del aniversario en que subió al trono la casa de Hannover. Ese día se llevó a cabo una representación de la Batalla del Nilo en St. James Park y la transformación e iluminación del Templo de la Concordia en Green Park.

Durante los festejos hubo varios bailes —especialmente en honor al recién nombrado Duque de Wellington, héroe indiscutible de la guerra contra Napoleón—, elevación de globos aerostáticos, un servicio religioso en la catedral de San Pablo y fuegos artificiales.

En Hyde Park se erigieron casetas y puestos ornamentales, galerías, quioscos y pabellones para albergar pastelerías, tabernas y puestos de manzanas que ofrecían refrigerios al

público. Bandas militares, acróbatas, columpios y tiovivos proporcionaron entretenimiento.

También se realizó, en el Serpentine, una recreación de la triunfante batalla de Trafalgar —acontecida el 21 de octubre de 1805 —, con réplicas a escala de tres pies de largo de los barcos de guerra en una representación precisa de los acontecimientos cruciales de ese día. Los barcos franceses se hundieron en llamas al son del himno nacional.

St. James Park fue adornado con una exótica pagoda china de siete pisos encima de un pintoresco puente amarillo adornado con líneas negras que cruzaba el Canal. La pagoda y los cuatro pabellones del puente estaban rematados con un techo azul brillante. Se produjo un desastre cuando la pagoda iluminada con gas se incendió y ardió. Dos personas murieron y varias resultaron heridas al intentar apagar el fuego. La multitud, sin saber que se trataba de un accidente, tomó el suceso como parte del espectáculo y aplaudió con frenesí. Este incendio vino bien a mis propósitos de darle un final trágico a Lavinia.

Sophie llega a Londres antes de las celebraciones. El primer lugar al que la lleva Percy es a la modista. Escogí, entre las más famosas que había en la época, a la señora Bean. Nacida como Charlotte Kennedy, la hija del mercero John Kennedy se casó muy joven con su marido Thomas, en 1803, y, casi con seguridad, adquirió interés por la moda al trabajar para su padre.

Inició su propio negocio como sombrerera en 1807 y lanzó Bean’s Nouvelle Mode, una revista de estilos de tocados, para mejorar su perfil. Durante los siguientes años amplió el negocio para incluir la confección de vestidos y, en 1809, ascendió hasta convertirse en modista de la corte, anunciando el patrocinio real en su tarjeta comercial, y estableciendo el negocio en el número 32 de Albemarle Street.

Los diseños de la señora Bean personificaban el lujo, a la par que la sencillez. Se especializó en vestidos de corte y de noche,

trabajando con suntuosos tejidos y encajes en una época en la que la guerra con Francia limitaba los suministros. Sus detalles fueron exquisitos y muchas de sus confecciones requirieron cientos de horas de un equipo de costureras.

Mientras trabajaba para la corte, no promocionaba los vestidos en las revistas de moda populares, ya que las modistas de la familia real normalmente mantenían un perfil bajo. Sin embargo, eso cambió cuando tuvo un problema financiero. A lo largo de 1814 y de enero a marzo de 1815, prácticamente todas las páginas del Repositorio de Ackermann —un periódico británico ilustrado publicado entre 1809 y 1829 por Rudolph Ackermann, que tuvo una gran influencia en el gusto inglés en moda, arquitectura y literatura — presentaban los diseños, lo que proporcionaba información sobre su estilo.

Durante el cautiverio de Napoleón, en 1814, fue una de las primeras modistas inglesas que se apresuró a viajar a París para ver qué vestían las francesas y cargarse con bienes imposibles de conseguir en Londres durante la última década. Esto le serviría para cumplir con el que fue el gran encargo de su vida: contribuir con una colección de vestidos al vasto ajuar nupcial de la princesa Charlotte, la heredera al trono. El pedido del ajuar debió haber restaurado las finanzas de la señora Bean y haber consolidado su lugar entre las modistas más solicitadas de la Regencia. Tras lo cual, quizá se retiró para disfrutar de la vida con su esposo y sus dos hijos, pues pareció desaparecer de la escena de la moda después de 1818. Se cree que murió en marzo de 1868, a la edad de ochenta años. (FUENTE: https://beatriceknight.com/mrs-bean/).

Tras adquirir un vestuario adecuado, uno de los primeros sitios emblemáticos de Londres que conoce Sophie es Gunter’s Tea Shop. A mediados del siglo XVIII, chefs franceses, italianos y británicos habían publicado libros de cocina con recetas de helados. En Londres comenzaron a aparecer pastelerías especializadas que los

ofrecían: la más famosa de ellas pasó a ser conocida como Gunter's Tea Shop, que sobrevivió de una forma u otra hasta hace muy poco.

En 1757, un pastelero italiano llamado Domenico Negri abrió una confitería en el número 7-8 de Berkeley Square bajo el cartel de The Pot and Pineapple, «La olla y la piña». En aquella época, la piña era un símbolo de lujo y se utilizaba ampliamente como logotipo para los pasteleros. Veinte años después de fundar el establecimiento, Negri contrató a un socio comercial llamado James Gunter. Con dos hombres al mando, The Pot and Pineapple floreció y en 1799 Gunter se había convertido en el único propietario, cambiando el nombre a Gunter's Tea Shop.

A principios del siglo XIX, los helados de Gunter se habían puesto tan de moda que el Beau Monde —muchos de los cuales ya residían en la elegante Mayfair— adoptó la costumbre de pasar por la tienda para comprar un helado fresco durante los paseos en carruaje, lo que hizo que se extendiese la costumbre de comerlos en la propia plaza. Las damas permanecían en sus carruajes bajo los árboles, con los escoltas apoyados en las barandillas cercanas, mientras los camareros cruzaban la calle con las órdenes. Durante muchos años, cuando se consideraba que no estaba bien visto que una dama pasase tiempo a solas con un caballero, era perfectamente respetable que los vieran en la tienda del té de Gunter.

El menú incluía delicias como flor de saúco, café con leche y helado de pan caramelizado con azúcar morena, junto con los favoritos de siempre: chocolate, pistacho y cereza, solo por nombrar algunos. Los helados se servían al estilo sundae en una taza pequeña conocida como tasse à glace. Gunter's incluso ofreció opciones de doble cucharada para los clientes que querían probar dos sabores.

El helado se hacía colocando cubos de crema aromatizada en una olla grande para congelar con hielo y sal, y se revolvía con frecuencia con una «pala». Esto suena relativamente simple, excepto que el hielo tenía que ser transportado a caballo y en carreta desde Escocia, o enviado desde Noruega y luego almacenado

en pozos de hielo. El trabajo y el tiempo involucrados hicieron que los postres helados siguieran siendo un lujo hasta principios del siglo XX.

Gunter murió en 1819 y su hijo Robert (1783-1852), que estudió repostería en París, se hizo cargo del negocio.

Mientras Percival y Sophie pasean por Hyde Park, se encuentran con lady Elizabeth Mary, una de las bellezas de la temporada social. Para esta escena, podría haber creado cualquier personaje, pero descubrí un libro escrito por Thompson Willing en 1895, titulado Some Old Time Beauties, en el que aparecían retratos y biografías de las bellezas más prominentes del siglo XIX. Entre ellas, la que más se ajustaba al periodo de mi novela fue lady Elizabeth.

Lady Elizabeth Mary nació en 1797 y se casó en 1819 con Richard, vizconde de Belgrave, el hijo mayor del segundo conde de Grosvenor. En mi novela, la madre de la joven aspira a que sus hijas, Charlotte y Elizabeth, se casen con duques. Charlotte, la mayor, se casó con el 13º duque de Norfolk, mientras que, en el caso de Elizabeth, si bien Richard solo era vizconde en el momento del matrimonio, en 1845 se convirtió en marqués de Westminster y, sus descendientes, en duques.

La condesa de Grosvenor era una dama de gran carácter y modales muy afables, y ocupaba su exaltada posición con gran dignidad y un porte propio de un descendiente de los nobles Gowers. Volcada en las cuestiones sociales, su nombre figuró en varias ocasiones en reseñas y artículos en periódicos del momento. Figura relevante entre los ecos de sociedad de su país, también escribió diarios personales en los que relataba sus impresiones sobre los lugares que visitó. Málaga fue uno de los enclaves que la aristócrata narra en su obra Narrative of a Yacht in the Mediterranean (1840-41). Murió a la edad de noventa y cuatro años.

Otro de los lugares que visita Sophie es el club Temptation, que es imaginario. Desde el siglo XVII, cuando se fundó el White's, los clubes —tanto los sociales como aquellos en los que se jugaba— habían proliferado en la ciudad de Londres. Lo mismo sucedía con las casas de juego y apuestas.

Solían jugar a las cartas y a los dados. Sophie escoge el Craps, que evolucionó a partir de un juego de dados similar llamado Hazard. El Hazard fue creado por Sir Guillermo de Tyre y sus caballeros durante las Cruzadas, alrededor del año 1125, como un juego para pasar el tiempo mientras sitiaban un castillo llamado Hazarth. El Hazard creció gradualmente en popularidad a lo largo de la Edad Media, tanto así, que fue mencionado repetidamente en Los cuentos de Canterbury de Geoffrey Chaucer —considerada una de las obras literarias más emblemáticas de todos los tiempos—. Se jugaba regularmente en las primeras casas de juego inglesas que surgieron a finales del siglo XVII y principios del XVIII, y lo disfrutaban especialmente la realeza y los nobles.

Por esta época, el Hazard llegó a Francia, donde pasó a ser conocido como Crabs. Fue en el siglo XIX cuando, finalmente, adoptó el nombre de Craps.

En él, los jugadores se turnan para lanzar dos dados sobre la mesa. El objetivo principal es realizar una apuesta exitosa sobre el resultado de estas tiradas, ya sea en la siguiente o en un resultado específico que tendrá lugar antes de que termine la ronda.

Hay también otros lugares emblemáticos mencionados en mi novela, como el club de boxeo de Gentleman Jackson o la prisión de Marshalsea.

John Jackson fue un célebre pugilista inglés de finales del siglo XVIII. Nació en Londres en 1769, en el seno de una familia de clase media, originaria de Worcestershire. Su padre era un eminente constructor. En una época en la que la gran mayoría de los boxeadores procedían de entornos de clase trabajadora baja, el

origen de Jackson le llevó a conseguir el apodo de Gentleman Jackson.

A los 19 años, frecuentaba las escuelas de sparring y mostró talentos que demostraban que estaba destinado a eclipsar a sus contemporáneos. Pronto destacó como boxeador y encontró patrocinadores del más alto nivel.

El perfil público de Jackson le permitió abrir una academia de boxeo para caballeros en el número 13 de Bond Street, en el West End de Londres, donde también residía. Era muy considerado como boxeador, pero también como instructor, y la empresa fue un gran éxito. Se dice que intentar hacer una lista de los alumnos que pasaron por su academia implicaría copiar un tercio de los nombres de la nobleza de entonces. Uno de los estudiantes de Jackson fue el famoso poeta Lord Byron, un ávido seguidor del boxeo.

Además de amable también era altruista y organizaba exhibiciones de otros boxeadores para recaudar dinero para obras de caridad.

El 22 de mayo de 1814, ayudó a establecer el «Club Pugilístico» —organismo que reguló el funcionamiento del boxeo como deporte —. El club también recaudó suscripciones de patrocinadores adinerados, lo que le permitió complementar las ganancias de los boxeadores. Entre sus propósitos estaba incluida la exposición de cualquier comportamiento deshonesto o la mediación o toma de decisiones de último recurso en los desacuerdos entre boxeadores y patrocinadores. Cuando se organizaban los combates, una de las partes interesadas se hacía cargo de las apuestas de los patrocinadores financieros de los combatientes. Jackson cumplió a menudo ese papel. Los funcionarios del club mantenían el orden en las peleas y vestían un uniforme azul y beige. Las estacas que rodeaban el ring estaban adornadas con las iniciales «P.C.».

Jackson también asistía de forma habitual a las peleas y frecuentemente actuaba como árbitro, resolviendo cualquier disputa relacionada con las reglas. Después de cada una de ellas, mostraba su naturaleza caritativa pasando una colecta en beneficio del boxeador derrotado.

En junio de 1814, durante la celebración del Gran Jubileo, se le pidió que realizara varias exhibiciones de pugilismo en beneficio de los dignatarios visitantes, tales como el emperador de Rusia, el rey de Prusia y el Príncipe Regente.

Murió en 1845 en su casa de Mayfair, en Londres.

Aunque ya se cita en documentos del siglo XIV, la prisión de Marshalsea que se menciona en mi novela se construyó en un nuevo emplazamiento en 1799, cuando la anterior se estaba viniendo abajo. Esta perduró desde 1811 hasta 1849, cuando cerró.

Había áreas separadas para los diferentes tipos de reclusos: la zona noble, con 50 habitaciones que se alquilaban, y la zona modesta, que consistía en 9 salas en las que se amontonaban unas 300 personas. El precio de alquiler en 1728 era de 10 chelines a la semana, por lo que la mayoría se veían obligados a compartir. El patio estaba dividido en dos por un estrecho muro que separaba ambas zonas.

Las esposas e hijos de los encarcelados podían vivir con ellos, siempre y cuando pagasen el alquiler. Como todas las prisiones del siglo XIX en Inglaterra, funcionaba como una empresa privada con fines lucrativos. De forma parecida a un hotel, había servicio de bar, restaurante y tienda para los reclusos que se lo podían costear.

Esta cárcel debía acoger, en principio, a personas acusadas de allanamiento, faltas de honor y de deuda. En la práctica, alojó una gran variedad de presos: hombres acusados de crímenes en altamar —que iban a ser juzgados por un tribunal marcial—, de crímenes contra natura y de sedición por motivos políticos —como pasó con conocidos intelectuales de la época—. Aunque, por lo que llegó a ser mayormente conocida, fue por alojar a morosos. La duración de la estancia de estos dependía en gran manera del capricho de sus deudores.

Los reclusos debían pagar por su manutención, cosa que empeoraba la situación de quienes estaban allí por impago de deudas, las cuales aumentaban con los años, haciendo cada vez más

difícil su liberación. Según un informe presentado ante el parlamento en 1729, más de 300 reclusos habían perecido por inanición en un periodo de solo 3 meses, y entre 8 y 10 presos morían cada 24 horas durante los días más calurosos del verano a causa del hacinamiento.

Quienes me habéis leído en otras ocasiones sabéis que me gusta ser precisa en cuanto a los detalles de la ambientación de la época. Aparte de los datos mencionados, he utilizado diversas fuentes para investigar sobre los tipos de danzas que se realizaban en los bailes, las reglas de comportamiento en los mismos o cómo se organizaban las mascaradas. Os dejo por aquí algunos blogs muy interesantes en los que me documenté:

- https://web.archive.org/web/20071130005958/http://www.georgianindex.net/
- https://www.regencyhistory.net/blog/category/Regency+London
- https://janeaustensworld.com/
- https://www.libraryofdance.org/manuals/1808-Wilson-Analysis_(LOC).pdf

Espero, sinceramente, que hayáis disfrutado con la historia de Percy y Sophie. Si es así, me alegro, y ojalá nos encontremos en mi próxima novela.

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

NOTAS DE AUTORA